

Ana Ripoll

LOS INCORPÓREOS 2

LA REINA AZUL



SIRUELA

ANA RIPOLL

Los Incorpóreos 2
La Reina Azul



Ediciones Siruela

Índice

Cubierta

Prefacio

GRANADA

1

ESTAMBUL

2

3

4

LONDRES

5

6

7

8

MADRID

9

10

11

12

13

14

15

16

17

18

19

20

21

22

23

LOCRONAN

24

MADRID

25

26

Epílogo

Créditos

Los Incorpóreos 2

LA REINA AZUL

ANA RIPOLL

Las Tres Edades Ediciones Siruela

Los Incorpóreos 2
LA REINA AZUL

A mis padres

–Soy un incorpóreo. Un fantasma.

Abrí los ojos y le miré.

–¿Qué has dicho?

–Que no pertenezco a tu mundo. Soy un espectro. No puedo morir, porque, en parte, ya estoy muerto.

En otras culturas nos conocían como sombras. Nomuertos. Entro y salgo de tu mundo, a veces contra mi voluntad porque tengo que regresar a mi mundo. Ésta es la respuesta a todas las preguntas que tienes en la cabeza.

Los Incorpóreos 1: El mundo de las sombras

Prefacio

Hace frío esta noche. La oscuridad es más espesa de lo habitual. Me pregunto si habrá por aquí algún incorpóreo, agazapado en la penumbra, observándonos, espiando, una de esas sombras que se alimentan de seres humanos.

Tengo mucho frío.

El banco de madera sobre el que estoy sentada cruje al menor movimiento. El sonido rebota contra las paredes del panteón en el que me encuentro. Estamos a oscuras. Froto continuamente mis brazos, un acto reflejo en busca de calor, porque estoy congelándome. No estoy sola; me acompañan unas brujas que hablan entre susurros. Brujas de las que practican rituales de magia negra, una clase de seres humanos que los incorpóreos desprecian con mayor ahínco porque dicen que lo único que quieren conseguir con sus artes oscuras es lo que a ellos se les ha regalado: atravesar la frontera y cruzar al otro lado, al mundo de las sombras.

Estamos esperando que los vigilantes del cementerio terminen su ronda de vigilancia. Para ellas esto es habitual, una rutina en la que se sienten cómodas. Para mí es la primera vez.

Pese a que se han mostrado amables conmigo desde el principio, sé que no son de fiar. Orlando me ha avisado: las brujas son traicioneras. Pero aquí estoy, con ellas. En cuanto la que está sentada frente a mí dé la señal, aunque no sé cómo la veré, saldremos del panteón para dirigirnos a un lugar más peligroso. Necesito respuestas, las que Gabriel no quiere darme. No sé si las encontraré allí donde voy, pero al menos tengo que intentarlo. No puedo quedarme sentada, esperando. Hay demasiado en juego y necesito saber qué papel estoy representando.

Y además voy a conocer a un vampiro.

¡Un vampiro! Uno de los últimos de su especie. Eso es lo que me ha ofrecido una de las brujas esta tarde cuando me llamó. Sé que vienen aquí para comerciar con ella. Ella, no él. Se llama Constanza y es más vieja que la memoria. No puedo imaginar qué le van a comprar, qué puede tener un vampiro de interés para que las brujas arriesguen su vida por ello, ni con qué van a pagarle; pero los vampiros se alimentan de sangre humana, y nadie me ha quitado la razón en este punto. Como la sangre de las brujas... o la mía propia.

Me pregunto una cosa: si Constanza bebiera mi sangre hasta desangrarme, ¿podría realizar una última migración que me pusiera a salvo o estaría todo perdido? Por lo que sé, soy humana, como las brujas y, por lo tanto, mortal. No soy como Gabriel ni los de su especie. Recuerdo aquel corte en la muñeca de Gabriel con el cristal de una copa rota. Ellos no pueden desangrarse hasta morir porque, en cierta forma, están muertos.

Yo sí puedo desangrarme. Si un vampiro quebrase mi frágil yugular y bebiera la sangre que saldría a borbotones, moriría. Como lo hacen miles de seres humanos al día, cada minuto, en todos los rincones del planeta, de cientos de maneras distintas, justa o injustamente, lenta o rápidamente, solos o acompañados, por causas naturales o por una maldita carambola de circunstancias cuyo efecto último es devastador, porque sí o porque no.

Pero esta noche tengo otra duda, ligera como los pies descalzos de un niño que corretea por detrás de mi razonamiento, atisbando el momento de salir a la luz con todas sus consecuencias, como si jugara al gato y al ratón conmigo. Una duda terrible...

¿Y si es mi sangre con lo que van a pagar a Constanza?

¿Y si soy yo la moneda de cambio?

¿Voy a morir esta noche, esta vez sin retorno?

GRANADA

—No. Se hará como os estoy diciendo. No quiero volver a oír más comentarios de ese tipo, ¿lo entendéis? Y menos en un lugar público.

Los otros cuatro comensales siguieron comiendo en silencio; pese a que hablaban en un tono confidencial de voz, no me resultaba complicado escuchar su conversación porque nuestras mesas eran casi vecinas. El restaurante estaba prácticamente desierto; aparte de nosotros, sólo había otra pareja.

El hombre de la corbata roja habló de nuevo:

—Mirad, el asunto es bastante espinoso, pero con el nuevo asesor lo vamos a resolver más rápidamente y, sobre todo, de una manera limpia, porque este hombre tiene la mejor agenda de todo el país. Por eso lo he metido en esto.

—Pues si precisamente tú, Rafael, dices eso, es que los contactos de ese hombre son inigualables.

—Confiad en mí.

—Siempre lo hacemos. Pero los del gabinete legal van a estallar en cólera en cuanto se enteren.

El hombre de la corbata roja chasqueó la lengua con disgusto.

—Para cuando se enteren, hará semanas que lo habremos cerrado. Los rusos van a estar aquí solamente mañana, así que no hay tiempo para problemas. Y si los abogados comienzan a poner pegas cuando la venta esté firmada, ya habrá alguien que les explique la conveniencia de dejarlo como está. ¿Me vais a hacer caso o no? Os he dicho que no hay nada de qué preocuparse.

En ese momento, un camarero, vestido de riguroso negro, entró en la sala y se acercó a su mesa. Depositó una bandeja en una mesa auxiliar y colocó cuencos de cerámica blanca delante de cada uno de los cinco hombres.

—Bueno, al fin. Éste es de los mejores salmorejos de la zona.

—Que aproveche —dijo el hombre de la corbata roja—. Cenad tranquilos, que no hay prisa.

—Un día de estos tenéis que bajar a mi casa de la playa, para que mi mujer os prepare su salmorejo. Ése sí que es exquisito.

Los hombres rieron y comenzaron a comer. Asintieron satisfechos. El más grueso se echó la corbata por encima de su hombro para evitar salpicaduras. Otro, del que sólo podía ver su espalda y su calvicie, comprobó algo en su Blackberry y siguió cenando. El más pálido, un hombre con unas prominentes ojeras que no lograban ocultar las gafas con montura metálica, comía de manera nerviosa. El cuarto comensal, el de mayor edad y el que menos hablaba, miraba de reojo al de la corbata roja. Éste era el más alto y

atlético de todos, rubio y de ojos azules, con un físico aún rotundo, superados ya los cincuenta años. Se notaba que se sentía cómodo en su piel y más aún dirigiendo la reunión.

El hombre pálido dijo entonces:

—¿Y qué hay de los pagos?

Los otros hombres detuvieron a medio camino sus cucharas, excepto el rubio, que susurró antes de beber de su copa:

—Aurelio, si vuelvo a oírte decir aquí algo parecido, te echo de una patada.

Apuró su copa de vino y le indicó con un gesto impaciente al camarero que le sirviera más. Luego miró al hombre pálido, que se había quedado aún más lívido, y le dijo bajando el tono de voz:

—Eso está resuelto. Lo del concejal está hecho. No tengo que repetiros que lo tengo todo bajo control, ¿verdad? A ver si es que ahora resulta que hablo en chino.

El hombre pálido asintió con unos movimientos nerviosos de cabeza.

Ése fue el momento en que decidí intervenir. Me levanté de nuestra mesa, pegada al ventanal que daba a la sierra de olivos, y me detuve junto a la mesa de los cinco hombres. Sabía que mi aspecto, el vestido negro ajustado, mi cuello desnudo al aire luciendo sólo el colgante de ónice, era más que atractivo. Era llamativo. Me lo había dicho Gabriel antes de salir hacia el restaurante.

Los cinco me miraron al instante.

—¿Sí? —dijo el hombre rubio, después de haberme repasado con su mirada. ¡Qué asco!

Crucé los brazos y dije:

—Eres Rafael, ¿verdad?

Los otros cuatro se giraron a mirar a mi interlocutor, que estaba sonriendo. Una sonrisa de chacal.

—¿Nos conocemos? —me dijo, en su tono más pretendidamente seductor. Había multitud de ramificaciones que nacían de su pregunta, en apariencia trivial. Pero lo peor fue su entonación, que daba a entender años y años de conseguir siempre lo que quería, a quien quería. Sólo dos palabras que me provocaron una intensa repugnancia.

—No en persona, pero tenemos amigos comunes.

—¿Ah, sí? —estaba claro que Rafael se estaba regodeando con la situación, porque detectaba el deseo en la mirada de los otros hombres de la mesa—. Y ¿cómo es que esos amigos en común no me han hablado de ti?

—Bueno, no ha habido oportunidad, me temo. Nuestra amiga en común es Camila.

Ni siquiera hubo un leve parpadeo en la mirada del hombre rubio, nada que alterara su sonrisa.

—Hum... creo que hay un error, porque no conozco a ninguna Camila.

Incliné levemente el torso hacia delante y clavé los ojos en Rafael.

—Oh, ya lo creo que sí —le dije—. Muy bonita, quince años, alta, pelo negro, piel blanca,

una sonrisa cautivadora... Creo que os conocéis íntimamente, de hecho. ¿O debería decir conocíais?

El hombre rubio desvió la mirada al plato y cogió su cuchara.

—Lo siento, señorita, creo que se confunde. Si no le importa...

—Rafael —le dije—, sólo quería que supieras que conozco el punto exacto de la finca donde está enterrada Camila y que la policía también lo sabe. Se dirigen para allá ahora mismo.

Algo parecido a una corriente de aire gélido se removió sobre la mesa, aunque no se había abierto ninguna ventana ni puerta. El hombre rubio dejó de sonreír.

—Mira, guapa, no sé de qué estás hablando, pero...

—Un momento —interrumpió para mi sorpresa de pronto el hombre grueso, colocándose la corbata de nuevo sobre su voluminoso pecho—, ¿no se llama Camila la hija de los Mendoza? ¿La niña que ha desaparecido hace tres días?

—Exacto —continué—. Camila. Sus padres tienen una de las fincas vecinas a ésta. Rafael lo sabe muy bien porque ha estado acudiendo cuando los padres de Camila no estaban, ¿verdad, Rafael?, para abusar de ella. Llevas manteniendo una relación sexual con esa niña de quince años desde hace más de un año.

Todos sufrieron un instantáneo ataque de incomodidad, porque comenzaron a hablar al mismo tiempo:

—Pero bueno, oiga, ¿qué es esto?

—¿Se puede saber de qué está hablando?

—Joven, está formulando acusaciones muy duras.

Sus voces llamaron momentáneamente la atención de la otra pareja, unos ancianos británicos que no hablaban español. Continué clavando la mirada en el hombre rubio, y éste en mí. Nos estábamos retando a un duelo, sólo que yo no tenía que aparentar absolutamente nada, mientras él tenía que fingir que aquello no iba con él. La parte más difícil. La piel sobre su labio superior comenzó a brillar.

—Rafael —dijo el hombre de más edad, con una voz muy comedida tras la que se podía leer cierta impaciencia—, ¿se puede saber qué es esto?

Las palabras del hombre mayor fueron la gota que colmó el vaso de la paciencia de Rafael, que, por fin, asumió un papel más activo. Tiró la servilleta sobre el mantel con un gesto airado:

—No tengo ni puta idea, pero esta bromita está empezando a tocarme los cojones.

Se levantó de la mesa y apoyó desafiante los puños cerrados sobre el mantel, como un gorila. Pude ver por el rabillo del ojo cómo Gabriel echaba silenciosamente hacia atrás su silla en nuestra mesa. Levanté apenas un dedo de mi mano para indicarle que estuviese tranquilo. Aquel energúmeno me sacaba más de una cabeza de altura y medio metro de contorno, pero no tenía miedo. Además, no había terminado con él todavía.

—Este hombre de aquí —me dirigí al hombre de mayor edad, mientras señalaba con un dedo a Rafael— va a ir a la cárcel por mantener relaciones sexuales con una menor y por

asesinato. La última vez que se vieron Camila y él en la finca, ella le dio una mala noticia y amenazó con contárselo todo a sus padres, que estaban en Madrid. Rafael tuvo un ataque de pánico, perdió el control y la atacó. La estranguló. Luego, con ayuda de su chófer, la trasladó a un punto de la finca y la enterraron. Lo que no sabe Rafael es que se dejó algo olvidado. Y eso –volví a dirigirme a Rafael– es lo que les va a conducir a ti.

Todos permanecieron callados. Uno de ellos, el pálido, se levantó de golpe y salió del restaurante. El hombre grueso se levantó también y le dijo al rubio:

–¿Qué es esto? ¿Una trampa? ¿Es que nos la estás jugando o es cierto lo que está diciendo?

Rafael estalló encolerizado:

–¡CÓMO VA A SER CIERTO, JODER! ¿Pero la estáis escuchando? ¡Son gilipollices!

Varios camareros asomaron la cabeza, aunque dudo que ninguno de ellos tuviera intención de acercarse.

El hombre grueso continuó:

–Los Mendoza tienen la finca más extensa de esta región y su hija Camila tiene quince años. Ha desaparecido hace tres días y sus padres están desesperados. Son muchas coincidencias.

–¡Eso lo ha leído en el periódico cualquier idiota!

Esta vez sí que me ofendieron sus palabras.

–¿Ah, sí? ¿También he visto en el periódico la mancha de nacimiento que tienes en tu ingle? ¿La de forma de herradura? ¿Sabes cómo lo sé? Porque me lo contó la propia Camila.

Rafael palideció a una velocidad de vértigo y, un segundo después, su rostro y cuello se volvieron rojo granate.

–Joder, Rafael –intervino entonces el hombre grueso–, ¿qué está contando esta chica?

Rafael se giró hacia el hombre grueso, los ojos echando chispas y una fuerte vena marcándose en el cuello de toro. Gabriel se había levantado de la mesa en silencio. La pareja inglesa había dejado de cenar, absortos en la escena, y ahora todos los camareros se asomaban a la sala. Mientras, Rafael comenzó a gritarle al hombre grueso:

–¿CÓMO SE TE OCURRE HABLARME ASÍ? ¡A MÍ!

El hombre grueso retrocedió dos pasos y se dirigió hacia la salida, por donde había desaparecido el anterior. En la mesa sólo permanecían sentados el de mayor edad, sin mostrarse alterado, y el de la calvicie. Este último parecía sobrepasado por la situación, porque apenas se atrevía a respirar y su calva brillaba con un ligero baño de sudor. En ese momento, Rafael reparó en ellos dos y se giró a hablar al de mayor edad:

–Adolfo, ¿qué es esto? ¿Qué está ocurriendo?

–No lo sé, pero sí sé que conozco a los Mendoza y a sus hijos.

–¿Y qué estás queriéndome decir con eso?

El hombre mayor se levantó aparentando calma y depositó su servilleta educadamente sobre la mesa.

—Que también conozco a Camila. He visto cómo entraba a saludar a sus padres cuando tenían otros invitados, y he visto de qué forma entraba cuando eras tú el invitado. Sospechaba lo vuestro, pero, Rafael, por amor de Dios, es una chiquilla. Tú eres un hombre casado y tienes hijas de la edad de Camila. Es una aberración. Del resto, no tengo ni idea. Pero te aseguro una cosa: no quiero tenerla. No quiero saber nada de este asunto.

Las palabras del hombre mayor bloquearon a Rafael, que se quedó paralizado.

—Adolfo... pero esta mujer no tiene forma de demostrar lo que está diciendo...

—Sólo tengo una pregunta más que hacerte —continuó—. ¿Quieres que llame a la policía ahora mismo para que deje de molestarnos esta joven?

Rafael levantó la mirada. Había pánico en ella.

—Ya veo —replicó el hombre mayor. Entonces dio media vuelta y se dirigió a la salida del restaurante. Absolutamente abatido, Rafael le siguió con la mirada, incapaz de moverse, y luego se dejó caer en la silla. Me miró. Yo no me había movido ni un centímetro. Su rostro se convirtió en una mueca de furia.

—Eres una...

Levanté la mano.

—No te molestes, Rafael. Se acabó. Está todo en marcha. Si no hablas tú antes, lo hará tu chófer. Y si no, los padres de Camila pondrán todo su empeño y toda su fortuna en que habléis uno de los dos. Una cosa más: ¿no tienes curiosidad por saber qué es eso que les conducirá hacia ti?

Rafael me miraba anonadado, creo que estaba en estado de shock, así que rodeé tranquilamente la mesa, me coloqué a su lado, y le susurré algo al oído para que no lo oyera el hombre calvo que aún permanecía en la mesa, impresionado por la escena. Cuando me separé de él, Rafael había clavado la mirada en el mantel. Entonces el hombre pálido reaccionó, echando ruidosamente hacia atrás su silla y salió a toda prisa del restaurante.

Rafael me miró, sin rastro ya de arrogancia.

—Y tú... ¿cómo es posible que...?

—¿Que lo supiera? —dije—. Muy sencillo. Lo sé de boca de la propia Camila.

—¿Pero cuándo... te lo contó?

Mi memoria dio un triple salto mortal hacia atrás, en el tiempo, la distancia, las dimensiones, la realidad, más allá de la vida y de la muerte, hacia una callejuela de un laberinto que parecía de adobe, aunque sabía que no era adobe, en la ciudad de los muertos, Pandemónium, justo en el momento en que rocé la estela de un alma que pasaba junto a mí y, al hacerlo, adquirí toda la conciencia de su existencia, injustamente sesgada. Era el alma de Camila.

—Esta misma mañana.

Rafael pegó un puñetazo en la mesa y se levantó como impulsado por un resorte.

—¡IMPOSIBLE, IMPOSIBLE! ¡Tú misma acabas de decir que lleva tres días

enterrada!

Ése fue el instante en que decidí que ya no iba a aguantar ni una sola palabra más de aquel asesino. Le di la espalda, regresé a mi mesa, recogí el chal del respaldo de la silla y le di un beso a Gabriel, que me esperaba de pie. Cuando pasamos junto a la mesa del ahora solitario Rafael, Gabriel lo miró con desprecio. Luego salimos del restaurante.

Era una noche propia de verano, aunque estábamos a finales de septiembre. Me coloqué el chal sobre los hombros y paseamos los dos por el jardín del restaurante. En el centro de una pequeña fuente, una diminuta boca de mármol blanco elevaba un chorro de agua unos treinta centímetros hacia el cielo negro; el agua elaboraba una parábola en el aire y caía a la pila, que tenía forma de flor. Del extremo sur de la flor salía un canalillo, una estrecha acequia de mármol que salvaba tres escalones y desembocaba en un pilón, cuyas teselas del fondo eran de color celeste, aunque en esos momentos, de noche cerrada, no se podía distinguir el color, pese a la luz que arrojaban los faroles de la entrada del restaurante. El recorrido del agua, desde su salto en el aire hasta su caída en el pilón, provocaba una cadena musical de notas perfectas, ininterrumpidas, armónicas, de agua fluyendo.

Contemplé la acequia y el pilón.

—¿Sabes? —dije—, la belleza es un estado armonioso de ánimo.

Me giré hacia el hombre que formaba el centro de gravedad de mi vida, rodeé su cuello con los brazos y le besé muy despacio.

—Gracias por permitirme hacer esto, Gabriel —dije.

—De nada —contestó él.

ESTAMBUL

Atardecía en el Bósforo. Gabriel y yo estábamos apoyados sobre la barandilla del Puente de Galata, contemplando cómo bonitas nubes bordaban el cielo otoñal con los hilos rojos de un sol yaciente, usando las agujas de los miles de minaretes que se desparramaban por la ciudad infinita. A nuestra derecha sobresalían las cúpulas del palacio de Topkapi y, más allá, las de la Mezquita Azul y el templo de Santa Sofía. Alrededor, un tráfico intenso de ruidosos vehículos y bicicletas, transeúntes, pescadores que mantenían sus cañas al vaivén de las aguas... todos los elementos se confabulaban para crear una de las atmósferas más ruidosas y vitalistas que había presenciado.

Miré a Gabriel.

Si tuviera que recordar los últimos meses, todas las idas y venidas, todos los momentos, las dudas y los miedos, las luces y las sombras, podría resumirlo en una sola palabra:

–Gabriel –susurré–. ¿Cómo te apellidas?

Me miró sorprendido.

–¿Qué importancia tiene mi apellido?

–Quiero conocer tu historia. Siempre eres muy esquivo con tu pasado y no me parece justo.

Gabriel sonrió y continuó contemplando el Bósforo.

Había sido el verano más extraño de mi vida, que comenzó cuando descubrí que el hombre del que me había enamorado era... cómo decirlo... un transeúnte entre dos mundos, un espectro capaz de moverse entre los vivos sin despertar sospechas, una sombra, un incorpóreo, como gustaban de llamarse a sí mismos. Vivo y muerto. Alguien capaz de disolver su cuerpo para penetrar en el plano de la muerte, en un mundo donde reinaba la ciudad de los muertos, Pandemónium, y sobre ella y por encima de todas las cosas, La Araña, cuyo concepto era esquivo a mi razonamiento. La Araña me contó una vez que yo era el barquero Phlegyas que cruzaba el Styx una y otra vez para llevar almas de una orilla a la otra. Seguía sin entender aquellas palabras que me aterrorizaban.

Y con aquel descubrimiento, vinieron otros encadenados: yo misma era una mezcla entre la especie de Gabriel y la humana; alguien que, pese a seguir siendo mortal, podía traspasar el umbral para ir a Pandemónium. Pero, a diferencia de los incorpóreos como Gabriel, yo sí estaba sujeta a las leyes físicas que atan al ser humano. Si yo me cortaba la mano, sangraba. Gabriel simplemente cerraría su herida en un segundo. Cada día que me levantaba –junto a él, siempre junto a él– era un día menos de vida que me quedaba, porque continuaba mi proceso de envejecimiento, ajeno a mi posibilidad ultrahumana de ver cosas que ningún ojo humano debería captar jamás. Gabriel envejecía también, me lo

decía a menudo, sólo que a otro ritmo. Cuando yo cumpliera noventa años, él aparentaría treinta y cinco. Tal vez treinta y seis. Ese detalle me dolía, aunque, al menos por ahora, no me obsesionaba.

—Dilo.

Sin girarse, Gabriel dijo:

—Si me estás retando a una prueba de paciencia, te aseguro que la mía es casi infinita. Te conozco desde antes de que nacieras. No sé qué importancia puede tener un apellido.

Cierto. Gabriel me había conocido en el vientre de mi madre, Helena, cuando La Araña le encargó que me eliminara porque se suponía que yo representaba una amenaza para los incorpóreos. Todavía no se había demostrado que aquella predicción de La Araña fuera falsa, pero no podía imaginar cómo alguien como yo, minúscula y mortal hasta la última de mis células, podría ser, siquiera en el más remoto de los mundos, una amenaza para alguien como Isaak, o como Ulla. Podían aplastarme con un dedo. No, Ulla no. Ella sentía aprecio por mí, como Orlando o Lyuba.

Mi vida se había vuelto tan extraña como mis compañeros de viaje. Excepto Gabriel, claro.

—Me gusta mirar la foto que me regalaste. Me transmite serenidad. Es como abrir una ventana a un mundo que luego no fue y hace que me pregunte cómo sería mi vida de seguir con Helena.

—¿Preferirías otra vida? ¿Una en la que Helena siguiera viva y yo nunca te hubiese conocido?

—No... preferiría que Helena y tú compartierais mi vida. No te hablo de elegir, te hablo de soñar despierta cuando miro esa pequeña foto. ¿Se la robaste a Helena?

Gabriel hundió su mirada bajo la superficie dorada del Bósforo.

—Más o menos. La cogí de su bolso el día que murió.

Sus palabras me pusieron en guardia.

—¿Estuviste con ella el día que murió? ¿El día del accidente? ¿Hablaste con ella?

Gabriel no respondió. Desapareció de nuevo en sus memorias. Había asumido hacía tiempo que alguien como él, con esa dilatada vida a sus espaldas, tenía un vasto arsenal de recuerdos, imágenes, pensamientos, en los que perderse. Y eso que últimamente desaparecía poco. Sin embargo, esa tarde se me escurrió entre los dedos.

Pisamos tierra firme en el barrio de Karaköy, dejando el Cuerno de Oro a nuestras espaldas, y comenzamos a ascender por Yüksek Kaldırım, rodeados por enjambres de turistas. Pasamos junto a la torre vigía de Galata. Cuando volvía la vista atrás, veía descender la ciudad a capas hacia el mar, sin ninguna prisa ni atención hacia el curioso. El ocaso había obrado el milagro y había transformado en oro el agua del Cuerno de Oro. Gabriel me apretó suavemente la mano.

—Pers, se hace tarde. Vamos.

Aceleramos el paso y pronto llegamos a la avenida İstiklal, un elegante bulevar repleto

de escaparates a la europea, galerías de arte y otros comercios. Por el centro de la avenida circulaba un antiguo tranvía rojo que hacía las delicias de los turistas.

Nos estaban esperando. Lo sabía desde hacía algunas semanas. Gabriel me había anunciado que se iba a celebrar el mayor cónclave de incorpóreos de los últimos siglos. Una reunión legendaria, a la que iban a asistir todos los espectros... y una mortal: yo. Recuerdo que le pregunté por qué ahora. Es decir, de los últimos veinte siglos, por qué celebrarse ahora. Y Gabriel me dijo que seguramente era por mí. Al principio no lo comprendí, pero después lo vi claro: dentro de un siglo yo no seguiría viva. Hace un siglo tampoco lo estaba. Ahora sí. Aquello me provocó un revoltijo de náuseas y nervios que se coló en mi cuerpo días atrás y del que todavía no había logrado desembarazarme.

No es que tuviera miedo. Había visto, oído y experimentado cosas que deberían haberme conducido a un frenopático, lo sabía, y sin embargo las había incorporado a mi vida. He estado en la ciudad de los muertos. He visto en qué nos convertimos los seres mortales al morir, he tocado sus almas y he capturado retazos de sus vidas pasadas, de lo que fueron y no volverán a ser más. Sí, lo había experimentado. Pero seguía costándome enfrentarme a aquello. Tanto, que sólo había cruzado la frontera en una única ocasión desde aquella en que hablé con La Araña, para pedirle que permitiera a Gabriel regresar.

Intenté modificar el rumbo pesimista de mis pensamientos, fijándome en algún que otro escaparate de las lujosas tiendas junto a las que pasábamos. Íbamos deprisa, pero de todas formas no vi nada que me interesara. La misma ropa, las mismas intenciones y atenciones, todo visto, nada interesante. Aunque Gabriel se ofreciera una y mil veces a llevarme de compras por las calles más exquisitas del mundo, era algo que, generalmente, no me interesaba. Me pregunté si sería distinto de tratarse de una tarde de compras con una amiga, esas cosas que de vez en cuando hacía en mi otra vida, la anterior, la normal. Por ejemplo, con Elisa. Entrar y salir de tiendas, de probadores, tocar, mirar, comprobar en el espejo, reírnos, charlar, hacernos confidencias, tomarnos un café, decidir el siguiente paso, seguir hablando de nimiedades o de gravedades...

No sé. Hacer las cosas que se suponen normales en una chica de mi edad.

Echaba de menos a Elisa, a mi padre, a Max, a Mateo... pero a Mateo ya no podría verle más, a no ser que volviera a cruzar y buscarlo en Pandemónium. Durante un tiempo tras su muerte, el peso de la culpa me despertaba por las noches y me hacía temblar y llorar. Pero Gabriel tenía razón: cómo podría haberle salvado la vida si su asesino había conducido durante horas con el único y firme propósito de acabar con él. Si Mateo no le hubiera contado a la hermana del Interventor dónde se alojaba, tal vez el asesino no hubiera podido dar con él en una ciudad tan grande. O tal vez sí lo hubiese encontrado. Pero nada de eso servía ya de ayuda.

Llamaba a mi padre de vez en cuando. Me contaba los últimos pasos del proceso de adopción de su hija china, la niña que ansiaban María y él. Pobre papá. La vida le había arrebatado tanto que deseaba de todo corazón que por fin encontraran junto a la niña una

vida algo feliz. De mi vida real él no sabía nada, por supuesto. Para él, yo vivía en Londres.

Igual que para Elisa, con quien me cruzaba correos electrónicos. Ella me contaba detalles de su rutina diaria y yo me inventaba una, para no despertar sospechas. Como cuando me preguntaba el nombre de la calle en la que, supuestamente, vivía en Londres, cuando en realidad estaba contestando desde el barrio tokiota de Ginza.

El resto del tiempo, es decir, cuando no me dedicaba a encubrir mi verdadera vida a mis amigos y familiares (o amiga y único familiar), viajaba con Gabriel. Nos movíamos por todo el planeta como una pareja de enamorados. Gabriel estaba ansioso por mostrarme las maravillas que había puesto el mundo ante nuestros ojos. Nada nos importunaba, salvo, de vez en cuando, su naturaleza de incorpóreo. Así había transcurrido el verano, como unas idílicas vacaciones. Sin embargo, ahora, a finales de septiembre, sentía la cercanía de una obligación intangible, algo así como la presencia ineludible de las clases después de las vacaciones, regresar a la rutina tras el descanso. Sólo que no había rutina esperándome.

—Por cierto, ni una palabra a Ulla de lo del restaurante —dijo en ese momento Gabriel.

—No entiendo por qué habría de molestarle.

—Oh, vamos. Lo sabes perfectamente. Cualquier paso que nos exponga a la luz sería muy mal aceptado por Ulla.

—Pero yo no expuse a nadie.

Gabriel me regañó con la mirada.

—Bueno —convine—, tal vez tengas algo de razón, sólo un poco. Pero no lo pude evitar. En Pandemónium rocé a aquella niña y me contó lo que le había ocurrido... No pensarás que iba a dejarlo correr.

—No es asunto tuyo. Ni mío. No estamos aquí para hacer justicia. Otros lo harán.

—¿Quiénes? ¿Quién lo haría? Sabes que si no hubiera avisado a la policía, aquella pobre niña se descompondría hasta la eternidad, enterrada en aquel agujero del campo.

—Pers...

—No. Soy humana, ni quiero ni podría olvidarlo nunca.

Nos habíamos detenido en mitad de la calle. Seguíamos cogidos de la mano, pero me dio la sensación de que entre Gabriel y yo había unos centímetros más. Reaccioné y me acerqué a besarle.

—Te prometo que Ulla no lo sabrá nunca.

—Eso espero. Se enfadaría.

Asentí, mirando al suelo. Ulla, enfadada. Si existiera una escala de uno a diez para medir la furia y la cólera, el enfado de Isaak estaría colocado en un nivel nueve, pero ¿y el de Ulla? ¿Nivel veinte?

—Vamos —me apremió Gabriel y tiró de mi mano suavemente para ponernos en marcha de nuevo.

Por fin llegamos a la Catedral de San Antonio de Padua. El mayor templo católico de

Estambul, una iglesia neobarroca construida a principios del siglo pasado, que se hallaba en una plaza oculta tras un pasaje que comunicaba las dos alas del palacio adyacente a la catedral. Cualquiera que no lo buscara, podría pasar por delante sin percatarse del tesoro que se ocultaba a escasos metros de la populosa avenida Istiklal.

—¿Estás nerviosa?

—No. Mientras no te separes de mí.

Gabriel sonrió y me besó en la frente.

—Por supuesto que no. Ni por un segundo.

Me indicó con la mano la entrada del palacio. Allí, reunidos en las distintas estancias de aquel edificio se encontraba la totalidad de los incorpóreos, celebrando una reunión de la que la humanidad jamás tendría noticia. Seres como Orlando, Ulla, Isaak, Lyuba y otros muchos que había tenido oportunidad de conocer en estos meses.

—¿Cuántos sois?

—¿Actualmente? Noventa y siete. Pero no creo que estemos todos. ¿Entramos?

Tragué saliva y di un paso en dirección a la puerta barroca de madera.

Todos los convocados a la reunión nos alojábamos en el palacio. Llegamos a la habitación que nos había asignado Ulla sin toparnos con nadie. El balcón daba a la avenida Istiklal y, pese a estar cerrado, dejaba respirar el sonido de la calle, que subía hasta mis oídos como una gasa transparente que me envolvía, un último segundo de normalidad antes de abrir las puertas de mi conciencia a ese extraño mundo al que ahora pertenecía.

Mientras contemplaba el movimiento de los transeúntes, alguien entró en la habitación:
 –¡Pers! ¡Hola!

Dibujé la sonrisa más amplia que pude. Nadir cruzó ágilmente la habitación y me dio tres besos. Nos miramos de cerca. La luz de la habitación arrancaba brillos azules a su pelo oscuro de rizos. También mostró algunas arrugas en su rostro que no recordaba. Parecía... más adulto, más maduro. Más seguro de sí mismo, como si hubiera dejado de lado ese juego de seducción inconsciente que desplegaba con cualquier mujer que se cruzaba en su camino, aunque fuera sólo un destello en su magnífica sonrisa persa. Seguía siendo atractivo, pero de una belleza más reposada, algo más enigmática. Sin duda, Violeta tenía algo que ver en esta transformación. Le pregunté por ella.

–Está muy bien, en casa, en Nueva York.

Violeta y Nadir esperaban su primer hijo, que nacería en siete meses. Cuando Nadir nos presentó, yo también caí prendida de su luz serena y aterciopelada. Como una pequeña estrella de grandes ojos negros y plácida sonrisa que hubiera decidido posarse a descansar en este planeta. Veía tan feliz a Nadir a su lado que era imposible no quererla.

Violeta no sabía nada de los incorpóreos. Nunca lo sabría. Para ella, Gabriel y Nadir trabajaban juntos en una empresa que gestionaba aranceles de importación y exportación. Y yo era solamente la novia española de Gabriel. Alguien con quien poder hablar en castellano. Violeta era ecuatoriana.

–Me hubiera gustado verla –le dije a Nadir.

Él sonrió.

–De todas formas, no se ha quedado sola. Ha venido su madre a pasar estos días con ella. Ahora mismo deben de estar decorando la habitación del bebé –sonrió con orgullo–. Sus paredes nunca albergarán suficientes nubecitas blancas. Cuando nazca, la casa estará llena de nubes.

–¿Sabes si ha venido Solomon? –le preguntó Gabriel desde el otro extremo de la habitación, mientras colgaba en una percha la chaqueta que había llevado puesta durante nuestro paseo. Nadir negó con la cabeza.

–No lo he visto, pero sí a Milton. Si está él, ha venido Solomon.

Gabriel asintió satisfecho y le preguntó por otros asuntos que no me interesaban, así que volví a distraerme con el ajeteo de la calle. Esta vez sí escuché la llamada en la puerta. Entró Lyuba. Iba comiendo algo y me saludó con la mano libre.

—Hola. ¿Qué comes? —le pregunté.

—Nada —y, fuera lo que fuera, se lo metió de golpe en la boca.

Luego saltó sobre mí para darme un fuerte abrazo. La escuché masticar algo crujiente que me revolvió el estómago.

—¡Qué bien que ya estás aquí! —dijo entusiasmada—. ¡Me moría de ganas de verte! Bueno, es un decir, teniendo en cuenta que ya lo estoy —y soltó una carcajada infantil que contrastó con la gravedad de sus palabras.

La miré perpleja. Desde la primera vez que la vi, en Praga, Lyuba no había dejado de sorprenderme. Siempre iba vestida de acuerdo con su aspecto de niña modelo de catálogo de ropa infantil y sólo te percatabas de que algo no iba bien si la mirabas fijamente a la cara, a esos ojos de ardilla gigante. Y luego estaban sus cambios de personalidad. Tan pronto actuaba como cualquier otra niña, jugando en un parque de columpios o pidiendo una muñeca de un escaparate, como mostraba su verdadera naturaleza, haciendo o diciendo cosas escalofrantes. Una tarde, dos meses atrás, paseábamos por un parque a las afueras de Berlín cuando Lyuba descubrió un caracol. Se agachó junto a él, lo observó unos segundos y, de pronto, lo levantó cuidadosamente del suelo, aplastó la concha y de ella extrajo el cuerpo del caracol, que se comió. Durante el resto de nuestro paseo, caminó con la mirada fija en el suelo, buscando otro.

Así era la niña que ahora cogía en brazos, mientras me acariciaba el pelo.

—¿Puedo? Di, anda, ¿me dejas? ¿Puedo peinarte?

Asentí, la dejé en el suelo y me senté al borde de la cama. Lyuba aplaudió y entró a la carrera en el cuarto de baño. Escuché cómo hurgaba en mi neceser de viaje y salió con un cepillo de pelo. Se colocó de rodillas en la cama, detrás de mí y comenzó a peinarme, con una suavidad hipnótica que hacía que mis músculos se relajaran. Trataba mi pelo como peinaría el de una muñeca, y tras ese pensamiento se escondía una sensación algo preocupante que me mantenía alerta; Lyuba era imprevisible y, aunque me quería o al menos daba muestras de albergar un sentimiento parecido al cariño hacia mí, no olvidaba quién era y que, a diferencia de Gabriel, no había desarrollado ningún sistema de reglas morales mínimamente parecidas a las de un humano adulto y razonable. Lyuba solía actuar movida por impulsos infantiles, como haría cualquier otro niño del mundo, pero en ocasiones sus impulsos no eran en absoluto humanos ni infantiles. A Lyuba nadie le había enseñado la necesidad de distinguir entre el bien y el mal. En cualquier caso, esas observaciones morales tampoco parecían preocupar a la mayoría de los incorpóreos que había conocido. A excepción, por supuesto, de Gabriel y, en menor medida, de Orlando o de la propia Ulla —aunque en su caso me daba la sensación de que era sólo un disfraz para no asustarme—, todos los demás actuaban al margen de cualquier necesidad, perentoria o no, de mantener el equilibrio entre lo que se puede hacer y lo que se debe

hacer. Ellos estaban de paso en nuestro mundo y en el otro, así que habían perdido el interés por cualquier norma de convivencia o comportamiento.

En cualquier caso, lo único que me interesaba de su mundo y su raza era Gabriel, y a él lo tenía. Lo contemplé mientras hablaba con Nadir. Sonreía de vez en cuando. Soltó una carcajada y apoyó suavemente su mano en el hombro de Nadir.

Entonces me pregunté hasta cuándo podría durar lo nuestro, cuándo las diferencias de su naturaleza y la mía harían imposible nuestra convivencia. Nuestro amor. Un escalofrío sacudió mi espalda. Lyuba paró de peinarme y asomó su pequeña cabeza por encima de mi hombro derecho.

—¿Te he tirado del pelo?

—No, no, yo... está bien, puedes continuar si quieres.

—¿Seguro?

Iba a contestar cuando Gabriel dijo que teníamos que irnos.

—Por cierto —dijo en ese momento Nadir—, se rumorea que ha venido Kostya.

Gabriel miró gravemente a Nadir, pero fue Lyuba la que habló, súbitamente entusiasmada:

—¿En serio?

Tiró el cepillo sobre la colcha, saltó de la cama y abandonó corriendo la habitación. Dejó la puerta abierta y pude escuchar su carrera por el pasillo enmoquetado.

—¿Estás seguro? —preguntó Gabriel.

—El rumor se ha extendido como la pólvora. En cinco minutos comprobaremos su veracidad.

Entonces Gabriel me contempló de una manera extraña, en silencio, unos segundos eternos, como si estuviera mirando a través de mí. De nuevo perdido en su maraña privada de recuerdos, tan lejos, tan inaccesible. Después, con un leve movimiento de sus ojos, volvió a descubrirme. Y entonces sonrió.

Pero fue una sonrisa triste, que despertó un temor desconocido en mi interior.

—Bueno —dijo Nadir, rompiendo el hechizo que se había instalado en la habitación, entre Gabriel y yo—, me voy. Me esperan en la sala de los edecanes —me miró y sonrió—. Me gusta cómo suena. Me pregunto qué diría Violeta si supiera que su marido es un edecán —y con esas palabras abandonó nuestra habitación.

Nos quedamos Gabriel y yo a solas. Él extendió la mano, invitándome a acercarme. Yo me levanté de la cama e hice el mismo gesto. Gabriel declaró su derrota con una sonrisa y vino hasta mí, para abrazarme con fuerza. Con la cara apoyada sobre su corazón —siempre me sorprendía lo sólido de sus latidos—, le pregunté quién era Kostya y por qué era tan fantástico que acudiera a esta reunión.

—Sólo Lyuba es capaz de encontrar algo aceptable en este acontecimiento. Es un insociable, un salvaje. Siempre ha ido por libre. Un salvaje —repitió con desprecio.

—¿Y qué habrá hecho que venga? ¿La persuasión de Ulla?

—No creo. Es bastante ingobernable. En cualquier caso, no me interesa. Es probable

que tras esta noche, si es que se encuentra aquí, no volvamos a verlo. Regresará a sus estepas mongolas. Rehúye el contacto con cualquiera de su especie o de la tuya.

–Suenas agradable.

–Preferiría no tenerlo cerca.

–¿Es más peligroso que Isaak?

Gabriel inclinó la cabeza hacia atrás para mirarme a los ojos.

–¿Isaak? ¿Por qué le tienes manía?

Resoplé.

–¿Porque ha intentado asesinarme, tal vez?

–Oh, venga, reconoce que no es más que una manía tuya.

–Me odia, Gabriel.

–No creo, más bien pensaría que está enamorado de ti.

Me solté de su abrazo para recoger la chaqueta del respaldo de la silla.

–¿Qué tal si simplemente me ignorara? Eso estaría bien.

–Si quieres –dijo suavemente Gabriel–, hablo con él.

Lo pensé un segundo, pero rechacé la oferta.

–No, gracias. Creo que puedo cuidarme yo solita.

Gabriel encogió los hombros.

–Como quieras.

Se giró para salir, pero cogí su mano para atraer de nuevo su atención.

–Pero, por si acaso –le dije–, no te separes de mí.

–Hecho –me susurró al oído.

Salimos de nuestra habitación y Gabriel cerró la puerta cuidadosamente.

El edificio era una maraña laberíntica de pasillos enmoquetados y apliques en las paredes. Numerosas puertas de caoba oscura daban a los pasillos, todas cerradas. No nos cruzamos con nadie en nuestro recorrido. De hecho, la extraña soledad que nos rodeaba me ponía la piel de gallina. Me sentía como si fuéramos los últimos en abandonar un edificio en llamas.

Salimos a la galería exterior que unía los dos bloques adyacentes de la Catedral de San Antonio de Padua. Desde allí arriba, la privilegiada vista era impresionante, majestuosa. Pero había caído la noche y comenzado a refrescar, así que nos detuvimos apenas unos segundos para contemplar la fachada iluminada de la catedral.

Cuando supimos de la reunión, Gabriel me confirmó algo que había temido. Eres una de los nuestros, me dijo, estás convocada de la misma forma que lo estoy yo. Entramos en una sala con una recargada decoración barroca. Mi corazón comenzó a latir muy deprisa. De una doble puerta al fondo se escapaban voces. Allí nos dirigimos. Abrió la puerta con firmeza y entramos. Al instante, el murmullo enmudeció casi por arte de magia y se hizo un silencio pesado como el plomo. La nueva habitación sí estaba repleta de gente. Habría por lo menos un centenar de hombres. Sentados, de pie, apoyados en las paredes, en grupos, fumando... hicieran lo que hicieran, se detuvieron al entrar nosotros y nos clavaron los ojos. Una espesa nube de humo flotaba ya por encima de las cabezas. Noté el cuello ardiendo y supe que me había puesto colorada. Gabriel inclinó la cabeza a modo de saludo y todos los que estaban en aquella habitación le correspondieron con el mismo gesto fugaz. Nadie dijo una palabra. Fue como si una corriente eléctrica recorriese todos los cuerpos de la habitación. Aquellos hombres compartían un secreto: eran los edecanes de los incorpóreos, una tarea heredada de generación en generación, oculta al mundo, incluso a sus propias familias; desarrollada en secreto por una obligación nacida probablemente con el primero de los incorpóreos. Por cada sombra había un ser humano que le servía de escudo, de tapadera, de protector, de cómplice. No era un simple trabajo, por supuesto no uno de esos que se desarrollan de nueve a cinco. Ni siquiera era una profesión o un estilo de vida. Era algo que estaba por encima de las disponibilidades de cada uno de los participantes; nunca se les había dado a elegir. Nadir existía junto a Gabriel, de la misma forma que antes fue el padre de Nadir y, antes que éste, su progenitor, y el de éste... y así una cadena interminable que se sucedía elemento a elemento.

Nadir sabía que del vientre de Violeta nacería un varón que perpetuaría la ley no escrita de los edecanes de los incorpóreos. Y que lo viviría, al igual que él, no como una

obligación o imposición, sino como un honor. O tal vez no fuera así; tal vez estuviera más allá de cualquier tipo de valoración o elección posible: era así y así seguiría siendo.

Una tarde me contó Nadir cómo conoció su verdadera misión. Había cumplido diecisiete años de una vida cómoda y aburrida, con la única salvedad de que el trabajo de su padre —un modesto comerciante de sedas, según se sabía en la familia— le llevaba constantemente lejos de su hogar. Nadir quería iniciar sus estudios de leyes en una prestigiosa universidad egipcia, opción que apoyaba su madre, pese a que la idea de vivir unos años separada de su único hijo le doliera. Pero su padre esperaba que siguiera sus huellas en el comercio de la seda, una perspectiva en absoluto atractiva para alguien tan joven como Nadir. El curso comenzaba en poco tiempo y Nadir necesitaba la autorización paterna para inscribirse en la facultad. En cuanto su padre regresó del último viaje, Nadir y su madre le comunicaron durante la cena la decisión tomada por el joven. Nadir habló cuidadosamente de su iniciativa: la presentó, la defendió y la desarrolló, en tanto que su madre asentía complacida al despliegue del ambicioso proyecto de su hijo. El padre de Nadir escuchó atentamente las palabras del joven, sin interrumpir ni una sola vez. Era un hombre serio, grave, de natural tranquilo y sosegado. Las escasas veces que había montado en cólera temblaban los cimientos de la Tierra. Sin embargo, Nadir sabía que le escucharía atentamente y que no daría una respuesta sin meditar sobre ella. Cuando el joven acabó su apasionada exposición y se sentó, exhausto y nervioso, a la mesa, la madre aguardando ansiosa con los ojos fijos en el padre, éste se limitó a levantarse lentamente. Contempló sus manos unos segundos y anunció que daría su respuesta a la mañana siguiente. Con paso cansado, se retiró a su habitación. Nadir y su madre permanecieron en silencio. No sabía qué pensar. Su madre le tranquilizó, diciendo que era un hombre razonable y tomaría la mejor decisión para todos ellos. Y la última luz de la casa se apagó, bien entrada la noche.

Nadir se levantó bastante antes del amanecer, se vistió, y esperó en la cocina, con la espalda pegada al respaldo de la silla, a que su padre apareciera. Cuando éste entró, no mostró sorpresa alguna al descubrir a su hijo. Las ojeras bajo los grandes ojos negros de Nadir delataban las escasas horas de sueño. El padre se sentó a la cabecera de la mesa y le comunicó su decisión. Respetaría lo que Nadir quisiera hacer con su futuro, con una única condición: esa misma tarde partiría con él a un viaje que tenía planeado. Solos los dos, padre e hijo, adulto y joven. Maestro y aprendiz, me revelaría Nadir aquella tarde. Porque su padre había tomado en secreto la decisión de adelantar la entrada de Nadir al mundo al que pertenecía desde el momento mismo de su alumbramiento. Cuando regresaran, dijo su padre, respetaría lo que el joven quisiera hacer. Pero, me confesó Nadir, el viejo edecán sabía que nunca había existido realmente esa libertad de decisión. Nadir nunca elegiría otra cosa que el camino que debía tomar y que su padre le mostraría en ese viaje, aunque el joven no supiera entonces los verdaderos motivos. No había vuelta atrás. Feliz en su ignorancia, convencido de que nada podría hacerle cambiar de

opinión y de que su padre aceptaría finalmente su ingreso en la universidad, Nadir aceptó.

Cuando regresaron, un mes después, el Nadir que besó taciturno a su madre en la mejilla no era el mismo que había partido. Aquel nuevo joven era precozmente maduro, solitario, taciturno y, en ocasiones, asustadizo, como constató su madre, preocupada, cuando apagaba por las noches la lámpara que Nadir dejaba siempre encendida. Nadir había conocido, de la mano de su padre, la existencia de los espectros y la función que se esperaba de él en esta vida. Había conocido a Gabriel y a otros como él. A otros edecanes, maestros y aprendices. Su padre le había abierto los ojos a un mundo que jamás soñó que existiera, siquiera en pesadillas, como las que poblaron sus noches durante mucho tiempo después.

Cuando pudo digerir y aceptar la gravedad de su posición, comunicó a su madre que finalmente iría a Nueva York a estudiar. Se despidieron. Madre e hijo volverían a verse en pocas ocasiones más. Durante los años siguientes, Nadir se dedicó a aprender su oficio y, cuando llegó el momento, sustituyó a su padre como edecán de Gabriel.

Ahora, muchos años después de aquellos acontecimientos, descubrí en un rincón de aquella sala, junto a un grupo de jóvenes edecanes, al propio Nadir. En silencio, contemplándonos, como los demás. Pero cuando nuestras miradas se cruzaron, me guiñó un ojo. Aquel sencillo gesto me proporcionó confianza y tranquilidad y me hizo sonreír.

Atravesamos la inmensa sala en medio de un solemne silencio, hacia una puerta que abrió Gabriel. Después, se apartó para dejarme pasar primero.

Entré.

El salón en el que desembocamos era alargado, de unas dimensiones colosales. Grandes balcones se sucedían a lo largo de una de las paredes, cubiertos con gigantescos y pesados cortinajes de color vino, recogidos a cada lado por ganchos dorados en forma de puños. La pared frente a los balcones estaba cubierta de espejos de arriba abajo, que reflejaban la luz blanquecina hasta inundar el salón de una iridiscencia plateada que me trasladaba aún más, si cabía, a un escenario irreal, como de sueño. Los muebles eran ornamentales, grandes y pesados, con barnices y diminutas patas doradas; mesas redondas cuya cubierta era un delicado trabajo de marquetería que conjugaba minúsculas piezas de madera de distintos colores ocres hasta formar auténticos caleidoscopios; butacas con patas en forma de garras y viejas sedas en el respaldo que ya no brillaban, debido a la acción del tiempo; gigantescos floreros de cristal sobre ménsulas y cómodas.

Sin embargo, no era la decoración lo que más me llamó la atención. En aquel salón se encontraba la totalidad de los incorpóreos que existían en ese momento. Noventa y siete, había mencionado Gabriel un rato antes. No sé si estarían todos, pero era una aglomeración de lo más anómala y heterogénea. Al entrar en la habitación, pude observarlos con atención y, también, con algo de prevención porque, aunque conocía a muchos ya, aunque sólo fuera de vista, no era agradable estar entre ellos.

Cualquier espectador ignorante de lo que estaba ocurriendo allí tardaría un rato en

percatarse y comprender el movimiento de todos los individuos reunidos. Había algunos incorpóreos en plena transición hacia su forma humana, pequeñas nubes gaseosas grises que aparecían en las esquinas más alejadas del salón y que segundos después se transformaban en seres físicos. El salón, abarrotado, hervía de actividad desigual y sonidos dispares. Formando pequeños racimos, los espectros conversaban, discutían o simplemente aguardaban. Algunos caminaban por la sala, generalmente en parejas o tríos, con las manos a la espalda. Alguna carcajada estrepitosa, gutural o ronca captaba momentáneamente la atención de los más cercanos, pero enseguida cada grupúsculo retomaba sus asuntos. Había incorpóreos de todas las condiciones físicas posibles: altos, tuertos, extraordinariamente viejos, apáticos... la mayoría era sencillamente desagradable.

Luego estaban los sonidos: risas que volaban por encima de nuestras cabezas y un constante y monótono ruido crepitante, probablemente provocado por la gran cantidad de migraciones que estaban produciéndose al mismo tiempo. Que aquella reunión escalofriante se estuviese celebrando en un salón tan refinado y no en el punto más aterrador del planeta sólo podría deberse al gusto de Ulla por la belleza clásica.

Reconocí al sobrecogedor John, un incorpóreo enjuto, de extrema palidez y hombros encorvados, que podría pasar por la personificación de las representaciones de la Parca. La piel de su rostro y manos, lo único de su cuerpo que dejaba expuesto a la vista, no tenía más consistencia que una membrana envejecida y bastante repulsiva. Sus ojos, dos pequeñas cavernas negras, provocaban escalofríos. Pero, pese a su aspecto espeluznante, John me trataba con una delicadeza extrema, una amabilidad que a veces me aturdía. Tenía unos modales exquisitos. Solía cogerme cariñosamente la mano cada vez que nos encontrábamos y se despedía de mí con un beso fugaz en la mejilla. Desconcertante.

Junto a John surgió de las brumas del otro mundo Masato, un antiguo guerrero samurái con el que no había cruzado palabra en mi vida, tal era el terror que me provocaba. Cada vez que nos encontrábamos, siempre tensaba los labios y me miraba con lo que me parecía un odio infinito. Una vez le pregunté a Gabriel por la actitud de aquel viejo incorpóreo; se encogió de hombros y dijo: «Viejos recelos, supongo».

Nos acercamos a saludar a un concurrido grupo de incorpóreos, del que sobresalía la cabeza de Huan, uno de los físicos femeninos más rotundos que había visto. Huan era de ascendencia china, aunque con rasgos bastante occidentalizados. Era guapa, de alguna manera sutil. A su metro ochenta de estatura había que añadir su extraordinario volumen. No pesaba menos de ciento cincuenta kilos. Mi mano parecía la de una muñeca entre sus excesivos dedos. Se movía como si éste no fuera su hábitat natural. Sabía por Orlando, gran amigo suyo, que Huan era una excelente nadadora porque era en el elemento agua donde desaparecían las limitaciones que le imponían sus exageradas proporciones en este mundo. Seguramente también desaparecían en Pandemónium, pero nunca nos habíamos cruzado al otro lado.

Otros incorpóreos tenían más de espectro que de humano. Por ejemplo, Dorian, un *gentleman* a la antigua usanza. Vestía siempre impecables ropas del siglo pasado y se

jactaba de que Oscar Wilde le pidió permiso para usar su nombre para su personaje más célebre. Tenía un curioso pasatiempo: coleccionaba recuerdos de muertes. Cada vez que iba a Pandemónium, buscaba nuevos ingresados de quienes sustraer sus últimos recuerdos y, de éstos, la forma exacta en que murieron. Almacenaba esos últimos momentos ajenos y los ofrecía luego como un pasatiempo. A mí me engañó una vez, al poco de conocerlo: dijo que quería mostrarme algo y cogió mi mano entre las suyas. Al hacerlo, abrió su mente para mí y me mostró alguno de sus tesoros, como las últimas imágenes de una joven que se despeñó accidentalmente desde la terraza de un piso alto. Se estrelló contra el granito del suelo, a escasos centímetros del bordillo de una piscina que podría haberle salvado la vida. Lo más escalofriante fue comprobar cómo la joven se percató de su mala suerte una fracción de segundo antes de morir.

Dorian atesoraba aquellos recuerdos robados y luego los compartía con otros incorpóreos, como si fueran diminutas mariposas prendidas con alfileres. El desprecio por la vida humana que estaba latente en la mayoría de los incorpóreos cobraba más repulsión en Dorian.

También saludé a Ranjiv y su hermana Chandrika, los siameses hindúes que, como Brahma, compartían tronco y piernas. Vivían aislados de las miradas curiosas que tanto daño les habían causado en su infancia. Orlando me contó que fue Ranjiv el primero en migrar, cuando tenían cinco años, lo que me causó gran perplejidad: ¿qué había ocurrido con Chandrika mientras su hermano yacía muerto? Probablemente, de no haber nacido en una aldea paupérrima cercana al lago Rewalsar, sino en el seno de una familia occidental, habrían operado inmediatamente a los siameses, con el objetivo de separar la mitad muerta de la todavía viva. Afortunadamente para ellos, la familia de los siameses nunca había podido costearse esa operación. Cuando Ranjiv regresó de Pandemónium, su familia pensó que estaban embrujados y los vendieron al propietario de un circo ambulante, con el que recorrieron buena parte de la geografía india. Con el tiempo, huyeron del circo y se refugiaron en un lugar secreto que nunca abandonaban si no eran requeridos. Habían sido expuestos y mirados como monstruos, alimentados como tal en el circo, y eso que quienes los trataron nunca sospecharon de su auténtica naturaleza. Conmigo eran educados y corteses y, por lo que sabía, también habían rechazado la posibilidad de alimentarse de almas humanas.

Nos alejamos de los siameses y Gabriel descubrió un par de sillas vacías junto a un velador redondo, no muy lejos de lo que parecía el epicentro de la convocatoria: junto a una enorme chimenea al fondo de la sala, de tamaño desproporcionado, se encontraba de pie Ulla. Ella sí nos vio entrar y juraría que esbozó una ligera sonrisa, aunque dada la distancia que nos separaba no podría asegurarlo. Seguramente fuera un truco de mi cabeza, desesperada por encontrar algo de calor humano en aquella concentración de espectros. Ulla esperaba tranquilamente, con las manos cruzadas sobre el regazo de su vestido de color coral, a que se hiciera el silencio. Parecía no tener prisa. Aunque la

mayoría de los asistentes estaban conversando, lo hacían en susurros entrecortados, como si fueran ellos los que esperaran una señal de Ulla.

Mientras nos dirigíamos hacia las sillas, vi en un rincón a Isaak. ¡Cómo no verlo! Sus más de dos metros sobresalían por encima de cualquier otra cabeza. Además, su forma tan agresiva de apoyarse en la pared, estirando su infinita espalda, dejaba a las claras su intención de mostrarse como el más depredador de todos los incorpóreos. Junto a él estaban algunos otros espectros que conocía de vista, pero con los que no había cruzado palabra nunca. Su coro de hienas.

Frente a él, sentada en un butacón enorme, descubrí a la diminuta Lila, con su perfecta carita de porcelana. Estaba sola, contemplando un punto vacío de la sala, muy atenta, como si esperara ver aparecer de pronto un espectro desde el otro lado. Yo también miré hacia ese punto, algo incómoda, pero nada se movía. Cuando volví a mirar a Lila, me estaba sonriendo y formó un «hola» con sus labios. Le divertía asustarme.

De pronto, se interpuso entre nosotros y las sillas una de las escasas figuras del salón que no me generaba náuseas: Nui, el espectro maorí que solía viajar a Pandemónium junto a Gabriel cada vez que La Araña los reclamaba. Eran compañeros de armas y habían compartido muchos viajes y misiones. Le apreciaba y él siempre se había mostrado muy protector conmigo, como si hubiera heredado de Gabriel la necesidad de cuidar de mí. Pero no era sólo eso: había más humanidad en él que en los otros espectros. Nui también rechazaba la posibilidad de alimentarse de seres humanos. Simplemente aceptaba lo que era, sin buscar ninguna solución de continuidad. Más o menos como Gabriel. Aunque dudo que Nui tuviera la capacidad de amar que hacía único a Gabriel.

Era de estatura más corta que la mía, a diferencia de lo que daba a entender su nombre –me había explicado Gabriel que, en maorí, *nui* significaba «grande»; cuando se retaban amistosamente, Gabriel le llamaba *iti*, pequeño–. Sus hombros tenían una anchura descomunal. Llevaba el pelo negro recogido en una pequeña coleta y su rostro estaba completamente tatuado con dibujos maoríes, que recorrían su frente y bajaban por los pómulos, nariz y barbilla, dibujando agresivas curvas negras. Aquel detalle otorgaba más ferocidad a sus facciones, muy angulosas de por sí. Sin embargo, toda la intimidación que provocaba su aspecto se evaporaba cuando soltaba una de sus espontáneas risotadas. Nui tenía un sentido del humor poco ortodoxo e inteligente y lograba hacerme reír con facilidad. A menudo viajaba con nosotros y era un acompañante fabuloso, que disfrutaba sobre todo de una buena comida. Consumado gourmet, podía apreciar con una delicadeza exquisita las variedades más sutiles de cualquier plato o bebida. Sólo teníamos que preguntarle por el ceviche, el sashimi o el Glühwein más deliciosos, para que él nos condujera al punto del planeta donde mejor lo prepararan. Poseía una capacidad casi infinita de recopilar y almacenar en su cerebro todos los sabores del mundo. Le había cogido mucho cariño.

Nui se acercó a mí lo suficiente para saludarme con un hongí: aplastó su nariz

achata contra la mía y luego me guiñó un ojo.

–Hola a ambos –dijo después.

–Hola Nui –saludé a mi vez, mientras me frotaba la nariz–. ¿No podrías alguna vez saludarme como un occidental?

Nui emitió una suave risa.

–Eso no me permitiría acercarme tanto a ti y siempre hueles tan bien...

–¿Habéis visto a Orlando? –pregunté.

–Orlando es impredecible. ¡Quién sabe si vendrá! –contestó Gabriel. Y luego, dirigiéndose a Nui, le preguntó–: ¿Llevas mucho aquí?

–No mucho, pero mis tripas no dejan de rugir. Estoy deseando que Ulla acabe porque he descubierto un sitio a orillas del Bósforo donde sirven el mejor pilav üstü. Os va a encantar.

–Nadir tenía razón –interrumpió Gabriel de manera abrupta–. El estepario ha venido.

Nui giró la cabeza para mirar hacia el mismo punto donde había clavado Gabriel sus ojos. Yo también miré.

A diez metros de nosotros, apoyado en la pared y cruzado de brazos, había un hombre, de más o menos la misma edad que aparentaba Gabriel, alrededor de treinta años, pero de una hechura completamente distinta. Más bajo que Gabriel y mucho más fornido, de espalda ancha y gruesas muñecas que llevaba protegidas por unas extrañas muñequeras negras, tenía un pelo negro enmarañado y sucio que le caía desordenadamente sobre los hombros. Iba vestido de forma descuidada, con unos pantalones abombados metidos dentro de unas botas de cuero desgastado y una camiseta negra de manga corta. Algo brillaba en sus orejas y supuse que serían pendientes. No era sólo su aspecto descuidado, era que transmitía la imagen de un animal salvaje, casi primitivo. Y, sin embargo, atractivo de algún modo. Ese tipo de belleza que, más que deberse a la perfección o armonía de unos rasgos, era como un aura. Me hacía pensar en un gran felino descansando.

Pero fueron sus ojos, que mantenía clavados en mí, lo que centró mi interés. Me miraba como si descubrirme hubiera sido la mayor diversión de aquella velada, una mirada demasiado franca, directa, a la que no podía sustraerme. Me ponía nerviosa. Sería miedo, me dije.

–Kostya –silabeó Gabriel con aversión.

Así que era él. Kostya. El incorpóreo que pudo haberme asesinado, de haber acudido a la llamada de La Araña veintitrés años atrás. Kostya, el salvaje.

Sentí escalofríos. Miré de reojo a Gabriel y Nui. Ellos también le contemplaban. Sin embargo, cuando volví a mirar yo, Kostya había desviado la cara y observaba con evidente desidia el resto de asistentes a la reunión.

–Me pregunto qué le habrá hecho abandonar la estepa –dijo Nui.

En ese momento la poderosa voz de Ulla sobrevoló nuestras cabezas. Los murmullos desaparecieron.

—Estamos todos. Comencemos.

Se produjeron varias capas sutiles de ruidos: cuerpos acomodándose en sus sillas, roce de ropas, cambios de posturas, pero ni una sola voz. De la calle, a través de los grandes ventanales, subieron unas jóvenes risas femeninas. Ulla miró con desaprobación hacia el ventanal y luego volvió a concentrarse en el silencio que reinaba ya en la sala. Pensé, durante un segundo fugaz, en las chicas que habrían soltado aquellas carcajadas. Qué pensarían si supieran que a escasos metros de ellas, una habitación bullía de fantasmas, perfectamente acomodados en sus vidas de espejismo.

—Os he hecho reunir aquí porque tardaría demasiado tiempo en buscaros a todos. Os traigo un mensaje de La Araña y una advertencia. El mensaje es claro: no toleraré ninguna filtración al exterior por parte de ninguno de nosotros. Se os exige discreción absoluta.

De nuevo ese fino estrato de sonidos, como una membrana translúcida. No entendí las palabras de Ulla, pero no me sentí aludida por ellas.

—Y la advertencia es también sencilla: no hay occisos en los alrededores de la ciudad. Han desaparecido.

Esta vez sus palabras sí produjeron revuelo. Los murmullos se desataron enloquecidos por la sala. Algunas voces se enroscaron sobre otras hasta destacar por encima de las demás. Se formaron enseguida pequeños círculos donde se hablaba atropelladamente. Unos gesticulaban nerviosamente, otros parecían liderar sus improvisados conciliábulos. Gabriel y Nui también conversaban en voz baja con otros dos incorpóreos que se habían acercado a nosotros. Gabriel me había cogido la mano instintivamente y me la apretaba con fuerza. Sólo dos de los presentes permanecían impasibles frente al caos desatado: Ulla, que contemplaba el alboroto con el rostro serio, y Kostya, inmóvil, de nuevo con su mirada sobre mí.

—¿Por qué —una voz irritada se alzó por encima del ruido; pertenecía a un incorpóreo que sólo conocía de vista— no nos ha convocado La Araña para contarnos esto en persona?

Ulla contestó con su calma habitual:

—Porque por ahora no hay motivo de alarma.

—Pero todos recordamos la última vez que los occisos atacaron la ciudad —dijo otro, un hombre vestido con un traje de raya diplomática gris oscuro. Llevaba el pelo fuertemente engominado, con la raya marcada a un lado. Manoseaba nerviosamente un sombrero blanco—. Nadie quiere revivir aquel capítulo horrible.

—Pues si vuelven a atacarnos —tronó la voz de Isaak—, les explicaremos de nuevo por qué no pueden acceder al interior de la ciudad. Y esta vez nos aseguraremos de que memoricen la lección —sus incondicionales rieron e Isaak se giró hacia ellos con una sonrisa triunfal.

—Es cierto —fue Lila, la diminuta muñequita de jade, quien habló esta vez—, nuestros guerreros velarán por el orden, como han hecho siempre, ¿verdad?

Más de la mitad de los asistentes se giró a mirar a Gabriel, que dijo:

–Ulla, sólo tengo una pregunta que hacerte. ¿Por qué nos cuentas esto?

De nuevo, las miradas convergieron en la mujer.

–Solamente porque quiero que estéis todos vosotros alerta cuando crucéis. Cualquier cosa extraña que detectéis, merecerá mi atención.

Las palabras de Ulla acallaron los murmullos. Sin embargo, Nui susurró:

–No me trago esta convocatoria sólo para decir eso.

–Yo tampoco. Pero, si hay algo más, Ulla nos lo dirá enseguida. Tranquilo, amigo.

Gabriel seguía apretando con fuerza mi mano, pero había bloqueado su mente. No me permitía entrar en sus pensamientos y este detalle me inquietaba aún más que lo que acababa de contemplar y escuchar.

–Amigos –Ulla alzó su voz de nuevo–, eso es todo. Sed precavidos.

Aquello puso fin a la reunión. De manera ordenada, los espectros se pusieron en movimiento y se encaminaron hacia la puerta en pequeños grupos que cuchicheaban. Algunos migraron, dejando estelas vaporosas detrás. Por el ruido que me llegó de la sala contigua, supuse que los edecanes, que habían estado aguardando el final de la reunión, también se habían movilizado. Me pregunté si alguno de ellos habría intentado captar algo de lo aquí hablado o si su férreo código de honor les impedía hacer tales cosas.

–¿Qué hacemos, Gabriel? –preguntó Nui.

Sólo nosotros tres permanecíamos sentados. Ulla no estaba a la vista por ningún sitio. Gabriel le dio una amistosa palmada en el hombro a Nui.

–¿No estabas hablando de ir a comer pilav üstü a un restaurante secreto?

Nui se levantó de un ágil salto, inflamado por un súbito buen humor.

Los tres nos encaminamos hacia la puerta, pero unos pasos antes de alcanzarla apareció Ulla.

–Gabriel, os tengo que pedir algo a vosotros dos.

Para mi sorpresa, miró a Nui y éste, sin decir palabra, tensó la espalda y se alejó con aire ofendido.

–Necesito –comenzó a decirnos Ulla– que vayáis a recoger a un nuevo incorpóreo. Regresará esta noche, en un cementerio al norte de Londres. Se trata de un niño, así que su horror será muy profundo.

–¿Cómo que recoger a un nuevo incorpóreo? –pregunté.

–Significa –se adelantó Gabriel– que un incorpóreo nuevo está haciendo ahora mismo su primera migración y, cuando regrese, se encontrará en el interior de un ataúd, a varios metros bajo tierra.

–Los tiempos –continuó Ulla– se complican y no quiero que el niño despierte solo y aterrorizado o que intente regresar a su casa. Hacía mucho tiempo que La Araña no nos ofrecía un recién llegado.

–La última fue Lyuba –me informó Gabriel.

–Cierto. Por este motivo es menester que estéis presentes. Ayudaréis a tranquilizar al

niño. Lejos de mí la intención de repetir otra experiencia como la de esa niña maldita.

—¿Qué pasó con ella?

—Ya te lo contaré —me explicó Gabriel—. Pero sus... *comportamientos* inadecuados no gustan mucho por aquí.

Bonito eufemismo, pensé, para describir las cosas espeluznantes que podía hacer Lyuba. ¿Cómo era posible que una niña tan pequeña y de aspecto tan dulce pudiera provocar tanto miedo e inquietud?

—Nadir os proporcionará cobertura, como siempre —continuó Ulla—. Luego id con el niño a casa de Solomon, os estará esperando.

Ulla dio media vuelta para dejarnos, pero Gabriel la detuvo con un gesto.

—Eso que nos has dicho antes de los occisos... ¿qué es exactamente lo que nos estás ocultando?

Ulla chasqueó la lengua y miró alrededor. Luego bajó la voz.

—No es solamente que se hayan replegado, lo que podría indicar un nuevo ataque a la ciudad. Hay algo más que no quiero que se sepa aún.

Gabriel frunció las cejas.

—¿Qué es?

—Te pido discreción, Gabriel —Ulla dejó unos segundos flotar el silencio entre nosotros y luego dijo—: creemos que se están reagrupando para traspasar el umbral y entrar en este plano.

Gabriel ladeó la cabeza, como si calculara el alcance de las palabras de Ulla.

—No pueden hacerlo. Es decir, ¿qué puerta de entrada utilizarían? ¿Estás segura?

—No son solamente mis conjeturas, hay otros indicios. El hecho de que ella —y me señaló con un apenas perceptible movimiento de su cabeza— esté aquí es más significativo aún.

Gabriel se removió incómodo.

—No hay necesidad de involucrar a Perséfone en esto.

—¡Oh! Por favor, Gabriel... La Araña no habría creado una nueva Reina Azul sin fundamento, lo sabes. Y tal vez sea éste.

La Reina Azul. Yo había escuchado antes esas palabras... en la pesadilla que tuvo lugar en otro mundo, la única vez que había estado frente a La Araña...

—Estás equivocada —la voz de Gabriel me devolvió a la realidad.

Ulla bufó.

—¡Por el amor de Dios! Cuando te comportas tan... *humanamente* no hay quien te soporte.

Miró enfurecida a Gabriel y luego abandonó el salón. Nos quedamos solos los dos. Gabriel tenía la mirada clavada en el suelo, pero no necesitaba ver su rostro para darme cuenta de que estaba preocupado. Rocé con los dedos el dorso de su mano, pero seguía bloqueándome el acceso a su mente.

—¿Vas a explicarme algo de esto?

Negó con la cabeza.

–Creo que no.

Cuando volvió a mirarme, sus ojos habían recuperado su expresión habitual. Me besó en la frente.

–Más de la mitad de lo que acabas de oír son sólo conjeturas. No merece la pena escuchar una posible explicación a algo que no se cumplirá nunca.

Decidí no insistir por el momento. Ya buscaría mis explicaciones más tarde, en situaciones más propicias. Las palabras de Ulla habían encontrado un hueco en mi mente, y si Gabriel no quería darme respuestas, le preguntaría directamente a ella.

Cuando atravesamos la sala de los edecanes, estaba vacía también. Rehicimos el camino de vuelta a la habitación. Los pasillos tapizados de mullidas alfombras estaban desiertos. No se veía a nadie ni se escuchaba ruido alguno. Sin embargo, al doblar una esquina del largo pasillo, tuvimos un desagradable encuentro. Alguien nos esperaba, apoyado en la pared, en la misma postura que lo habíamos visto un rato antes.

Kostya.

Gabriel y yo nos detuvimos en el acto. En cuanto él nos vio, enderezó la espalda y se acercó a nosotros.

–Gabriel –dijo, con una voz sorprendentemente aterciopelada–. Hace mucho tiempo que no coincidían nuestros caminos.

Gabriel se cruzó de brazos y le miró fijamente. La diferencia de altura entre ellos dos era notable: Kostya era al menos un palmo más bajo que Gabriel. No sé si se podría calificar de odio, pero el nivel de tensión que flotaba entre ambos era muy palpable y crecía por momentos.

–Kostya, nos preguntábamos qué te habría convencido para venir hoy.

Clavó sus ojos en mí y me señaló con la barbilla. Sus ojos eran increíblemente hermosos: rasgados, oscuros, de larguísimas pestañas.

–Ella. La nueva Reina Azul.

En ese momento, Gabriel descruzó los brazos y se acercó todavía más a él. Cuando habló, su voz prescindió de cualquier rasgo de formalidad o educación que hubiera mantenido hasta entonces.

–*No es la Reina Azul* –dijo Gabriel enfurecido.

Me quedé paralizada por la sorpresa de ver a Gabriel tan irritado por algo que, además, todavía no comprendía. Gabriel cerraba los puños crispados y había colocado su rostro a unos veinte centímetros del de Kostya, que le contemplaba sin el menor asomo de emoción, como si aquello no fuera con él. Entonces sonó otra voz masculina junto a ellos:

–No es el momento, amigo mío.

Era Nui, aparecido de no sabía dónde. Se situó a la izquierda de Gabriel y apoyó su enorme mano en el pecho, mirando de reojo al salvaje. Mantuvieron el desafío unos

segundos más y, de pronto, Kostya dio un paso atrás, lo que aflojó casi por arte de magia los puños de Gabriel.

—No pretendía alteraros. Sólo quería saludar, eso es todo —dijo el salvaje sin el menor asomo de tensión.

Aquel extraño incorpóreo hizo entonces un gesto que me desarmó por completo: tendió su mano derecha hacia mí, con la palma abierta. Un claro gesto de saludo a la manera occidental. Más preocupada por restar tensión al ambiente que por un deseo real de saludarle, tendí mi mano y se la estreché.

Error.

Una descarga eléctrica me recorrió la cabeza, la espina dorsal, cada músculo y célula de mi cuerpo, cuando Kostya abrió las puertas de su conciencia para que yo, desprevenida, me deslizara por ella. Duró solamente unos segundos, los que mantuve mi mano en contacto con la suya. Aquel gesto no había tenido nada de inocente por su parte, sino que había sido un truco para hacerme entrar en su mente; en el breve espacio de tiempo que mantuvimos nuestras manos unidas, Kostya me narró, desde el interior de sus bellos ojos oscuros, cómo se hablaba entre sombras de la mujer humana de la que no se separaba Gabriel; él mismo, que vivía apartado de cualquier contacto mortal o inmortal, no había podido evitar sentir curiosidad por conocer a esa mujer; me contó que eso fue lo que le convenció para venir a Estambul y atender a la llamada de Ulla, aunque le importara bien poco lo que tuvieran que decirle; cuando me vio entrar en la habitación, junto a Gabriel, comprendió al instante que era la única no incorpórea de la sala; me dijo que sintió renacer en él un desmesurado deseo físico, que creía muerto hacía mucho tiempo. Quería saber, me dijo durante ese roce de manos, a qué olía mi piel y cómo serían las noches a mi lado y...

Suficiente. Solté su mano abruptamente y desvié la mirada, para no encontrarme con la suya. Los latidos del corazón me explotaban en los oídos, como si todo lo que había volcado en mi cabeza sin palabras hubiera podido bloquearme.

—Nos veremos, espero —escuché lejanamente que decía Kostya.

—Lamento disentir. Adiós —se despidió Gabriel y continuamos los dos nuestro camino, seguidos por Nui.

Caminé haciendo un extraordinario esfuerzo por controlar el mareo. Mi cabeza estaba en completo desorden, atendiendo a varios pensamientos a la vez: había uno que me prevenía de volver a tocar a un incorpóreo que no fuera Gabriel; otros se empeñaban en rescatar todo lo que había dicho Kostya; y luego había algo más, una insensata fuente de calor que nacía dentro de mi pecho, creada por las imágenes que había volcado aquel extraño en mi cabeza y en mis terminaciones nerviosas. Aturdida, decidí que no tenía nada de malo aquella excitación. En sus imágenes, Kostya me había mostrado un fuerte deseo físico, sí, pero también ternura y una extraña necesidad de protegerme. Esa mezcla fue lo que me había turbado tanto. Pero no debía sentirme avergonzada, me dije. Lo que había sentido no era más que una reacción natural. Nada más.

En ese momento me di cuenta de que caminaba cogida de la mano de Gabriel y le solté, preocupada porque pudiera leer mis pensamientos. Fue un gesto demasiado brusco, que llamó su atención.

—¿Estás bien? —susurró con su voz más dulce.

Asentí. Me estaba comportando como una estúpida: los incorpóreos no podían leer pensamientos. Era yo la que, a través del contacto físico, podía husmear en sus cabezas, si ellos me lo permitían. Cogí de nuevo su mano. No volvería a perder el control de una forma tan pueril. Gabriel me besó en el cuello, justo bajo el lóbulo de la oreja.

—Me gustaría que descansaras un poco, pero no tenemos tiempo. Hemos de coger un vuelo a Londres inmediatamente.

—Estoy bien, no te preocupes, Gabriel. Intentaré dormir algo en el avión.

Cuando llegamos a nuestra habitación, nos estaba esperando Nadir, para explicarnos los preparativos de nuestro viaje.

¡Maldita sea! Deseaba no volver a ver a aquel salvaje en toda mi vida.

¿O sí?

LONDRES

La mayoría de parejas suele ir al cine los sábados por la noche, o a cenar a casa de unos amigos, o, como mucho, a casa de los padres de uno u otro. Es lo habitual. Las calles más comerciales de las grandes ciudades reciben enormes cantidades de visitantes que transitarán durante horas, entrando y saliendo de bares, restaurantes, cines y teatros, hasta que decidan retirarse a descansar. Es lo normal, casi un rito, lo más frecuente, lo que yo también hice durante una temporada anterior de mi vida. Pero hay gustos para todo, ¿no? Hay gente que se queda en casa leyendo o viendo la televisión, o durmiendo. También los hay, y muchos, que trabajan un sábado por la noche, conduciendo una ambulancia, sirviendo pizzas, en hospitales, sobre un escenario, policías, taxistas, abogados de turno, conductores de autobuses...

Luego están los incorpóreos y sus rutinas particulares. Así que no debería haberme parecido tan extraño que Gabriel y yo estuviéramos sentados, en una fría noche de sábado, a finales de septiembre, en el solitario y oscuro cementerio de Lavender Hill, al norte de Londres, cumpliendo las órdenes de Ulla. O esperando cumplirlas, al menos.

Llegamos a la estación de Victoria un viernes por la noche. Un taxi nos condujo a la zona de South Kensington, donde se encontraba el refugio favorito de Gabriel en Londres. No era el único inmueble que poseían los incorpóreos en la ciudad. El taxi bajó por Kensington High Street, giró a la izquierda por Earl's Court Road y llegamos a Pembroke Square, nuestro destino. Allí, frente a una plaza rectangular que albergaba, además de los jardines, un vivero y unas pistas de tenis, se encontraba nuestra bonita casa de estilo victoriano, con tres plantas de altura. La fachada era blanca y la puerta azul. Era casi gemela a las otras casas que rodeaban la plaza. Cuando llegamos, algunas ventanas estaban iluminadas pero la tranquilidad era absoluta. Apenas se oía el ladrido lejano de algún perro.

Gabriel me dejó dormir hasta el mediodía. Habíamos hecho un pacto, durante nuestro vuelo: yo escogía dónde comer y él dónde cenar. Después de desayunar uno de esos donuts cubiertos por caramelo y rellenos de dulce de leche, y de beber dos vasos seguidos de agua, fuimos a pasear. Subimos caminando a Kensington Gardens. Pese al frío y al cielo plomizo, el parque tenía bastante afluencia. Perros, dueños, niños, patos, corredores, barquitos de vela en The Round Pond... una tranquila mañana de sábado.

Cogimos un autobús de la línea 9 frente a Queen's Gate. Nos sentamos en el piso superior, pegados al parabrisas delantero. No me cansaba de cumplir con los tópicos del turista cada vez que regresábamos a Londres, pero lo mejor era que Gabriel, que había asistido a la evolución de la ciudad durante el último siglo y medio, no mostraba ningún signo de cansancio con mi curiosidad.

—Todos los sitios en los que estuve antes de que nacieras —solía decirme— estaban vacíos sin ti. Ahora los estoy descubriendo de nuevo.

Me tocaba decidir dónde comer y elegí Camden Town.

La zona tenía un ambiente muy divertido. Me gustaba la mezcla de olores que se enroscaban a los puestos del mercadillo: incienso, curri, cuero mal curtido, marihuana, vainilla... Moverse por las callejuelas del mercadillo era tarea imposible, tal era la variedad de reclamos y de productos expuestos. Compramos una bufanda color ocre para Orlando.

Luego continuamos por Camden High Street en dirección al canal. Allí se encontraban los puestos callejeros de comida, en los antiguos muelles del canal, ahora en desuso. Curioseamos entre la variadísima oferta culinaria que se desplegaba. Comida peruana, mejicana, japonesa, tortilla española, asiática, marroquí, hindú... Gabriel escogió una selección de dim-sun tailandeses y yo unos tacos mejicanos con chile. Comimos sentados junto al canal, a la entrada de Camden Lock.

Después de un café hirviendo, deambulamos por los puestos de Stables Market, en las antiguas caballerizas bajo las vías del tren. El punk más genuino convivía con puestos de fundas luminosas para iPhones, ropa de segunda mano, camisetas de rock, estilismos neogóticos, joyería artesanal.

Hacia las cinco de la tarde nos dirigimos a Covent Garden, la elección de Gabriel para cenar. Se trataba de un antiguo mercado de abastos, reconvertido en espacio multidisciplinar a la última, lleno de tiendas de artesanía, ropa infantil, jabones, juguetes hechos a mano y restaurantes. Dividido en dos grandes áreas, cada una de ellas tenía su propio fondo musical, gracias a los músicos callejeros. En una, un cuarteto de música clásica tocaba la «Danza húngara n.º 5» de Brahms, incorporando pequeños gestos teatrales a su interpretación, para deleite de su audiencia. En la otra, un trío de violín, guitarra española y flauta travesera interpretaba música celta, melancólica y dulce, que evocaba grandes praderas mirando al mar.

Cenamos en uno de los restaurantes del edificio, sentados a una sencilla mesa de madera. El centro lo ocupaba una pequeña pecera en la que flotaba una vela blanca. Lo pequeño del local y el hecho de que todas las mesas estaban ocupadas nos obligaba a hablar en susurros y acercar nuestras caras.

Pedimos un bagel de salmón y vino blanco. Le cedí a Gabriel mis alcaparras y, a cambio, él me dio su mantequilla. Al cabo de un rato, la misión que teníamos encomendada para esa misma noche se impuso como un muro infranqueable de cristal entre nosotros dos y el resto de clientes. Ellos se irían al cine, a soñar o a cualquier otro destino civilizado.

Nosotros, al cementerio de Lavender Hill.

Según me había explicado Gabriel durante el vuelo, con un tono confidente de voz, Noah era el último espectro en ingresar en el mundo de tinieblas en que vivían todos ellos. Al igual que había ocurrido antes con Gabriel, con Ulla, con Orlando, con cada una

de las sombras, el pobre niño había muerto a una edad temprana, para dolor inconsolable de sus padres, que no habían tenido más remedio que enterrarlo en un pequeño ataúd. En realidad, tal y como ocurrió con todos y cada uno de los incorpóreos, Noah había realizado su primera migración hacia Pandemónium, sin saber quién era, qué era aquello que estaba viviendo o por qué le había tocado a él. Cuando regresara de su viaje, se encontraría encerrado en un féretro y lucharía por salir, probablemente enloquecido por el pánico.

Ahí era donde entrábamos Gabriel y yo. Sabíamos dónde había sido enterrado el niño dos días atrás. Así que, ya anochecido, nos dirigimos al cementerio, donde nos esperaba Nadir. Los edecanes habían desenterrado y dejado abierta la caja de pino blanco. Nadir se despidió entonces de nosotros y nos dejó solos. Gabriel y yo nos sentamos bajo un enorme cedro que contemplaba impertérrito nuestra actividad.

Qué noche tan romántica, ¿no?

—Y ¿qué se hace ahora?

Gabriel me miró sin comprender.

—Quiero decir, cuando ese pobre niño aparezca ahí. Puede que para ti sea normal esta situación, pero no creo que yo pueda sobrevivir a esto sin ningún rasguño emocional.

—El problema surgió con Lyuba, cuando realizó su primera migración hace tiempo. Despertó, igual que lo hará Noah, igual que lo hicimos la mayoría de nosotros, enterrada en un ataúd, y luego estuvo perdida mucho tiempo, sin que ninguno pudiera dar con ella. Nadie sabe qué hizo durante aquella etapa de su vida nueva, pero fuera lo que fuera, no pudo ser bueno. Por eso Lyuba es... especial. Diferente a nosotros. En ese período de su vida adquirió costumbres que no hemos logrado erradicar a través de los años.

—Ulla quiere evitar que se repita.

—Exacto. Recogeremos al niño, iremos con él a casa de Solomon y estaremos con él un tiempo, al principio, sólo hasta que se acostumbre a su nueva condición. Nadir vendrá antes de que amanezca para borrar cualquier huella de lo sucedido aquí esta noche.

—¿Cómo se aprende a ser un espectro cuando se tienen seis años, Gabriel?

Eché la cabeza hacia atrás.

—Depende de la ayuda con la que cuentas.

—¿Tú tuviste ayuda?

—Sí. Un viejo monje llamado Yago. Con él viví mi aprendizaje. Me sacó de la cárcel y me libró de la hoguera a la que me habían destinado.

El frío estrechó su cerco sobre mí, mientras intentaba imaginarme su historia.

—Algún día tendrás que contarme todo eso. No jugamos con las mismas armas; tú lo sabes todo de mí, pero yo no sé nada de ti.

Esta vez sí me sonrió.

—Es más fácil conocer tu vida, veintitrés años de nada, que la mía, que suma más de doscientos cincuenta años.

—¿Cuándo es tu cumpleaños?

—¿Mi qué?

Le pegué un puñetazo amistoso en el hombro.

—No empieces. Tu cumpleaños. Cuándo cumples años.

Cerró los ojos y apoyó la cabeza en el tronco del árbol, en cuya base estábamos sentados los dos. Él, con un elegante abrigo gris; yo, envuelta en una cazadora de nieve, gorro, bufanda y guantes. Pese a esa batería textil, me estaba congelando. De la tierra subía el frío por mi espalda, hasta convertir mi nariz en un carámbano.

—Apenas lo recuerdo. ¿Para qué quieres saberlo?

—¿Lo ves? Ya estamos con lo mismo. No tengo que saber nada de ti, no necesito saber nada de tu pasado, todo está bien así.

Gabriel giró la cabeza y me miró como si estuviese viendo un marciano verde de escamas gelatinosas.

—¿Qué importancia tiene mi pasado? Sólo me interesa el presente, contigo, junto a ti.

Desvié la mirada porque sabía en el fondo que tenía razón. Vivir con él, día a día.

—Sabes —continuó— que no hay nada para mí más allá de ti. En este mundo o en el otro. Lo sabes. ¿Crees que firmar eso en un papel va a darle más credibilidad? La gente que nos rodea, los que están durmiendo ahora mismo y los que están haciendo el amor o peleándose en estos instantes, todos viven deseando un amor eterno; algunos lo habrán obtenido, otros no. No hay nada de malo en ello, en buscar algo así, una luz que te guíe. Sin embargo, cuando ellos acaben sus vidas, esa luz se habrá apagado, para el que se ha ido y para el que se ha quedado. Tú eres más afortunada que ellos, porque me tienes aquí, ahora, y me tendrás siempre. No te dejaré jamás. Tú eres mi luz y seguiría esa luz hasta el fin del mundo.

La noche cómplice se había callado; ningún murmullo o rumor, lejano o cercano interrumpió los segundos que siguieron a la declaración de amor de Gabriel.

Tan sólo un sonido, suave al principio, pero más insistente después, se coló entre nosotros dos. Unos golpes huecos, desesperados, se impusieron en la oscuridad y nos hizo regresar a la realidad. Miramos al mismo tiempo hacia el ataúd, justo a tiempo de ver cómo la tapa salía volando por los aires.

Un niño de pelo rubio alborotado y la cara deformada de terror asomó la cabeza gritando, gateó fuera del ataúd y, una vez sentado en la tierra, comenzó a gritar y llorar. Su camisa blanca se manchó enseguida de tierra y de hierba mojada. Me lancé a por él. Cuando me vio, manoteó frenéticamente en el aire, lanzando aullidos y patadas, intentando rechazarme. Tenía la mirada enloquecida y por su cara corrían lágrimas, mocos y babas. Lo único que se me ocurrió hacer, mientras me protegía de sus manos y sus piernas, era chistarle y susurrarle quieto, tranquilo, quieto, ya ha pasado todo, tranquilo, ven conmigo, no te asustes.

Tardó en calmarse. En medio de su horror, de pronto, enfocó su mirada y me vio. Dejó de gritar y de lanzar puñetazos; en lugar de eso, extendió sus pequeñas manos y me palpó el rostro con cuidado. Cuando comprobó que yo era real, dejó que me acercara a

él y le cogiera con cuidado por los hombros. No paré de hablarle, en el tono más tranquilizador que pude, hasta que logré acurrucarlo en mi regazo. Siguió llorando en voz queda. Mientras le acariciaba el pelo, levanté la mirada para buscar a Gabriel. Se había quedado de pie a unos metros y nos contemplaba con angustia. Entendí que haber sido testigo de esta escena le había transportado a su primera migración y deseé haber podido estar allí, entonces, para calmar la aflicción de aquel niño como estaba haciendo con Noah ahora. El abatimiento que transmitió el rostro de Gabriel aquella noche me perseguiría durante mucho tiempo; la impotencia de no poder paliar su sufrimiento, de haberlo sabido perdido, aterrorizado, confuso, y tan terriblemente solo como había visto a Noah aquellos momentos, se volvió a veces agónico para mí. Y en esas ocasiones lo que podía hacer era abrazarle, en mitad de la noche, y ofrecerle todo el consuelo que me hubiera gustado poder darle la lejana y terrible noche en que un Gabriel de siete años se despertó enterrado en una tosca caja de madera.

Transcurrió más de media hora antes de que Gabriel pudiera levantar en brazos a Noah para dirigirnos los tres al coche que había alquilado Nadir. Yo me senté en el asiento trasero, abrazando al niño, mientras Gabriel emprendía el camino a casa de Solomon, donde nos estaban esperando. Durante el trayecto, de vez en cuando fuertes convulsiones sacudían su frágil cuerpecito, aun durmiendo, y comenzaba a temblar con tanta furia que temía que sufriera otra migración involuntaria. Se me ocurrió cantarle una nana, una de las escasas canciones infantiles que conocía, y gracias a eso y a que no dejé de acariciarle la cabeza, acabó tranquilizándose.

Gabriel condujo todo el trayecto inmerso en el más absoluto silencio.

El coche se aleja por la calle, en dirección al enjambre luminoso que brilla en el horizonte.

Fuera del cementerio, la calle está desierta. Dentro, pequeños depredadores vigilantes presienten que algo se acerca y huyen a esconderse en sus madrigueras. Ningún sonido quiebra la superficie de cristal pulido del silencio. El tiempo contiene, expectante, la respiración y entonces ocurre.

Se abre la puerta.

Un soberbio cedro de madera olorosa y talle alto que pertenece al camposanto desde hace cincuenta años comienza a agitarse en violentas sacudidas que parten de la raíz y alcanzan la copa, provocando una caída masiva de hojas. Como si algo o alguien lo estuviera golpeando con furia, sólo que no hay nadie a la vista. Debido a las embestidas salvajes, las ramas más altas se doblan frenéticamente hasta casi quebrarse y la madera del tronco comienza a astillarse; de su interior surge una delicada savia aromatizada, que cae en gruesos goterones al suelo. El ruido de madera quebrada y de las ramas entrechocando es lo único que llena el aire. Pronto, el suelo que rodea el árbol queda tapizado con una alfombra de agujas de cedro.

De pronto, todo movimiento cesa y, con él, el ruido. El árbol permanece inerte, el cementerio a la espera. La quietud se apodera del lugar y lo cubre de aceite manso. Como si el propio invierno hubiera tejido una burbuja que aislara la zona del fluir de las horas, los puntos cardinales se alejan de aquel nuevo centro de la tierra que está a punto de abrirse como una herida. En esta llaga, la vida se repliega en retirada, asumiendo su derrota vergonzosa. Y en el epicentro del desbarajuste se encuentra el cedro indefenso.

Por fin, comienza.

Varios estratos de tierra por debajo de la hierba que rodea al cedro, las raíces más profundas del árbol han entrado en contacto con una alteración que no debería haberse producido y, en consecuencia, se inicia la putrefacción que asciende con rapidez hasta la base del árbol. La tierra que rodea las raíces del cedro se corrompe rápidamente y un olor a podredumbre asciende del polvo hacia el aire. La hierba verde brillante se convierte en una masa opaca negruzca. En cuanto sale de la tierra descompuesta, la fetidez cubre la madera perfumada del cedro, convirtiéndola en una sustancia corrompida que va quemando la corteza a medida que trepa. En cuestión de segundos, la plaga de muerte ha afectado a más de la mitad del árbol, destruyéndolo todo a su paso. Las ramas, en cuanto son rozadas por la necrosis, comienzan a retorcerse sobre sí mismas y a encogerse, crujiendo en medio de lamentos, hasta

quedar convertidas en un cuerpo seco y muerto. El aire que emana del cedro se ha vuelto nauseabundo e irrespirable.

Cuando la putrefacción alcanza la cúspide del cedro, la otrora bonita copa puntiaguda cede a la imparable fuerza que lo ha penetrado y se dobla en dos, cae hacia el suelo encogido como el garabato de un niño, donde comienza a consumirse sin fuego, hasta quedar reducido a un borrón. Pero un segundo antes de desaparecer, parece que el cedro ha sido colocado del revés, con parte de las raíces mirando al cielo negro en un gesto grotesco e impío. La esencia del caos cierra la puerta tras haberla cruzado y el último aliento vital del cedro muere también.

Una vez liberado de la carne del cedro, una vez consumida su vida, y por lo tanto libre, el occiso, que ha seguido al niño en su entrada a este mundo, olfatea el aire. Se ha fijado en el reflejo pálido del cielo y decide ir allí. Su liberación es la rebelión de aquellos como él que han tenido vedado el acceso a Pandemónium, el ascenso de los rechazados, mucho más poderoso en esta esfera que sus hermanos incorpóreos, los autoerigidos guardianes de la ciudad roja. Las limitaciones que han sufrido los que son como él en el otro plano no existen en éste. Es libre. Ha cruzado la frontera y es libre ahora para diseminar la muerte y el sufrimiento y la putrefacción de la carne allá donde quiera. Sobre quien él quiera.

Se pone en movimiento, dejando tras de sí una estela vacía de esperanza. La profanación de la vida.

El tictac del péndulo de reloj producía un suave eco en el salón. Me había fijado en el aparato al entrar y Solomon me había explicado que se trataba de un Junghans de 1900, un exquisito reloj de pared. La caja de roble tenía dos columnas decoradas y la ventana del péndulo tenía adornos florales a ambos lados. El reloj combinaba numeración romana y arábica, y el péndulo, de cobre, lucía el bajorrelieve de una mujer columpiándose. El sonido que producía la maquinaria acompañó nuestros pasos, que hacían crujir la madera del suelo a medida que atravesábamos el vasto y desierto salón.

Siguiendo las instrucciones de Ulla, habíamos llevado a Noah al castillo de Solomon, una mansión en Englefield, al oeste de Londres, una región repleta de bosques en semipenumbra y jardines del siglo XVIII. Solomon, uno de mis incorpóreos favoritos, era un anfitrión excelente. Era un hombre corpulento, con aspecto de haber sobrepasado los sesenta, y una barriga prominente. Su piel estaba siempre colorada de una manera afectuosa y sana. Solía rascarse la barbilla con la palma abierta de la mano, en un gesto característico de hombres barbudos, que me hacía pensar que en algún momento de su vida llevó barba, si bien desde que yo lo conocía nunca había dejado de aparecer perfectamente afeitado. Con su voluminosa y oronda figura, su abultada nariz y sus ojillos azules, de haber llevado barba debía haber sido larga y blanca. Sus modales eran siempre agradables. Cuando intentaba calcular la edad real de Solomon, me entraba vértigo, porque los incorpóreos envejecían a un ritmo mucho más lento que nosotros. Si Gabriel, que aparentaba veintinueve años, había nacido en el siglo XVIII, Solomon, que aparentaba haber superado los sesenta, debía de haber nacido... ¿en plena Edad Media?

Nuestro anfitrión nos guió a Gabriel y a mí a través de varias estancias gemelas en decoración y dimensiones; atravesábamos salones forrados de madera, con enormes chimeneas dormidas y grandes muebles cubiertos con sábanas blancas. Sólo algunas pequeñas lámparas de mesa se mantenían encendidas en estas habitaciones y nos permitían ver por dónde caminábamos. Toda la casa daba la sensación de estar en retirada, a la espera. Las cortinas estaban cerradas. Para evitar el frío, me había explicado Solomon, pero había algo más, algo que me hacía pensar en hibernaciones. Estaba segura de que la casa de Solomon era un auténtico palacio, una vez inundado por la luz del sol y por seres humanos.

—Espero que tengáis hambre, porque Elsa ha ejercido de cocinera en toda la dimensión de la palabra —dijo Solomon sin detenerse—. Pero para la cena he preferido preparar una habitación más modesta y acogedora que estos salones, tan desprovistos de belleza... hasta tu llegada —y me guiñó un ojo.

Acepté el cumplido con una sonrisa. Por fin llegamos a un comedor de tamaño mucho más reducido que aquellos por los que habíamos pasado. Tenía las paredes empapeladas con telas de diminutas flores de colores ocres. Dos plateros de madera de nogal albergaban una colección de vajilla inglesa, decorada con motivos de caza. Una lámpara de latón colgaba del techo y arrojaba una luz algodonosa y cálida en la habitación. Me pregunté por qué vivía Solomon en un castillo vacío, inmenso y alejado de la civilización, si luego prefería habitar sus rincones más íntimos.

En el centro del comedor había una mesa rectangular, dispuesta para que cenaran no tres, sino treinta personas, tal era la cantidad de platos cocinados: roast beef, purés y fuentes de verduras hervidas de acompañamiento, salmón y patés, salchichas con arroz y, así, una larga variedad de platos. El propio Solomon nos fue sirviendo plato tras plato. Le pregunté si Noah había querido cenar algo, pero negó con la cabeza.

—Seguramente mañana por la mañana se encontrará mejor. Algunas de las mermeladas de Elsa le devolverán el buen humor y el apetito, estoy convencido.

—Yo también, aunque sabes que el proceso de adaptación es largo —intervino Gabriel.

El comedor tenía una ventana alargada que daba al campo, pero a esas horas de la noche era imposible distinguir nada.

—Gabriel —dijo Solomon—, mañana guía a Pers hasta el lago. Llevad al niño, si le apetece. Es un paseo agradable, siempre que os abriguéis bien.

—Por cierto, me ha parecido ver paneles solares a la entrada de la finca —pregunté. Precisamente la curiosidad insaciable e infantil de Solomon era uno de los rasgos que más apreciaba en él. Excepto los *gadgets* de tecnología puntera, ante los que se declaraba derrotado, cualquier hallazgo o descubrimiento científico, fuera del campo que fuera, le atraía.

Solomon sonrió.

—Querida, aunque no tengamos un clima tan propicio para la energía solar como otros, nos estamos centrando en rentabilizar la tecnología, de forma que obtengamos más energía con menos sol.

—Me resulta curioso que alguien como tú se preocupe por las energías renovables.

Me miró con sus cejas enarcadas y nos sirvió más vino a Gabriel y a mí.

—Solomon ha trabajado arduamente por la preservación del planeta, siempre desde la sombra, claro —puntualizó Gabriel—. Si me permitís el juego de palabras.

Los tres sonreímos.

—Sí, es una iniciativa que aplaudo, por supuesto, pero... ¿vosotros? ¿Vosotros os preocupáis por este planeta? ¿No resulta algo... distorsionado, teniendo en cuenta quiénes sois?

—Admito —intervino Solomon— que la lacerante falta de responsabilidad en este asunto de la mayoría de tus congéneres resulta, cuanto menos, irritante. Pero no tengo inconveniente en aportar mi minúsculo granito de arena.

—Sí, pero ¿por qué?

—Por el mismo motivo —intervino Gabriel— por el que no encontramos placentera la vida al otro lado. No es exactamente lo mismo ver un amanecer aquí que vivir en Pandemónium.

—El concepto de belleza es algo que no se da en el reino de La Araña. Estoy de acuerdo con Gabriel. ¿Qué sería de nosotros, los incorpóreos, si este mundo dejara de existir? Si un terrible acontecimiento destruyese este planeta, no tendríamos más remedio que recluirnos en Pandemónium. Y tú lo conoces, has estado allí. ¿Querías vivir allí, con tu conciencia y tus recuerdos intactos, sabiendo lo que has dejado aquí? Yo lo veo como tener una pequeña maceta que regar todos los días. Una planta que mimar. Un sol que proteger. Estos bosques —y con un gesto de la mano abarcó el campo que rodeaba el castillo— no se protegen solos, sin nuestra ayuda. Si hubieras visto Europa hace siglos... tenía una belleza apasionante. La clave está en el equilibrio. La naturaleza se basa en la autorregulación, hasta el más ínfimo de sus elementos. No lo olvides, querida niña. Equilibrio. Si se desestabiliza la balanza, alguien tendrá que hacer de contrapeso.

Gabriel se acercó a mí y susurró:

—Ya sabes cuál es la obsesión de Solomon.

—Y —continuó Solomon, levantándose y haciendo una cómica reverencia— a grandes males, grandes remedios.

—Su «remedio» —aclaró Gabriel— consiste en dirigir uno de los laboratorios más desarrollados del mundo para avances tecnológicos y científicos. Por supuesto, la mitad de su actividad consiste en esconder y ocultar lo que hace la otra mitad, nadie puede saber quién está detrás. Ése era uno de los detalles que amablemente nos recordó ayer Ulla. Nada de exposición pública. Somos alérgicos a la luz.

—Como un vampiro —dije y lo lamenté en el acto, porque recordé lo que hacían los incorpóreos con los humanos. Sentí frío por la espalda.

—Hablando de vampirizar —dijo, súbitamente animado, Solomon—, tenéis que conocer mi último hallazgo. Ahora mismo no se encuentra aquí, está en el instituto de Suiza...

—En Suiza —me susurró Gabriel— es adonde envía Solomon a sus mentes brillantes para formarse. Lo del instituto es, como te puedes imaginar, un eufemismo para describir las instalaciones que tiene allí.

—...pero creo que la tendremos de vuelta en unos meses. Será brillante. ¡Es brillante! ¡Es mi mejor hallazgo hasta la fecha! Y sí, la he vampirizado. Se la he birlado a la estúpida, ciega y mojigata sociedad de su entorno, que la habría condenado a un matrimonio indeseado o a la propia muerte. Asmina. Tiene un coeficiente intelectual de 145, y sólo diecisiete años. A su edad, debería estar casada y ser madre de varias criaturas, pero sus padres la pusieron a salvo. Llegó a mí gracias a unas monjas católicas que regentan una escuela.

—¿De dónde es, Solomon?

—Sudán. Tendríais que haber visto la cara que puso cuando aterrizamos en Zurich y

nevaba. No había visto la nieve en su corta vida –apuró una copa y se puso de pie–. Asmina es maravillosa. Maravillosa. Esperamos mucho de ella.

Gabriel y yo nos levantamos también. No llevaba reloj y, además, con los continuos saltos de países que efectuábamos últimamente, vivía envuelta en una especie de jet-lag que anulaba mi sentido del tiempo. Sabía que era tarde, pero me daba igual que fueran las diez de la noche o las cuatro de la madrugada. Estaba cansada, pero no tenía sueño. De todas formas, entendí que era hora de retirarnos.

Al menos hasta que sonó el móvil de Gabriel. Asintió un par de veces y colgó.

–Era Ulla –dijo mirándome–. La Araña me ha convocado. Espérame en nuestro cuarto. No creo que tardemos mucho. Iré allí en cuanto acabe. ¿De acuerdo?

Asentí. ¿Qué otra cosa podía hacer?

Gabriel me besó y salió, seguido por Solomon, que me guiñó un ojo. En cuanto dejé de escuchar sus pasos, cogí un vaso y vacié parte del contenido sobre la alfombra. Como esperaba, el agua flotó en el aire unos segundos, antes de caer. Habían migrado los dos.

Eso me dejaba sola en aquella inmensa vivienda-palacio-castillo. En aquella cueva con refinadas maderas y exóticas antigüedades. A solas. La oscuridad reinante y yo. Comencé a escuchar ruidos, algunos imaginarios, otros tan reales como maderas crujientes. Uno de esos chasquidos sonó tan cerca de mí que esperé ver entrar a alguien, Solomon tal vez, en ese preciso instante. Sin embargo, nada ocurrió, excepto nuevos sonidos desconocidos, dentro y fuera de la casa. Algo asustada, decidí irme a dormir.

Para llegar al dormitorio en el que nos alojábamos Gabriel y yo, tenía que atravesar dos salones y un pasillo quebrado, de un trazado inexplicable, que tan pronto giraba a izquierda, como a derecha y, de nuevo, a la derecha. Este pasillo estaba repleto de puertas cerradas, las demás residencias para invitados, ahora vacías, según me había explicado Solomon. La alfombra retenía el sonido de mis pasos. En realidad, ahora no había sonidos por ningún sitio, ni en el interior ni en el exterior de la casa. No sabía si Solomon vivía solo o si alguno de sus colaboradores se alojaba allí también. En cualquier caso, la casa parecía estar completamente dormida... o muerta. En cuanto entré en mi cuarto, el último del largo pasillo, cerré la puerta por dentro. Reacción absurda, si pensaba en los incorpóreos, pero me hizo sentir más segura.

Ya en la cama, no logré conciliar el sueño, dándole vueltas a la cabeza y creando ruidos allí donde no los había. Gabriel estaba tardando mucho y su ausencia me provocaba inquietud. Dejé que se me escurrieran un par de horas entre los dedos sin lograr hacer nada de provecho, ni dormir siquiera, hasta que encendí la luz de la mesilla. Me senté en la cama, aguzando el oído, a ver si algún sonido me indicaba que Gabriel ya había llegado, pero nada.

Me di cuenta de que había olvidado el móvil en el comedor y entonces sentí una irresponsable urgencia de ir a recogerlo. Me armé de valor y salí de la habitación. En el pasillo seguían encendidos los mismos apliques, aunque la luz parecía más fría, como más azulada. Lo achaqué al cansancio acumulado, pero no era estimulante en absoluto.

Llegué al comedor donde habíamos cenado los tres. La mesa estaba limpia; los platos, vasos y fuentes con restos de la cena habían sido retirados. Aquello alivió un poco la agobiante sensación de soledad y aislamiento. En el centro de la mesa, mi móvil. Lo guardé en el bolsillo del pantalón de mi pijama.

Por alguna asociación extraña de ideas, me vino a la cabeza la pequeña habitación que ocupaba en el piso compartido de Madrid. La cama sin cabecero, la estantería de los CDs, el espejo con las fotos sujetas en el marco... Elisa y Emma y todo lo que dejé atrás. Aquella pequeña burbuja que era mi lugar de trabajo, el estudiotrastero. ¿Estaría lleno de muebles viejos y ropas polvorientas? Recordé la noche que entré en el piso y me encontré con Gabriel, al que creía muerto o, al menos, desaparecido, sentado en el sofá, entre Elisa y Emma, esperándome. Hace unas semanas le pregunté qué habría hecho si, en lugar de ponerme a temblar en cuanto lo vi, le hubiera dicho que no deseaba verle más. Que lo de Nueva York había sido un espejismo, una especie de relación pasajera truncada, que lo había pensado mejor y en realidad no me convenía relacionarme con un hombre del que no sabía nada, salvo que sus heridas se cerraban solas por arte de magia, o que era capaz de desaparecer del interior de un coche un segundo antes de ser brutalmente embestido por un camión desbocado. Cómo se habrían desarrollado nuestras vidas si entonces le hubiese dicho algo así como «Muy halagador, pero no me interesa». Gabriel me contestó, con esa sonrisa radiante, que en ese caso habría intentado varias tácticas para que cambiara de opinión. Docenas y docenas de rosas de envío diario a domicilio, hasta inundar de olor nuestro pequeño piso y obligarnos a las tres a mudarnos; perseguirme por la calle y susurrarme en cada esquina palabras de amor; o colarse en mi habitación para abrazarme en mis sueños. Pero que, si tras este asalto continuado no hubiera logrado hacerme variar de postura, habría aceptado mi decisión y se habría retirado. No habría vuelto a verle. Pero entonces, me confesó entre risas, habría mandado a continuación a Orlando para que me convenciera él de la conveniencia de aceptar una cita con Gabriel.

Aquella noche me pregunté cuánto tiempo dura un amor así. No puede ser inmortal. Ni siquiera Gabriel lo es. El tiempo lo es para todo y todos, aunque transcurra a diversas velocidades. En qué momento, me torturaba pensando, podría modificarse nuestra relación. Vamos, Pers, solía decirme yo sola, déjalo, abandona ya ese rumbo de pensamientos porque no conducen a nada bueno. No hay otra forma, una vía alternativa. Acéptalo ya, cuanto antes mejor. Y deja de torturarte gratuitamente.

Noté la garganta seca y abrí la puerta que comunicaba el comedor con la cocina, inmersa en los círculos viciosos de mi cabeza. Me dirigí directa a la alacena para coger el vaso y llenarlo con agua de la nevera. No encendí la luz porque me bastaba con la que entraba a través de la puerta abierta del comedor. Saqué la botella de agua de la nevera y entonces vi una silueta. Pegué un salto y la botella se me escurrió de entre los dedos para caer al suelo. Como era de plástico, rodó en lugar de estrellarse, hasta detenerse junto a sus pies. Él la recogió y me la tendió.

—Eres asustadiza. Eso te hace parecer más frágil... —dijo con aquella increíble voz de terciopelo negro que reconocí inmediatamente. Kostya.

—Normalmente —respondí molesta— la gente no está a oscuras en la cocina.

Kostya miró alrededor, como si se hubiera dado cuenta en ese momento de que la cocina estaba en penumbra. Luego clavó sus ojos en mí.

—Tú tampoco has encendido la luz al entrar.

Touchée.

—¿Llevas mucho tiempo aquí? Pensaba que éramos los únicos invitados de Solomon.

Kostya negó con la cabeza y se acercó a mí, despacio. Yo di un paso hacia atrás y luego otro. Él continuó acercándose, hasta que se detuvo a menos de un palmo de distancia.

—Gracias —dijo entonces.

—¿Perdona?

Sin dejar de mirarme, extendió su brazo derecho y abrió la puerta de la nevera. En ese momento me di cuenta de que, si no llego a moverme hacia atrás, no habría podido abrirla. Me sentí como una boba. Sin embargo, cuando cerró la puerta de la nevera, no se movió de su sitio. Continuó mirándome, sus ojos tan cerca de los míos...

—He llegado hace un momento.

Su voz tenía una suavidad hipnótica, dulce, melosa. Modulaba el castellano correctamente, con total ausencia de acento extranjero y con una entonación tan culta que hacía difícil creerle un salvaje estepario y misántropo, como lo habían descrito.

Contemplé su rostro a la escasa luz que nos rodeaba. Sí, era un hombre muy atractivo, tal y como me había parecido en Estambul. No era sólo la belleza de sus ojos rasgados y negros, de largas pestañas. Tenía unos labios bonitos y elegantes en el centro de una barbilla angulosa, de mandíbulas muy marcadas. Me fijé en que lo que brillaba en sus orejas eran dos diminutos aretes de oro, parcialmente tapados por el pelo enmarañado que le caía sobre los hombros. Instintivamente, toqué mi pelo. Él siguió con la mirada mi gesto y luego extendió su mano para rozarme. Retrocedí inmediatamente, pero no porque estuviera asustada, al menos no de él, sino más bien de la distancia tan corta que había entre esos ojos y los míos.

¿Qué me estaba pasando?

—Tu pelo huele bien. ¿Puedo tocarlo?

Recordé la catarata abrumadora de sensaciones, algunas muy físicas, que me transmitió cuando estreché su mano. Y la avalancha de sentimientos que desencadenó en mi interior con su gesto.

—Preferiría que no te acercaras tanto —dije y apoyé mi mano en su pecho para que se alejara. Pero él no sólo no retrocedió, sino que aprisionó mi mano con la suya y se acercó un poco más a mí. Sus latidos retumbaban en mi palma.

—¿Por qué, qué problema hay en que me acerque?

Con un gesto brusco liberé mi mano y me alejé de él.

—Es evidente que estar aislado de cualquier compañía te ha hecho olvidar el comportamiento mínimo civilizado.

—No estoy siendo descortés contigo. ¿O es mi aspecto lo que te desagrada?

—Tu aspecto no me interesa lo más mínimo. Aunque, ahora que lo dices, te vendría bien un buen corte de pelo.

Sonreí con desdén, o al menos lo intenté. Porque tenía ese manojito de nervios en el estómago que no lograba deshacer. Él me miró como si estuviera sopesando mis palabras.

—¿A qué has venido, Kostya? Sabes que Solomon y Gabriel han cruzado a Pandemónium, ¿no? Todos vosotros podéis percibir cuándo uno de vosotros hace una migración. Y dedujiste que estaba aquí sola. ¿Me equivoco?

Negó lentamente con la cabeza y dio un paso hacia mí.

—Sólo quería verte. A solas.

Me crucé de brazos. No estaba dispuesta a dejar que me intimidara.

—Pues ya me tienes. ¿Qué quieres?

—Eres tan frágil —dijo en un susurro—. Me pregunto si el entrenamiento logrará hacer de ti...

Se interrumpió bruscamente, con una extraña luz en los ojos, y se dirigió hacia la salida de la cocina.

—¡Espera! ¿Qué ibas a decir? ¿Hacer de mí, qué? ¿Una reina azul? ¿Por qué Gabriel se empeña en negar esa posibilidad? Se pone furioso cuando alguien lo menciona.

Kostya se giró y me miró.

—Por una vez, estoy de acuerdo con él. A mí tampoco me gusta esa idea. Es curioso que tú seas lo único en lo que coincida con él. Ahora que lo pienso, tú eres lo único que merece la pena de su vida. Por mí, La Araña podría destruirlo.

Me invadió la rabia.

—¿Cómo te atreves a hablar así de él? ¡Precisamente tú! ¡Tú eres el que no vale nada! ¡Regresa a tu agujero y déjanos en paz!

Su rostro se tensó y sentí miedo.

—¿Sí? Puede que alguna vez requieras mi ayuda.

Sonreí con desprecio.

—¿Ayudar? Al parecer, no tienes ni idea de lo que eso significa.

Kostya bufó, los puños apretados. Sus ojos centellearon con furia. Mi corazón comenzó a latir a cien pulsaciones por minuto. Había enfadado a aquel incorpóreo y estaba sola en la casa. No había sido una buena idea provocarle. Dio un paso hacia mí y yo retrocedí asustada.

—Eres intratable —exclamó con los labios apretados y salió de la cocina como una exhalación.

Pasaron unos minutos antes de que pudiera reaccionar y sobreponerme a la tensión. Me quedé allí inmóvil, intentando comprender qué había estado ocurriendo en aquella

cocina. Sólo acepté que la presencia de aquel ser me ponía nerviosa, me desestabilizaba. ¡Yo, intratable!

Y, sin embargo, nuestra breve conversación me gustó, tal vez porque sentí que había ganado el pulso, por haberle hecho salir huyendo. Pero ¿era eso sólo o había algo más? ¿Justificaba eso que me hubiera puesto tan nerviosa a su lado?

¡A la cama! Esperaría a Gabriel despierta o dormida, pero a salvo en mi habitación.

Cuando, por fin, llegó Gabriel, abrió la puerta con cautela. Pero al verme sentada en la cama, leyendo, una sonrisa le iluminó el rostro. Me besó y me abrazó en silencio.

—¿Qué ha pasado al otro lado? ¿Qué quería La Araña de ti?

Se tumbó a mi lado y me abrazó por la cintura, apoyando su cabeza junto a mi pecho.

—Creemos que un occiso ha atravesado la frontera y ha entrado en este plano.

—¿Un qué?

Recordé que Ulla y él hablaron de ese mismo tema en Estambul, pero no habían querido darme explicaciones entonces. Gabriel suspiró.

—Lo que tú has visto hasta ahora en Pandemónium no es toda la verdad. Hay... aspectos de mi mundo que todavía desconoces...

—Supongo que ahí es donde entran esos como-sellamen.

—Sí —Gabriel continuó, acariciando distraído mi brazo—. Si definiera a todos los que habitamos Pandemónium como una forma de energía, o de alma, todas las existencias pretéritas que tú has visto moverse por la ciudad, toda la actividad que has podido contemplar, pertenece a seres humanos que vivieron alguna vez. Sabes que, al traspasar la frontera, al morir, llevan consigo, durante un breve tiempo, sus experiencias vitales. Sus miedos, pasiones, odios, amores, sueños, todo lo que fueron en vida. No importa que fueran héroes o cobardes, abnegados o egoístas. No importa que cometieran errores o tuvieran aciertos. Todas esas almas o luces, como quieras llamarlas, tienen un rasgo unificador que les permite habitar la ciudad.

—¿Cuál es?

—La ausencia de odio. La maldad, el rencor, la ira, la crueldad, todas estas cargas negativas los apartan de la ciudad, los convierten en occisos y los condenan a vivir fuera de las murallas, perdidos para siempre, deambulando en el desierto inhóspito. Algunos simplemente generan hostilidad o rencor al transformarse, al morir. Otros mueren con un odio, una amargura y una aflicción insuperable, que los envían...

—Al infierno... —musité.

—Sería lo más parecido, sí. Es a esas formas a las que nosotros llamamos occisos. Y tienen prohibido el acceso a Pandemónium.

En Estambul, Ulla había expresado su temor al no haber movimiento de occisos alrededor de Pandemónium.

—Alguien preguntó si no volverían a atacar la ciudad. ¿Es que fueron ellos los responsables de que las murallas estuvieran derruidas? —la primera vez que penetré en la

ciudad de los muertos lo hice a través de una brecha en los muros infinitos que rodeaban la ciudad—. ¿Es por ellos que la ciudad tiene muros que la protegen?

—Sí. Todos queremos lo que no tenemos. Los occisos odian aquello de lo que no pueden apoderarse. Pero es un círculo vicioso que los encierra aún más lejos de su objetivo: cuanto más desean lo que existe dentro de las murallas, más lo detestan porque no pueden alcanzarlo y, por lo tanto, más se alejan de ello.

—¿Qué pasaría si entraran?

—Lo aniquilarían todo. Son la destrucción en estado puro, la negación de todo lo que han sido alguna vez. La corrupción del alma, si prefieres verlo así.

Nos quedamos los dos callados, sumidos en nuestras reflexiones.

—Y ¿qué has dicho al abrir la puerta? Hace un momento, cuando has entrado.

—Que creemos que un occiso ha entrado en este plano.

De pronto, la habitación se había enfriado. El vello de mis brazos se erizó.

—¿Uno de esos... aquí? ¿Cómo es posible?

Gabriel meditó unos segundos y luego se separó de mí. Fue hacia el cuarto de baño, desabotonándose la camisa mientras caminaba. Durante un momento, su espalda centró toda mi atención. Cuando salió del baño, ya se había puesto los pantalones del pijama.

—Penetran en el mundo como lo hacemos nosotros. Pero no es fácil para ellos y, por lo tanto, no es frecuente. Tiene que haber seguido a alguien. Y creo que sé a quién.

Señaló a la pared situada frente a la cama. Allí, al otro lado de aquel muro, estaba la habitación donde dormía Noah. Abrí los ojos con sorpresa.

—¿A él? ¿Ha podido seguir al niño?

Gabriel asintió.

—¿A quién si no? Cualquiera otro se habría dado cuenta y se lo habría impedido.

—¿Cómo? ¿Os detenéis en vuestro camino y le pedís amablemente que deje de seguirs y dé media vuelta?

—Parecido... pero sin amabilidad alguna. Mientras estamos en tránsito, es posible capturarlos y hacerlos volver. Bloqueamos su entrada en este mundo para dejarles solo la posibilidad de regresar. Lo malo es cuando compartimos este plano. Ningún incorpóreo puede arrastrar a otro o a un occiso de un plano al otro. No podemos forzar una migración.

—Entonces, ¿qué vamos a hacer?

Gabriel me dio un beso en la frente.

—¿Vamos? Nui y yo iremos a luchar contra él y hacerlo regresar —dijo, mientras se metía en la cama.

—Yo también voy.

Gabriel me miró de reojo, pero ni siquiera me contestó, lo que me enfureció.

—¡Estoy hablando en serio! —inicié mi protesta—. Iré con vosotros.

Gabriel suspiró con teatralidad y me miró divertido.

—Está bien —dijo, colocando el codo en la almohada y apoyando la cabeza sobre la

palma abierta de su mano—, pero antes tengo que someterte a una prueba. Verás: la captura de un occiso en este plano, antes de que cometa alguna idiotez y nos exponga a todos, requiere rapidez y precisión. Como te puedes imaginar, no se trata simplemente de un combate cuerpo a cuerpo, como si fuéramos dos mortales, más si tenemos en cuenta que los occisos no pueden completar su materialización en un cuerpo físico. No, es una tarea que exige destreza y cualidades que sólo hemos desarrollado los incorpóreos, además, claro está, de una fuerza notable. Suele ser una lucha intensa, dolorosa, que se propaga por los dos planos. Así que contigo tendré que hacer una pequeña prueba, antes de autorizarte a venir. Es una... hum... prueba de valentía. Si la superas, estudiaré la posibilidad de que vengas. ¿Estás de acuerdo?

Perpleja por su discurso, asentí. Me incorporé y me senté, con las piernas cruzadas, frente a él, atenta e inquieta.

—Adelante —dije con voz firme, intentando aparentar más convicción y seguridad de la que tenía.

—Muy bien. Cierra los ojos.

Le obedecí y cerré los ojos. Pasaron unos segundos y no noté nada. Instintivamente, endurecí los músculos del vientre, como si esperara recibir un empujón en cualquier momento. No, era absurdo, Gabriel jamás me haría daño. Pero entonces, ¿qué podría ser? ¿Sería capaz de provocar una migración instantánea? ¿Desaparecería de mi lado? ¿Escucharía los golpes en la puerta del infierno? No se oía nada en la habitación, aunque en mis oídos retumbaban los latidos de mi corazón. Siguió pasando el tiempo. Nada. Había estado encogiendo las piernas y ahora me dolían. Finalmente, abrí los ojos. Gabriel no se había movido ni un centímetro y me miraba con una de sus sonrisas magnéticas. No entendía qué estaba pasando.

—Bueno, ¿qué?

—¿Qué? ¡Ah, la prueba! —hizo un movimiento con la mano en el aire—. Estaba recreándome la vista, solamente. Está bien, allá voy.

Me dio un pellizco retorcido en la cadera. Solté un aullido y me froté la zona dolorida.

—Pero ¿qué haces?

—¿Lo ves? Esa tontería te ha dolido. Lo siento —y se tumbó, cruzando los brazos bajo su cabeza—, no eres apta para el puesto.

—¡Deja de reírte de mí! Esto ha dolido. Podías haber utilizado otra forma de explicármelo.

—Tú lo has querido así. De todas formas, déjame ver la herida sangrante y lacerante que te he provocado.

Se incorporó y con la punta de los dedos bajó unos centímetros el pantalón de mi pijama hasta dejar la marca enrojecida al descubierto. Me besó en el punto dolorido y luego me miró.

—¿Me ahorro el resto de pellizcos y paso directamente a la cura?

Reí.

—Sí, por favor, directos al plan B.

Un buen rato después, justo antes de dormirnos, me preguntó qué había hecho en su ausencia. Le dije que fui a la cocina a beber agua. Quiso saber entonces si me había encontrado con alguien. Con un extraño azoramiento detrás de mis orejas, contesté que no. Que la casa estaba vacía. Él bromeó diciendo que era una valiente, me dio las buenas noches y se acomodó en la cama. Apagué la luz e hice lo mismo, pero tardé un rato en cerrar los ojos. Sentía un peso en el centro del pecho que no me dejó dormir hasta que me venció el cansancio.

Pájaros, volando junto a la ventana. Un ruido de aspiradora, más lejano aún que los pájaros, que me hizo pensar en hoteles. Y risas infantiles y adultas. Éstas sí que flotaban hasta mi ventana de manera nítida y cercana. Casi podía tocarlas.

Abrí los ojos. La habitación estaba inundada de luz, de una luz blanca y fría. Giré la cabeza, buscando a Gabriel, pero su lado de la cama estaba desierto. Las risas seguían sonando fuera. Reconocí inmediatamente la suya. Antes de irse, Gabriel había dejado abiertas las pesadas cortinas. Hacía eso cuando yo dormía hasta muy tarde, para que fuera el sol el que me despertara. Sonreí. Esa pequeña pirámide de gestos cotidianos que estábamos construyendo en nuestra rutina diaria me hacía feliz.

Me asomé a la ventana. Aquella parte del castillo daba a una pradera que se extendía hasta los límites del bosque vecino. Gabriel y Noah jugaban sobre el césped. Gabriel tenía en la mano un pañuelo blanco, o algo parecido, que el niño tenía que quitarle. Pero cada vez que se acercaba a Gabriel, éste le hacía cosquillas, lo que se resolvía en un ataque de risa por parte de ambos.

Algo alejado, divisé a Solomon, que seguía divertido el juego, sentado junto a una mesa redonda y blanca con una taza en la mano. Solomon me descubrió y me saludó. Yo le devolví el gesto.

Mientras me duchaba y vestía, mi cabeza estuvo especulando con la visión, grabada a fuego lento, de Gabriel y el niño, jugando de la misma manera en que lo haría un padre con su hijo. Y era una estampa dolorosa, porque me di cuenta de lo mucho que deseaba esa imagen para mi vida. Un padre con su hijo. ¿Podían los incorpóreos tener hijos? ¿Llegaría algún momento en nuestra vida en que nos planteáramos esa cuestión?

La temperatura al aire libre era más baja de lo que en el interior de la casa, confortablemente caldeada, podría hacer parecer. Lo descubrí, bajo una cascada de escalofríos, cuando salí a la pradera para reunirme con el grupo. Pero en cuanto Gabriel me vio, me hizo un gesto con la mano para indicarme que sería mejor que entráramos todos en la casa.

En el mismo comedor donde habíamos cenado la noche anterior estaba preparado el desayuno. Yo era la última en levantarme, obviamente, pero Gabriel y Solomon se tomaron un café y Noah untó una rebanada de pan con una de las deliciosas mermeladas de Elsa. Conté siete variedades distintas.

El ejercicio, el aire fresco, el cielo despejado, la perspectiva de un día soleado contribuyó sin duda al buen humor generalizado. Noah se mostró animado, hablando entre bocado y bocado. Iba vestido como cualquier otro niño, con un grueso jersey azul marino y unos vaqueros. Su pelo brillaba dorado a la luz del sol. Era un niño guapo, algo

que no había podido comprobar la noche anterior. Tenía los ojos color miel y al sonreír mostraba un hueco entre los dientes inferiores, un diente de leche que había debido de perder justo antes de su... transformación. Sus preguntas eran las normales en un niño de su edad: qué planes había para el día, si podía repetir leche y pan con mermelada, si tenían perros, si había lobos en el bosque... ni una sola vez preguntó por sus padres o qué hacía allí... o qué había pasado la noche anterior. Ninguna referencia al pequeño e insignificante detalle de haber estado muerto y enterrado. Yo espiaba de reojo al niño, esperando que de pronto estallara en llanto o llamara a su madre... cualquier reacción normal de respuesta a los acontecimientos del día anterior. Pero no ocurrió nada.

—Podéis acercaros al zoológico. Parece que a Noah le interesan los animales —propuso Solomon, acariciando su inexistente barba.

El niño, al oír las palabras de su anfitrión, asintió con vehemencia y la boca llena de pan. Gabriel me interrogó con la mirada. Me parecía una idea estupenda. Cualquier plan que incluyera que Gabriel y yo permaneciéramos juntos, era siempre un buen plan.

—Por cierto —interrumpió Solomon—, creo que ayer tuvimos otra visita más. Esto no había estado tan concurrido desde la Segunda Guerra.

—¿Ah, sí? —preguntó Gabriel—. ¿Y de quién se trató?

—Kostya. Pasó por aquí anoche.

Tragué el último trozo de tostada, áspera e insípida de pronto, como papel de lija, y bebí un trago de zumo de pomelo.

—No lo vi —dijo Gabriel y me miró—. ¿Lo sabías?

—No.

Bajé la mirada a la taza de café. De pronto, se me había quitado el apetito. Pero ¿qué estaba pasando por mi cabeza? Lo único en lo que era capaz de pensar era desear que no apareciera por el comedor en ese momento, o que, en caso de hacerlo, no dijera ni palabra de nuestro estúpido encuentro de la noche anterior. Y, de todas formas, ¿por qué no lo había contado? Aquella decisión estúpida e irreflexiva me obligaba a seguir mintiendo.

—¿A qué ha venido, Solomon?

—Lo ignoro. En cualquier caso, no continúa aquí. Se ha ido muy pronto, antes de que nos levantáramos.

—Siempre tan gentil en sus maneras —concluyó Gabriel, a modo de cierre de la conversación.

En ese momento, Noah extendió el brazo para coger uno de los tarros de mermelada y, en su impulso, lo tiró por mi lado de la mesa. Intenté alcanzarlo antes de que se estrellara en el suelo... pero no hizo falta. Pude cogerlo tranquilamente del aire, donde se había quedado suspendido, congelado. Había un incorpóreo entrando en nuestro plano por allí cerca.

Podía ser que Kostya hubiera regresado.

Un segundo después, escuché el picaporte de la puerta del comedor. Me quedé tan

paralizada como el propio bote de mermelada. Pero respiré cuando escuché una voz familiar, muy familiar.

–Esperamos interrumpir.

Orlando, cómo no. Me levanté de la silla para darle un abrazo. Como siempre que nos encontrábamos, lo primero que intenté averiguar fue si en aquella ocasión era él o ella. Un vistazo fugaz pero atento me indicó que se trataba de ella, pero más asexual que la última vez que nos vimos. Tenía la figura de una adolescente de trece años, a medio camino entre la última infancia y la pubertad. Llevaba una amplia camisa blanca y un peto de algodón verde. Con un gesto muy coqueto, se colocó la sedosa melena albina sobre el hombro izquierdo y se sentó a mi lado.

–¿Hay algo de té en esta casa? ¿Soja?

Pero tras Orlando no se cerró la puerta, porque inmediatamente después entró Nui, con una gorra azul marino de un equipo de béisbol norteamericano cubriendo su cabeza de rizos y unas gafas de sol de pasta negra. Si al conjunto le añadía sus tatuajes faciales maoríes, la mezcla era... poco ortodoxa.

–Para mí un café, por favor –dijo, dando un amistoso golpetazo en el hombro de Gabriel y tomando asiento junto a él–. Solo, sin leche ni azúcar.

Solomon soltó un suspiro dramático y se levantó. Regresó al instante con sendas tazas para cada uno de los recién llegados.

Orlando miraba con atención al niño, mientras disolvía un azucarillo en su té. Sin dejar de observarlo, me preguntó.

–¿Has probado té con wasabi?

–¿Cómo?

–Da igual. ¿Cómo se encuentra nuestra última adquisición? –señaló con la cabeza al niño, que estaba absorto con los tatuajes de Nui.

–Bien, por ahora. Íbamos a ir al zoológico. ¿Os apuntáis?

–Me temo que no hay zoológico.

Nui habló entonces.

–Hay una pista del occiso. Tenemos que ir a por él. Ahora.

Gabriel le miró un segundo y luego a mí.

–Lo siento, Pers, pero tengo que ir. Podéis esperarnos o ir sin nosotros al zoo, lo que queráis...

–No, no, no lo has entendido –dijo Nui–. Ella viene, Gabriel.

¿Yo? Gabriel contestó por mí.

–¿A capturar un occiso? ¿De dónde ha salido semejante majadería?

En ese momento, una poderosa voz femenina sonó en la puerta del comedor.

–De mí.

Nos giramos todos en el acto, pero realmente no habría sido necesario. Cualquiera de nosotros había reconocido su voz al instante. Ulla entró, apoyó su mano en el respaldo de mi silla y se enfrentó a Gabriel con la mirada.

—No, Ulla, no es necesario que venga. Nui y yo podemos con el occiso, como otras veces.

—No estoy dudando de vuestra capacidad. Quiero que vaya con vosotros para averiguar algunas cosas, eso es todo.

Gabriel echó hacia atrás su silla, arrastrando las patas en el suelo y provocando un ruido tan molesto como impropio en él. Se levantó como si le hubieran agraviado.

—¿Comprobar? ¿Qué quieres comprobar? ¿Que capturar un occiso es algo muy arriesgado y que no estoy dispuesto a poner en riesgo la vida de Perséfone? ¿Es realmente necesario que explique esto?

Ulla descansó su peso en la otra pierna. Ninguno de los demás asistentes a la mesa hablamos. Noah miraba la discusión con los ojos abiertos y, al mismo tiempo, tranquilos de un niño que asiste a una pelea entre adultos que no va con él.

—Gabriel, a veces tu determinación implica una desobediencia que me irrita. Perséfone es la única capaz de arrastrar consigo un occiso al otro lado.

—¡NO LO SABES! —gritó, furioso, Gabriel.

Miré alrededor. A excepción del niño, yo era la única que parecía sentir la tensión. El resto asistía a la conversación sin mostrar interés. Cuando miré a Orlando, me guiñó un ojo y siguió prestando atención a su té, volcándole otro azucarillo. Llevaba más de una docena.

Ulla se alejó de mi silla, rodeó la mesa y se colocó junto a Gabriel. En ese momento contuve la respiración, porque no había presenciado nunca una discusión tan violenta entre ellos. Pero en aquellos momentos, me pareció que cualquier cosa podría ser posible. Sin embargo, de pronto Ulla extendió las manos y las apoyó afectuosamente en los hombros de Gabriel. Las mangas de su camisa verde se replegaron hasta detrás de sus codos, dejando al descubierto unos brazos de una piel extremadamente blanquecina y unas pulseras turquesas que tintinearón unos segundos. Cuando habló, su voz tenía un rastro de ternura casi maternal:

—No deseo exponer a Pers a ningún peligro, lo sabes. Pero tiene que hacerlo. Perséfone ha nacido por algún motivo y tenemos que hallar cuál es.

—No —la voz de Gabriel continuaba dura y gélida, pero más educada—, no tenemos que averiguarlo. Yo no necesito saberlo.

—Te equivocas. Si Pers es realmente quien creemos que es, significará que ha renacido la Reina Azul. Y eso traerá aparejada una cascada de consecuencias de mayor magnitud que tu existencia o la mía. O, por supuesto, la de la propia Perséfone. Así que retrasar la búsqueda de la verdad sólo nos puede perjudicar, porque después tendremos menos tiempo.

Gabriel me miró por encima de los brazos de Ulla y luego dejó caer la cabeza hacia atrás, con los ojos cerrados, en un gesto de abatimiento que me sorprendió.

—Nada nos hace pensar que Pers sea la Reina Azul —continuó Gabriel, pero esta vez en un tono más suave. Cansado.

—Bueno —Ulla se apartó de Gabriel y fue a ocupar la única silla vacía de la mesa—, no es frecuente que una humana mortal pasee por Pandemónium y luego regrese a la vida, sin ser incorpórea. Eso es una pista, ¿no te parece? De todas formas, si ella no lo es, tendremos que darnos prisa para encontrar a la verdadera.

Me estaba poniendo nerviosa que hablaran de mí como si no me encontrara en la habitación y decidí poner fin a la situación:

—Iré.

Al principio, ni Gabriel ni Ulla hicieron movimiento alguno que indicara que me habían escuchado, así que lo repetí en voz más alta.

—He dicho que iré con vosotros.

Al tiempo que Gabriel giraba la cabeza y me miraba con ojos furiosos, Nui se levantaba de la silla, cogiendo la última tostada de una enorme fuente y diciendo:

—En marcha.

Nui salió del comedor y le seguí por los salones y pasillos, sin siquiera comprobar si Gabriel me seguía o no. Enseguida escuché unos pasos furiosos detrás. Cuando me alcanzó, me cogió el brazo con cuidado pero con firmeza. Se situó frente a mí.

—¿Qué estás haciendo, Pers? No tienes que obedecer a Ulla, no sabe...

—No estoy obediéndola. Pero tampoco voy a obedecerte a ti. Ya soy mayorcita para tomar mis decisiones.

—...que... ¿de qué decisiones hablas? Ayer no sabías lo que era un occiso y hoy quieres enfrentarte a uno. ¡Es una locura que no voy a permitir!

Se acercó más a mí. Hice acopio de testarudez, porque cuando tenía esos ojos increíblemente hermosos tan cerca me volvía más vulnerable.

—Voy con vosotros y no quiero oír ni una palabra más, ¿entendido?

—Eso no es una decisión, Pers, es una imprudencia temeraria. No voy a arriesgar tu vida.

—¡Ni yo, Gabriel! ¡No estoy loca! No quiero morir. Pero Ulla tiene razón, tengo que ir. Os he escuchado varias veces en los últimos días hablar de una reina azul y nadie quiere explicarme qué demonios es. ¿Me lo vas a explicar tú?

Me crucé de brazos. Era su turno de hablar, pero no lo hizo. Se limitó a mirarme.

—Perfecto —repliqué a su silencio—. Voy.

Lo rodeé y continué mi camino. Sin embargo, antes de lograr salir del salón, noté la mano de Gabriel tirando nuevamente de mí hacia atrás. Abrí la boca para protestar, pero en lugar de una nueva serie de discusiones y silencios, Gabriel me abrazó. Sin alejar sus labios de mi cuello, me susurró:

—No te alejes de mí ni un segundo, no quiero perderte de vista. Y cuando esto acabe, hablaremos en serio tú y yo.

El calor de su respiración me puso la carne de gallina. Para acabar de arreglarlo, me besó en el mismo punto del cuello. Cuando nos separamos, me miró como si fuera la primera vez en su vida que me veía.

Luego salimos del castillo caminando juntos, de la mano. Nui nos estaba esperando en el aparcamiento, con una vieja furgoneta negra. Estaba bastante sucia, con rodales de barro reseco en los laterales. Nada que ver con los vehículos que solían conducir. Cuando ya nos habíamos acomodado dentro Gabriel y yo, antes de arrancar, Nui dijo:

–Camuflaje. Es muy importante en una misión.

Y puso el motor en marcha.

Bajo el sol templado de la mañana, el cementerio de Lavender Hill parecía otro sitio, totalmente distinto del que recordaba de la noche anterior. Enfield, el pueblo donde se hallaba, era una tranquila zona de casas adosadas, sencillas, con setos recortados enmarcando las entradas y coches aparcados ante los garajes. Lo único que desentonaba en el paisaje eran unos bloques de apartamentos, monolíticos, asomando sus feos narices por encima de los tejados a dos aguas de los adosados.

Tuvimos que dejar la furgoneta algo alejada del cementerio. La calle que bordeaba su muro, Cedar Road, ni siquiera tenía acera. Tal vez la forma habitual de acceso al cementerio fuera en coche.

Una verja negra con remates dorados asomaba por encima del muro. En la entrada, la verja dibujaba un semicírculo y se apoyaba en dos pilastras de piedra arenisca, gris y fría, decoradas con volutas que parecían granadas mediterráneas. Dentro, dos capillas gemelas, a izquierda y derecha de la entrada, aunque no equidistantes de ella. El camino de asfalto se dividía y subdividía en numerosos esquejes que se dirigían en todas las direcciones posibles. El terreno se inclinaba suavemente hacia la izquierda.

Nos adentramos siguiendo a Nui. El silencio que reinaba, más que sobrecogedor, era bucólico, sereno. Gatos furtivos, ardillas curiosas, cuervos que surcaban el cielo graznando, las hojas de los árboles meciéndose... Se trataba de un cementerio muy antiguo, a juzgar por las inscripciones que vimos y el aspecto deteriorado de algunas tumbas, que se remontaban a mediados del siglo XVIII. Había soldados enterrados de las dos guerras mundiales. Algunas lápidas estaban completamente cubiertas de hiedra. Otras, bajo viejas cruces celtas, informaban de todos los miembros de una misma familia. Las había partidas y desmoronadas sobre la hierba.

Además de estas tumbas, vi otra cosa que me emocionó: a la sombra de las ramas desnudas de un árbol de tronco retorcido y grueso, había una pequeña lápida blanca, con el bajorrelieve de un ángel. La tumba de un niño. De las ramas colgaban centenares de atrap sueños, cada uno diferente, formando un caleidoscopio de colores y figuras, mecido por el aire. Alrededor de la lápida, alguien, con la misma paciencia y tesón, había ido colocando pequeñas figuras de distinta manufactura. Payasos, animales, niños, bicicletas, trenes, todas estaban esparcidas a su alrededor. Me estremecí.

Tuve que hacer un esfuerzo para concentrarme en el trabajo que nos había llevado hasta allí. Habíamos ido siguiendo a Nui, que caminaba, sin dudar en los cruces, atravesando zonas embarradas y resiguiendo los trazados de los caminos. Poco a poco nos fuimos alejando de la entrada, en dirección al fondo del cementerio, donde se

encontraban los enterramientos más recientes. Las cruces celtas habían sido sustituidas por lápidas de mármol o granito negro brillante. Las inscripciones eran aquí letras de molde doradas.

No había nadie en la calle cuando aparcamos la furgoneta ni cuando nos internamos en el cementerio. Nui caminaba delante de nosotros cabizbajo, con las gafas de sol y la gorra calada hasta las orejas, para evitar en la medida de lo posible que sus tatuajes llamaran la atención.

Estaba tentada de preguntar cómo sabríamos dónde empezar a buscar, pero no quería que la sombra de más dudas alterara mi presencia allí, ni distraer a Gabriel o a Nui, sobre todo a este último, que parecía guiarse por algo. De pronto, Nui se detuvo en seco. Habíamos llegado.

Ante nosotros, en una parcela de tumbas nuevas, había una especie de árbol, o lo que parecían los restos de uno, después de que hubiera sido calcinado. Pero no era la estampa que uno esperaría ver de un árbol abrasado. No, este árbol no había sido solamente quemado. Se había retorcido sobre sí mismo, como si se hubiera arrodillado, hasta que las raíces habían quedado al descubierto. No estaba tumbado, o arrancado del suelo. Estaba *agachado*, agonizante, como si suplicara por su vida. Vencido. Era escalofriante.

Me acerqué para tocar la madera carbonizada. Estaba helada. Alrededor del árbol caído no había señales de fuego. Pensé en combustiones espontáneas, en algún tipo de fuego que hubiera afectado solamente al árbol y no a la hierba de alrededor. ¿Qué había ocurrido allí?

—¿Reconoces el sitio, Pers? —Gabriel rompió el silencio sobrecogedor.

Negué con la cabeza y él señaló una tumba allí cerca. Me acerqué a leer la inscripción de la lápida.

Era la tumba de Noah. No quedaba ni rastro de lo ocurrido la noche anterior. Entonces me di cuenta. Me giré a mirar el árbol quemado. Por su posición, respecto a la tumba, lo reconocí.

—¡Este es el árbol bajo el que nos sentamos a esperar la llegada de Noah!

Gabriel asintió.

—Esto refuerza lo que sospechábamos: que el occiso siguió al niño al regresar a este plano. Es más fácil para ellos, se aprovechan del primer tránsito que hacemos cada uno de nosotros en nuestra vida para colarse aquí. De otro modo, un incorpóreo no permitiría que un occiso le siguiera cuando está regresando de Pandemónium.

—¿Y qué hacemos ahora?

—Guiarnos por el olfato —dijo Nui—. ¿No lo hueles? Un occiso deja siempre un rastro de putrefacción inconfundible.

Aspiré con cuidado, pero no detecté ningún olor anómalo. Frío, hierba mojada, campo, poco más.

—Cierra los ojos y concéntrate —dijo Gabriel.

Cerré los ojos. Mi cerebro, al no distraerse con imágenes, se centró en la información que le llegaba a través de los otros sentidos, principalmente el oído. Escuché a Gabriel cambiar de postura, a mi lado, y unos pájaros cantando. Un cuervo nos sobrevoló graznando. Una furgoneta, o algún tipo de motor pesado y viejo, pasó por la carretera. Un perro ladró. Le contestaron varios. La brisa movió las copas de los árboles y las hojas susurraron. Alguien cerró unas ventanas de goznes chirriantes. Pero no lograba distinguir ningún otro olor que no hubiera reconocido antes. Principalmente, el de tierra húmeda. Muy fría. Un poco maloliente, me pareció. Sí, sin duda, entre esas notas a tierra mojada se escondían otras a tierra algo putrefacta, como a hojas húmedas en proceso de descomposición. El olor recién descubierto comenzó a cobrar fuerza por momentos. Era una mezcla entre corrupción orgánica y otra cosa más... áspera, más desagradable, parecida al azufre. Este nuevo plano oloroso adquirió entonces una pesadez insoportable. Dejé de recibir sonidos, sólo era capaz de percibir el olor, nauseabundo ahora. ¿Cómo no lo había notado antes?

Me tapé la nariz, porque la peste estaba revolviéndome el estómago, y abrí los ojos. Nui y Gabriel miraban fijamente un punto entre los árboles.

—Por allí. Vamos.

Nos pusimos en marcha. Parecía como si aquel hedor hubiera dejado un rastro sinuoso que discurría entre las tumbas, a lo largo del cementerio, en dirección al centro de la ciudad. Cuando perdía el rastro, no tenía más que cerrar los ojos y aspirar con cuidado y atención, para volver a percibir la fetidez.

Atravesamos una pradera embarrada y seguimos a Nui a través de un agujero en la valla metálica que delimitaba el cementerio. Al otro lado, tras unos matorrales, salimos a un camino rural abandonado. Dejé de percibir el hedor, pero no fui la única: me preocupó ver a Nui olfateando el aire en varias direcciones. Claramente, habíamos perdido la huella del occiso. Gabriel y él se miraron contrariados.

—Vosotros seguid por allí —señaló Nui a nuestra derecha—. Llevad el móvil a mano. El que lo encuentre primero, que llame. Pero ni se os ocurra enfrentaros a él sin mí. Necesitaremos estar todos juntos.

Aunque en la utilización del plural de Nui no había ninguna señal que me excluyera, sabía que se refería a ellos dos, solamente. Que debían aunar fuerzas ellos dos. Yo no tenía ninguna posibilidad, a no ser que la predicción de Ulla fuera cierta.

Pero ¿cómo se luchaba contra la esencia de un espíritu?

Nui nos dio la espalda y echó a correr, hacia la izquierda, camino abajo, hasta que lo perdimos de vista en el primer recodo. Gabriel y yo comenzamos a caminar a paso vivo en sentido contrario. El camino desembocaba en una calle asfaltada y con viviendas a ambos lados, Phipps Hatch Lane. Miramos a un lado y a otro. No quedaba ni rastro del nauseabundo olor que habíamos seguido a través del cementerio. De hecho, aquella calle, con sus casitas adosadas de ladrillo, los coches aparcados a la entrada de los garajes, era un sencillo barrio en la corona norte de Londres donde nunca debería ocurrir nada

parecido a un occiso. No podía estar allí, demasiado habitado. Desconcertada, miré a Gabriel pero él estaba contemplando el sol. Consultó su reloj de muñeca y me miró preocupado.

—Tenemos que encontrar a Nui, ¡rápido!

Y sin más palabras, arrancó a correr a bastante velocidad hacia nuestra derecha.

Entramos enseguida en la calle donde habíamos aparcado, en Cedar Road. El cementerio nos contemplaba plácidamente a nuestra derecha, mientras nosotros atravesábamos volando los jardines sin seto de las casas vecinas al cementerio.

Cuando llegamos a la furgoneta, eché mano instintivamente al bolso, buscando las llaves... ¡las llaves! ¡Se las había llevado Nui en el bolsillo de su vaquero! Miré a Gabriel, por encima del techo.

—No podemos entrar —le dije.

Gabriel me guiñó un ojo. Se agachó y, la siguiente vez que le vi, estaba dentro de la furgoneta, estirándose para abrirme la puerta desde dentro.

—¿Cómo lo has hecho? —pregunté, mientras me abrochaba el cinturón.

—Una de las múltiples ventajas de una migración instantánea. Ya lo irás aprendiendo.

Miré alrededor, para comprobar que no hubiera alguien paralizado junto a la furgoneta, anonadado por haber visto a Gabriel desmaterializarse para aparecer después en el interior del vehículo. Pero no, la calle estaba desierta.

El cielo, blanquecino hasta entonces, comenzó a oscurecerse, presagio de una fuerte tormenta. Escuché un trueno lejano y unos remolinos de aire zarandearon los papeles y hojas que había a nuestro alrededor.

Gabriel recogió bajo la alfombrilla del conductor una llave de contacto con la que encendió el motor y nos pusimos en marcha.

—Los occisos pertenecen a la muerte, son la negación que rodea Pandemónium. No soportan la luz. Supongo que cuando salió del cementerio, hacia el este, comenzó a amanecer. Así que se movió en dirección contraria, hacia la oscuridad.

—Entonces, Nui ha ido directamente tras él.

Gabriel asintió.

—Tenemos que alcanzarle antes de que el occiso le descubra... solo.

Abandonamos Cedar Road y entramos en Lavender Hill. Gabriel conducía impaciente, pero de alguna manera se contenía para no levantar la curiosidad o sospechas. Sonó mi móvil: un mensaje de Nui. Sólo ponía «Vías del tren». Pero sólo había casas y más casas, adosados, algún edificio de oficinas anticuado, una pequeña floristería, nada de trenes. De pronto, a ambos lados de la calle apareció un muro elevado, de más de dos metros, sin nada a la vista detrás. Gabriel clavó los frenos. Me tuve que apoyar con las dos manos en el salpicadero para resistir la inercia de la frenada. Menos mal que no había ningún coche detrás.

Gabriel ya había salido de la furgoneta y corría hacia la acera. Dio un salto

sobrenatural y se apoyó en el borde del muro. Salí del coche, pero era imposible que yo también hiciera ese salto.

¡Bingo!

Se sentó ágilmente sobre el muro y desde allí anunció que estábamos en un paso elevado bajo el cual discurrían unas vías de tren.

—Llévate la furgoneta y apárcala donde puedas. Luego ven, pero con cuidado, por favor.

Un segundo después, había desaparecido de mi vista. Tuve que ahogar un grito, porque la altura del paso elevado a las vías debía ser considerable. Corrí hacia una grieta en el muro y espíe a través de la estrecha abertura. Vi a Gabriel junto a las vías de tren, mirando en mi dirección. No sé si me descubrió, pero hizo un gesto de despedida y se internó hacia unos matorrales. Desapareció de mi vista.

Regresé a la furgoneta. El volante situado a la derecha, claro. No había conducido nunca un coche británico. En un acto reflejo, moví la mano derecha, buscando la palanca de cambio. No, boba, con la izquierda. Por el espejo retrovisor, comprobé que un coche rojo familiar se había detenido detrás, esperando a que yo me pusiera en marcha. Sin pitar, simplemente esperando.

Comencé a preocuparme. Quería dejar la furgoneta donde no molestara y salir tras Gabriel, pero no sabía ni cómo ponerla en marcha. Tras el coche rojo, había ahora uno verde y un autobús escolar. Ninguno pitó, pero la conductora del coche rojo no me quitaba los ojos de encima.

Cerré los ojos y respiré con calma una bocanada de aire. Hice el movimiento reflejo de meter primera, como lo habría hecho con la mano derecha, pero con la izquierda. La marcha entró sin problema. Aceleré con el pedal correcto y la furgoneta se puso en marcha. ¡Hurra! Comencé a moverme despacio e intenté meter la siguiente marcha, pero como aquel mecanismo comenzó a rascar y crujir, lo dejé por imposible, y continué moviéndome en primera. La larga caravana de coches se puso en marcha también, a mi ritmo pausado. Ninguno intentó adelantarme. En Lavender Garden vi un hueco para aparcar, lo suficientemente grande como para no tener que maniobrar. Si tenía que buscar la marcha trasera para realizar un aparcamiento complicado, Gabriel y Nui acabarían volviendo en autostop a casa de Solomon.

Cuando por fin salí de la furgoneta, notaba la espalda sudorosa. La mujer del coche rojo y todos los conductores del resto de vehículos me miraron al pasar, aunque ninguno abrió la boca ni hizo un mal gesto.

Eché a correr en la dirección por la que había venido y regresé al cementerio. Una vez allí dentro, y jadeando como un pez fuera del agua, giré a la izquierda, de nuevo hacia las vías del tren. Pasé volando entre las tumbas, las que estaban alineadas y las que no, saltando por encima de algunas de ellas.

Cuando descubrí a cierta distancia el paso elevado, el terreno comenzó a acusar una suave inclinación. Las vías debían estar cerca, pensé. Ralentiqué el paso, agudizando el

oído. No oía nada, ni por supuesto olía nada... No, falso. Sí distinguía un olor, pero era más parecido a estiércol que al hedor podrido del occiso. No obstante, decidí seguir ese rastro, porque no tenía ningún otro.

El corazón me latía desbocado y tenía la garganta seca, por el esfuerzo físico de la carrera y porque no sabía qué me podía encontrar, si es que daba alguna vez con Nui y Gabriel. Me preguntaba si los dos se habrían encontrado para poder luchar contra aquella cosa juntos o, por el contrario, si el occiso habría dado primero con Nui. Descendí un poco más por la ladera, apartando ahora matorrales y árboles bajos con las ramas desprovistas de hojas, ramas afiladas y crujientes. Me hice un par de arañazos en el dorso de las manos, que pronto empezaron a escocer.

Escuché un murmullo muy cerca. Estaba convencida de que había sido la grave voz de Nui. Además, el olor a estiércol se había hecho más intenso y ácido, muy desagradable. Comprendí que los había localizado, pero nada me preparó para lo que ocurrió a continuación. Debía haberlo pensado un poco mejor, o al menos dos veces antes de embarcarme en esta aventura. Cómo fui tan tonta de pensar que podía colaborar con Gabriel y Nui, dos incorpóreos centenarios, acostumbrados a cazar a la muerte misma cada vez que ésta se aventuraba en el plano vital de los seres humanos, y creer que podría ser de ayuda.

Qué ingenua.

Aparté un matorral delante de mi cara y salí a un pequeño claro. Descubrí a Nui, a mi izquierda, que me miró sorprendido. A la derecha del claro, estaba Gabriel, de espaldas a mí. Ambos encorvados hacia delante, con los brazos y las piernas separadas. Preparados.

Gabriel se mostró irritado por mi irrupción y movió la mano para pedirme silencio, pero entonces un sonido llamó mi atención.

Allí, en medio de ellos dos, aparentemente acorralado, a unos cuatro o cinco metros de mí, había una mancha alargada, como una grieta. Parecido a una sombra vertical, pero más compacto, algo parecido al rastro que deja un cuerpo en una fotografía movida. Más una sensación que una certeza de que allí delante hubiera algo. Era como si no lo estuviera viendo con los ojos, a través de la vista, tal y como podía percibir el mundo que me rodeaba. No, era como cuando visitaba Pandemónium; la vista era allí el menos útil de los sentidos, porque todo lo que estaba podía no ser y, por lo tanto, no tenía ningún sentido mirar algo que podía no ser. Cuando miré a Gabriel percibí, justo en el extremo de mi campo de visión, que en el centro del occiso latía una especie de punto rojizo. Me fijé de nuevo en él, pero el punto rojizo desapareció. Así fue como descubrí la mejor forma de ver un occiso: nunca mirándolo de frente.

El occiso. Si se pudiera rebañar con una cuchara una porción del espacio, del aire, de las tres dimensiones, en el punto geográfico exacto que tenía delante de mí, y lo hubiera rellenado con la materia más podrida, generada por la muerte, el odio, el miedo, el resentimiento y la ira, entonces el resultado habría sido el occiso que, juraría, me estaba mirando. Porque aquella cosa inexplicable, turbia pero a la vez con cierta consistencia, se

había concentrado en mí. No sabía cómo podía tener aquella certeza, hasta que escuché el grito de Gabriel:

—¡PERS, CORRE!

Escuchar su grito desesperado y apremiante hizo que me paralizara de terror. Sin embargo, aquello que tenía delante reaccionó porque, en un segundo, se movió, con un desplazamiento quebrado, como errático, sesgado, derecha, izquierda, derecha, izquierda, pero muy rápido, como el vuelo acelerado de un insecto. Se lanzó a por mí, atravesando el pequeño claro que nos separaba. Nui y Gabriel se abalanzaron; Nui directamente a interceptar la trayectoria de aquello y Gabriel, en cambio, hacia mí, con claras intenciones de protegerme. Mientras comenzaba a formar un grito en mi garganta, mi cerebro sólo fue capaz de producir una única pregunta, que se me antojaba lejana como un eco pasajero: y ahora qué. Se suponía que debía saber cómo manejar aquella cosa que venía a por mí, pero ¿cómo? ¿Atrapándola? ¿Aquella nube evanescente se podría agarrar? ¿De la misma manera que se agarra el humo? ¿Podía herirme? En un gesto inconsciente, toqué el escorpión de ónice, colgando de mi cuello. Pero eso no evitó que me entrara el pánico cuando comprendí que Ulla había estado equivocada, que yo carecía del sentido sobrehumano que se me suponía para resolver esta situación. Y el occiso surgido del infierno se lanzó a por mí.

Como si Gabriel y Nui se movieran a cámara lenta, el occiso se situó a mi lado a una velocidad imposible. Me quedé bloqueada, sin reacción, incapaz siquiera de cerrar los ojos, esperando que aquella cosa chocara contra mí. Contuve la respiración, esperando sentir de un momento a otro el impacto.

La cosa pasó junto a mi brazo justo en el momento en que levantaba la mano para protegerme; el resultado fue que me rozó, apenas una fracción de segundo. Al principio sólo sentí como un soplo sobre la piel. El dolor apareció inmediatamente después, de tal magnitud como si me hubieran derramado aceite hirviendo. Grité mientras lo seguía con la mirada. Se dirigió al tronco hueco de un altísimo ciprés, donde había una masa compacta, de color claro, que emitía un zumbido grave y bajo.

Un avispero.

El occiso se lanzó contra él y lo reventó, literalmente. Un instante después, una nube de bichos con alas y aguijones, aguijones cuyo veneno me provocaba una reacción anafiláctica, se desparramaron por el cielo gris, entre los árboles y los matorrales, en todas direcciones, desorientados y clamando venganza. El zumbido subió varias octavas y se volvió un rugido ensordecedor. No esperé más.

Apretando la mano herida con la otra, eché a correr colina abajo, hacia las vías del tren, sin mirar siquiera por encima de mi hombro para ver si me seguía alguien, muerto o menos muerto. Agachaba la cara para evitar que las ramas me golpearan. En un momento en que levanté la mano para comprobar la herida, vi la primera avispa posada sobre la manga de mi cazadora azul celeste. Agité el brazo, aterrorizada, y corrí más

rápido. Comprobé que había dejado clavado un aguijón, minúsculo y negro, pero no había logrado atravesar la tela.

Enseguida noté un picotazo en el cuello, por debajo de mi oreja izquierda, en un punto de piel que no cubría la cazadora. Inmediatamente después, un calor concentrado y luminoso comenzó a irradiar dolor desde ese punto. Me palpé y noté un bulto hinchado y muy caliente. El dolor me escarbó en la oreja y trepó por la base de mi cráneo. Me detuve y me doblé hacia delante, bajo una dolorosa presión en el pecho. Comencé a jadear y, con cada respiración, a emitir un silbido agudo. Había leído sobre estas respuestas anafilácticas tan extremas pero, aunque yo tenía alergia a la picadura de las avispas, nunca había sufrido una reacción tan intensa y rápida.

Noté como si me hubieran llenado la tráquea de algodón, a través del cual el aire se filtraba en hebras cada vez más débiles que apenas llegaban a los pulmones. Arrodillada en el suelo, vacié el contenido del bolso en el suelo, buscando a la desesperada el autoinyectable de epinefrina que siempre llevaba conmigo, en su envase, listo para ser usado.

Justo cuando mis dedos tocaban el envase e intentaban asirlo, caí por un túnel oscuro en el que delicadas bolas de luz estallaban ante mis ojos. Supe que no podía estar migrando hacia el reino de La Araña, por el dolor tan físico y concentrado en el cuello, la mano y los pulmones, que se negaban a recibir aire. Me pareció notar que era alzada del suelo, creí distinguir movimiento alrededor, sombras que revolotearon durante unos breves segundos. Luego noté otro pinchazo fuerte en el interior del muslo, a través del pantalón. Mis músculos perdieron consistencia y me dejé arrastrar por una pesada somnolencia.

Perdí el conocimiento.

MADRID

Como no podía ser de otra manera, Gabriel salvó mi vida. Cuando vio lo que el occiso hacía con el avispero, renunció a cazarlo y salió corriendo detrás de mí. Me alcanzó cuando intentaba sacar la epinefrina; fue él quien extrajo el autoinyectable del envase y me lo puso en la pierna. Entretanto, Nui había perdido la pista del occiso, así que me trasladaron inmediatamente a la furgoneta y de ahí a casa de Solomon, donde fui atendida por un médico de su corporación. Cuando estuve en condiciones, le pregunté al doctor si mi alergia a las picaduras había empeorado pero me contestó que no había sido sólo una reacción anafiláctica a las avispas lo que me había provocado aquello. Que hubo algo más, otra cosa desconocida. El hombre se detuvo en ese punto. Me miró a los ojos en silencio y salió de la habitación.

Gabriel se sentó en la cama y me dijo que iniciaría con Nui la búsqueda del occiso. Me pidió que me alejara de Londres. No comprendía el comportamiento del occiso y estaba preocupado. Yo me encontraba demasiado cansada y desalentada como para discutir con él, así que le dije que regresaría a Madrid para recuperarme. Le gustó mi idea. Me dijo que tendría tiempo para hacer lo que quisiera, porque no estaba seguro de cuánto les costaría dar con el occiso. Y luego, cuando lo localizaran, tendrían que luchar con él y la batalla podría prolongarse días. Pero que se enfrentaría a él más tranquilo sabiendo que yo estaba a salvo, y que les pediría a Huan y Orlando que permanecieran a mi lado. Sonreí y dimos por finalizados los nuevos planes.

Así que regresé a Madrid una soleada mañana aún templada de principios de noviembre. Había olvidado lo bonita que era la ciudad. Lo ruidosa, atosigante, desnivelada, caprichosa y parcheada, sí. Pero también lo florida, luminosa, vital y brillante que era. Lo primero que hice fue recorrer el paseo de la Castellana en autobús, sin ningún plan, salvo el de mirar. La mediana del paseo estaba ocupada por numerosos macizos de diminutas florecillas; las calles, por hombres jóvenes trajeados, chicas de pelo largo que abrazaban carpetas, turistas, grupos de escolares, mujeres solas o en grupos, parejas distraídas, rayos brillantes de sol que me deslumbraban al reflejarse en las ventanas de los palacetes que adornaban el paseo, móviles que sonaban, conversaciones a media voz a mi lado, jubilados que paseaban y me miraban mirarles cuando el autobús se detenía.

Me senté en la plaza de Colón, para continuar con mi objetivo de absorber toda la vida cotidiana posible. Eché en una papelera el vaso vacío de la horchata que me había comprado momentos antes. La mayoría de la gente que pasaba a mi lado se dirigía a algún sitio. A trabajar, de trabajar, a ver a alguien, de hacerlo, de compras, todos con un destino inmediato y, una vez alcanzado ése, otro nuevo, y otro más, y así hasta ir

completando paso a paso aquella jornada, no muy distinta de las precedentes y posteriores, o tal vez sí, absolutamente distinta, única, especial. Yo, en cambio, estaba allí sentada, sin ningún motivo. La ausencia de Gabriel a mi lado se hacía asfixiante a veces: era la primera vez en varios meses que nos separábamos más de un día. Me sentía vulnerable y esa indefensión era aún más palpable cuando veía algo particularmente interesante y, de manera instintiva, me giraba con la intención de contárselo a un Gabriel ausente, invisible. Aquello me provocaba una especie de desorientación, en parte superada por la tremenda familiaridad que me transmitían aquellas calles, aquellos comercios, los edificios, los ruidos.

Miré el reloj. Había quedado con Elisa a las seis. Faltaban tres horas que no sabía muy bien con qué llenar. Paseé, viendo escaparates, aunque me interesaran más bien poco. Entré en una papelería y compré un juego de lápices para ella. Recordé que en nuestros últimos correos electrónicos no había hablado mucho de sus estudios de Bellas Artes. Sabía que seguía viviendo en el mismo piso, pero sin Emma, que se había mudado al piso de su novio. Pero que le iba bien, porque había subarrendado mi antigua habitación a una chica nueva.

¡Qué ganas tenía de verla!

Llegado el momento, me dirigí a una cafetería en el subterráneo de uno de los intercambiadores de la ciudad, donde la había citado. Un sitio nada especial para un reencuentro como el nuestro, lo sabía, pero era subterráneo y, por lo tanto, un sitio al que rechazaría ir cualquier incorpóreo porque no soportaban estar bajo tierra. De alguna manera me sentía más segura de esa forma.

Pedí un refresco y me senté a esperarla. La circulación de viajeros era ininterrumpida: cuando llegaba un autobús nuevo, descendían los pasajeros y la mayoría se dirigía al metro. Como llegaban constantemente autobuses, no había un solo momento en que no hubiera gente pasando delante de las mesas de la cafetería. Había también tiendas de ropa, de compraventa de películas, de alimentación, un quiosco, incluso una pequeña biblioteca de préstamo de libros. Era como una plaza llena de comercios, pero por debajo de la superficie y con luz artificial.

La vi antes de que ella me descubriera a mí. Caminaba lentamente y desde la distancia noté su cojera. Elisa siempre se había negado a utilizar apoyo y había aprendido a caminar disimulándola, pero había empeorado desde la última vez que nos vimos. Cuando me descubrió, sonrió y aceleró el paso. Nos abrazamos con cariño.

—¡Pers! ¡Por fin! ¡Dichosos los ojos!

—¡Eli! ¡Estaba deseando que llegaras!

Me miró con extrañeza:

—¿Te he hecho esperar mucho? Lo siento, he tardado más de lo que pensaba. Creo que se acercan las lluvias, porque la pierna me está matando.

—No, soy yo la que he venido con antelación, tenía muchas ganas de verte y no podía esperar más, dando vueltas por ahí.

Nos sentamos y me ofrecí a entrar a pedirle un refresco, pero no quería. Entonces se fijó en la quemadura de mi mano y me preguntó por ella:

–Cocinando –mentí.

–¿Desde cuándo sabes cocinar?

–Precisamente por eso, porque sigo sin saber.

Nos echamos a reír.

–Vaya sitio más raro para quedar, ¿no? ¿Por qué no has venido al piso?

–Bueno –dije–, no sé si estoy preparada para ver el piso ocupado por dos extrañas. Siempre lo recordaré tal y como era antes, con Emma, tú y yo.

Elisa sonrió:

–Sólo hay una habitación ocupada, aparte de la mía. La otra no he logrado realquilarla.

–La de Emma es la realquilada, claro –era la más grande y luminosa de los tres dormitorios.

–No –dijo Elisa, para mi sorpresa–. Casualmente la tuya. La chica que vino a ver el piso me preguntó cómo se llamaban las anteriores inquilinas, y cuando le dije tu nombre contestó que le gustaba cómo sonaba y que se quedaba en tu antiguo cuarto. Así que yo he ocupado la habitación de Emma.

Asentí. Qué gente más extraña poblaba el mundo. Pero, claro, para rarezas, la mía.

–¿Y Emma, qué tal le va?

–Bien. De vez en cuando hablamos. Está viviendo con su novio y creo que ha dejado de estudiar.

–Las dos sospechábamos que esto iba a pasar, ¿verdad, Eli?

Ella asintió.

–Bueno –dijo, cogiendo mi mano entre las suyas y sonriendo–, tienes mucho que contarme, así que ya estás empezando.

Me había preparado para ese momento. Durante el vuelo a Madrid comencé elaborando una complicada rutina de mi supuesta vida en Londres, porque sabía que Elisa me iba a preguntar. Pero me asustó la posibilidad de que ligeras contradicciones o incoherencias me descubrieran y decidí usar otra salida más fiable:

–Buf, no hay mucho que contar. Trabajo como freelance de diseñadora para algunas agencias y por las mañanas voy a clase de inglés. Vivo con Gabriel, que trabaja un montón de horas y los fines de semana nos vamos al campo, si hace bueno, que suele ser un día de cada mil. Cero emociones.

Elisa me contempló con los ojos muy abiertos y luego soltó una carcajada.

–Está bien. Si no quieres, tendré que sacarte yo los detalles –y comenzó a enumerar con los dedos de las manos–. Quiero saber qué comes, qué hacéis un sábado por la noche, qué películas has visto últimamente, adónde vais a pasear, qué sitios me recomiendas para cuando pueda ir con Alberto...

Enarqué las cejas.

–¿Con... quién?

—Alberto —repitió Elisa, bajando la mirada—. Mi novio... creo. Sí, mi novio.

Esta vez fui yo quien rió en voz alta.

—Vaya, vaya, vaya. Me voy unos meses de esta ciudad y todo se vuelve patas arriba. ¿Quién es él? ¿Cómo es, de dónde ha salido, qué ha hecho para conquistar a mi mejor amiga?

Elisa me miró fijamente y de pronto me abrazó. Me cogió desprevenida.

—Estaba deseando contártelo, pero no quería hacerlo por ordenador. Llevamos saliendo un mes. Nos conocimos por unos amigos comunes de mi clase.

—¿Tienes fotos en el móvil? —le pregunté.

Elisa negó con la cabeza.

—No, sabes que no es lo mío, pero sí en casa, en el ordenador, fotos de un día que fuimos de excursión a Pedraza. No me atreví a decirle que con esta pierna no puedo caminar mucho.

—Bueno, ahora ya lo sabe y tendrá más cuidado la próxima vez. Asunto resuelto. Tienes razón, vamos al piso a ver esas fotos y cenamos allí, si te parece.

—Genial. Vamos.

Fuimos en autobús hacia el piso. Yo hubiera preferido ir en metro, por continuar bajo tierra, pero Elisa prefería el autobús. Acepté e hice un esfuerzo por relajarme y olvidarme de los incorpóreos. Ahora estaba con Elisa, mi amiga desde hacía varios años, mi única amiga, y quería centrarme sólo en ese aspecto de la vida humana del que me había alejado últimamente.

Durante el trayecto hablamos sin parar. Me contó que Max seguía adelante con el Blue Bay, pero que habían cambiado todas las camareras, aunque ella no iba tanto por allí. A Alberto no le gustaba especialmente.

—Así que Lucy no sigue tampoco.

—No. La última vez que vi a Max estaba saliendo con una camarera nueva, un clon de Lucy. Con menos cerebro, si cabe.

—Pues qué carrera lleva.

—Sí —dijo entre risas Elisa—. Tampoco sigue Hermi. Lo de tu hermano le cayó como una losa.

Un silencio espeso se instaló entre nosotras.

—¿Qué sabes de..., quiero decir, cómo salió lo del juicio y todo eso?

—Lo condenaron, pero no he querido saber más de la sentencia. Por suerte, el asesino era mayor de edad, así que está ahora mismo en la cárcel.

Elisa me agarró el brazo con fuerza.

—¿Y tú, cómo estás, cómo lo llevas?

Miré por la ventanilla del autobús. Había anochecido ya.

—A ratos sigue doliendo mucho. Pero la vida sigue.

Elisa asintió cabizbaja.

—Sí, tienes razón. La vida sigue. ¿Y tu padre y María?

—Bueno, no los he visto desde hace un tiempo —desde que salí de Madrid, pensé—. Sé que está siendo muy duro, pero por fortuna la adopción de mi nueva hermanita china está a punto de ser un hecho. El mes que viene van a recogerla.

—¡Buena noticia! ¿Saben ya cómo se llama?

—Sí. Kumiko. Significa «eterna belleza» o algo así. Me lo contó María, la última vez que hablé con ella. Estaba muy contenta. Por fin.

—Kumiko, me gusta. Me alegro mucho por ellos, Pers. Después de todo lo que han pasado, de lo que habéis pasado —se corrigió—, ya era hora de una buena noticia.

Tragué saliva e intenté sonreír. La última vez que crucé a Pandemónium lo hice para buscar a Mateo, porque necesitaba ver su luz o, si pudiera, rescatar alguno de sus recuerdos. Le echaba tanto de menos que a veces me ahogaba en un doloroso llanto. Gabriel estaba ahí entonces, siempre, para tranquilizarme. Sin embargo, no pude dar con Mateo. A quien sí toqué, en cambio, fue a Camila. Fue entonces cuando me contó su historia y provocó mi decisión de participar en ella, provocando cierto desenlace.

—Ya estamos llegando. Es la siguiente parada.

Por la calle, Elisa se apoyó en mi brazo. Nos imaginé a las dos como unas viejecitas caminando así en el ocaso de nuestras vidas y contándonos confidencias de nuestros nietos y bisnietos. Me gustó ese posible futuro.

—Pero tú sí tienes fotos de Gabriel en tu móvil, ¿verdad? —dijo Elisa, de pronto.

Negué con la cabeza.

—No le gustan las fotos. No solemos hacernos.

Era cierto. Al principio me pareció gracioso el rechazo que mostraba siempre Gabriel a dejarse fotografiar. Pero un día descubrí que el verdadero motivo era que Gabriel no quería recuerdos de nuestro aspecto actual que yo pudiera contemplar dentro de sesenta años para constatar que no habíamos envejecido igual. Eso sería devastador para mí y él lo sabía. Así que no había fotos. Pero yo sí quería crear un álbum de fotos de nuestra vida, como hacían todas las parejas. Sin embargo, las veces que lo intentaba, de una u otra forma Gabriel se escabullía del retrato.

—Lástima. Con lo guapo que es —suspiró Elisa.

—Ya.

Sin darme apenas cuenta, llegamos al portal de la calle Cervantes. Elisa entró rápidamente, pero yo me demoré unos segundos: hacía pocos meses que había dejado de vivir allí, pero me parecía una vida entera.

No había nadie en el piso. Elisa encendió la lamparita del salón y pude constatar, con cierta alegría, que no había cambiado prácticamente nada. El mismo sofá, el mismo televisor, la cafetera en la cocina, la postal de Klimt en la nevera, todo tal y como lo había dejado. Había un par de pequeños cuadros colocados a ambos lados de la puerta de entrada, con unos dibujos negros y retorcidos.

—Son de la nueva inquilina —explicó Elisa—. Parecía muy interesada en colgarlos ahí. Al principio no me gustaban, pero ahora ya me he acostumbrado.

Me senté en el mismo lado del sofá que solía utilizar. Elisa entró en la cocina y regresó con una bandeja y un par de latas de refrescos. Se sentó junto a mí. La bandeja, redonda, era del Blue Bay. Se la dejó olvidada Max, en una fiesta memorable, siglos atrás.

—¿Qué tal van tus estudios? —le pregunté.

Hizo un mohín de desencanto.

—Bueno, estoy atravesando, ya sabes, esa fase crítica donde todo son dudas... —bajó la mirada hacia sus manos—. No sé, me estoy planteando dejarlo.

—¡No! —protesté indignada—. ¡Ni se te ocurra! Pero ¿qué me estás diciendo, si era tu sueño? ¿Qué ha pasado?

Elisa se levantó nerviosa del sofá, fue a la cocina y trajo un par de servilletas azules de papel.

—No ha pasado nada. Ése es el problema, que no pasa nada. No tengo padrino, ya lo sabes, nadie con prestigio que me pueda echar una mano, y es muy difícil colocar tus trabajos en una galería y que se vendan y poder comer de ello.

—Pero eso ya lo sabías cuando empezaste y nunca te había detenido. ¿Por qué ahora sí?

—Porque lo veo más negro que nunca. El mercado también se ha paralizado un poco y éstos son malos días para...

Movió la cabeza de un lado a otro, muy desanimada. Me lo había ocultado en nuestras conversaciones.

—¿Y qué vas a hacer? Después de tantos años aquí en la ciudad, preparándote para tu sueño ¿y lo vas a dejar?

—Yo... Alberto me insiste bastante para que nos vayamos a vivir juntos... no sé... Una posibilidad sería regresar a mi pueblo...

—¿Estás loca? Elisa, pero ¿qué te ha pasado? ¿Te estás escuchando? ¿Irte a vivir con él? Pero si hace unos meses que os conocéis. Y lo de regresar a casa de tus padres...

—¡Me lo dices tú! ¿Hace cuánto tiempo que conoces a Gabriel y ya sois inseparables? Además, no sería volver a vivir con mis padres. Alberto tiene un proyecto de montar una pequeña casa rural, algo muy sencillo, con dos o tres habitaciones que pudiéramos llevar él y yo. Con un pequeño huerto que cuidaríamos los dos, sin ayuda. Y habíamos pensado en mi pueblo...

Apoyé la cabeza en el respaldo del sofá y contemplé el techo del salón, el mismo techo que había mirado tantas veces. Cuando volví a mirar a Elisa, se retorció nerviosa las manos.

—No sé, Pers, no te lo tomes tan en serio, es tan sólo una idea que me ronda por la cabeza últimamente... Yo tampoco estoy tan segura de querer hacer eso...

Le toqué el brazo con suavidad y se giró sobresaltada.

—Tú y yo —le dije— hemos paseado durante años por las calles donde se agrupan las mejores galerías de arte. Tú mirabas las obras que tenían expuestas y me las explicabas.

Las criticabas o te maravillaban. Te he visto hablar con tanta pasión del arte que no puedo creer lo que estás diciendo. Y –endurecí mi voz– no me queda más opción que pensar que todo es culpa de tu pareja. De Alberto.

Eli no levantó la mirada del suelo, se limitó a chasquear la lengua. Inspiró aire cuidadosamente, lo retuvo en sus pulmones y suspiró.

–No le culpes a él. Creo que es algo que está dentro de mí. Últimamente no logro concentrarme mucho, no duermo bien. No sé, supongo que es una mala racha y se me pasará. Alberto es estupendo, de verdad. Estoy bastante colada por él. Tienes que conocerlo. Es muy detallista y protector conmigo. Creo que también está colado por mí. Te caería bien –de pronto, su cara se iluminó y me miró con entusiasmo–. ¡Tengo una idea!

Supe lo que iba a decir incluso antes de que abriera la boca.

–¡Tenemos que quedar los cuatro! ¡Una cena! ¿Por qué no llamas a Gabriel y le pides que se acerque un fin de semana mientras estés aquí y cenamos los cuatro?

Claro, ¿por qué no? ¿Porque no quería que mi única amiga supiese que mi novio era un espectro? Necesitaba una excusa.

–Bueno, no sé, Eli, él... está muy ocupado siempre y... no es fácil comprar billetes de avión con tan poca antelación y...

–Tonterías –se deshizo de mis excusas con un movimiento de mano como si disolviera una nube de humo. Su buen humor regresó–. Si te quiere tanto y tú se lo pides, encontrará la manera de hacerlo.

–Bueno, ya lo hablaremos, ¿vale? Pero antes quiero que me prometas que congelarás por ahora esos planes de abandonar tu carrera. ¿Me lo prometes?

Elisa me miró con ternura y de pronto me abrazó.

–¡Te echaba tanto de menos! –me susurró al oído. Se me puso un nudo en la garganta.

En ese momento escuché el roce de unas llaves contra la cerradura de la puerta de entrada. Un segundo después se abrió y entró una chica. Lo primero que vi fue su rostro, ovalado, de una palidez extraordinaria en la que resaltaban sus ojos negros. Su nariz y labios eran muy finos. Era de una belleza extraña. Llevaba una larguísima melena suelta, de color azabache brillante que se camuflaba encima de su ropa negra. Cuando me descubrió, se quedó inmóvil, la mano todavía sacando la llave de la cerradura. Me miraba con sorpresa, como si yo hubiera entrado por la fuerza en la casa. En ese instante, Elisa salió de la cocina y reparó en ella.

–Rebeca, te presento a Perséfone.

Ahora sí que abrió unos ojos como platos. Sacó la llave de la cerradura, cerró la puerta y se colocó a mi lado. Me levanté y nos dimos dos besos en las mejillas. Luego se quedó de pie, mirándome desde arriba. Me sacaba un palmo de estatura.

–Encantada –dijo sonriendo, para romper el hielo.

Apoyó su mano en mi brazo y, aun a través de la tela de mi jersey, irradió calor a mi piel.

—¡La famosa Perséfone! Tenía ganas de conocerte.

Elisa nos contemplaba divertida.

—Elisa no para de hablar de ti —dijo la chica nueva. Me fijé en los pendientes que llevaba, una espiral de plata que tintineaba al moverse.

Cuando nos sentamos, ella lo hizo con el cuerpo girado hacia mí. Parecía tener mucha curiosidad. Sin moverse de mi lado, se quitó la chaqueta y la apoyó sobre sus rodillas. Llevaba debajo una camiseta negra, de manga corta. En uno de los brazos tenía un pequeño tatuaje, un círculo que encerraba tres espirales que partían del centro. Ella me vio fijarme en su tatuaje:

—¿Sabes algo de simbología celta?

Negué con la cabeza.

—Pers —dijo en ese momento Elisa—, no hay mucho que comer aquí porque alguien no ha hecho la compra —miró a Rebeca, aunque ésta no se dio por aludida—, así que te propongo que nos vayamos fuera a cenar.

—De acuerdo.

—Chicas, ¿podría ir con vosotras, por favor? Me he quedado colgada y no quería cenar sola aquí —preguntó Rebeca.

Interrogué con la mirada a Elisa, quien asintió con la cabeza.

—Venga, pues vamos —dije.

Rebeca se levantó de un salto.

—¡Me habéis salvado la noche! Dadme dos minutos, por favor, que voy a pegarme una ducha rápida y salgo.

Antes de meterse a toda prisa en el cuarto de baño, se detuvo un momento ante la habitación a oscuras de Elisa y miró fijamente algo durante unos segundos. Mi amiga se acercó y habló en voz muy baja:

—¿Seguro que quieres que venga?

Me encogí de hombros.

—¿Por qué no? —susurré—. Es un poco rara, pero así podré comprobar con qué elemento compartes piso ahora.

—Está bien —sonrió—. Espera aquí un minuto.

Entró en su cuarto y me quedé sola. Iba a levantarme para mirar por el balcón cuando escuché un grito desde la habitación de Elisa. Cuando llegué, Elisa se tapaba la boca con las dos manos y miraba con horror la mesa de dibujante que tenía bajo la ventana. En el centro del tablero había una enorme hoja rectangular, apaisada, con una inmensa mancha de tinta de contornos borrosos. Fuera del alcance de la mancha, todavía se veían los márgenes del trabajo malogrado. Junto a la hoja, un tintero volcado. Sin embargo, no había ningún objeto cercano que, en su caída, hubiese podido arrastrar al tintero.

Apenas pude entenderla porque no se descubrió la boca al hablar:

—Joder, no, no puede ser, no me lo puedo creer, qué ha pasado aquí, mierda, lo tengo que entregar mañana a las nueve, no puede ser, pero cómo es posible...

Me miró angustiada.

—¿Sabes cuántas horas llevo invertidas en este trabajo?

Sus ojos brillaban, presagio de un llanto inminente. Contempló el desastre con la inercia de cuantificarlo, pero no se movió. Fui yo quien levantó el tintero, que amenazaba con seguir volcando hasta la última gota de su tinta en el suelo, todavía limpio.

—Eli, está irrecuperable. Lo siento muchísimo. ¿Qué vas a hacer?

Se sentó en el borde de la cama, abatida. Por un momento pensé que estallaría en sollozos, pero en lugar de eso se frotó la cara con el dorso de las dos manos, un gesto muy característico en ella, y habló con mucha calma:

—Volver a hacerlo, qué remedio. Es una entrega que he retrasado dos veces ya y no puedo permitirme otro aplazamiento. Al menos voy a comenzar de nuevo y mañana se lo tendré que llevar al profesor. Le explicaré lo que ha ocurrido y le pediré unos días de prórroga para acabar el nuevo —me miró con consternación; se le habían dibujado unas ojeras grises bajo sus ojos—. Ay, Pers, qué horror. Va a ser una noche muy larga, me temo.

Me senté a su lado.

—¿En qué puedo ayudarte? No dibujo muy bien, ya lo sabes, pero a lo mejor puedo sacar punta a todos tus lápices. Puedo ser tu ayudante en lo que me digas.

Por toda respuesta, apoyó un segundo su cabeza en mi hombro. Pero se levantó enseguida y se acercó a la mesa.

—El dibujo es de tinta. Gracias por tu generosa oferta, pero me temo que lo tengo que resolver yo solita —se giró a mirarme—. No puedo ir a cenar, lo siento. Cuanto antes comience, mejor.

—Claro, lo entiendo.

—Salid vosotras dos a cenar.

—No sé, Eli, la verdad...

—Venga, ¿qué otra cosa tienes que hacer? Sal un poco de tu caparazón. No te va a pasar nada por conocer gente nueva, ¿no te parece?

La puerta del baño se abrió y un segundo después escuchamos cómo se cerraba la de mi antiguo dormitorio.

—Puede hacerte reír —continuó Elisa, mientras abría cajones y rebuscaba en su mochila otro tarro de tinta negra que al final estaba en su armario—. Tiene un extraño sentido del humor. Venga, así me sentiré menos culpable por haberte estropeado la noche. Y menos torpe —miró con rabia el dibujo estropeado.

—Está bien —suspiré y regresé al salón.

Enseguida salió Rebeca del dormitorio, con el pelo todavía húmedo. Se había perfilado los ojos, haciéndolos aún más misteriosos. Iba vestida con camiseta y vaqueros. La nota de color la ponía el rojo rabioso de sus uñas.

—¿Viene ya Elisa? —preguntó mientras cogía su bolso.

Negué con la cabeza.

—Se queda. Se le ha estropeado un trabajo que tenía que entregar mañana y tiene que rehacerlo esta noche.

—Eli, ¡no! —dijo zalamera entrando en el cuarto de Elisa—. ¿Podemos hacer algo por ayudarte?

Noté que Elisa dudaba un poco antes de contestar, como súbitamente azorada:

—No, id a cenar sin mí. Tengo que quedarme, no hay alternativa.

Rebeca contestó casi al instante:

—¡Entonces nos vamos! —y se dirigió hacia la puerta. Desde allí gritó en dirección a la habitación de Elisa—. Luego te veo.

—Vale —nos contestó sin asomar la cabeza—. Divertíos. Pers, te llamo mañana.

—Bien. Ánimo, Eli.

—Claro —contestó con una voz sin fuerza.

Salí por la puerta sintiéndome mal. Pensé que hubiera debido quedarme con ella, aunque no podía serle de ayuda. Seguramente, incluso la estorbaría o distraería y eso era lo que menos necesitaba.

Seguí escaleras abajo a Rebeca, que parecía volar y de vez en cuando se giraba para comprobar que la seguía.

—¿Te importa que elija yo el sitio? —preguntó Rebeca en cuanto salimos a la calle. Había anochecido totalmente y se había levantado un aire demasiado frío que parecía querer adelantar la entrada del invierno.

—No, en absoluto.

—Conozco una cervecería, nada del otro mundo, ya lo verás, pero es agradable.

Nos pusimos en marcha, calle Cervantes arriba, hacia el centro. Caminábamos en silencio, en uno de esos silencios incómodos, pero no se me ocurría qué decir para romperlo. Tal vez no hubiera sido buena idea aceptar la cena sin Elisa. Después de todo, Rebeca era una completa extraña y mi prolongada exposición a los incorpóreos no había mejorado precisamente mis dotes sociales. Notaba además que ella estaba también algo nerviosa, mirándome de reojo de vez en cuando y sin saber qué hacer con sus manos; tan pronto las guardaba en los bolsillos de sus vaqueros, como las dejaba colgando a ambos lados del cuerpo o se cambiaba de dedo los anillos.

—Hum... ¿y dónde has dicho que vives?

No lo había dicho.

—En Londres.

—Una ciudad genial. ¿Trabajas o estudias?

—Un poco de las dos cosas.

—¿Vives sola allí o con alguien?

La miré algo incómoda.

—Con alguien. ¿Y tú? ¿En qué trabajas?

Rebeca sonrió de manera misteriosa.

—Comercio.

—¿Comercias? ¿Con qué?

—Oh, tranquila, no son sustancias ilegales. Nada de drogas ni cosas por el estilo. Compro y vendo, eso es todo.

—¿El qué: móviles o coches robados?

Se detuvo de pronto en la calle, me miró y rompió a reír.

—Mira qué móvil tengo —dijo entonces y se sacó uno del bolsillo; una auténtica reliquia con la pantalla destrozada—. Y ni siquiera tengo coche. No, no hago nada punible.

¿Punible?

—¿Entonces?

Dudó un segundo y cuando habló, lo hizo en un tono juguetón.

—Hago cremas. Eso es: preparo cremas de belleza muy especiales. Son muy valoradas en el mercado y con ese dinero puedo ir viviendo.

Algo me dijo que era mejor no seguir preguntando. Si ella quería darme esa respuesta, adelante. Yo tampoco había sido muy honesta, que dijéramos. Seguimos caminando y de nuevo se instaló el silencio entre nosotras durante un par de manzanas. Fue Rebeca quien lo rompió, hasta hacerlo añicos:

—Mira, es estúpido continuar con este jueguecito. Sé quién eres.

—Elisa nos ha presentado antes, en el piso. Soy Pers...

—Eres la humana que vive con los incorpóreos. Perséfone. He oído hablar mucho de ti.

Noté como si mis piernas se hubieran hecho de cemento. Me paré y miré a Rebeca, sin poder creer lo que acababa de escuchar. Me pareció que de pronto la calle había enmudecido, incluido el viento que un segundo atrás nos estaba envolviendo, y que el mundo entero había podido escuchar sus palabras.

—¿Qué has dicho? —dije en voz baja.

No apartaba sus ojos de los míos y cuando habló, lo hizo en susurros:

—Los incorpóreos. Las sombras. Los conozco muy bien. Sé que estás con Gabriel. Sé quién eres. Lo sé todo de ti, Perséfone, eres una leyenda entre las nuestras. Una heroína, famosa —miró a ambos lados de la acera antes de proseguir—. Por eso me mudé a tu piso. Cuando me enteré de dónde habías vivido, quise verlo con mis ojos y tocar las mismas paredes en las que había vivido Perséfone y hablar con la misma gente con la que habías hablado antes de... tu desaparición. Eres la única humana capaz de viajar a Pandemónium, al reino de los muertos —entonces enderezó el cuerpo—. Y regresar, claro. Quiero decir que yo misma viajaré, pero cuando lo haga no habrá retorno posible.

No supe qué decir. Si hubiera existido la más lejana posibilidad de que esto fuera una broma, me habría echado a reír. Pero era imposible que ella lo supiera. A no ser que...

—¿Tú también eres un espectro?

Rebeca se quedó sorprendida. Bajó la mirada a los pies, súbitamente azorada.

—No, no, yo... no, soy una simple humana.

—Pero, entonces, ¿cómo lo sabes?

Iba a hablar cuando pasó junto a nosotras una mujer con un abrigo rojo, que caminaba con prisa, con dos pesadas bolsas colgando de las manos. Me fijé en que sus nudillos estaban amarillos por el peso de las bolsas. Rebeca esperó a que se hubiera alejado para contestarme.

—Soy bruja —dijo, de la forma más natural del mundo.

—¿Bruja? —no sé por qué, pero me sorprendió poco—. ¿De las que hacen invocaciones al diablo y esas cosas?

Mis palabras la ofendieron visiblemente, aunque no era mi intención.

—No son «esas cosas». Eso lo practican los magos, que se ganan la vida con trucos de cartas y otras chorradas en los bares. Yo vivo la brujería. Es una de las artes más antiguas de la humanidad, por si no lo sabías. Y respecto a lo de las invocaciones al diablo, por favor, nos hemos modernizado. Además —me dijo, mientras me cogía del

brazo obligándome a reanudar nuestro camino—, el demonio ahora cotiza en bolsa. Está forrado y no quiere saber nada de nosotras, el muy perro —y se echó a reír.

Mientras caminábamos, iba pensando en una colonia de brujas jóvenes y modernas, como ella, viviendo en la ciudad. Después de lo que había visto los últimos meses, no era para tanto.

—¿A qué te referías con eso de que soy una leyenda? ¿Para quién?

—Oh, para todos los que no aparecemos en los censos oficiales. Aquellos que nos movemos en los límites de la realidad. Los espectros, o sombras o como quieran llamarse, no son los únicos.

Una vez me dijo Gabriel algo parecido.

—¿Y de dónde has sacado tanta información sobre mí? Me refiero a que sepas que estoy saliendo con...

—Gabriel. Lo conozco.

—¿A Gabriel? ¿Desde cuándo?

—Buf, desde hace un montón de tiempo. La verdad es que hace una millonada de años que no lo veo. No somos lo que se puede decir buenos amigos.

Algo diminuto en mi interior se alegró al oírle decir eso. En ese momento, Rebeca detuvo nuestro camino ante una abarrotada cervecería de la plaza de Santa Ana.

—¿Es aquí donde venimos? —me parecía un sitio inapropiado para alguien que acababa de hacer las revelaciones de Rebeca. Demasiado... corriente.

—Sí, quería que conocieras a unas personas. Van a alucinar cuando sepan con quién estoy.

Entramos en la cervecería, después de dejar que salieran unas parejas alborotadas de turistas. Rebeca echó una ojeada al interior del local y se encaminó hacia una zona con amplias mesas y bancos corridos de madera, todos repletos y ruidosos. Nos detuvimos delante de la última mesa, sólo ocupada por una chica que miraba por la ventana en ese instante, aunque me fijé en que delante tenía dos jarras de cerveza a medio beber.

—Hola —dijo Rebeca y la chica se giró. Sonrió en cuanto descubrió a Rebeca.

—Te presento a Cala —me dijo entonces.

Cala tenía aspecto de muñeca. Su pelo era lacio y de color avellana y enmarcaba un rostro sereno y dulce, de una piel extremadamente blanca. Sus ojos eran tremendamente azules. Por encima del labio superior tenía una cicatriz zigzagueante y llevaba una bolita dorada diminuta en una aleta de la nariz. Iba vestida con una sudadera dos tallas por encima de la suya y escondía las manos en el interior de los puños del jersey.

—¿Y Berenice? —preguntó Rebeca tras los besos de saludo. En ese momento una voz ronca sonó a nuestras espaldas.

—Detrás de ti.

Ambas nos giramos. La tal Berenice no tenía nada que ver con Cala o Rebeca. Era mucho más menuda y de caderas anchas. Sus rasgos me recordaban una lechuza: una nariz larga de puente estrecho y curvo y una boca pequeña de labios finos. Llevaba el

pelo, tan largo como el de sus amigas, teñido de negro azabache, pero en las sienes se veía la raíz de su pelo, aún sin teñir, absolutamente encanecido. Demasiadas canas para su edad, pensé, aunque lo cierto es que no hubiera podido fijar una edad para ella: aunque no aparentaba más de veinticinco años, como las demás, había algo en su rostro, demacrado y cansado, que ponía quince o veinte años más. Tal vez fuera el exceso de maquillaje o las ropas, holgadas y descoloridas. Era como si se encontrara algo enferma. Había algo muy desagradable en ella.

–Bien –me dijo Rebeca–, sólo te faltaba por conocer a Berenice.

La aludida me hizo un gesto hosco con la cabeza a modo de saludo y fue a ocupar su asiento frente a Cala.

–Chicas –les dijo Rebeca–, a que no sabéis quién me acompaña.

Cala hizo un gesto con los ojos a Rebeca, que se echó a reír.

–No, no, no es eso, Cala, te equivocas. Os presento a *Perséfone*.

Las dos me miraron boquiabiertas.

–No me lo puedo creer –dijo Cala.

–Al final –dijo a su vez Berenice, dirigiéndose a Rebeca– lo has conseguido, ¿eh? ¡Cómo eres, vieja!

–Deduzco que vosotras sois también... –dije. No hubo necesidad de terminar mi frase, porque Rebeca asintió y se llevó un dedo a los labios.

Rebeca se sentó junto a Cala y me hizo un gesto para que tomara asiento frente a ella, al lado de Berenice, que se echó a un lado de mala gana.

–Voy a pedir una cerveza para nosotras, ¿de acuerdo? –me preguntó Rebeca y comenzó a buscar con la mirada un camarero que nos pudiera atender. Enseguida descubrió a uno y llamó su atención con la mano.

Las tres chicas me observaban sin disimulo. Berenice se colocó un cigarrillo en los labios. Llevaba unas muñequeras negras elásticas con el dibujo de unos lirios blancos. Sus manos también eran grotescas, prematuramente envejecidas. Comenzó entonces a rebuscar en su bolso algo, un mechero o cerillas, con que encender el cigarrillo, pero como no encontró nada útil, preguntó a las chicas:

–¿Alguien me da fuego, por favor?

Rebeca me lanzó un guiño cómplice y extendió sus manos en dirección a Berenice. Ésta acercó la punta del cigarrillo al hueco que le ofrecían las manos de Rebeca. Al instante pude escuchar el sonido crepitante de un cigarrillo recién encendido y Berenice se echó hacia atrás y expulsó una bocanada de humo. Pensé que Rebeca tenía un mechero oculto en sus manos, pero las colocó delante de mí y las abrió: no había nada. Estaban vacías. No entendí lo que acababa de hacer pero, entonces, de la palma de su mano derecha brotó una diminuta llama azulada, que parecía suspendida un centímetro por encima de su piel.

–Tenemos debilidad por sorprender a la gente –me susurró sonriendo. Un segundo después hizo desaparecer la llamita azul. Su palma estaba intacta, ninguna marca delatora

de lo que acababa de producirse—. Aunque sospecho que sorprenderte a ti me va a costar un poco más de lo normal.

—Sí —sonreí—, algo más.

Me miró con ojos sonrientes y pensé que su magnetismo no emanaba sólo de su evidente atractivo físico; había algo más, algo interior, hipnótico, pero a la vez oscuro y perverso.

En ese momento una voz áspera masculina sonó junto a nuestra mesa:

—Está prohibido fumar aquí dentro, ¿es que no sabéis leer?

Era el mismo hombre que estaba tras la barra cuando entramos, de aspecto cansado. Señaló uno de los múltiples cartelitos colocados por todo el interior de la cafetería, donde indicaba lo que acababa de decirnos. El hombre miraba a Berenice. Ésta le sostuvo la mirada y luego, con una frialdad escalofriante, se aplastó la colilla en la palma de la otra mano. Su piel siseó unos breves segundos y se levantó una minúscula voluta de humo que desapareció enseguida. Su rostro no se alteró en absoluto, pero sí el del hombre, que se quedó lívido. Los dos contemplamos la marca redonda y oscura que apareció en el centro de la palma de la mano de Berenice, hasta que ésta cerró el puño.

—Fuera —dijo entonces el hombre—. Largaos. No quiero gente rara en el local.

Las tres chicas se cruzaron una mirada y Rebeca hizo un gesto de aprobación.

—Vamos —me dijo al tiempo que se levantaban.

Cuando pasé junto al hombre, volví la vista por encima de mi hombro, justo a tiempo de ver cómo Berenice apoyaba su dedo índice sobre el estómago del hombre. Éste apartó el dedo de Berenice de un manotazo.

—Pero ¿qué haces? —le dijo molesto.

Berenice le contestó chasqueando dos veces la lengua:

—Mal hígado, sí señor. No llegarás a Navidad, ya verás.

No pude ver más porque enseguida Berenice me empujó por la espalda para que avanzara.

Ya en la calle, me puse a caminar junto a Rebeca. Cala y Berenice iban unos metros por delante.

—¿Por qué ha hecho eso? —le pregunté a Rebeca.

Se encogió de hombros.

—Es muy sensacionalista.

—¿Y tú? ¿Tienes más secretos?

Rebeca emitió un silbido.

—Así que ahora he captado tu atención, ¿eh? Vaya, me alegro. A su tiempo, todo a su tiempo.

Estuve a punto de chocar con Berenice, que se había detenido en seco en medio de la acera. Se giró a mirarnos; realmente tenía mal aspecto, con unas ojeras muy pronunciadas y las comisuras de la boca caídas. El maquillaje se había cuarteado sobre su piel, dándole un aspecto inquietante.

—Me voy a casa, no me encuentro muy bien —su voz se había vuelto aún más cavernosa y desagradable—. No hace falta que me acompañéis. Pasadlo bien.

Nos rodeó y se alejó caminando despacio por donde habíamos venido. Rebeca no hizo ni un solo gesto de seguirla o detenerla.

—¿No deberíamos acompañarla?

Rebeca negó con la cabeza.

—Vive cerca. Se encerrará en su cuarto y no saldrá en un tiempo. Eso es todo.

—¿Y cómo va a ir? No me dirás que va a utilizar una escoba, ¿no?

Las dos reímos.

—Por favor, Pers, un poco de seriedad. ¿Quién necesita escobas para volar?

Nos pusimos de nuevo en marcha. Reordené mis pensamientos y la última información que me habían proporcionado. Había un detalle que me preocupaba:

—Rebeca, ¿Elisa sabe algo de esto?

Para mi tranquilidad, negó con la cabeza.

—Cuando tuvimos noticias de tu existencia —me explicó— comencé a indagar acerca de ti. Ya te he dicho que eres una especie de celebridad en nuestra comunidad. Averigüé dónde viviste y que casualmente estaban buscando nuevas inquilinas, así que me presenté. Elisa me pareció una mujercita muy agradable desde el principio, lo que facilitó que quisiera quedarme a ocupar tu antigua habitación. En cualquier caso, Elisa no puede saber nunca qué soy en realidad. De la misma forma que tampoco puede saber la verdad sobre ti, lo que tú le ocultas, que tampoco es moco de pavo.

Asentí, pero a mi alivio ahora se le sumaba el sabor amargo de reconocer lo cierto de sus palabras.

—Es mejor así —dije, pero más para convencerme que para continuar la conversación con Rebeca.

—Por supuesto que es mejor así. Además, ¿has pensado alguna vez qué haría Elisa con toda la información acerca de lo que eres tú o lo que soy yo? ¿Crees que podría soportarlo?

—¿Por qué no? Yo lo he aceptado.

—No, es diferente. Tú lo has *vivido*. Lo has experimentado. Igual que yo experimento la brujería cada día. Tú has estado allí, en... —su voz tembló ligeramente al decirlo— Pandemónium.

¿Por qué lo hacía parecer algo excitante?

—Pero ella —continuó— no podría comprenderlo. Probablemente se limitaría a rechazarte, porque ¿no es eso lo que suele hacerse con las cosas que no se entienden? Y que conste que no soy contraria al rechazo. Al revés, nos facilita mucho las cosas. Al menos, a la gente como yo nos viene bien la más absoluta ignorancia sobre nuestras actividades. Y los incorpóreos piensan como yo, ¿verdad?

Asentí.

—La verdad —dije— es que no sé muy bien en qué piensan los incorpóreos. Excepto

Gabriel, el resto es un enigma. La mayoría, de hecho, un enigma muy desagradable – recalqué el «muy».

Habíamos llegado a la plaza Mayor, donde el tráfico peatonal se multiplicó por diez. Rebeca y yo caminábamos hombro a hombro, justo detrás de Cala.

–Y dime una cosa –dijo, elevando un poco la voz, porque también el ruido había aumentado–, ¿cómo es el infierno?

–Si Pandemónium es el infierno, pues... rojizo.

Rebeca me miró sorprendida, boca y ojos abiertos:

–¡Qué dices! ¿Rojizo? ¿Quieres decir rojo, como en las pinturas y en los cuentos? ¿Infestado de demonios y llamas?

–No, no –me protegí de una mochila roja y verde que estuvo a punto de golpearme al pasar–, no tiene nada que ver con eso. Por lo que yo he visto, la ciudad parece de adobe, o barro o algo parecido. Hay un muro... con una parte derruida, y luego muchas callejuelas, infinitas, que serpentean entre multitud de pequeños edificios. Lo pueblan las almas de los que han muerto.

Rebeca me miraba fascinada. Parecía como si fuera a abrirse delante de sus ojos en ese mismo instante la mismísima puerta de la ciudad de los muertos.

–¿Y qué hay fuera del muro?

–¿Fuera? ¡Oh!, bueno, ése es el territorio de La Araña. No hay nada fuera. Es la nada, el vacío. Es el sitio donde no querías estar.

Pensé que era territorio de los occisos, pero no dije nada. Detuvo en seco sus pasos y me agarró por el brazo con firmeza, obligándome a mirarla de frente. Dos señoras chocaron contra nosotras y nos rodearon malhumoradas.

–¿La Araña? ¿Es cierto que has hablado con la mismísima Araña?

Otra vez esa manía de hacerlo parecer algo excitante o divertido.

–No tengo recuerdos muy definidos a ese respecto, pero sí, una vez hablé con ella. O ellos. No sé, no encuentro ninguna similitud entre lo que nos rodea y lo que es La Araña. Es muy difícil de explicar...

–La Araña –me interrumpió Rebeca, ensimismada en el origen del otro plano, hace que el otro plano *sea*. A veces me pregunto si es la propia muerte.

Sus palabras me proporcionaron una extraña sensación de *déjà-vu*, como si ya las hubiera escuchado antes.

–Parece como si tú también hubieras estado allí.

Regresó a la realidad y me miró, reflexionando.

–No, ése es el concepto de La Araña que manejamos en mi círculo. Origen y final. Vida y muerte. Como mi tatuaje.

Se tocó el brazo en el que había visto el extraño dibujo y continuamos abriéndonos paso entre la gente.

–Es el símbolo de la caldera –continuó–: cada espiral representa al sol naciente, y el círculo que los envuelve representa la búsqueda del conocimiento. Recuérdame –dijo,

súbitamente animada— que te eche las runas celtas un día de estos. Así averiguaremos qué te deparan las piedras.

Me eché a reír.

—No creo mucho en esas cosas.

—Oh, bueno, ya veremos. Un día de estos, ¿vale? Hemos llegado.

En uno de los callejones que abandonaban la plaza Mayor, encajonado entre un bar especializado en bocadillos de calamares, como rezaban unas grandes letras rojas del escaparate, y una tienda de imaginería religiosa, había un bar pequeño y oscuro, con una breve fachada pintada de negro. Entramos. El local era estrecho, pero muy alargado. La iluminación era claramente insuficiente, demasiado tenue, y provenía de unos fluorescentes situados tras la barra, al fondo, y de unos apliques de pared colocados caóticamente que vertían una luz azulada. No había estado nunca en un bar de alterne, pero aquél tenía toda la pinta. La clientela era variopinta, pero poco llamativa. Grupos, muchas parejas hetero y homosexuales, nadie miraba a nadie.

En la barra nos esperaba Cala. Cuando llegamos, Rebeca la cogió del brazo y le advirtió que no dijera ninguna palabra acerca de quién era yo. Lo repitió en varias ocasiones («¿Entendido, Cala? ¿Entendido?»), lo que me hizo pensar dos cosas: uno, que lo vehemente de su advertencia probablemente significaba que al menos alguien sí la creería; y dos, que, o mucho me equivocaba, o me encontraba en un lugar donde la existencia de los incorpóreos no era secreta.

Cala me guiñó un ojo y se acercó lo suficiente para susurrarme:

—Tranquila, no teníamos intención de fastidiarte la noche.

Rebeca pidió cervezas para todas. Luego buscamos un sitio donde sentarnos; encontramos, cerca de la puerta del cuarto de baño de chicos, un viejo sillón de capitoné de cuero rojo. Las dos me interrogaron durante un buen rato, acerca de mi vida con los incorpóreos. Preguntas del tipo qué comen los incorpóreos o si había conocido a tal o cual sombra. Cala se reía mucho con mis respuestas. Rebeca sin embargo las escuchaba más seria, como intentando asimilar la información que le daba. Cuando dio por satisfecha su curiosidad, pasamos a una conversación más ligera: música, cine, ropa, chicos. Ninguna tenía pareja estable, me contó Rebeca. Además, aclaró, para qué conformarse con un solo espécimen, dijo entre risas. La creí; era lo suficientemente atractiva y con desparpajo como para ser el continuo centro de atención de los hombres. Yo estaba sentada de espaldas a la puerta del baño, pero Rebeca no perdía de vista a ninguno de sus usuarios. Elisa no había exagerado cuando me dijo que era fácil reírse con Rebeca. Tenía un sentido del humor afilado, aunque en algunas ocasiones no entendiera muy bien sus bromas. De vez en cuando se acercaban personajes de lo más diverso, cada uno más siniestro que el anterior, a saludarlas. Me pareció que trataban a Cala con más cariño que a Rebeca, como si marcaran cierta distancia jerárquica con ella.

Enseguida me gustó Rebeca. Me sentía cómoda a su lado y ella parecía disfrutar de mi compañía. Cala era también agradable, aunque mucho más reservada y tímida, más

infantil. Se veía claramente que Rebeca era la líder del grupo. Respecto a la tercera, la ausente Berenice, la prefería lejos.

Cuando consulté la hora, eran más de las dos y media de la madrugada y, aunque no tenía sueño, decidí que era hora de marcharme. Intercambié número de móvil con Rebeca y me despedí de las dos. Rebeca me preguntó si podía llamarme al día siguiente y asentí. Algo tendría que hacer mientras Gabriel regresaba. Le había hablado de él. Pareció muy sorprendida cuando le dije que, desde que nos conocimos Gabriel y yo, no nos habíamos separado salvo ocasiones puntuales y breves. Rebeca me preguntó un par de veces si no había estado con nadie más mientras tanto. Por supuesto que no, le contesté. Ella me miró en silencio, como si esperara de mí una confesión de última hora, un «Bueno, ahora que lo dices...». Pero no había nada de eso, así que esperó en vano.

Cuando entré en el piso de los incorpóreos junto a El Retiro, la casa rezumaba silencio. Estábamos alojados allí Orlando, Huan y yo. Era muy extraño dormir allí sin Gabriel. Pensé en darme una ducha, porque el pelo y la ropa me olían a humo de tabaco, pero lo descarté. En cuanto me tumbé, vestida, me quedé inmediatamente dormida.

Creo que no soñé absolutamente nada.

Me despertó la voz de Huan, cantando pasionalmente el aria del segundo acto de *Madame Butterfly*. Cuando nos encontramos en la cocina me dio un abrazo propio de ella: casi me ahoga con su excesiva corpulencia. Me senté a la mesa y le pregunté cómo era cazar un occiso. Ella me contempló con un gesto de horror.

—Mi niña, es algo tan peligroso y crítico que muy pocos de nosotros se atreven. Imagínate una batalla entre el cielo y la tierra, una en la que los límites de lo que se debería hacer y lo que no quedarán arrasados por una tormenta. Ese huracán, la fuerza indómita que lo aplastaría todo a su paso, la destrucción en estado puro, sería el combate entre un occiso y un incorpóreo. Somos enemigos naturales. O, mejor dicho, los occisos son los oponentes de todo, son incompatibles con todo cuanto los rodea. Son hostiles, violentos, crueles. Su objetivo en la batalla no es únicamente vencer a su adversario. Buscan su destrucción, su aniquilación. El incorpóreo que los desafía se enfrenta a una aflicción sin igual, porque los occisos vierten su odio y su maldad en la batalla.

Cuando terminó, me miró con preocupación:

—¿Estás bien? Te has quedado pálida.

Sí, había palidecido. Estaba horrorizada. Gabriel me había ocultado la verdadera naturaleza de lo que había emprendido con Nui. Iba a enfrentarse a un peligro descomunal y me daba igual que ya lo hubiera hecho antes. Deseé con todas mis fuerzas estar a su lado y servirle de ayuda.

—¿Tú te has enfrentado alguna vez a uno, Huan?

Negó con ojos espantados.

—¡Ni en mil vidas! Sólo Gabriel, Nui y algunos otros tienen las habilidades necesarias para hacerlo. Kostya también, pero hace mucho tiempo que no participa en una batalla contra un occiso.

—¿Qué habilidades son esas?

—Fuerza, valentía, destreza, rapidez —se tocó su sien con el índice— y la más importante de todas ellas: poder.

Luego se colocó los guantes reforzados para el horno y extrajo un molde con un bizcocho que inundó la cocina de un olor delicioso.

—Lo que no entiendo —dijo, a modo de cierre— es por qué La Araña sigue permitiendo la existencia de los occisos. Esos apestosos djinns nos ocasionan inconmensurables molestias a lo largo y ancho de los océanos del tiempo. Y la conveniencia de su supervivencia, sin duda alguna amparada por La Araña, es algo ajeno a mi entendimiento, como te decía. En fin, niña, ¿té?

Las dos desayunamos, pese a lo tardío de la hora. Huan podía repetir cualquier

comida varias veces a lo largo del día. Así, no le importaba desayunar al alba y repetir a las cuatro, o cenar tres veces durante la misma madrugada.

Justo cuando habíamos terminado, entró en la cocina Orlando. Llevaba una especie de túnica color marfil, con una amplia capucha colocada sobre su cabeza. Visto en conjunto, parecía una estatua de mármol, blanquecina la tela y blanquecina su piel. *Él* me besó en la mejilla con la ligereza de unas alas de mariposa.

—¿De qué hablabais vosotras dos?

—De infracciones, querido —dijo Huan—. ¿Has desayunado?

—¿A lo largo de mi vida? Supongo que más de ciento veinte mil veces, desayuno arriba, *brunch* abajo —me guiñó un ojo—. Por cierto, vamos a tener un nuevo huésped. Llegará en unos días.

Endrecé la espalda, alerta.

—¿Y a quién agasajaremos con nuestra exquisita hospitalidad? —preguntó Huan.

—A Noah —en cuanto escuché su nombre, me relajé—. Solomon tiene que acudir al instituto y no quiere dejarlo solo, así que nos lo enviará con algún edecán.

—¡Estupendo! —Huan aplaudió con sus manos, animada ante la perspectiva de tener a alguien más para cocinar—. Iniciaré los preparativos para su llegada. ¡Adiós, queridos!

Huan salió contenta de la cocina. Decidí tantear a Orlando:

—¿Puedo hacerte una pregunta?

Me miró divertido.

—Ya lo estás haciendo.

—Sí, bueno, lo que quería es saber tu opinión acerca de las brujas.

No mostró ni un ápice de sorpresa por mi pregunta. Probó los restos del delicioso bizcocho de Huan y luego contestó:

—No me gustan.

—¿Por qué? ¿Qué tienen de malo?

—Creen haber alcanzado la sabiduría, pero no es así. En realidad lo desconocen todo y eso a veces las lleva a hacer alianzas nefastas.

—No entiendo lo que me estás diciendo.

—Ansían entrar en Pandemónium.

—Pero —objeté— tendrías que reconocer que cualquiera que conociera de su existencia, querría ir allí. Humano o no, bruja o no.

—Ellas no quieren ir. Quieren *poseer*.

—¿Poseer? ¿El qué? ¿Las almas?

Orlando me miró con una gravedad inusual en su rostro.

—Entiendo —dijo— que algunas son realmente seductoras. Pero, créeme, no son de fiar. Aléjate de ellas.

Orlando dejó de prestarme atención. Se sirvió más bizcocho y un té y salió de la cocina mientras sus palabras flotaban todavía en el aire. Al pasar junto a mí, me guiñó un ojo.

Regresé a mi habitación algo incómoda por la conversación, pero me concentré en lo que podía hacer ese día. Llamé a Elisa al móvil, pero me colgó. Unos segundos después entró un mensaje suyo de texto en el que me decía que no podía hablar. Que luego me llamaría. Así que decidí ir a saludar a Max al Blue Bay. Eran cerca de las doce del mediodía, ya estaría en el bar.

Acerté.

El mismo letrero luminoso, la misma fachada, el mismo color de puerta. «Vamos, Pers», tuve que decirme, «sólo han pasado unos meses, un verano, no diez años. No busques esas señales del paso del tiempo porque no ha transcurrido». Era yo la que había viajado por mundos inconcebibles, no ellos. Ni Elisa, ni Max. No tenía sentido mirar a mi alrededor con esa carga tan abrumadora de nostalgia.

Cuando empujé la puerta y entré, enseguida descubrí a Max. El local estaba en penumbra y estaba haciendo cuentas en la única mesa iluminada. Aguanté unos segundos antes de revelarle mi presencia, carraspeando. Cuando levantó la cabeza, me miró sin reconocermelo. Evidente, porque me encontraba a contraluz. Así que cerré la puerta y avancé un par de pasos hacia él.

—¿Es que nos hemos olvidado de la educación de saludar a viejas amigas?

Escuchar mi voz fue suficiente. Lanzó una exclamación, seguida de tres o cuatro palabrotas, y se levantó de la mesa. Cogió un bastón que no había visto hasta ese momento y se acercó cojeando hasta mí. Cuando nos abrazamos, me impresionó notar sus costillas.

—¿Qué ocurre aquí? —dije al separarnos—. Cojeas, estás muy delgado... ¿Qué ha pasado?

Hizo su característico gesto con la mano, minimizando los problemas. No había cambiado.

—Tuve una caída idiota hace un mes y todavía me estoy recuperando.

—Max, no sabía nada, lo siento —eso explicaba que no hubiera visto ninguna moto en la puerta del local—. La Harley, ¿verdad?

Asintió dolorido y fuimos a sentarnos.

—Así es. Lo mismo de siempre: un idiota que debía haber dejado su coche en lugar de saltarse un semáforo con él y llevarme a mí por delante. La historia que se repite una y otra vez.

Puse mi mano sobre su antebrazo.

—Vaya, Max, Eli no me había comentado nada. Yo...

—No, le pedí que no lo hiciera. Total, tú estás a mucha distancia y no hubiera servido de nada amargarte el día. Unos días de hospital, cuatro semanas de escayola y ahora rehabilitación y listo, como siempre —me dio unos golpecitos en el dorso de la mano—. Pero, mira, qué sorpresa, vaya, vaya, la mañana nos ha traído a la pequeña Perséfone. ¿Qué tal por la pérfida Albión?

Sonreí aliviada.

—Mi vida es más aburrida que la tuya —mentí sin ninguna compasión—. Por cierto, me dijo Eli que ya no está El Cocinero.

—No. Se marchó siguiendo unas faldas. No lo censuro, que conste. De todas formas, la clientela estaba harta de los arenques. Me temo que no terminaron de cuajar en el barrio. Anticuados.

—¿Y quién trabaja ahora en la cocina?

—Estoy entrevistando gente. No veas el éxito de la oferta de trabajo. Viene gente de todo tipo y de las cuatro esquinas del planeta. El otro día se presentó un tipo que había perdido una mano en el trabajo. Como había estado trabajando sin contrato, el jefe de obra no tuvo ni que echarlo. El tío se ofrecía a trabajar de lo que fuera, pero, ya ves, ¿un manco en la cocina?

—Pero supongo que le habrás dado una oportunidad.

—Esto sigue siendo por ahora un bar, no una ONG, niña.

Nos quedamos los dos callados unos segundos. No es que fuera un silencio incómodo, es que antes no existían esos silencios. Lo rompió él:

—Oye, voy a visitarte en cuanto me quite el bastón. ¿Podrías darme alojamiento en tu casa tu novio y tú? Porque vosotros...

Me anticipé a su pregunta:

—Sí, sigo con Gabriel. Claro, no hay problema, puedes quedarte en casa con nosotros. Genial.

—Ya lo hablaremos —volvió a darme palmaditas en la mano y se levantó con cuidado.

—¿Y de ti, qué me cuentas? ¿Cómo se llama el reemplazo de Lucy?

Me echó una mirada de reojo mientras entraba en la barra.

—¡Sí que vuelan las noticias! Supongo que Elisa te contó que no siguen ni ella ni Hermi. He andado muy liado buscando camareras. Hermi llevaba aquí toda la vida, se conocía el negocio al dedillo, pero me dijo que se volvía al pueblo con su familia. Que estaba muy cansada. La echo de menos. Y respecto a Lucy... bueno, al final resultó que su cabeza estaba más vacía de lo que parecía a simple vista.

Silbé.

—Pues entonces nos encontrábamos delante de la auténtica antimateria.

—Ja, ja, muy graciosa. La verdad es que no te podía ni ver. Te tenía mucha manía, pero en el fondo no era mala chica —puso en el sistema de audio un disco de Antonio Carlos Jobim y de pronto el piano de «Insensatez» llenó la sala. Aquellas notas me trasladaron a una noche que pasamos Gabriel y yo un mes atrás, en una terraza de Río de Janeiro. Jobim desgranaba, nota a nota, el sentido de seguir viviendo mientras la luna llena brillaba en el cielo y dejaba una estela de plata en el mar negro.

—¡Hey! ¿Vuelves? —la voz de Max me trajo de nuevo al Blue Bay—. ¿Dónde estabas?

—¿De dónde viene el nombre del bar, Max?

—Ni idea. Lo heredé con el local. ¿Por qué?

—Por nada —si cerraba los ojos podía seguir viendo aquella luna llena—. Porque hace

poco estuve en una bahía azul. Y me preguntaba si el nombre del local significaba también una noche mágica de romanticismo.

Me miró sin comprender.

—Lo que tú quieras. ¿Hasta cuándo te vas a quedar en la ciudad?

Me levanté de la mesa.

—Ni idea. Depende de Gabriel, que ha tenido que quedarse allí... Trabajo, ya sabes. Voy a ver a Elisa. Quiero saber qué tal le ha ido con una entrega.

—Genial, dale recuerdos de mi parte y dile que se pase más a menudo.

—¿Por qué? ¿Es que no suele venir?

—No. Desde que te marchaste, esto ha sido una diáspora. De Emma no sé nada y Elisa, desde que ha comenzado a salir con ese noviete, tampoco se deja ver mucho.

—¿Lo conoces?

Max asintió.

—¿Dictamen? —pregunté.

—Regular. Más aburrido que una ostra. Siempre creí que Elisa acabaría con alguien que reconocería su talento y sensibilidad y no con un aprendiz de abogaducho, más tieso que el palo de una escoba. Yo creo que se merece algo mejor.

Vaya, no eran buenas noticias. Le di un beso en la mejilla y me dirigí a la salida.

—Oye —me gritó Max desde el fondo del local—, que no se te ocurra desaparecer sin venir a despedirte. No te lo perdonaría.

—Descuida —le dije, ya desde la puerta.

—Por cierto, sí le di el empleo al manco. Me ayuda con las mesas.

Como siempre, al salir a la calle, el fuerte contraste entre la oscuridad reinante del bar y la claridad de la luz me hizo cerrar los ojos doloridos. Sonreí.

Caminé hacia el piso de Elisa. Pensé en llamarla antes, pero descarté la idea. No tenía nada mejor que hacer, salvo encerrarme en el piso con Orlando y Huan, y tampoco me apetecía. Así que llegué a la calle Cervantes, subí la escalera y llamé al timbre. Enseguida se abrió la puerta, pero no era Elisa, sino Rebeca, con aspecto de recién levantada.

—¡Genial! —me dio un abrazo y me metió del brazo hacia el interior del piso—. Me estaba poniendo un café, ¿quieres uno?

Consulté mi reloj, cerca de la una de la tarde.

—¿Acabas de levantarte?

Se encogió de hombros. Aun así, con el pelo revuelto y los ojos parcialmente nublados, tenía aspecto de modelo de anuncio.

—Somos aves nocturnas.

Me senté en el sofá, pero antes eché una ojeada a la habitación de Elisa. Su puerta estaba cerrada.

—¿Sabes algo de Elisa y su entrega?

—Ni idea. ¿Qué entrega?

—La que se estropeó ayer en su habitación cuando íbamos a salir —contesté extrañada.

—¡Ah, sí! ¡El dibujo de tinta! —se sentó a mi lado con una taza en la mano—. Cuando entré en casa, su puerta estaba cerrada, pero salía luz por debajo. No quise distraerla y cuando me he levantado, hace cinco minutos, ya se había marchado.

—Voy a llamarla.

Marqué su número en mi móvil y me contestó enseguida. Hablaba desde algún sitio exterior, porque oía coches de fondo. Me contó que el profesor había rechazado su explicación y no le dejaba presentar un nuevo trabajo, así que el que había estado trabajando toda la noche era el que contaría para la nota. Pero, continuó animada, al profesor no le había parecido tan mal, para ser tan apresurado. Le pregunté si podíamos vernos, pero contestó cohibida que estaba con Alberto y que, de todas formas, después de haber trabajado toda la noche necesitaría ir pronto a dormir. Entonces tuvo un súbito ataque de buen humor y me propuso vernos para cenar. Así, concluyó, podría conocer a Alberto. El del palo de escoba, pensé yo. Acepté. Se trataba de mi mejor amiga y no quería formarme una idea preconcebida de su novio, sin darle al menos una oportunidad. A las nueve en el piso. De ahí, a la Cruz Blanca. Perfecto. Nos vemos esta noche, un beso. Clic.

Rebeca me miró en silencio, bebiendo a sorbitos su café. Dudé si ofrecerle que se uniera a la cena de esa noche, pero antes de que pudiera decir nada, ella dijo:

—Apasionante. Vas a conocerle. Que te diviertas. Yo te iba a proponer otro plan, pero eliges tú. ¿Tienes algo que hacer hasta la cena en Buckingham Palace?

Negué divertida.

—Entonces vente conmigo. A las nueve te liberaré delante de la jaula de ositos panda para que cenes con ellos. Pero hasta entonces, ven.

Sé que hubiera debido molestarme la condescendencia con la que trataba al novio de Elisa, pero lo cierto es que me parecía muy divertida y, además, no hablaba mal de Elisa, sino de Alberto, a quien yo misma estaba comenzando a coger manía.

Estuvimos en el Parque de Atracciones. Allí nos reunimos con Cala. Pasamos un día estupendo. No había ni rastro de Berenice. Les pregunté por ella, más por educación que por interés real, pero Rebeca sólo dijo que estaba recuperándose. No volvieron a mencionarla ni yo a pensar en ella. Les gustaban las atracciones más salvajes, las que te dejaban el estómago centrifugado. Cuando el convoy se detenía, después de hacer su recorrido enloquecido, ellas eran las que reían más alto. Comimos en el merendero entre chistes y bromas. El día entero transcurrió como podía haber sido para cualquiera de los grupos que iban de atracción en atracción, caminando por los viejos paseos de cemento del parque. No hubo ni un solo truco de magia o brujería, ninguna alusión al otro mundo que conocíamos. Excepto un momento de tensión, una chispa de sobresalto cuando Cala creyó reconocer a alguien. Enseguida aclaró que se había confundido.

—¿Ése, tu ex novio? —dijo Rebeca, señalando con la barbilla a un chico alto de pelo negro que se alejaba de nosotras—. Estarás de coña. ¡Ya quisiera!

—Bueno, en realidad no es ex novio —contestó Cala con la mirada perdida—, nunca

llegamos a romper.

Rebeca se giró hacia ella, molesta:

—No sé cómo quieres que te lo diga —bajó el tono de voz hasta convertirlo en un susurro—. Las brujas no vivimos atadas a nadie. No nos sirven los convencionalismos. Y un novio es un estorbo.

Cala miraba al suelo, apesadumbrada.

—Lo sé, me lo has dicho cientos de veces.

—Entonces no quiero oírte hablar de él —zanjó la discusión Rebeca, echando a caminar.

Me quedé sorprendida por la reacción de ambas, pero al cabo de un rato, Cala me cogió del brazo y me dijo:

—Pues mi ex novio es más guapo que ése —y me guiñó un ojo.

A las nueve y cuarto entrábamos Rebeca y yo en el piso. Iba preparada para encontrarme con el famoso Alberto, pero, en su lugar, estaba Elisa, sola, tumbada en el sofá. Pálida y con unas marcadas ojeras, me dijo que era mejor trasladar la cena a otra noche, porque no se encontraba muy bien.

—Creo que he somatizado la angustia de toda la noche pasada y he vomitado la comida. Le he pedido a Alberto que me trajera a casa. Ya lo conocerás otro día. ¿Te importa, Pers?

Negué, aliviada.

—¿Qué puedo hacer por ti? ¿Quieres que baje a la farmacia a comprarte algo?

—No es necesario, ya lo ha hecho él. Gracias de todos modos. Iba a acostarme ya, sólo te estaba esperando. ¿Hablamos mañana?

—Claro. Que duermas bien.

Esbozó una ligera sonrisa y se levantó del sofá, con una mano en el estómago y arrastrando los pies. Cuando nos quedamos Rebeca y yo solas, le dije que yo también me iba.

—¿Sabes qué? Que me alegro de haberte conocido —dijo inesperadamente Rebeca. Me dio un fugaz beso en la mejilla.

—Yo también a vosotras. Ha sido un día genial.

—Sí. Mañana te veo.

Los siguientes tres días los pasé con Rebeca o con Rebeca y Cala. A Berenice no volví a verla. A Elisa tampoco la vi mucho, porque tenía nuevas entregas o, si no, estaba con Alberto, así que apenas coincidíamos al entrar o salir del piso. Cuando estaba con las brujas no hablábamos de su mundo o de las sombras. Era como si ya no tuvieran necesidad de impresionarme. De todas formas, fueron días muy tranquilos.

Una mañana, nos dirigíamos en metro hacia la Casa de Campo. En nuestro vagón viajaba bastante gente, todos los asientos estaban ocupados. Nosotras íbamos sentadas en uno de los extremos. En la estación de Batán entró una mujer mayor, con un abrigo gris clarito y un bolso rojo oscuro. El tren se puso en marcha y ella se agarró a una de las

barras centrales. Rebeca me dio un suave codazo de atención en las costillas y señaló a la mujer con la barbilla:

–Lámala.

–¿A quién, a esa mujer?

–Sí, pero no con la voz.

La miré sin comprender. Rebeca hizo un gesto de impaciencia.

–¡Con los ojos! Eso de clavar tu mirada en su nuca para que se vuelva.

–¿Cómo... cómo sabes que yo...?

–Oh, venga, se supone que es una de las habilidades que tenéis.

–¿Quiénes?

–Vosotros. Los híbridos. Tú. Venga, hazlo.

Los híbridos. No me gustó.

–Yo no soy un híbrido –reaccioné, molesta, y giré la cabeza hacia la dirección en la que no estaba ni Rebeca ni la mujer del bolso rojo.

Suspiró y apoyó su mano en mi brazo.

–Venga, no te enfades. Lo siento, no quería molestarte. Si no te gusta la palabra híbrido, no volveré a utilizarla, te lo prometo. Pero venga, hazlo –suplicó, casi zalamera.

Accedí a su petición. Fue sencillo, como siempre. Sólo tenía que clavar la mirada en la nuca de la gente para que se giraran, molestos, como si hubieran notado un picotazo. Observé con atención a la mujer del bolso rojo, que nos daba la espalda. El traqueteo del tren la zarandeaba y la mujer se agarraba con las dos manos a la barra vertical. El bolso rojo bailaba colgado de su brazo. Me concentré en su cuello. Un segundo después, se giraba en nuestra dirección, con expresión sorprendida. En ese momento, Rebeca le preguntó, mediante un gesto, si quería sentarse. La mujer asintió y se encaminó hacia nosotras, al tiempo que Rebeca se levantaba ágil y la ayudaba a sentarse. La mujer se lo agradeció de forma cariñosa y sincera.

Salimos del metro en Lago y fuimos caminando por las viejas carreteras de la Casa de Campo, ahora vacías de coches y repletas de bicicletas y paseantes. Era una mañana soleada y había bastante actividad. Subimos hasta el cerro donde se alzaba el teleférico. Allí arriba, junto a una zona de columpios, había un mirador desde el que se podía ver un perfil interesante de la ciudad. Rebeca y yo estuvimos un rato señalando los edificios más reconocibles.

–¿Cómo sabías lo de la mirada en la nuca? –le pregunté a bocajarro. Habíamos estado las dos en silencio contemplando el perfil en la lejanía de la ciudad. Quería que me explicara eso del híbrido.

Se limitó a encogerse de hombros.

–No lo sabía, simplemente lo había escuchado. Quería comprobar si era así.

–¿Qué más has escuchado sobre la gente como yo?

Se giró en el banco hacia mí y me miró.

–No hay *gente como tú*. Eso es lo que he oído. Cada mucho tiempo, nace un híbrido...

perdón, alguien tan especial como tú. Y yo tengo la bendita suerte de haberte conocido.

–Pero dime qué más cosas se supone que puedo hacer.

–No lo sé, lo preguntaré.

–¿A quién?

–A gente. Otros brujos y esas cosas.

Se puso en pie de un salto y dio una palmada.

–Venga, vamos a coger el teleférico y nos bajamos en Pintor Rosales.

No volvimos a hablar del tema durante el resto del día.

Una noche, en el piso, recibí una llamada de Gabriel. No habíamos estado tanto tiempo separados desde que me uní a las sombras y ahora que sabía lo peligroso de su misión hacía que sintiera nuestra separación más dolorosa. Me dijo que estaba sufriendo por no estar conmigo y sabía que no me mentía. Su voz sonaba algo distorsionada por el ruido de la mala conexión. Tan lejos de él, me sentí de pronto vulnerable.

–Paso mucho tiempo en mi antiguo piso.

–¡Con Elisa! ¡Eso es estupendo!

–Sí, con ella y con su nueva compañera de piso.

Gabriel asintió. Tal vez esperara que le contara algo más, pero no quise.

–¿Qué ha pasado... con –la voz se me atascaba en la garganta, recordando las palabras de Huan– el occiso?

–No logramos encontrarlo. Cada día que pasa sin encontrar pistas de su paradero, Nui se pone más nervioso. No sabemos si sigue aquí.

–¿Por «aquí» te refieres a Londres?

–No, hemos abandonado Europa, pero me preocupa que hayamos seguido pistas falsas. Te estoy llamando desde Brasil.

Me sentí como si acabara de abrir los ojos y me encontrase en medio del desierto, abandonada. Tuve ganas de echarme a llorar y respiré hondo para deshacer la bola que se había colocado en mi garganta.

–¿Estás bien? –había preocupación en su voz–. ¿Ha ocurrido algo?

–No, no es nada. Es sólo que... estoy preocupada por ti. No me habías contado toda la verdad acerca de la lucha contra ellos.

La línea se quedó silenciosa unos instantes.

–¿Quién te ha hablado de eso?

Me sorprendió su pregunta y el tono seco de su voz.

–¡Qué más da!

De nuevo, ese silencio frío en la línea. Esta vez fui yo quien lo rompió:

–Pero... daría lo que fuera por estar ahí contigo ahora mismo.

–Tengo que dejarte, Pers. Te quiero.

«Y yo a ti», pensé, y colgamos.

Sonó el móvil. Rebeca.

–Hola. ¿Sigues viva?

–¿Qué pregunta es ésa? –le dije, ahogando una risa–. Si no lo estuviera, no te contestaría el teléfono.

–Claro. Escucha, Cala y yo vamos a ir a un sitio, a hacer una visita de cortesía. Ya está bien de hacer planes como la gente normal. Ninguna de nosotras lo somos, al fin y al cabo. Creo que te interesaría venir.

–¿Por qué?

–Porque apuesto mi alma a que... –dejó la línea unos segundos en blanco; podía oír tráfico de coches de fondo– te gustaría conocer a un vampiro auténtico.

Apuesta ganada.

Cala detuvo el coche en la entrada del cementerio de La Almudena. Faltaba media hora para que lo cerraran al público, pero no parecía muy concurrido. Estaba comenzando a anochecer y los remolinos de aire frío levantaban la hojarasca del suelo y la hacían sisear como serpientes. Una vez fuera del coche, Cala se cubrió el cuello con una bufanda exageradamente larga, de color mostaza. El tiempo era desapacible, pero no era para tanto.

–Es que enseguida se enfría mi garganta –explicó.

El detalle no hubiera tenido más importancia, de no ser por el motivo que me había hecho salir del piso y esperar en la calle el coche de las brujas media hora atrás. Llegaron en un Ford Fiesta rojo destartado. Conducía Cala, que me guiñó un ojo a través del espejo retrovisor, y Rebeca iba sentada en el asiento del copiloto. Se giró para verme entrar, con una brillante sonrisa en su cara.

–¿Hay... alguna regla que deba conocer antes de ir a verlo? –le pregunté a Rebeca.

Ella negó con la cabeza, pero su sonrisa seguía flotando y me hizo pensar en aquel comentario que había soltado Orlando sin darle importancia: las brujas no son de fiar, había dicho. La sonrisa de Rebeca era embaucadora, pero, según Orlando, podía esconder algo.

–No. Se llama Constanza y es de las últimas de su especie.

–¿Cómo es? –pregunté.

–Ya lo verás –fue toda la respuesta que obtuve de Rebeca.

–¿Cuántos años tiene?

–Ya lo verás.

–¿Dónde vive? ¿En esta ciudad?

–Que ya lo verás.

—¿Es peligrosa?

Rebeca me miró a los ojos fijamente unos segundos y se giró para sentarse en su asiento. Cala arrancó el coche y condujo por Alfonso XII, luego por Alcalá hasta Ventas y luego tomamos la avenida de Daroca, desde la que desembocamos en la entrada principal del cementerio.

Así que cuando Cala, tras bajarnos del coche, se ajustó su kilométrica bufanda en torno al cuello hasta ocultar el último milímetro de su piel, no pude evitar reprimir un escalofrío. Luego, abrió el maletero del coche y sacó una vieja mochila, que se colocó a la espalda. Cuando cerró el portón del maletero, tembló hasta el último tornillo del coche.

Al atravesar la monumental entrada del cementerio, nos cruzamos con un pequeño grupo que caminaba cabizbajo y hablaba en susurros. Llegamos a la capilla, torcimos a la izquierda y rodeamos una loma circular elevada de mausoleos. Pasamos junto a una construcción curva y larga, repleta de nichos abandonados, como los agujeros dejados por dedos gigantes. El suelo era irregular, a veces de tierra y a veces de ladrillo levantado, que me hacía dar traspies a menudo porque la iluminación era escasa.

—Si no llego a ir agarrada de tu brazo —le dije a Cala—, seguro que me habría caído más de una docena de veces.

—Lo sé —sonrió—, por eso te tengo cogida. Nadie quiere ahora a... determinados personajes nerviosos porque hay olor a sangre en el aire.

La miré perpleja, pero ella no me hizo caso. Seguimos caminando entre viejos mausoleos, por una especie de terraza. A nuestra derecha quedaban algunas hebras de un verde azulado, indicándonos que el día daba paso por fin a la noche, cedía su trono al reino de las sombras, de los desterrados, de los acontecimientos que sólo ocurren a la luz de la luna. Entre panteón y panteón podía ver que, varios metros por debajo de nuestro nivel, se extendía el cementerio, pero ya con tumbas corrientes, entre altos y oscuros cipreses, cuyo perfil dejaríamos de distinguir en breve. Nos llegaban ruidos de todas direcciones, coches, algún perro ladrando, una sirena lejana, pero todos parecían amortiguados al entrar en el territorio del cementerio. Mucho más cercano, un circo de pequeños sonidos nos rodeaba. Las viejas cancelas de hierro oxidado de los panteones, las piedras, hojarasca que se removía en remolinos de aire, las ramas de los árboles, algún que otro gato, todo producía ruido a nuestro paso. Pese a la compañía de las brujas, o precisamente por ello, el entorno no era tranquilizador. Había sobreestimado mi valentía.

Nos detuvimos ante un pequeño y viejo panteón de piedra, semejante en tamaño a los que lo rodeaban. La puerta, alta y estrecha, era de hierro y estaba asegurada con una gruesa cadena que cerraba un candado. Sobre la puerta, tallado en la piedra, el nombre de la familia que lo había mandado construir, pero apenas se distinguían las letras. Todo el edificio tenía un aspecto bastante descuidado. Rebeca se adelantó, sacó algo del bolsillo de su cazadora vaquera y lo metió en el candado. El candado cedió limpiamente y Rebeca desanudó la cadena y empujó la puerta. Sin titubear, entró en la oscuridad,

seguida de Cala. Sólo me quedé allí fuera unos segundos, pero juro que noté cientos de ojos clavados en mi nuca.

Justo antes de entrar, Cala me advirtió de los dos escalones de bajada. Me apoyé en el quicio de la puerta e intenté ver el suelo, aunque fue inútil. A tientas, bajé dos peldaños de piedra y entré en la oscuridad más absoluta. Di un paso hacia un lado y me quedé inmóvil, pegada a la pared. Allí dentro el frío se multiplicaba por diez. Me pregunté si justo delante de mis narices habría un ataúd. Alargué la mano con cuidado para intentar averiguar qué había delante, pero lo único que toqué fue un cuerpo que se movía. Replegué la mano mientras soltaba un grito y un escalofrío me paralizaba el hipotálamo.

—No grites, soy yo —susurró Rebeca.

Entonces Cala sacó una vela estrecha y alargada de color negro y la encendió. Una frágil y danzarina luz iluminó el interior del panteón. Rebeca empujó hacia dentro las dos puertas y colocó la cadena justo antes de cerrar desde dentro. A la escasa luz, me giré para ver el sitio en el que nos encontrábamos. Era un espacio tan austero como el exterior; sencillas paredes de piedra, junto a las que se había colocado un par de viejos bancos de madera. El centro de la habitación estaba vacío. En la pared situada frente a la puerta, había dos losas que cubrían sendos nichos. Tenían algo inscrito, pero apenas podía distinguir una sola letra.

Nos sentamos las tres en uno de los bancos.

—¿Te he dado un susto antes? —susurró Rebeca.

—Sí. No sabía lo que podía encontrarme aquí dentro.

Ella asintió.

—¿Cómo conocéis este sitio?

—Pertenece a mi familia —dijo Rebeca. Eso explicaba la llave que sacó.

—Esos dos de ahí —me susurró entonces Cala— son sus padres.

Contemplé las losas, que parecían bailar a la luz temblorosa de la vela. No podía ser, el panteón parecía bastante viejo. Puede que fuera por estar descuidado, pero si echaba cuentas, dado que Rebeca aparentaba la misma edad que yo, más o menos, sus padres no podían haber muerto hacía más de veintipocos años.

—De hecho —continuó Rebeca— debería haber ahí una tercera tumba para mí. Estuve a punto de morir cuando era pequeña. Me salvó una bruja y me introdujo en esto.

En ese momento escuchamos un ruido proveniente del exterior y las tres nos callamos inmediatamente. Rebeca sopló sobre la vela para apagarla. Permanecimos inmóviles durante unos segundos, pero el ruido no volvió a repetirse, así que volvió a encenderla.

—¿Es aquí donde vive Constanza? —le pregunté.

—No, aquí nos escondemos hasta que han hecho la ronda de vigilancia, después de cerrar el cementerio.

—Alguien como tú —susurró Cala— no debería asustarse con los ritos humanos del tánatos. Tú, precisamente, que has estado al otro lado, como los incorpóreos.

Cala debería tener razón, pero una cosa era la teoría y otra bien distinta encerrarte a

oscuras en un panteón de un cementerio. Sí, conocía lo que había al otro lado, pero todo lo relacionado con la muerte a este lado me seguía poniendo los pelos de punta, como a cualquier otro mortal. Tal vez no tanto, pero algo sí.

—¿Por qué vais a verla?

—¿A Constanza? Porque los vampiros tienen algo muy preciado, con lo que suelen comerciar.

Rebeca se acercó más a mí. La llama osciló y las sombras adquirieron vida propia en aquel sitio tan irreal. Nuestros susurros parecían hacer cosquillas en las paredes.

—Su piel.

La miré sin comprender.

—Sí, su piel. Los vampiros mudan de piel como los lagartos, cada cierto tiempo, y su piel seca es uno de los mejores amuletos del mundo.

—¿Amuletos contra qué?

—Contra todo —dijo Rebeca—. También es un buen elemento para nuestra magia. Por eso venimos de vez en cuando para comprarle un poco de piel.

Contraje la cara en un gesto de horror y asco.

—No me mires así —dijo Rebeca—. Sin ir más lejos, tú también te aprovechas de sus beneficios. ¿O creías que ese colgante que llevas al cuello está hueco? Ese escorpión de ónice contiene en su corazón un fragmento diminuto de piel de vampiro.

Toqué horrorizada el colgante. Jamás hubiera pensado que estaba hueco, siempre había creído que era una pieza sólida, un escorpión tallado en un ónice, porque no tenía ninguna señal de sellado o cierre. Lo contemplé durante unos segundos. Había llevado el colgante al cuello prácticamente todos los días desde hacía más de cuatro meses, sin saber qué era realmente. Gabriel podría habérmelo dicho.

En ese momento, Cala nos chistó. Desapareció la llama y quedamos de nuevo sumidas en una pegajosa oscuridad. Casi no me atrevía a respirar, por temor a romper el silencio. Entonces escuché unos pasos y unas voces masculinas, charlando. La ronda de vigilancia, supuse. Los sonidos se alejaron enseguida, pero ninguna de nosotras se movió. En esas condiciones de silencio y oscuridad, los segundos se volvían eternos. No sé si pasaron dos minutos, veinte, o apenas diez segundos; simplemente, esperamos. Entonces noté que Rebeca se alejaba de mi lado y escuché sus ligeros pasos caminando hacia la puerta. Se movía como un gato en la oscuridad. Abrió silenciosamente y, gracias a la luz grisácea que entró del exterior, distinguí su silueta manejando la cadena de hierro. Cuando la hubo soltado, nos hizo un gesto para que saliéramos. Mientras Cala se movía en dirección a la puerta, metí la mano en mi bolsillo y saqué el móvil. Lo encendí y lo acerqué a las dos losas de la pared porque quería intentar leer las inscripciones, antes de que Rebeca se diera cuenta de mi curiosidad. Sólo me dio tiempo a ver la fecha de una de las dos losas, 1941. En ese momento Rebeca me llamó desde el exterior del panteón, así que apagué el móvil y lo guardé.

Nos pusimos en marcha de nuevo. La luna llena brillaba en el cielo negro, pero no era

su luz blanquecina la que iluminaba nuestro camino, sino las lúgubres farolas del cementerio. Esta vez era Rebeca la que abría camino. Nos guió por caminos de viejo asfalto y senderos de tierra, hasta que llegamos a la base de una especie de rotonda elevada. Frente a nosotras, en un muro de ladrillo antiguo y olvidado, una puerta vieja de hierro oxidado, cerrada con un candado, pese a que estaba descolgada de los goznes. Pensé que el candado era más bien para sostenerla, en lugar de para evitar intrusos. Era un antiguo aseo de señoras, según pude leer en una plaquita sucia.

—Hemos llegado —dijo Rebeca. En lugar de dirigirse hacia la puerta de entrada del antiguo aseo, se encaminó hacia unas escaleras situadas justo al lado y que ascendían hasta el nivel superior de aquella rotonda. Arriba, más mausoleos, de mayor tamaño. A medida que pasábamos junto a ellos, escuché a Rebeca contarlos. Pero no nos alejamos mucho de las escaleras: pronto se detuvo ante la puerta de uno de ellos. Era un panteón grande, coronado por la figura de un ángel con las alas imponentes desplegadas. O tal vez no era un ángel, sino un demonio. Alrededor, el resto de criptas alineadas trazaba una amplia curva. Sentí que éramos observadas con atención en esos momentos.

La impresionante puerta de doble hoja del mausoleo era de mármol blanco y parecía refulgir en la oscuridad. Tenía un llamador, un puño que apuntaba hacia el suelo. Rebeca lo cogió y dio tres golpes pausados que rebotaron en todas y cada una de las sepulturas del cementerio. Yo me incliné hacia Cala:

—¿Es que va a salir a abrirnos?

—No, boba —no pude verlo, pero seguro que no sonreía—. La está avisando de que vamos a entrar. Y de cuántas personas somos.

—¿Para qué decirle cuántas vamos?

—No es cuántas vamos, sino cuántas tenemos que salir. Vivas.

Aquel fue el segundo en que comencé a arrepentirme de haber aceptado la excursión.

Cuando el último eco de las llamadas se deshizo, caí en la cuenta de que el cementerio había enmudecido por completo: ni siquiera las copas de los árboles se agitaban. Estaban esperando, escuchando, acechando. Rebeca empujó una de las hojas de la puerta, que se abrió con facilidad, y entró. Al cabo de medio minuto, noté un resplandor en el interior del mausoleo y enseguida Rebeca asomó la cabeza por la puerta para indicarnos con un gesto que ya podíamos entrar. Una vez dentro, Rebeca cerró la puerta y nos pidió silencio.

Aquel panteón no se parecía en nada al que habíamos abandonado un rato antes. Era mucho más grande, de más de tres metros de altura. La pared frente a la puerta tenía varias hornacinas, algunas con grandes maceteros. Todos estaban vacíos, excepto uno, del que colgaban largas hebras resacas, como si quisieran escapar de allí. En una de esas hornacinas había un quinqué encendido, la fuente de la temblorosa luz que iluminaba el interior. En cada una de las paredes laterales había una única ventana alargada, casi del techo al suelo, enrejada, de cristales polvorientos y llenos de telarañas. En el centro, justo debajo de la cúpula en tinieblas, porque la luz del quinqué no llegaba, descansaba una

tumba de mármol blanco, sin ninguna inscripción. Tal vez ése fuera el sarcófago del vampiro.

Error.

Lo primero que escuché fue un rumor inconcreto, de origen desconocido, porque parecía provenir de cualquier rincón de la habitación. Era un sonido parecido al del roce de ropas. O batir de alas. Una fracción de segundo después, una gran mancha negra se movió ante mí, a una velocidad demasiado rápida para mis ojos. Parpadeé varias veces, sobresaltada, y cuando enfoqué la vista, descubrí sobre la tumba algo parecido a unos pies humanos, sólo que monstruosamente deformados. Sus larguísimos dedos terminaban en unos ganchos de uñas terriblemente largas y afiladas, como las de los murciélagos. Sobre esas garras se dibujaba un ser de contornos imprecisos, de una estatura impresionante. Me pareció distinguir unas mortajas oscuras y, flotando sobre ellas, unos cabellos como largas telarañas. Entonces aquella cosa me miró y mi corazón se paralizó. El vampiro tenía rasgos femeninos, aunque sus reminiscencias humanas parecían haberse ido disolviendo con los siglos. El rostro que me contempló era ambiguamente hermoso y terrorífico a la vez. Bello y repulsivo. Su cara era un óvalo alargado, que se posaba con delicadeza sobre un largo y fino cuello. Los rasgos humanos, ojos, nariz y boca, estaban proporcionados y eran incluso elegantes. Sus ojos eran almendrados y muy oscuros. Los labios, finos, también parecían más oscuros de lo normal, pero seguramente se debiera a que su piel era casi tan nívea como la de Orlando. Nos contempló una a una sin ninguna prisa, mirándonos a todas por igual. Luego descendió del ataúd con un simple paso, elástico y algo animal y se colocó a un metro de mí, mientras me miraba con unos ojos que ahora me parecían claramente animales, no humanos. Yo di un paso hacia atrás, absolutamente atemorizada. Mientras me contemplaba, el vampiro producía un sonido gutural, parecido a unos chasquidos. En ese momento, Cala carraspeó. El sonido hizo que el vampiro se girara en un segundo a mirarla. Tranquilamente, Cala sacó de su mochila el cuello de una botella de plástico, repleta de un líquido oscuro. No pude ver nada más porque inmediatamente después Constanza le arrebató la mochila de un manotazo para abrirla y espiar en su interior. Ese gesto me permitió descubrir unas manos de dedos extraordinariamente largos y casi translúcidos. Como se había alejado unos pasos de mí, aproveché el momento para pegarme a Rebeca.

—¿Qué hay en la bolsa? —le pregunté casi al oído, aunque estaba segura de la respuesta.

—Sangre. Pero no te preocupes, no es humana. Es de ternera. La compramos en un matadero.

La vampira cerró la bolsa y, con un delicado gesto de su mano, apartó la cubierta del sarcófago, que debía pesar una tonelada, y se introdujo dentro de un salto. La ropa, o las alas o lo que fuera, revoloteó un segundo en el aire y luego desapareció. Entonces nos miramos las tres en silencio. Rebeca parecía tranquila y Cala divertida. Yo estaba aterrada, no sabía qué venía a continuación y ni siquiera estaba segura de que quisiera

continuar con aquello. Pero antes de que pudiera verbalizar mis temores, Cala se asomó al borde del sarcófago, pasó ágilmente la pierna derecha, luego la izquierda y saltó al interior. Interrogué con la mirada a Rebeca, que ya se estaba preparando para dar el salto. Pero ella me devolvió un gesto impaciente:

—Venga, vamos, ¿no pensarías que un vampiro milenario iba a vivir en esta mierda de panteón? Entra en cuanto lo haya hecho yo. No va a esperarnos.

Un segundo después, Rebeca había desaparecido por el agujero. Me acerqué a mirar. Como me había imaginado, en realidad no había sarcófago. Era una entrada oculta a un subterráneo tenuemente iluminado. No habría más de un par de metros de distancia desde el borde del sarcófago hasta el suelo que se adivinaba debajo, así que imité los movimientos de las brujas, pasé ambas piernas por encima y pegué un pequeño salto.

Aterricé sin problema sobre un suelo de tierra polvorienta. Me encontraba en una encrucijada de subterráneos, iluminados por unas tenues bombillas que pendían desnudas de sencillos cables eléctricos que parecían recorrer todos los pasillos. Cinco grutas desembocaban en el cruce en el que me encontraba. Era, ni más ni menos, un auténtico laberinto subterráneo, excavado en la piedra, que debía de recorrer el subsuelo de la necrópolis. Me pregunté si uniría distintos panteones y mausoleos, o si habría sido utilizado en la Guerra Civil. Claro, que si entonces ya vivía aquí Constanza, no creo que sobrevivieran muchos de los que se adentraran por estos túneles.

No había ni rastro de las chicas. Agucé el oído para detectar el origen de unas voces lejanas que llegaban hasta mí, pero aunque me parecía que provenían de mi derecha, no estaba segura de por cuál de los dos pasillos que había en esa dirección debía entrar. En ese momento, un murmullo veloz pasó a mi espalda y colocó mi corazón al borde del infarto. La situación comenzaba a ser demasiado arriesgada, teniendo en cuenta que estaba sola y perdida, en una red de subterráneos habitados por un vampiro. Genial. Miré hacia arriba, calculando la distancia hasta el borde del sarcófago, para intentar salir por mis propios medios, cuando alguien chistó a mi lado. Era Rebeca, que asomaba la cabeza por uno de los pasillos. Me hizo un gesto para que la siguiera y desapareció. No tendría que repetírmelo dos veces. Enseguida estaba caminando tras ella a través de la galería, que tendría más o menos un metro de ancho y uno y medio de altura, lo que nos obligaba a caminar encogidas. La galería giraba suavemente hacia la derecha y luego se prolongaba otros cincuenta metros más.

De pronto, la galería desembocó en una especie de caverna abovedada, de mayor altura que las grutas de las que veníamos. En la pared opuesta a la entrada por la que acabábamos de hacer acto de presencia Rebeca y yo, había una especie de nicho enorme excavado en la piedra. Dentro estaba sentada, con las piernas cruzadas, Constanza, la vampira, que clavó sus ojos en mí en cuanto me vio aparecer.

De sus ropajes negros sólo era visible el rostro cerúleo y alargado. Sus ojos negros me contemplaron fijamente. Luego dejó de prestarme atención y se centró en el contenido

de la mochila, que llevaba aún agarrada con dos de sus largos dedos. Extrajo de ella la botella y la olfateó. Entonces clavó los ojos en Cala y Rebeca y les dijo:

—Abusáis de las hierbas —su voz era muy grave y bastante desagradable. Arrastraba las eses. Además, había una especie de borboteo que nacía de su garganta, algo inhumano y desagradable. Esa voz no era sólo producto de aire exhalado a través de cuerdas vocales, había algo más allí dentro, tal vez habitando sus pulmones. Tal vez no había pulmones—. Me hace pensar que esta sangre no ha sido donada voluntariamente.

Cala se removió nerviosa:

—Te equivocas, es voluntaria.

Constanza olió de nuevo la botella.

—No me interesa cómo la consigáis —dijo—, siempre y cuando no atraigáis la atención.

Cala chasqueó la lengua con desaprobación, sin quitarle los ojos de encima a la vampira. Me habían mentido. No era sangre de ternera, sino humana.

Pero ¿qué estaba haciendo yo allí?

—Constanza —dijo entonces Cala—, no te molestaremos más. Dinos dónde está y te dejaremos descansar.

Aquel ser movió un dedo en dirección a una pila de algo parecido a membranas reseca y casi transparentes, pieles secas, como las mudas de serpiente. Rebeca se dirigió allí, con una pequeña bolsa de plástico de supermercado, la abrió y comenzó a meter las pieles. Aunque las cogía con cuidado, era evidente que tenía ganas de acabar rápido.

—Hemos tenido suerte —me susurró Cala—. Cuando tienen la piel tan blanca es piel recién mudada. Así que ésta es para el primero que llegue; en este caso, nosotras. Nos van a pagar muy bien.

—¿Quiénes?

—La piel de vampiro se paga muy bien en nuestro mercado. Haremos correr la voz de que la tenemos y de que no va a haber más por esta zona en bastante tiempo y vendrán a quitárnosla de las manos.

—¿Los incorpóreos también os la compran?

—Claro. ¿Cómo te crees si no que acabó un fragmento de su piel en tu colgante de ónice? Se lo compró el propio Gabriel a Rebeca hace un montón de tiempo.

La aparición de su nombre en aquel entorno chirrió desagradablemente en mi cabeza.

—¿Y por qué no vienen aquí ellos mismos? Quiero decir los incorpóreos.

Cala bufó.

—¿Estás loca? ¿Mancharse ellos las manos? Para eso nos tienen a nosotras, para hacer el trabajo sucio.

Y además, pensé, no se internarían bajo tierra.

Miré a Constanza, que contemplaba extasiada el contenido de la botella de plástico.

—Además —continuó Cala—, los incorpóreos no pisan jamás un subterráneo y los vampiros ya sólo viven bajo tierra. Apenas salen a la superficie. Se han vuelto muy

cómodos con los siglos. Saben que siempre van a tener alimento, porque tienen su piel para vender.

Rebeca terminó de meter todas las pieles secas en la bolsa y nos hizo un gesto para salir de aquella cueva. Nos movimos en dirección a la salida, pero entonces Rebeca me agarró de la muñeca e hizo que me detuviera. Me miraba con ojos chispeantes.

—¿No vas a probar sus dotes de adivina?

—No sé de qué me hablas.

—Las hembras de los vampiros tienen el poder de la adivinación. Ven el futuro de la misma forma que tú ves el presente. Sólo tienes que darle una gota de tu sangre.

—Gracias —dije; *necesitaba* salir de aquel sitio—, pero creo que paso esta vez.

Hice un movimiento para desasir mi muñeca de los dedos de Rebeca, pero me agarró todavía con más fuerza.

—Oh, vamos, no seas cobarde. Tú, la famosa Perséfone, la que viaja junto a espectros, ¿asustada con la posibilidad de ver tu futuro? Has visto cosas más difíciles de comprender, estoy segura, ¿y no te atreves a esto? ¿O es que te da miedo ella?

Me estaba desafiando, de eso no había duda. No le importaba si Constanza veía mi futuro o no, o si eso podría servirme de algo. Era algo más básico, un sencillo desafío.

Suelo aceptarlos.

—De acuerdo.

Cala se colocó detrás de mí mientras Rebeca se quitaba con la mano derecha el pendiente que tenía colgado de su oreja. El gancho del pendiente brilló a la lúgubre luz de las bombillas justo antes de que me pinchara con él en la yema de mi dedo índice. Inmediatamente después, una diminuta perla roja floreció en el punto del pinchazo. Tenía algo de poético. En el entorno de los incorpóreos no solía haber sangre, era todo más... intangible.

Todavía cogiendo mi muñeca, Rebeca nos movió a ambas en dirección a Constanza, y levantó mi mano hasta situarla ante los ojos de ella. Enseguida la vampira se fijó en mi dedo, provocador, llamativo, apetecible. Rebeca me soltó y se alejó.

La vampira descruzó las piernas para bajarse de su pedestal de piedra, apoyó sus pies de murciélago en el suelo y dio un paso hacia mí.

—¿Quieres ver hacia dónde caminas? —preguntó.

Con sus palabras vino otro hallazgo, aún más escalofriante que su voz: su lengua. Al abrir la boca pude ver que ésta era puntiaguda y alargada, y tan negra como el interior de su boca. Pese al miedo y la repugnancia, no retiré el dedo. Ella cogió mi muñeca con sus dedos helados, se la acercó lentamente a la boca y cerró sus labios negros en torno a mi dedo. Al principio sólo noté algo frío que se movía en torno a la yema de mi dedo, chupando la perla de sangre. No era tan desagradable como me había temido. Pero entonces noté un pinchazo, un corte, y cómo una nueva humedad envolvía mi dedo. El dolor del pinchazo se multiplicó, como si hubiera multitud de pequeñas agujas clavándose en mi dedo. Intenté retirarlo, pero tanto su boca como sus dedos mantenían mi mano

apresada. Abrí la boca para gritar o pedir ayuda, intentando retirar la mano con todas mis fuerzas, pero aquel ser, aún con la mirada fija en mí, siguió mordisqueando mi dedo.

Entonces mi conciencia, que parecía dormida hasta ese momento, despertó, aterrorizada por la situación y por el dolor que envolvía mi mano. Supe que las brujas no harían nada por mí y que estaba perdida. Sin darme cuenta de lo que hacía, eché la cabeza hacia atrás y cerré los ojos con fuerza. Apreté los párpados, buscando detrás de ellos la salida hacia un sitio que conocía muy bien, un río que debía cruzar para ponerme a salvo, el Styx. Se desató una presión muy fuerte a ambos lados de mis sienes, dentro de mi cabeza y fuera, en el aire que me rodeaba, que de pronto se hizo espeso como una papilla.

Yo fui la primera sorprendida cuando comprendí lo sucedido: había hecho una migración en una décima de segundo. Fue tan fulminante que, en cuanto dejé de notar los dientes de Constanza sobre mi dedo, regresé a este plano. La sensación fue como cuando mueves la cabeza muy rápido de un lado a otro y, al acabar, estás mareada y desorientada. No lo controlé. El único pensamiento que ocupaba mi cabeza era el de alejarme de Constanza, ponerme a salvo, un imperativo desesperado que de pronto llenó mi cabeza y pulmones e inflamó mis músculos. Como si explotaran varias bombillas ante mis ojos, un segundo después había ocurrido, había hecho la migración.

Cuando abrí los ojos, estaba sentada en el suelo, a más de un metro de distancia de la vampira, que me contemplaba sorprendida. Rebeca también me miraba horrorizada. Seguíamos en la misma cueva. Así es como supe que había realizado la migración de ida y vuelta en un segundo. Era la primera vez que podía hacer algo así, tan veloz, y regresar al mismo punto. Y con mi ropa en el mismo sitio. Noté un dolor agudo en el centro del pecho que tardaría un rato en desaparecer, como si hubiera sufrido un golpe fuerte.

De pronto escuché la voz de Constanza, gritando desde sus pulmones cavernosos:

—¿Qué es esto? ¿Me habéis traído una incorpórea?

Con la voz de la vampira retumbando en las galerías, Cala se adelantó hacia ella, pasando a nuestro lado y moviendo frenéticamente las manos.

—No, no, lo has podido comprobar tú misma, has probado su sangre, es humana, como nosotras.

Pero la vampira puso una de sus largas manos en el pecho a Cala y, de un golpe, la hizo volar violentamente hacia atrás. Al estrellarse contra el suelo, la oímos exhalar el aire con expresión de dolor.

—Salid de aquí —ordenó tajantemente la vampira.

Rebeca, asustada, me ayudó a levantarme rápidamente del suelo, mientras Cala, dolorida, hacía lo mismo, y las tres nos dirigimos al pasillo por el que habíamos entrado. Pero justo antes de salir, volvimos a escuchar su voz ultrahumana a nuestras espaldas.

—¿No quieres saber lo que he visto en tu camino?

No me dio tiempo a responder.

—He visto al guerrero con una niña en brazos. Una niña con tus ojos. Cuéntaselo a él,

díselo a Gabriel. De parte de su vieja amiga.

A continuación escuchamos un revoloteo, como un batir de alas. Rebeca echó a correr por una de las galerías, Cala y yo pisándole los talones. Cala corría cojeando, con una mano en el pecho, y yo llevaba una extraña náusea en la boca y un fuerte dolor de cabeza. En lugar de detenernos en el punto en el que habíamos aterrizado, Rebeca continuó por otra galería. No dudó en ningún cruce, apenas miró por encima de su hombro para comprobar si la seguíamos, hasta que llegamos a una puerta metálica, al final de un estrecho pasillo, apenas iluminado. Empujó la puerta y salimos a lo que parecía un cuarto trastero, lleno de restos de flores, tallos y hojas recortadas, junto a grandes bobinas de plástico transparente y lazos de vivos colores. El trastero pertenecía a una de las muchas floristerías que rodeaban la entrada al camposanto. Una más, anónima. Del trastero salimos a la tienda, vacía en aquel momento de la noche, excepto por una vieja mujer, con el pelo blanco recogido en un moño en la nuca, que parecía esperarnos sentada en una silla mientras tejía a la luz de una solitaria lámpara de sobremesa. Cuando entramos, levantó la cara. Uno de sus ojos estaba ciego por una catarata. Con una risa floja de vieja loca, nos abrió la verja metálica del cierre de la tienda, nos dejó pasar, y cerró tras nosotras. Ni una pregunta.

—Lo malo de esta salida —me dijo Rebeca— es el camino que tenemos ahora hasta el coche. Cala, ¿puedes caminar?

Asintió y regresamos hacia el coche. Cala iba cojeando y yo me apretaba el pecho con una mano.

—¿Qué ha pasado? ¿Por qué... no me ayudasteis cuando empezó a mordirme? —pregunté.

Cala me miró con ojos desorbitados.

—¿Estás loca? ¡Ha sido increíble! Rebeca se lanzó a separarte de Constanza cuando de pronto comenzaste a temblar de los pies a la cabeza, muy violentamente, y entonces ¡zas!, te convertiste en humo. Constanza se quedó agarrando humo y un segundo después volviste a aparecer, pero en el suelo. ¡Ha estado genial! Tenías que haber visto la cara de cabreo que se le quedó a la vampira cuando pensó que estaba mordiendo a una incorpórea. Y la de Rebeca.

Y soltó una carcajada. Rebeca no alteró su expresión severa y concentrada, como si reflexionara sobre lo que acababa de ocurrirnos.

—Siento haberte asustado —le dije.

—No, no te preocupes. La verdad es que a mí también me pilló de improviso. Cuando fui a echarte una mano, fue como si te deshicieras y no podía tocarte. Me he llevado un buen susto. Sabía que puedes hacer migraciones, todas lo sabíamos, pero en el fondo nos costaba creerlo. Ahora ya no volveré a dudar de ti.

El resto del camino hacia el coche lo hice en silencio, tiritando dentro de mi cazadora. Me encontraba aturdida y con un repentino cansancio, como si me hubieran estrujado el cuerpo para que cupiera en una lata de conservas. Por lo menos, el dolor de mi pecho

había ido disminuyendo gradualmente. Y luego estaba el escozor en el dedo, donde había mordido la vampira.

Durante el trayecto, Cala se mostró exultante con la enorme cantidad de dinero que iban a conseguir por la piel de vampiro. Rebeca miraba pensativa por su ventanilla. Sólo rompió su mutismo en una ocasión, cuando Cala le preguntó si esta vez podría utilizar su parte del dinero para ayudar con el piso de su madre.

—¡No vuelvas a preguntármelo! ¡Sabes la respuesta! —bramó furiosa.

Luego cayó de nuevo en su mutismo. Cala continuó conduciendo en silencio. Una vez me miró fugazmente por el espejo retrovisor, pero no dijo nada. Nadie volvió a hablar en el coche.

Cuando nos detuvimos frente al portal de la calle Cervantes, bajamos Rebeca y yo. Había tomado la decisión de ir caminando al piso. Cala arrancó y se alejó calle arriba. De pronto, Rebeca me abrazó.

—Perdóname, por favor —me dijo con voz suplicante—. Quería que fuera una noche especial y divertida y te he puesto en riesgo y a nosotras también. Estoy enfadada, pero no contigo, sino conmigo, por mi irresponsabilidad. ¿Me perdonarás?

Asentí.

—Bien. Mañana te daré un remedio casero contra eso —me dijo y señaló la herida de mi dedo, que continuaba sangrando—. Contra sus mordeduras no sirve cualquier cosa. Olvídate del agua oxigenada.

Me miró un segundo y entró en el portal. Yo bajé hacia el paseo del Prado y diez minutos después estaba subiendo por el ascensor. Durante el trayecto, cada vez que me acercaba a una alcantarilla, la miraba con aprensión y me alejaba rápidamente de ella.

A la mañana siguiente, tenía el cuerpo molido. Me dolían los músculos hasta en sitios insospechados. El dedo se llevaba la peor parte: notaba las pulsaciones como martillazos en la yema. A duras penas logré levantarme para abrir las cortinas y permitir que entrara la luz en la habitación. Luego regresé a la cama. Quería reflexionar acerca de lo que había ocurrido la noche anterior. Estaba, por un lado, el encuentro con un vampiro en las catacumbas del cementerio más conocido de Madrid. Por otro lado, pude perder la vida. Además, tenía que analizar cómo había podido hacer una migración instantánea, tan fácilmente, algo que no había logrado nunca antes. Y, sin embargo, había una cosa que atraía toda mi atención, por encima de todas las demás, las palabras que pronunció Constanza: «He visto al guerrero con una niña en brazos», dijo, «una niña con tus ojos». Al principio no lo había comprendido muy bien, pero cuanto más pensaba en ello, más nerviosa me ponía porque podía significar solamente una cosa.

Cuando la idea tomó al asalto mi cabeza, aparté de un manotazo la colcha, presa de los nervios, y me levanté a mirar por la ventana. La gama cromática de los árboles del parque, que iban del rojizo más furioso al verde más oscuro, no logró alejar de mi cabeza aquel pensamiento que me hipnotizaba. Y a medida que lo iba aceptando, iba creciendo dentro de mi pecho una enorme bola de fuego. Una hija. Gabriel con nuestra hija en brazos. Tal vez sí era posible después de todo. Vivir una vida lo más normal posible con un incorpóreo. ¿Seríamos capaces?

En ese momento sonaron unos nudillos en mi puerta y Orlando abrió con cautela.

—Hola, hola —dijo, con su peculiar acento asexual. Como siempre, me esforcé por descubrir si era *él* o *ella* esta vez—. Te han traído un regalo.

Me mostró una pequeña bolsa de cuero marrón desgastado, cerrada con un sencillo nudo. La depositó en mi mano y salió de mi habitación, al tiempo que decía:

—Se lo han dejado al portero a tu atención. Espero que si es algo bueno lo compartas y si es algo menos bueno, que no tenga relación con nuestra charla del otro día en la cocina.

Cuando cerró la puerta, deshice el nudo y abrí la bolsa. Lo primero que hallé en su interior fue una nota manuscrita de papel doblada hasta la extenuación que decía: «Póntelo en la mordedura y aguanta unos minutos. Lo siento. R.». Junto a la nota, un diminuto frasco de cristal verdoso, cerrado con un corcho. En su interior había unos polvos blancos, parecidos al azúcar. Miré mi dedo; las marcas que me hizo Constanza la noche anterior estaban exactamente igual, no habían comenzado siquiera a cicatrizar. Dudé si pedir consejo a Orlando, pero eso significaría dar más explicaciones de las que quería, así que, sin pensarlo más, volqué el contenido del frasco sobre las minúsculas

heridas del dedo. En cuanto entró en contacto con mi sangre, el polvo comenzó a borbotear y producir una espumilla blanca. Una punzada de dolor me atravesó el dedo y, segundos después, el pinchazo se convirtió en un escozor insoportable, que trepaba por mi mano y brazo. Ahogando los gritos para no alertar a los otros inquilinos del piso, sacudí frenéticamente la mano, como si pudiera quitarme de encima el polvo que, por otra parte, había desaparecido en el interior de la herida. Mi instinto me decía que me lavara el dedo, pero la nota de Rebeca ya me había advertido que tendría que aguantar. Me pregunté cuánto tiempo duraría aquello, pero enseguida advertí que el dolor comenzaba a remitir. También comprobé que mi dedo estaba perdiendo sensibilidad, como si se fuera quedando dormido o anestesiado. Las marcas rojas que me provocó Constanza desaparecieron como por arte de magia, y en poco tiempo lo único extraño que quedaba en el dedo era que estaba insensible y frío, aunque podía moverlo con normalidad.

Cuando al cabo de un rato salí de la habitación, el dedo había recuperado la sensibilidad y temperatura habitual. En la biblioteca del piso me encontré a Huan y Noah jugando al Monopoly en el suelo. El niño me dio un fuerte abrazo en cuanto me descubrió. Huan me insistió para que me uniera a ellos, o que desayunara con ella, pero, aunque tenía apetito, no quería quedarme en el piso, así que rehusé su invitación y bajé a pasear por El Retiro.

En el parque, aunque era miércoles lectivo, había algunos niños con sus abuelos o sus madres. Jugando, corriendo o contemplándolo desde sus cómodos carritos. Me senté junto al estanque, en uno de los bancos de piedra. El sol proyectaba una luz brillante, aunque más tamizada que la del verano, sobre la superficie de agua y ésta la fragmentaba en cientos de partículas danzarinas. El lago estaba vacío de barcas, pero lleno de peces que asomaban la cabeza en el agua negra. Cerré los ojos para concentrarme en la caricia tibia de los rayos del sol y en los sonidos, lejanos y cercanos. Noté que mi bolso estaba vibrando y saqué el móvil para contestar la llamada. Número desconocido.

—¿Sí?

—Te quiero —la voz de Gabriel, por inesperada y por deseada, me bloqueó. Nos quedamos unos segundos en silencio y cuando volvió a hablar lo hizo preocupado—. Pers, ¿estás bien?

Sonreí.

—Claro. ¿Dónde estás?

Tardó en contestar y lo imaginé sonriendo.

—Detrás de ti.

Aguanté la respiración al tiempo que me giraba. No me había mentado. A unos quince metros, se acercaba sonriendo por el paseo asfaltado. Llevaba un bonito jersey azul cielo. Cuando estaba a un salto de distancia, me colgué de su cuello. Me abrazó con fuerza.

—Te he echado de menos.

Mientras paseábamos por el parque, me contó que no habían logrado capturar al occiso. En dos ocasiones estuvieron muy cerca, pero en el último segundo se escabulló. Entonces, Nui y él habían acordado separarse; mientras Nui le buscaba, Gabriel quería estar conmigo, por si el occiso decidía venir a mi encuentro.

—Pero no entiendo qué interés puede tener esa cosa en mí —protesté—. Si hubiera querido hacerme algo, lo habría hecho la otra mañana. Creo que ni siquiera fue su intención rozarme.

Me acaricié la quemadura.

—Lo sé. Nui y yo coincidimos en que te evitó porque llevabas el escorpión de ónice al cuello. Pero sí intentó hacerte daño ¿o ya no recuerdas lo que provocó con las abejas?

Cómo olvidarlo. Pensé entonces revelar lo que ya sabía del colgante de ónice, pero en su lugar tanteé a Gabriel:

—¿Qué hace que el colgante sea un amuleto? ¿El ónice? ¿Eso es lo que me protege?

Gabriel no contestó, pero en su lugar mi móvil comenzó a sonar insistentemente.

—¿No vas a descolgar? —me dijo.

Maldiciendo, lo saqué del bolso. Era Eli.

—De hoy no pasa —comenzó a hablar atropelladamente—. No, señor, llevas aquí varios días y todavía no os habéis conocido. Me da igual que no sea una cena de parejas porque no esté Gabriel, pero esta noche cenas con nosotros. No admito una negativa, ya tenemos el sitio reservado. Alberto viaja mañana a Barcelona y se quedará allí el resto de la semana, así que es hoy o nunca. Bueno, ¿qué me dices?

—Que estará Gabriel —dije mirándole—. ¿A qué hora quedamos?

Fuimos en taxi, porque no quería aparecer en ninguno de los coches habituales de Gabriel. El restaurante, un pequeño bistró francés cerca de Atocha, tenía unas pesadas cortinas color burdeos al entrar y pequeñas mesas redondas y cuadradas, y altos techos. La decoración amable parecía empujar a confidencias. No me había costado nada convencer a Gabriel acerca de la cena. Aceptó encantado. Yo no tenía demasiadas ganas de conocer al novio de Elisa, pero sí sentía la necesidad de hacer algo normal. De hecho, camino al restaurante, le planteé a Gabriel la posibilidad de matricularme en alguna facultad o al menos asistir de oyente a clases. Le expliqué que sentía que, después de estar vagando todo el verano de un país a otro, necesitaba asentarme durante un tiempo y crear una rutina. Que sabía que era una petición anómala para alguien como él, pero que lo necesitaba, que era una cuestión de supervivencia. Él me preguntó a qué tipo de clases estaba pensando acudir. Algo de historia del arte, le respondí, para intentar dejar de parecer una ignorante a su lado cuando visitábamos un museo. Le hizo gracia mi respuesta.

—Hablaré con Nadir. Le pediré que nos busque un sitio que no llame la atención, no muy lejos del centro. Pero —me advirtió— sabes que no deberíamos estar allí más de cinco años. ¿De acuerdo?

Lo abracé entusiasmada. Sé que hubiera debido contarle entonces que mis planes de

establecernos iban más allá de instaurar una vida de estudiante, pero también sabía que le estaba pidiendo mucho a Gabriel. Los incorpóreos eran nómadas y para Gabriel suponía un esfuerzo y un riesgo enorme lo que le estaba proponiendo. Así que decidí dejar la revelación del vampiro para más adelante. Esa noche, tal vez, en un momento de intimidad.

Elisa y Alberto habían llegado los primeros y nos esperaban sentados a la mesa. Cuando nos vieron entrar, se levantaron y vinieron a nuestro encuentro. Elisa se había puesto un vestido color hueso bastante corto y unas medias tupidas negras que no transparentaban su cicatriz. Un collar de cuentas de madera de color esmeralda le caía por encima del pecho. No sabía decir si era el maquillaje, que rara vez utilizaba, pero estaba radiante. Alberto, por el contrario, no me sorprendió. Se ajustó perfectamente al estereotipo que me había fabricado de él. Llevaba pantalones grises de franela, una camisa blanca y un jersey de color antracita con cuello en pico. Era un palmo más alto que Elisa, de pelo oscuro y corto y llevaba unas gafas sin montura, que le hacían parecer algo más mayor. No había nada en su rostro que destacase, ni por espantoso ni por atractivo: su nariz era fina y larga y su boca carente de atractivo. Su ausencia de encanto quedaba todavía más manifiesta al lado de Gabriel, que saludó a Elisa cariñosamente y a Alberto con un cordial apretón de manos. Me fijé en que, cuando nos sentamos los cuatro, Alberto cogió la mano de Elisa y que acortó distancias con ella durante toda la noche: si no tenía su mano entre las suyas, pasaba el brazo por sus hombros. Sin embargo, aunque parecía un poco forzado, Elisa se mostró encantada toda la velada con ese súbito incremento de atención por parte de su novio y, de esa forma, yo también lo acepté.

Descubrí algo más durante la cena: Alberto no solamente tenía un aspecto aburrido, es que *era* aburrido. Acababa de ingresar en un bufete de abogados especializado en Derecho Administrativo, con lo que las escasas anécdotas que podía contar eran poco divertidas. Enseguida, el peso de la conversación cayó sobre Elisa y Gabriel, que estuvieron intercambiando impresiones acerca del arte contemporáneo y desgranando nombres que me sonaban a chino, como a Alberto. Pero, mientras yo disfrutaba viendo a Eli hablar apasionadamente de las nuevas corrientes en la pintura, me di cuenta de que el tema le era indiferente a su novio, que comenzó a mostrarse impaciente. Volví a preguntarme cómo era posible que funcionaran como pareja. Aquello no contribuía a mejorar mi opinión de él, pero decidí facilitar las cosas e intervine para cambiar de tema. Les pregunté por la última película que habían visto y estuvimos hablando de títulos un buen rato, hasta que Gabriel lanzó una pregunta que me hizo sentir incómoda:

—Elisa, ¿y con quién compartes ahora piso? ¿O estáis viviendo los dos juntos?

—No, todavía no —contestó Elisa—, pero pronto lo haremos. De momento sigo en el piso con una nueva compañera. Es un poco rara, pregúntale a Pers, ella la conoce.

Gabriel se giró hacia mí. Estuve a punto de hablarle de Rebeca, pero en el último

segundo me callé. Imaginaba que a él tampoco le gustaban las brujas y tal vez el nombre de Rebeca no le dijera nada... o tal vez sí. No era el momento de hacer esas confesiones.

—Sí, bueno, nos hemos visto un par de veces, cuando voy a ver a Eli. Es un poco rara, sí.

—Se puede ser raro en muchos sentidos, ya lo sabes —me dijo Gabriel. Sus palabras, que carecían de interés fuera de contexto, tenían un significado especial para él y para mí.

—Pues a mí me parece —intervino Alberto— una de esas brujas de cuento.

Elisa le dio un codazo, recriminándole su opinión, pero Alberto se encogió de hombros.

—Tampoco es para tanto —dije algo molesta—. Hay muchas tribus urbanas en esta ciudad. ¿Alguien quiere más vino?

—No, gracias. Y ¿cómo se llama? —insistió Gabriel.

—¿Vino, Elisa? —nerviosa por cambiar de conversación, volqué accidentalmente la copa de Eli sobre su vestido. El resultado fue espantoso: una mancha roja que deformaba su vestido casi blanco. Nos levantamos los cuatro como por un resorte. Mientras me deshacía en disculpas, Gabriel pidió a un camarero un quitamanchas. Elisa no paraba de decir que no tenía importancia, pero aquella mancha parecía haber cobrado vida, porque no dejó de extenderse por la tela de su vestido. Cuando nos lo trajo, acompañé a Elisa al cuarto de baño. Una vez allí a solas las dos, comprobé que ella estaba mucho más nerviosa que yo, pero por otro motivo, más honesto: olvidándose del vino derramado, me preguntó a bocajarro si aprobaba a Alberto. Me pilló desprevenida. Balbuceé una amalgama de elogios poco creíbles sobre él, a los que Eli iba asintiendo, pero a medida que seguí intentando convencerla de que me caía bien, ella dejó de mirarme. Finalmente, me soltó:

—No te gusta, ¿eh?

Coloqué mi mano en su muñeca.

—Venga, claro que me gusta. Parece un buen chico. Es que tú me gustas más. Quiero decir que a ti te tengo sobre un pedestal, porque eres mi mejor amiga y además eres la persona más generosa que conozco, eres inteligente, guapa, interesante, tienes talento y te apasiona lo que estudias. Y a él —señalé hacia la salida del baño— no le interesa nada del arte.

Comenzó a frotar la mancha de su falda con el pico de una toalla, ahora blanquecina por efecto del spray quitamanchas.

—Eso es lo que más me hace dudar —dijo de pronto.

—Me dijiste que él no tenía nada que ver con tu decisión de abandonar la carrera, pero empiezo a creer que sí está metido en esto.

—No, no me refiero a la carrera. Me refiero a nosotros, nuestra relación. No sé si me veré dentro de cuarenta años como ama de casa. Alejada de todo aquello para lo que me

he preparado tan duramente. Pero es que no entiende que me apasione el arte. No le gusta, simplemente. Creo que no lo considera como una opción válida para mi futuro.

Chasquéé la lengua con fastidio.

—Te lo estás diciendo todo tú sola, Eli. ¿Te estás oyendo? ¿Es que vas a renunciar a tu carrera, a tu futuro, a tu pintura, para ser sólo su esposa?

—Bueno, si quedarme soltera me garantizara un futuro brillante...

—Nada te lo garantiza. Lo único que sí hay probado es que si abandonas tus pinceles y tus sueños, nunca se realizarán.

Elisa apoyó sus manos en el borde del lavabo y se contempló en el espejo. Luego movió la cabeza, abatida.

—Pers, mírame, no soy como tú. Nunca tendré a alguien como Gabriel. Yo... no sé, si él se va...

Volvió a frotarse la falda nerviosamente con la toalla, pero la conocía. Lo que realmente intentaba era alejar las lágrimas de sus ojos, así que me acerqué y la abracé con fuerza. Ella dejó caer los brazos a ambos lados de su cuerpo y se dejó abrazar mansamente.

—No sé qué voy a hacer.

—Bueno, te propongo una cosa —dije—. Vamos a dejar las cosas como están, por hoy. Vamos a disfrutar de la cena y de la compañía. Y mañana ya veremos si hay que tomar alguna decisión drástica.

Elisa apoyó su cabeza en mi hombro.

—¿Por qué es todo tan complicado?

«Si tú supieras», pensé.

Cuando regresamos a la mesa, acababan de servir los segundos platos. Gabriel y Alberto permanecían en silencio y agradecieron nuestra llegada. Gabriel me dio un suave beso en la mejilla cuando me senté a su lado, y Eli y Alberto intercambiaron algunos arrumacos.

—¿Todo bien? —me susurró Gabriel.

Asentí.

—No creo que le quede mancha en el vestido.

—Me refería a ti.

Le miré a los ojos. Tenía razón: estaba incómoda, nerviosa, en parte deseando que terminara la cena, antes de que el nombre de Rebeca volviera a revolotear sobre la mesa.

—Sí, estoy bien. Tal vez algo cansada.

Gabriel bajó la mirada hacia el mantel.

—Gabriel, Elisa me ha dicho que eres francés —la voz de Alberto cruzó por encima de la mesa hasta llegar a nosotros.

—Sí. Nací en la Bretaña francesa.

—Pues hablas castellano sin acento alguno.

Gabriel asintió y me guiñó un ojo.

—¿Llevas muchos años viviendo en España?

El hombre del que estaba enamorada esbozó una ligera sonrisa que conocía: estaba comenzando a divertirse con la conversación.

—Algunos.

Alberto asintió satisfecho.

—Yo estuve —continuó— unos años en Manchester antes de iniciar la carrera y después me fui un año a vivir a París. Bonita ciudad.

—Sí, muy hermosa.

—He viajado un poco por Europa. Italia, algo de Alemania, Bélgica... ¿Y tú? ¿Te gusta viajar?

—Suelo hacerlo. Trabajo, ya sabes.

Alberto asintió pensativo.

—Se conocieron —intervino Elisa— en Nueva York.

Aquello hizo que Alberto nos mirara con las cejas enarcadas. Asintió, como si diera un extraño beneplácito a nuestra relación porque nos hubiéramos conocido en Nueva York.

—Vaya, vaya, así que compartimos espíritu viajero, además de edad. Porque ¿qué edad tienes?

Vi que Gabriel dudaba un segundo, seguramente porque no sabía qué mentira levantaría menos sospechas, así que intervine, al mismo tiempo que lo hacía él:

—Tiene 28.

—Tengo 29.

Los dos nos miramos y nos echamos a reír, ante la mirada asombrada de Elisa y Alberto.

—¿No recuerdas su edad? —me preguntó extrañado Alberto.

—Ya sabes —dijo Gabriel—, cuando uno pasa de cierto límite, el resto de años que va cumpliendo se amontonan sin ningún sentido ni orden. Como una montaña de hojas secas. No tiene sentido contarlas.

Elisa y Alberto le miraron con desconcierto. A mí me pareció muy gracioso su comentario, que por supuesto sólo él y yo comprendimos.

Afortunadamente, la cena estaba tocando a su fin. Nos despedimos en la puerta del restaurante y yo le prometí a Elisa que la llamaría al día siguiente. Momentos antes, había propuesto tibiamente ir a algún bar a continuar la noche, pero Elisa se excusó, alegando que se encontraba muy cansada. Bajo sus ojos habían aparecido unas ojeras marcadas. Tras la despedida, ellos bajaron en dirección a la calle Huertas y nosotros dos fuimos en busca de un taxi. Sin embargo, Gabriel retomó después mi idea de prolongar la salida.

Remontamos Atocha en dirección a la calle Bailén. En la calle de Caños Viejos, bajo una de las tres bóvedas del Viaducto de Segovia, fuertemente iluminado, nos detuvimos a contemplar la maravillosa vista.

—Cuánta belleza hay en la luz —susurró.

Entonces percibí de reojo un movimiento que atrajo mi atención y giré la cabeza para ver cómo salían de un portal cercano dos chicas. Mi corazón se paralizó cuando creí que eran Rebeca y Cala, aunque estaban de espaldas. La más alta, de pelo negro, se giró en mi dirección y pude verle el rostro. Falsa alarma, no eran ellas, pero mis pulsaciones se habían disparado. Gabriel se dio cuenta. Me preguntó qué ocurría, qué había pasado en su ausencia que no me atrevía a contarle. Me repitió que durante la cena me había encontrado algo nerviosa.

—Es algo bueno —le dije, aunque sonó muy infantil.

—¿Entonces?

Me miraba expectante, sin asomo de enfado en sus hermosos ojos, así que cogí aire en mis pulmones, repetí para mis adentros que era algo bueno, y lo solté en cascada. Le hablé de la nueva compañera de Elisa, de sus amigas, de los días que había pasado en su compañía. Le dije que, pese a la advertencia de Orlando, yo no encontraba ninguna amenaza en Rebeca y las otras. Cuando pronuncié su nombre Gabriel echó ligeramente la cabeza hacia atrás, pero no me interrumpió. Y finalmente le narré nuestra excursión a los subterráneos del cementerio de La Almudena, donde la vampira me contó su visión.

Gabriel tardó sólo unos segundos en atar todos los cabos que yo había omitido deliberadamente:

—Por eso me pediste que nos instaláramos en una casa durante unos años. Crees que acabaremos formando una familia.

Mi sensación de control se desvaneció como el humo. El tono gélido de su voz, el ceño fruncido y el hecho de que había retirado su brazo de mis hombros anunciaban tormenta.

—No me has dicho —continuó— cómo adquirió Constanza esa visión de tu vida futura.

—Me... mordió.

—¿QUÉ?

Y la tranquilidad de la noche se desvaneció como la última gota de agua por una alcantarilla. Gabriel me miró furioso, en silencio, durante unos segundos, luego bufó y se alejó calle abajo. Al principio me costó sobreponerme a la sorpresa de una reacción tan desmedida, pero cuando eché a caminar, tuve que darme prisa para alcanzarle.

—¿Qué? No es para ponerse así. Yo permití que me mordiera.

Se detuvo en seco y se enfrentó a mí:

—¿ES QUE HAS PERDIDO EL JUICIO?

La ira de su voz me dejó bloqueada. Comenzó a caminar de nuevo, pero tras unos pasos dio media vuelta y regresó a donde yo me encontraba.

—Pero cómo... ¿cómo se te ocurre exponerte así? —el enfado asfixiaba sus palabras, era notable que estaba haciendo un enorme esfuerzo por controlarse—. Si no puedo ni confiar en que no harás una locura en mi ausencia, ¿qué hago, Pers? ¿Eh? ¿Qué quieres que haga?

Me miraba iracundo. Ni siquiera le importaba si alguien nos estaba mirando en ese

momento.

—¡Y lo de la familia! —alzó las manos al cielo y las dejó caer bruscamente a ambos lados de su cuerpo—. ¡Pers, por Dios! ¡Lo sabes! ¿Es que crees que es fácil para mí? ¿No se te ha ocurrido pensar que yo preferiría también que las cosas fueran diferentes? ¿Cómo se te ocurre pensar que esto no me afecta?

—Yo...

—¡Tú! ¡Tú! ¡Que seas lo más importante de mi vida no te da derecho a destruirla de esa forma!

En ese momento, apareció en mi cerebro, fugaz y luminoso como un destello, el recuerdo de Isobel. Enseguida encontré un paralelismo macabro entre su historia y la discusión que estábamos teniendo y aquello me dolió como un golpe en el centro del pecho. Hablé sin medir las consecuencias de mis palabras:

—¡Ya sé qué me recuerda esto! ¡Estás haciendo conmigo lo mismo que hiciste con aquella chica, con Isobel! ¡No quieres implicarte más en mi vida! ¡Acabarás desapareciendo!

Gabriel se quedó paralizado, mirándome con los ojos muy abiertos. Palideció notablemente y me arrepentí al instante de haber hablado. Pero ya era tarde.

—¿Qué... has dicho? ¿Cómo has podido siquiera pensar eso?

Cuando dejó de hablar me di cuenta de que mi osadía le había golpeado duramente. Dio dos pasos hacia atrás, alejándose de mí, sin dejar de mirarme, y finalmente dio media vuelta. Comencé a notar un fuerte calor en la cara y el cuello pero, extrañamente, no había ni asomo de lágrimas en mis ojos.

En ese momento, un taxi pasó con la luz verde encendida y Gabriel lo llamó. Entró y dejó la puerta abierta para que yo también lo hiciera, pero no se giró en ningún momento para ver si le seguía. Me quedé detenida, a escasos metros de la puerta abierta del taxi. Me cruzó la idea de echar a caminar pero ese arrebato no aclararía las cosas, así que entré. Hicimos el recorrido en silencio, entramos en el portal sin mirarnos y cuando abrió la puerta atravesé a toda velocidad el pasillo y entré en nuestra habitación. Gabriel entró y cerró con cuidado la puerta. Luego se acercó a la ventana y se quedó allí inmóvil. Dejé el bolso sobre el diván. De pronto, estaba muy cansada. Me senté en el borde de la cama, de espaldas a Gabriel. No podía pensar con claridad, pero reconocía la imperiosa necesidad de no permitir que la discusión quedase sin resolver.

—Escucha, yo... —comencé a decir— me gustaría aclarar esto contigo. No podemos dejar que...

Escuché un ruido y levanté la cara. Gabriel había abierto la puerta de la habitación y, con la mano aún sobre el picaporte, me estaba mirando.

—Necesito pensar a solas. Y creo que tú también. Sólo te pido que no cometas otro disparate y que no vuelvas a ver a las brujas, ¿de acuerdo?

Y salió. No necesitaba tirar un objeto al suelo para comprobar si había hecho una migración; estaba segura. Me quedé sentada en la misma posición, con la mirada clavada

en la puerta cerrada, durante mucho tiempo. Luego me recosté y recogí las piernas bajo mis brazos.

Varias horas después caí en un profundo sueño.

—¿Ha regresado Gabriel?

Orlando, Huan y Noah me miraron.

—No he sentido ninguna migración —dijo Huan—, ¿por qué lo preguntas?

—Por nada.

Mientras salía por la puerta, escuché a Huan preguntarme desde la cocina si no me quedaba a desayunar con ellos. En realidad no tenía hambre, aunque llevaba despierta desde el amanecer. Sólo quería salir del piso porque la furia que sentía me ahogaba. Iría a ver a Elisa. Destrozaría a puñetazos todos los arbustos que me cruzara en el camino. Subiría a las copas de los árboles de El Retiro para lanzarme al centro del estanque. Buscaría el rincón más oscuro de la ciudad para hacer una migración, que no controlaba todavía pese a la experiencia de Constanza, para buscar a Gabriel al otro lado y gritarle. Iría a ver a la vampira y le pediría que bebiese hasta la última gota de mi sangre, para castigar a Gabriel y poderle ver llorar luego amargas lágrimas por mi muerte. Localizaría la cueva más profunda para encerrarme allí y no volver a verle nunca más. Le daría una lección, dos, cien, acerca de las cosas que se pueden y no se pueden hacer, acerca de cómo se soluciona una pelea de enamorados. Y en mi manual de peleas con final feliz no estaba incluida la desaparición en plena noche. De todos los sentimientos que me habían ahogado durante la noche, uno permanecía por la mañana: enfado. Rabia, ira, cólera, despecho... No entendía por qué él había actuado como si fuera una víctima. Y no aceptaba, en modo alguno, que hubiera desaparecido de esa forma, dejándome a solas con mi propuesta de paz colgando inerte de los labios.

Si él estaba enfadado, ahora yo también lo estaba.

En el piso estaba sola Elisa, pero no tenía muchas ganas de conversar porque se quejaba de un fuerte dolor de cabeza.

—Últimamente tengo muchas jaquecas. Debería ir a un oftalmólogo a que me revisara la vista. Dime, ¿qué hicisteis vosotros dos después del restaurante?

—Nada en particular —dije mientras me dejaba caer en el sofá, a los pies de Eli, que estaba tumbada—. Pelearnos, lo normal.

Se incorporó sobre sus codos y me miró horrorizada:

—¡Pers! ¿Fue por algo de la cena, algo que dijimos o hicimos?

—No, no tiene nada que ver con la cena. Es por algo anterior.

—¿Y dónde está él ahora?

Me encogí de hombros. Eli se incorporó del todo.

—¿Es que no sabes dónde está? ¿No te ha llamado?

Negué con la cabeza y luego cerré los ojos.

—No voy a suplicarle yo ahora que venga a hablar conmigo. Si tomó la decisión de no solucionarlo, él sabrá.

—Me parece bien —continuó Elisa, al tiempo que volvía a tumbarse— que no te dejes avasallar por su enfado, siempre y cuando no confundas tu dignidad con un orgullo inútil.

Tenía razón. Nos quedamos las dos calladas y, en mitad del silencio que gobernó la casa, subieron desde la calle los ruidos matutinos. Una puerta se cerró unos pisos más abajo. Ladró un perro. Alguien comenzó a golpear rítmicamente la pared. Sonó una radio lejana. Aquella normalidad me hizo recordar súbitamente mi estudio. Nunca lo vendí ni lo puse en alquiler. Simplemente recogí las cosas que quería llevarme a mi viaje incierto con Gabriel, varios meses atrás, cerré la puerta y le pedí a Elisa que guardara la llave.

—¿Has subido alguna vez al trastero?

Ella negó con la cabeza, sin abrir los ojos.

—Debe de estar hecho un asco.

—Sí. Lleno de polvo e insectos.

—Si es que no lo han robado todo —dije.

—En cuyo caso —continuó Elisa muerta de risa— lo habrán limpiado y ya no tendremos que subir a limpiar nada.

Las dos reímos, pero enseguida Elisa se calló con un gesto de dolor y se cubrió la cara con las manos.

—Me voy a acostar un rato. No te muevas de aquí y comemos juntas, ¿vale?

Le contesté que así lo haría y se encerró en su dormitorio. Estuve un rato sentada en el sofá, distraída, pensando en las últimas horas. No podía apartar de mi cabeza la pelea con Gabriel. Acabé descubriendo que, aparte de la furia, también tenía cierto sentimiento de desolación y desorientación. ¿Y si no volvía? ¿Y si el enfado le duraba meses?

Me levanté de un salto; tenía que alejar esas ideas que no contribuían a aclarar mi visión del asunto. Volvería, estaba segura. Salí al balcón y contemplé la calle. Me fijé en una pareja que estaba hablando junto al portal. Un hombre, con un guardapolvo negro cuya capucha cubría su cabeza, conversaba con una chica de pelo largo y negro. Me fijé en la chica. Se movía de manera brusca, como si discutiera. Sin embargo, el hombre ni siquiera sacaba las manos de los bolsillos. En ese momento, el hombre levantó la cabeza y miró hacia arriba, en mi dirección. No pude verle la cara porque quedaba en penumbra dentro de la capucha, pero sí se la pude ver a ella: era Rebeca. Nuestras miradas se cruzaron. Para mi sorpresa, Rebeca entró apresuradamente en el portal. Se quedó sólo el extraño hombre, aún mirando hacia arriba. En ese momento escuché una llave hurgando en la cerradura y la puerta se abrió, dando paso a Rebeca. La miré atónita.

—¡No puede ser! ¡Acabo de verte ahí abajo —dije señalando con el dedo hacia la calle—. ¿Cómo has podido subir tan rápido?

Ella se encogió de hombros, sonriendo, y dejó el llavero en un cenicero.

—A lo mejor sí es cierto que volamos. ¿Cómo te encuentras? ¿Funcionó el polvo

blanco? –preguntó, acercándose. Cogió mi dedo entre sus manos y lo observó—. Perfecto.

–Gracias por el remedio. Escocía como un demonio. Por cierto, nunca te di la dirección del piso. ¿Cómo supiste encontrarme?

–A través del amigo de un amigo de un conocido.

–¿Qué era ese polvo?

–Oh, una receta casera, ya te lo dije. Algo de piel seca de crótalo, algo de armuelle y árnica y otras cosas que no pienso revelar.

–¿Crótalo? ¿Como... la serpiente?

Rebeca se echó a reír.

–Si no estás segura de poder soportar la respuesta, no preguntes.

–Claro, pero me he echado no sé qué de una serpiente venenosa en una herida. ¡Podía haberse infectado!

–¡Ya lo estaba! Estabas infectada por la mordedura de un vampiro. Son muy letales.

Había comenzado a quitarse la cazadora, pero se detuvo y me miró con seriedad:

–Más de la mitad de lo que desconoces que se mueve por ahí fuera podría acabar con una vida humana como la nuestra en un segundo. O lo aceptas y actúas en consonancia o será mejor que no sigas metiéndote en el limbo de lo real.

Sus ojos brillaron oscuros y fríos un segundo y luego fue a su cuarto. Cuando salió, su rostro había recuperado la serenidad habitual.

–¿Estabas sola? –preguntó y abrió la pequeña nevera para observar su contenido.

–No, Elisa acaba de acostarse, no se encontraba bien. Oye, otra pregunta: ¿quién era ese con el que hablabas?

Me miró por encima de su hombro.

–¿Quién, ese de ahí abajo? ¡Oh!, nadie, un mendigo.

–Te vas a reír, pero parecía como si... tuve la sensación de que nos conocíamos, aunque ni siquiera pude verle la cara.

Rebeca continuó mirándome en silencio, con el brazo izquierdo apoyado en la puerta abierta de la nevera. De nuevo, aquella máscara de escarcha, inquietante y algo amenazadora. Por fortuna, después de cerrar la nevera, había recuperado su apariencia de siempre.

–Bueno, he podido comprobar que, una vez más, se me ha pasado hacer la compra y me parece injusto robarle algo a Elisa, así que te propongo que nos vayamos tú y yo por ahí.

–Es que le había dicho a Elisa que me quedaría aquí para comer las dos.

Rebeca se acercó y pasó su brazo izquierdo por encima de mis hombros. Olía a vainilla.

–¡Pero si ayer cenaste con ella! –dijo, con un mohín—. Es mi turno, me lo he ganado. Anda, di que sí, por favor. Además, probablemente ni siquiera se levante para comer. Y si está dormida, no la despertarás para comer contigo, ¿no? ¿No serás así de egoísta?

Mientras hablaba, había ido empujándome hacia la puerta de salida. Me miró como un cachorrillo abandonado y me rendí.

Comimos un bocadillo de calamares en la plaza Mayor, sentadas en una esquina soleada, sobre el frío adoquinado. Había multitud de grupos diseminados por toda la plaza, algunos en movimiento, otros sentados al sol, como nosotras. Me pregunté si Nui habría probado alguna vez el bocadillo. A ese pensamiento se le unió el de la pelea con Gabriel. Me revolví incómoda y Rebeca lo notó. Me preguntó y, la verdad, necesitaba hablarlo con alguien, así que le resumí la pelea, omitiendo el ingrediente de la familia que soñaba con crear junto a él. Rebeca me escuchó en silencio, dando grandes mordiscos a su bocadillo. Cuando acabé mi relato, meneó la cabeza con desaprobación.

—¡Qué desagradecido! —dijo—. No hay quien los entienda: si se lo cuentas, porque se lo has contado; si no, porque no se lo has contado. Bueno, tranquila, seguro que regresa manso como un corderillo.

—Sí.

—Y si no lo hace, olvídale. Podrías tener a cientos de hombres a tus pies. Elige uno nuevo y se acabó.

—Ya, bueno, esa opción no figura ahora mismo entre mis planes.

Rebeca me miró con picardía.

—La monogamia está acabada. *The end. Finita. Kaputt.* La poligamia es la auténtica naturaleza del ser humano. Cuanto antes lo aceptemos, más berrinches nos ahorraremos.

—Claro. Me acuerdo de cómo mirabas a todos los que entraban en el baño de chicos la otra noche.

—¡Menudo desastre! Ninguno valía la pena. Demasiado alto, demasiado bajo, demasiado serio, demasiado... hombre. La clave —continuó— consiste en que todos estén de acuerdo, en no mentir.

—¿Y cómo lo conseguirías?

—Echándole un poco de pimienta. Mira, es una cuestión muy sencilla: somos todos adultos, o jóvenes adultos; si tú quieres —señaló a alguien inexistente—, y tú también —señaló a otro fantasmal contertulio— y yo también, no veo por qué no puede hacerse. Atarse a la misma persona durante años y años, y no digamos ya por el resto de nuestras vidas, es primitivo. Antiguo, pasado de moda y muy, muy aburrido.

—No estoy de acuerdo contigo, pero si es lo que quieres...

—¡Y tú también lo querrías si lo probaras!

—Creo que no comparto tu punto de vista.

—Pues —continuó, con una carcajada— abre los ojos y enciende la luz, es más divertido si tu cuarto está lleno de hombres guapos.

Esbocé un gesto fingido de escándalo, pero ciertamente me parecía una forma de ver la vida muy poco común en alguien de su edad. O de la mía.

—¡No te estoy contando nada nuevo! El ser humano lleva toda la vida fantaseando con lo mismo.

—¿Con una habitación llena de hombres guapos?

—No, tonta —dijo, riéndose—. Con la impunidad.

—Me he perdido.

Rebeca hizo un gesto con los brazos, abarcando la plaza y su contenido:

—Míranos. Contéstame con sinceridad: de todos los hombres y mujeres, jóvenes o viejos, que hay ahora a nuestro alrededor, ¿cuántos, de tener el poder absoluto e irrefutable de hacer lo que quisieran, sin remordimientos, sin penalizaciones de ningún tipo, dejarían de hacerlo? Es decir, si cualquiera de nosotros obtuviera una licencia para cumplir todos nuestros sueños, incluso los más oscuros y terribles, sin que nadie lo supiera y, por lo tanto, nadie pudiera pedirnos cuentas, lo haríamos. Al principio pequeñas cosas, atrevidas tal vez, pero sin mayores consecuencias. Y luego vendrían cosas mayores y más grandes. ¿Por qué no? ¿Quién sería capaz de abstenerse de hacerlo?

—¿Algo así como convertirte en el hombre invisible?

—¡Exacto! —aplaudió entusiasmada Rebeca—. Si yo fuera invisible, comenzaría por robar un bocadillo de calamares como éste. Pero, sabiéndome impune, ¿dónde me detendría? Ni idea.

—Estoy pensando en Dorian Gray —me miró con el ceño fruncido—, ya sabes, el del libro. El personaje se lanza a una carrera desorbitada de excesos, porque tiene el cuadro para protegerle.

—Eso es. Pequeñas cosas al principio, como una infidelidad, mayores después. ¿Quién podría frenarnos? ¿Tu conciencia? ¿De qué está hecha tu conciencia moral si no es a base de la amenaza de un castigo, en ésta o en la otra vida? Pero si descubres que no hay castigo porque nadie, nadie, se entera de lo que estás haciendo, ¿por qué te detendrías? ¿Entiendes lo que quiero decir?

Asentí. Rebeca circulaba por unos caminos muy peligrosos de doble moral y me sentía algo incómoda.

—Donde quieres llegar —dijo— es a la diferencia entre lo que se puede hacer y lo que se debe hacer.

—¡Sí, sí! Esa distinción moral no es más que una sencilla línea que se puede mover. No es estática.

—No estoy de acuerdo contigo, Rebeca. Y no voy a incurrir en el error de decir que esa moral es lo que nos diferencia de los animales o que hay un purgatorio al final del camino. Pero te digo una cosa: al final, el propio Dorian Gray no puede soportar más el peso de su conciencia e intenta reconducir su camino.

Soltó una carcajada.

—Por favor, ese libro fue escrito hace más de cien años. Cambiando de tema, mira lo que voy a hacer. ¿Ves aquella papelería?

Señaló una que estaba a no menos de cien metros de distancia. Luego hizo una bola con las servilletas de papel que habían envuelto su bocadillo.

—Veinte a uno a que encesto.

La miré con guasa.

—Acepto. Es imposible.

Me guiñó un ojo y apuntó hacia la papelería. Esperó a que cruzaran tres chicas y lanzó la pelota, con demasiada suavidad, a mi juicio. Calculé que el trazado de la curva llevaría la pelota al suelo sin haber llegado a alcanzar ni la mitad del recorrido, pero, para mi sorpresa, la pelota continuó en el aire como si alguien la llevara en la mano y llegó limpiamente hasta la papelería, en la que entró dando un pequeño salto.

—¿Otro truquito más, como el de la llamita o el de las escaleras esta mañana? —le pregunté intentando no demostrar demasiado asombro.

—Exacto. Se llama telequinesia.

Ahora sí que abrí los ojos como platos.

—¿Eres telequinética?

Hizo un movimiento de falso pudor con la cabeza.

—Por favor, nada de autógrafos —bromeó—. Sí, lo soy. Pero, de nosotras, la mejor es Berenice. Tiene más experiencia que cualquiera que conozco. A veces es escalofriante.

No había vuelto a verla desde la noche en que la conocí, y le pregunté a Rebeca por ella.

—Está mejor. De vez en cuando tiene que retirarse, como lo llama ella. Si está de buen humor, pídele que te haga una demostración. Esto que he hecho yo es pan comido, las servilletas pesaban muy poco. Pero lo que ella puede hacer, eso sí que es bueno.

Al cabo de un rato de silencio, me preguntó si tenía familia.

—Mi padre, una madrastra y una hermanita recién adoptada, pero no la conozco todavía.

—Lo que se dice una familia moderna, vamos.

—Ajá.

—¿Lo saben? Quiero decir... lo tuyo.

Negué con la cabeza.

—Están pasando un duelo. Hace unos meses mi hermano pequeño murió.

Rebeca asintió en silencio y no continuó preguntando. Cerré los ojos al sol. Con semejante luz, había algo de irreal en el hecho de estar hablando de Mateo en aquellos momentos. Deseé que no me siguiera preguntando.

—Yo también he perdido mucha gente —dijo—. De hecho, soy la última de mi familia. La primera en morir fue mi hermana pequeña. Hace muchísimo tiempo. A veces pienso que no he tenido nunca familia, pero recuerdo que su pérdida fue muy dolorosa.

—¿Cómo se llamaba?

Me miró sin comprender. Luego dijo en un susurro:

—Luisa. ¡No, espera! Blanca.

—¿Es que se te ha olvidado el nombre de tu hermana?

—Ya te he dicho que fue hace mucho tiempo.

—¿Recuerdas el nombre de tu madre? —pregunté.

Ella se encogió de hombros.

—Hace mucho tiempo de todo aquello, prefiero no remover el pasado.

Se levantó de un salto, me hizo una señal para que la siguiera y echó a andar en dirección a una de las salidas de la plaza.

—Por cierto, ya sé adónde te voy a llevar esta noche.

Me detuve en seco.

—Ah, no. No más monstruos que muerdan.

Rebeca me miró con suspicacia:

—Te recuerdo que viniste voluntariamente y que te dejaste morder a cambio de algo. Pero vamos, si eres de las miedosas, te llevo a tu casa y listo.

Nos miramos en silencio. Yo estaba valorando la posibilidad de ceder a mi curiosidad. Ella... ni idea. Tal vez estaba simplemente haciendo tiempo. Miró su reloj, chasqueó los dedos y me dijo alegre:

—¡Ésa es mi chica! Andando. Vamos a por las otras.

Horror. ¿Las otras?

—¿Es que Berenice viene?

—Sí. Está con Cala ahora mismo. Creo que tienen coche nuevo.

—¿Y el del otro día?

Movió la mano como para disolver una nube en el aire.

—Ése es agua pasada. Han ido a por uno nuevo.

No quise seguir preguntando por el coche. Fuimos en metro hasta el barrio de Tetuán. Rebeca me explicó que Cala se empeñaba en regresar una y otra vez, porque había crecido en aquellas calles.

—Por aquí vive su madre. Tiene que aprender que cuando una es bruja, lo es por encima de todo y de todos. Eso es lo que más le está costando.

No me gustó el tono con que lo dijo, pero no repliqué a su comentario. Unas cuantas manzanas más tarde, llegamos a un salón de juegos recreativos. No estaba muy lleno a esa hora, aunque había unos cuantos grupos de chicos jóvenes, de menor edad que nosotras. Algunos nos miraron al entrar, pero no nos hicieron mucho caso. Al fondo del local, jugando en una máquina doble de carreras, estaban Cala y Berenice. Las dos estaban inmersas en plena competición, pero de reojo nos vieron llegar y nos saludaron con un eufórico hola, sin quitar la vista de sus pantallas. Iba ganando Berenice. Estaba muy cambiada, con un aspecto mucho más saludable y sosegado. Incluso atractiva. Su rostro de lechuza ahora era más simpático. No había ni rastro de la decadencia que mostraba cuando nos conocimos. Estaba alegre, exultante, celebraba con carcajadas cada vuelta que ganaba o perdía frente al coche pilotado por Cala. Cuando acabaron la carrera, se levantaron de sus asientos de piloto para cederles sus puestos a dos chicos que estaban esperando. Uno de ellos pudo haber ocupado el tercer asiento libre, pero eso habría significado competir con dos chicas. Así que en cuanto se hubieron sentado,

Rebeca se colocó junto a una de las pantallas, frente a uno de los chicos, que llevaba una gorra azul. Le miró desafiante:

—¿Os atrevéis a competir contra una chica?

Los chicos se miraron y se echaron a reír.

—Siéntate en la libre —dijo el de la gorra.

—Esto se pone interesante —me susurró Berenice.

Las tres nos apoyamos en la pared tras los jugadores. La carrera comenzó. Los dos chicos mostraban una acumulación evidente de horas de juego. Competían en un simulacro del rally de Montecarlo. Rebeca les seguía a una distancia corta, pero iba siempre en último lugar. Me fijé en sus gestos: lejos de mostrarse ansiosa o decepcionada por no rebasarlos, jugaba con serenidad y con una media sonrisa de autosuficiencia. En un momento, cuando apenas quedaban unas cuantas vueltas para concluir la carrera, Berenice se adelantó y apoyó su mano en el hombro de Rebeca.

—Es la hora —dijo—. Nosotras vamos a por el coche. Os recogemos en tres minutos.

Rebeca asintió y, de pronto, aceleró drásticamente su coche, que comenzó a circular frenético por las calles del circuito, frenando en las curvas en el último segundo y saliendo después a la máxima velocidad. Enseguida había rebasado a los otros participantes, que la miraron atónitos. Su coche no se salía ni un centímetro del recorrido trazado. Cuando cruzó la línea de meta, se levantó de un salto y se dirigió hacia la puerta. Los dos chicos se quedaron sentados boquiabiertos.

Ya en la calle, le pregunté a Rebeca:

—Y ¿adónde vamos a ir hoy?

—Hemos oído que alguien muy especial ha regresado a la ciudad. Vamos a verla. A casa de Mamá Blanca. Si buscas respuestas, seguro que las tiene ella.

Tal vez pudiera averiguar allí más cosas sobre la Reina Azul, las que Gabriel no quería contarme. Iría a ver a Mamá Blanca, pero hubiera debido prestar más atención a ese clavo que se retorció en mi estómago, al que suelo llamar intuición.

El coche, un Land Rover Freelander de color rojo oscuro, parecía bastante nuevo. Le pregunté a Cala de dónde lo había sacado y me contestó que se lo había prestado un amigo. Por algún motivo desconocido, sus palabras provocaron un aluvión de carcajadas en Rebeca y Berenice.

Cuando salimos de Madrid por la carretera de La Coruña había anochecido completamente. Por las ventanillas entraban a raudales las luces del exterior. Berenice había encendido la radio. Una emisora ecléctica que tan pronto hacía sonar a Depeche Mode como a Ricky Martin para regresar a continuación a los ochenta de la mano de La Unión. Las chicas cantaban y coreaban todas las canciones. Cala, las más recientes; Rebeca y Berenice, las más antiguas. Las preferencias de cada una estaban claras.

Fuimos dejando atrás el centro de la ciudad. Cala cogió el desvío de una antigua colonia de fincas y mansiones y nos internamos por unas calles poco transitadas de la urbanización, estrechas y tenuemente iluminadas por farolas desperdigadas. Altos muros de piedra y setos perfectamente podados protegían las casas de curiosos. El asfalto, pese a que no se veía bien, debía de ser viejo, a tenor de los continuos botes que pegaba el coche.

Tras dar unas cuantas vueltas, finalmente nos detuvimos frente a un viejo portón de hierro. La farola de la calle iluminaba un jardín en mal estado, abandonado y salvaje. La finca, o lo que fuera, hacía esquina en la última manzana de la urbanización; más allá se extendía el campo. No muy lejos se divisaba el resplandor de la ciudad, pero a nuestro alrededor la sensación era de soledad absoluta.

Cala se bajó y abrió las dos hojas chirriantes del portón. Gracias a los faros del coche, pude ver que ante nosotras se abría un camino asfaltado y bordeado por enormes plantas desconocidas que se cerraban como una especie de bóveda vegetal. Avanzamos con el coche unos cuantos metros y nos detuvimos de nuevo, para que, esta vez Berenice, cerrara la puerta tras nosotras.

Nos pusimos de nuevo en marcha. A medida que nos alejábamos de la calle y de la mortecina luz de la farola, la oscuridad y el caos vegetal del jardín me impedían distinguir nada de nuestro alrededor. El camino serpenteaba entre árboles oscuros y grandes arbustos. Dejamos a nuestra derecha una caseta de madera desvencijada y un montón de cubos de basura negros, mal alineados, alguno volcado.

De pronto, el camino remontó un pequeño promontorio y, cuando alcanzamos la cúspide, pude ver que nos encontrábamos en una finca bastante grande. A unos cien metros, había una impresionante y lúgubre mansión con un torreón. Lo poco que podía percibir mostraba una casa construida como a impulsos, como si sucesivos añadidos

hubieran ido conformando su fisonomía con el paso de los años. Su planta carecía de la más mínima simetría. En un ala, la altura llegaba a los tres pisos; por el centro había sólo dos; y el otro extremo era coronado por el torreón.

Cala condujo hasta lo que podría ser la entrada principal de la extraña casa, aunque no había ningún indicio de que estuviera habitada. No había luz alguna ni dentro ni fuera.

Salimos las cuatro del coche. Cuando cerré mi puerta, hubo algo que me llamó la atención a través de la ventanilla trasera. Antes de que me lo pudiera impedir ninguna de las brujas, tiré del manillar del portón y lo abrí. En el interior, acurrucado, aparentemente dormido, había un chico. Iba vestido con vaqueros y zapatillas, y alguien le había puesto la cazadora a modo de manta. Toqué su cara; estaba sorprendentemente caliente. No sé qué hubiera debido esperar. ¿Una frialdad mortuoria?

—Está dormido, no te preocupes —dijo Cala, que se había acercado sin que me diera cuenta—. Tiene para unas cuantas horas más y cuando despierte, lo hará sentadito en su asiento y con todos los síntomas de una resaca de las gordas. Será como si se hubiera agarrado una cogorza monumental... pero sin recordar nada.

—O sea que éste es tu amigo, el que te ha prestado el coche.

—Más o menos.

—Pero ¿qué estás diciendo? ¡Esto es secuestro, Cala, por Dios, estáis locas! ¡Una cosa es un jueguecito y otra muy distinta es meter a un tío en el maletero de un coche!

—¡De *su* coche! —se excusó Cala—. ¿O habrías preferido que se lo robara?

—¿Así es como obtenéis los coches?

—Pero ¿qué más te da? No le va a pasar absolutamente nada, ni a él ni al coche. Y si no, que tenga más cuidado a la hora de acercarse a un par de inocentes chicas en la barra de un bar. Pers, tranquila, que sabemos perfectamente lo que estamos haciendo. Fíjate: ni siquiera voy a poner la alarma, de lo segura que estoy de que no se despertará todavía.

—Ya, claro, y porque si la pones y se mueve, saltará.

—Eso también.

Cerró con cuidado el portón del maletero y se alejó. Yo volví a echarle un vistazo a través de la ventanilla. Dudé si seguirles el juego o no, pero finalmente decidí que les daría un rato, solamente un rato, para que me enseñaran adónde me habían traído y luego les exigiría regresar a la ciudad para que liberasen al chico del maletero. Esto no me estaba gustando nada.

A medida que me acercaba a la entrada, donde ya estaban las tres brujas, miré hacia arriba. Vista desde más cerca, la parte superior de la mansión parecía, además de abandonada, quemada, como si hubiera sido pasto de un incendio mucho tiempo atrás. El lugar era siniestro a la luz de la luna. No solamente eso: conmovía su desolación. Hacía pensar en muñecos quemados y retorcidos.

Un arco de piedra cubría la escalera de acceso a la puerta principal de la casa. Los escalones, también de piedra, estaban destrozados y por entre las grietas crecían las hierbas. El vestíbulo debió de haber estado forrado de madera, tiempo atrás, porque

todavía sobrevivían algunos tablones. Una lamparita colgaba inerte del techo. Tal vez si la tocaba se convertiría en polvo.

Me coloqué junto a las tres brujas, ante la puerta cerrada. Ninguna llamó ni habló. Pasaron los segundos y nada alteró el silencio, salvo el viento, moviendo las copas de los árboles. Pensé en el chico del maletero.

Entonces, escuchamos el suave pasador de un pestillo, y la puerta, medio desvencijada, se abrió hacia dentro, con parsimonia pero sin ruido, en silencio. Enseguida apareció una figura menuda, con un pequeño farolillo encendido colgando de una de sus manos. Era una mujer extraordinariamente vieja y absolutamente blanca. Blanca porque llevaba una amplia blusa y falda de un blanco impoluto. Y blanca porque su piel era, pese a ser de raza negra, blanca. Una negra albina. Llevaba un pañuelo blanco en la cabeza, pero por debajo de la tela se escapaban diminutas caracolas electrizadas blancas. La arrugada piel de su rostro era blanco-rosácea, cubierta con pequeñas manchas de color café con leche. Las pestañas y las cejas eran blancas también. Di un pequeño paso hacia atrás.

—Te presento —dijo Rebeca en ese momento— a Mamá Blanca. Es haitiana.

No medía más de metro cuarenta y su edad podría oscilar entre los cien y los ciento veinte años. Uno de sus ojos estaba cubierto por una catarata tan blanca como su extraña enfermedad, pero el otro, negro como el miedo, nos miró a las cuatro detenidamente.

—Vaya, vaya, vaya —dijo con una voz áspera y un fuerte acento francés—. Mira qué nos has traído, Elagua. Pues te obedeceremos y las dejaremos pasar.

Sin salir del umbral de la puerta, alzó la mano con el farolillo para iluminarnos más de cerca. Comenzó por Berenice, a la que miró muy sonriente:

—Es increíble lo que Shango te deja hacer, *chérie*. Pero ya sabes que la juventud es una costra que con el tiempo se cae, ¿verdad?

Y soltó una risita aguda amortiguada entre sus labios gruesos. Berenice asintió con la cabeza y entró en la casa, después de que Mamá Blanca se hiciera a un lado. Luego alumbró a Rebeca y le dijo en el mismo tono misterioso:

—Pienso que os equivocáis las dos, pero ya estamos todos muy cansados. Ya que Elagua te ha traído hasta mi puerta, no seré yo quien le contradiga y no te deje entrar. Pasa, pasa.

Cuando Rebeca hubo entrado, le tocó el turno a Cala:

—Que Ghede te proteja, niña, porque pronto conocerás sus caminos.

Rebeca no sonrió, de hecho no le hizo la más mínima gracia su comentario, pero pasó igualmente. Cuando Mamá Blanca me alumbró a mí, ladeó la cabeza y me observó con curiosidad. Musitó algo, que no logré entender y me pareció que dudaba entre dejarme pasar o no, pero lo único que hizo fue adelantar su brazo libre y tocarme la mano con dos dedos, de color nácar. Me pellizcó la piel, volvió a balbucear algo y finalmente se echó a un lado para dejarme pasar.

El vestíbulo interior de la casa era una gigantesca habitación descompuesta por los

años, en estado tan ruinoso como el exterior. Las paredes tenían telas raídas, el techo estaba parcialmente derrumbado y el suelo tenía muchas zonas levantadas y agujereadas. La luz que alumbraba la estancia provenía de una enorme araña de cristales rojos que pendía del techo en un precario equilibrio. Había junto a la puerta un hombre joven negro, al que descubrí cuando entré en la casa. Tenía la mirada ida, fija en ningún punto en particular, pero se mantenía erguido como una estatua. Llevaba una camiseta y un pantalón cochambrosos y unas playeras blancas sin cordones. Desde luego, una ropa inadecuada para las bajas temperaturas, pero no parecía tener frío.

—Dale tu *chasseuse, petite fille* —dijo de pronto Mamá Blanca a mi espalda, sobresaltándome—. Hum... tu cazadora.

Dudé un momento si dársela o no, pero cuando finalmente comencé a quitármela, Mamá Blanca me la arrebató de los brazos y se la entregó al joven, que había extendido su brazo mecánicamente. Un asomo de extrañeza apareció por los ojos de Cala, pero no dijo nada. Me fijé en que ninguna de ellas se había quitado la cazadora.

—Ahora seguidme, *s'il vous plaît*.

Mamá Blanca atravesó el amplio recibidor y pasó junto a la destartada escalera que subía al segundo piso. Faltaba la mitad superior, como si se sostuviera en el aire por arte de magia. En la pared que había tras la escalera, oculta a simple vista, había una pequeña puerta negra, desprovista de adornos. Tenía un pomo redondo y brillante, blanco. Mamá Blanca giró el pomo y abrió la puerta. Nos indicó que entráramos. Seguí a las tres brujas y entré...

...en una estancia de dimensiones monumentales, diáfana, mucho mayor de lo que me había parecido la planta de la casa desde fuera. Debía de tener más de cincuenta metros de largo y no menos de diez o doce de altura. Las paredes y el techo eran oscuros y no había ninguna ventana, aunque sí había, equidistantes, grandes cortinajes de color sangre, que colgaban del techo y se desparramaban por el suelo, como hemorragias. Aquella increíble habitación estaba completamente llena de pequeños veladores, rodeados por sillas o sofás o sillones o taburetes. En cada una de ellas brillaba una pequeña lamparita de mesa que apenas iluminaba los rostros de quienes ocupaban los asientos. Había muchísimo movimiento entre las mesas, gente que se levantaba o sentaba, hombres y mujeres esbeltos, que se movían entre las mesas, llevando bandejas con vasos y copas y botellas, algunas de formas increíbles, opacas o traslúcidas y mostrando líquidos de distintos colores. La decoración de las paredes era también muy extraña. Había cuadros, algunos con muñecos reales, no dibujados, enmarcados; y ménsulas con lo que parecían pequeños altares: sobre telas blancas había numerosas velas encendidas cuya cera derretida había llenado la ménsula y goteado hasta el suelo. Alrededor de las velas, pequeños platos con lo que parecían ofrendas de comidas. Y entre las velas y los platos, pequeñas figuras de distinta factura, como santos y vírgenes católicos, y otras irreconocibles para mí.

Ninguno de los asistentes parecía hacer caso a aquellos altares, pero de vez en cuando

alguien se levantaba de su mesa y depositaba una pequeña copa en alguno de ellos. Una nueva ofrenda, pensé.

Creo que nos encontrábamos en una especie de bar, en el más extraño que había visto en mi vida. A medida que pasábamos entre las mesas, buscando una libre, iba fijándome en los asistentes. Y ellos en mí. De hecho, algunos me contemplaban con manifiesta curiosidad, seguramente porque era la novedad. Pero no podía olvidar las palabras de Rebeca, acerca de que era una especie de celebridad. Los había elegantes de risas ruidosas, otros de aspecto anodino y sin gracia, solos o en grupos. En algunas mesas estaban depositadas las cosas más inverosímiles: desde una jaula con unos pájaros o un terrario con una pequeña serpiente, hasta pequeños saquitos de tela oscura.

Un hombre que estaba sentado en una de las mesas me miró al pasar; la luz de la lamparita se reflejó en su rostro, en sus ojos de un azul líquido. Vi claramente cómo sus pupilas se movían hasta situarse al borde mismo de sus iris. Me dio escalofríos.

En el centro del imposible salón había un árbol colosal, cuya copa y ramas estaban inclinadas bajo el techo. El tronco, muy grueso y con largas y viejas estrías, se retorció sobre sí mismo. Las raíces desproporcionadas desbordaban ampliamente el alcorque, y tan pronto se sumergían bajo el suelo como volvían a aparecer, unos metros más allá. Alrededor del alcorque, de nuevo velas, velones de distintos tamaños y colores, algunos pábilos ardiendo con dos llamas.

De pronto, una de las paredes más alargadas comenzó a *llorar*: rezumó líquido desde el techo hasta el suelo. Muchos de los asistentes se acercaron a la pared sollozante para llenar sus copas vacías del líquido y regresar con él a sus sitios. Era, descubrí por los que pasaron junto a nosotras, un líquido oscuro, que bebían entusiasmados.

Había algo de música de fondo, flotando suave sobre nuestras cabezas, irreconocible para mí, pero atractiva, como un arrullo. No podía descubrir los altavoces por ningún sitio. De pronto otro sonido se impuso sobre la música, un silbido grave, que no llamaba la atención de nadie. El sonido se convirtió en el susurro del viento azotando las ramas del extraño árbol, como si se hubiera abierto una puerta gigante. Lo extraño fue que aquel vendaval sólo parecía afectar al árbol; ni las llamas de los velones ni la ropa se vieron afectados por el viento. Tan rápido como llegó se fue, y las hojas del árbol descansaron. Entonces pasó sobrevolando nuestras cabezas una bandada de búhos plateados y anaranjados que atravesó el salón de un extremo a otro, como si persiguieran la ráfaga de viento.

—Siéntate allí y espéranos —me dijo Rebeca—. Vamos a saludar a algunas personas que estarán encantadas de saber que traemos la piel del vampiro.

Se alejaron las tres en distintas direcciones y yo fui a ocupar la mesa que me había señalado Rebeca. Me pregunté, mientras me sentaba, dónde podría conseguir algo de beber, un vaso de agua por ejemplo, aunque tampoco estaba muy segura de querer probar nada de aquel sitio. Nada más formular aquel pensamiento en mi cabeza, apareció junto a la mesa una de las altas chicas negras que había visto deambular con bandejas

entre las mesas. Llevaba el pelo muy corto. Era extraordinariamente guapa y llevaba el pecho al aire. Ver su desnudez me hizo sentir incómoda y aparté la mirada. Ella se agachó con naturalidad y depositó en la mesa, delante de mí, un vaso largo con lo que parecía agua. Cuando levanté la mirada, ya se había alejado. La sed se apoderó de mi garganta al instante, así que sin dudarlo levanté el vaso y bebí un trago. Era agua, pero con un sabor extraño de fondo, como a tubería vieja. Aparté el vaso y me acomodé en el sofá, para prestar atención a la gente que me rodeaba.

Lo primero que noté fue como si hubieran subido el volumen de la música, no mucho, lo suficiente para ser más audible. Seguía siendo un ronroneo, pero tal vez una octava más aguda. Pensé en terciopelo marrón chocolate. Las luces se volvieron más tornasoladas, sus reflejos comenzaron a lanzar ligeras ondas de colores, suaves, apenas perceptibles, pero muy agradables de ver. Casi parecían moverse con la música. Me fijé en el árbol, y esta vez confirmé que bailaba al son de la música. Sus ramas, e incluso la torsión del tronco, se mecían con suavidad, siguiendo el ritmo. Pensé en armonías flotando entre el Universo y cada una de las criaturas creadas a su imagen y semejanza. La mujer de la mesa de al lado convirtió su mano en una llamarada azulada, pero no sentí sorpresa ni miedo alguno, si estas cosas ocurrían sólo podía ser en la casa de Mamá Blanca. Por algún motivo, me sentí eufórica, como si estuviera a las puertas de un lugar mágico lleno de encantos secretos por descubrir. Me sentí dichosa de estar en aquel lugar tan maravilloso.

Entonces vi a Kostya. Estaba sentado a dos mesas de distancia, solo, bebiendo un líquido dorado de una copa esbelta. Él no me había descubierto pero yo tuve que concentrarme en lo que veía porque me costó mucho reconocerlo. Era él, sí, pero estaba muy cambiado desde la última vez que lo vi, en la cocina de Solomon. Se había cortado el pelo. Iba vestido con una cazadora negra de motero y unos vaqueros. Miró en mi dirección y me descubrió. Enarcó las cejas y vi brillar sus ojos. Mi corazón se aceleró.

Se levantó con suavidad felina de su asiento, con la copa en la mano y vino hacia mí. Me puse nerviosa, no quería estar con él a solas, así que me levanté, casi derribando mi sofá, y me alejé de él lo más rápidamente que pude, sorteando mesas y gente. Miré una vez por encima de mi hombro; se había detenido junto a la mesa en la que había estado sentada, y me miraba, pero no hizo ningún ademán de seguirme.

En mi torpe huida, no me había dado cuenta de que caminaba en dirección contraria a la salida. Me detuve en la pared del fondo del salón. Ya no veía a Kostya. Me encontraba junto a un altar y descubrí la decoración extraña que había quedado oculta tras él: apoyada en un espejo del tamaño de medio cuerpo humano, había una escalera de mano. Tanto el espejo como la escalera eran de uso corriente. Pensé que la escalera podría caer hacia un lado o, incluso, arrastrar al espejo en su caída, así que la cogí con intención de tumbarla en el suelo. Me llevé una gran sorpresa cuando descubrí que el reflejo de la escalera no era tal: en realidad el espejo era un ventanuco y la escalera era doble. La otra mitad de la escalera estaba apoyada en la habitación que había tras el ventanuco. Un

truco ingenioso que quedaba al descubierto cuando alguien pasaba por delante del pretendido espejo y, en lugar de su reflejo, veía el interior de la habitación.

Ahora que me encontraba junto a la ventana, percibí que del interior salía un canto melodioso e increíblemente bello. La voz me abrazó y me hipnotizó y sentí la urgencia de saber de dónde procedía. Retiré la escalera del ventanuco y pasé primero una pierna y luego la otra.

Me encontré en una habitación muy pequeña, con las paredes pintadas del mismo color oscuro del salón, pero desnuda. A excepción de una pequeña puerta, no había nada más en aquel sitio. Probé el picaporte. La puerta estaba abierta. Claro.

Al otro lado, unos escalones de piedra descendían hacia las entrañas de la casa. De allí provenía la voz mágica. Había un ligero resplandor al fondo, pero no me arriesgué a bajar en penumbra. Regresé al ventanuco y asomé medio cuerpo para coger uno de los velones encendidos del altar. Aproveché para espiar si Kostya me había seguido, o alguna de las brujas, pero no había nadie conocido en aquel extremo del salón.

Con la vela en la mano, comencé a bajar. El túnel era angosto y sus paredes estaban cubiertas por telarañas. La luz de la vela apenas alcanzaba para iluminar un radio de un metro a mi alrededor, así que me movía con una lentitud pasmosa. Por fin toqué suelo firme en lo que me pareció un almacén, viejo y en desuso. Era una habitación de techos altos, llena de armarios, la mayoría sin puertas, completamente atiborrados de objetos: candelabros, libros de encuadernación ajada, vasijas de cerámica con viejos dibujos griegos, y mil cosas más. Parecía ser fruto de un coleccionista enfermo, que se hubiera dedicado durante años a almacenar sin control, para luego abandonar sus tesoros en el olvido. Una espesa capa de polvo lo cubría todo. Yo iba caminando por el pasillo central de aquel sitio extraño. Al final había otra puerta, que pude abrir con facilidad. Pero nada de lo que había visto hasta ahora pudo prepararme para lo que venía a continuación. De hecho, tardé un rato en percatarme de que la canción había dejado de sonar.

Entré en una cueva con pequeñas celdas a ambos lados, toscamente talladas en la piedra. Unos barrotes de hierro oxidado cercaban las celdas. El olor a humedad era insoportable. La cueva estaba iluminada por pequeñas bombillas desnudas que pendían del techo. Justo enfrente de la puerta por la que había entrado había un panel compuesto por dieciséis pantallas planas de televisión, de tamaño mediano, que ocupaba prácticamente toda la pared. Las televisiones estaban encendidas, pero no emitían imágenes, sólo señal de desconexión. El ruido estático llenaba toda la cueva. Oí movimiento en alguna de las celdas más cercanas a las pantallas. Pasó por mi cabeza la idea de que podía haber seres humanos allí encerrados. Tráfico de seres humanos. Por qué no, eso era más real que todo lo que había visto hasta entonces. Si era así, tenía que ayudar a quien fuera que estuviese allí encerrado. Pensé en las camareras de arriba, tal vez hubiesen sido traídas aquí contra su consentimiento. Aquel escenario de horror podía ser una trampa. Comencé a mirar en el interior de las celdas más cercanas, pero estaban vacías. La luz de las bombillas apenas iluminaba su interior; de hecho, el fondo de las celdas quedaba en la más absoluta oscuridad. Estaban vacías. Seguí caminando hacia las

televisiones, pero todas las celdas estaban vacías, no había señales de vida en su interior. En otra vi unos ojos de gato brillando al fondo, dos puntos blancos a ras del suelo; no me acerqué más por temor a que intentara saltar sobre mí. Seguí acercándome al fondo de la cueva. Entonces los vi, pero ellos a mí no.

Eran más de media docena en cada una de las celdas más próximas a las televisiones. Miraban absortos la señal de las pantallas. Sus cuerpos apenas tenían algo de humano ya. Sus pieles negras eran pellejos grises que colgaban de sus huesos frágiles. Estaban acurrucados, unos sobre otros, hipnotizados. Sus cabezas, desnudas, tenían numerosas señales de violencia. La mayoría de los que pude ver no tenían orejas; en su lugar, tenían pequeñas cicatrices. Pero lo peor fue sus rostros deformados y retorcidos. Tenían las bocas babeantes abiertas, sin labios, y pude ver unos dientes afilados y puntiagudos, llenos de carroña y suciedad. No tenían nariz. Y los ojos eran dos grandes globos amarillentos sin pupila, a punto de salirse de sus órbitas. Gruñían y respiraban igual que un animal. Sus manos tenían dedos como garfios. Por toda ropa llevaban unos pantalones raídos a la altura de las rodillas. Ninguno apartaba los ojos inhumanos de las pantallas. Únicamente se les oía los resoplidos intermitentes, como los de un perro cuando tiene calor.

Al principio me bloqueé, pero luego reaccioné, presa del pánico. Podía ser que esas celdas no estuvieran cerradas después de todo. Comencé a dar pequeños pasos hacia atrás, sin dejar de mirarlos. Ninguno alteró su postura. Me tapé la boca con las dos manos para que no pudieran escuchar mi respiración acelerada. Cuando pasé junto a la celda donde estaba el gato, vi que los dos puntos blancos seguían en el mismo lugar, acurrucados al fondo del calabozo. De pronto se movieron hacia los barrotes, hacia la luz. No pude contener un grito cuando lo que yo había tomado por un gato salió a la luz; era uno de ellos, un muerto viviente, que se arrastró hacia los barrotes; sus ojos blancos y muertos eran los que refulgían en la oscuridad y me estaban mirando fijamente, me había descubierto, Dios mío, aquello me estaba *mirando*. Aquella aberración con vida me había descubierto.

Eché a correr hacia la puerta y la abrí con tanta fuerza que casi me caigo hacia atrás. Entré, cerré y apoyé mi espalda contra la puerta. Caí en la cuenta de que se me había caído la vela. Cerré los ojos un segundo, para concentrarme en mi respiración. Cuando los abrí, me di cuenta de que había debido de confundir la puerta, aunque no había visto ninguna otra al entrar en la cueva. No estaba en el almacén abandonado. Me encontraba en un sótano diáfano, enorme, surcado por los pilares de la casa. El suelo era de cemento gris.

En el centro de la habitación había un tanque cuadrado de proporciones gigantescas, como toda la casa. Estaba lleno de agua turbia y opaca. Por encima del tanque, unos tubos de luz fluorescente industrial, formando un cuadrado. A un lado, una escalera ancha de aluminio, como una especie de grada. No había nada más en aquel sótano.

No vi ninguna otra salida que no implicara regresar sobre mis pasos y volver a entrar

en la cueva de las celdas. Estaba pensando en cómo salir de aquel lío cuando una sombra se movió velozmente dentro del tanque. Pensé: «¿Y ahora qué?».

Me acerqué con precaución. El tanque medía alrededor de cuatro metros del alto. El cristal parecía grueso, doble. Apoyé mi mano en él. Algo se agitó dentro y retiré la mano de manera mecánica. Fuera lo que fuera pasó fugaz. Navegaba en círculos, como los peces en los acuarios. Eso era aquel tanque, un gigantesco acuario.

Me acerqué a la grada y subí los peldaños. El tanque estaba descubierto y su borde superior me quedaba a la altura del pecho. La superficie del agua estaba en calma, pero estaba tan sucia que no podía ver nada a través de ella. Golpeé el cristal con los nudillos para llamar la atención del morador del acuario. Durante el minuto siguiente, nada ocurrió. Cuando iba a golpear de nuevo, el agua se puso en movimiento en la esquina más alejada. Las ondas se dirigieron hacia mí a una velocidad increíble y, antes de que pudiera bajar un peldaño y alejarme del borde, una figura blanca surgió del agua un segundo para volver a sumergirse acto después. Me dio tiempo a reconocer una inmensa cola de pez. Durante unos segundos me quedé paralizada, intentando fijar en mi cerebro los contornos de la figura para descubrir lo que era, pero no fue necesario. Volvió a salir a la superficie.

Dos manos palmípedas se apoyaron en el borde del tanque. Tenían una piel tan translúcida que podía ver lo que en un ser humano serían los huesos de una mano. Sólo tenía cuatro dedos, como si faltara el pulgar. Tras las manos apareció el resto del cuerpo de algo que remotamente parecía un ser humano. Su piel blanquecina, decolorada, con reflejos azules y perlados, transparentaba el sistema circulatorio: podía ver las venas azules y rojas que se dirigían o salían de unas branquias color rojo oscuro que tenía en lo que podría ser su cuello. Justo por debajo de las branquias comenzaban las escamas, también blanquecinas y afiladas.

La cabeza tenía un morro puntiagudo, sin pelo ni nariz. Tampoco tenía labios. Sus ojos eran dos bolas negras y brillantes, situadas a cada lado de su cabeza, de forma que si me miraba de frente no me vería. Por eso ladeaba un poco la cabeza para mirarme. De ambos lados de su cabeza surgía una hendidura que recorría su cuello, hasta donde podía ver. Las escamas en esa línea eran más pequeñas y parecían más duras.

Aquella cosa se quedó inmóvil, contemplándome. Sólo se movían, ligeramente, las branquias. Era bastante más grande que yo, pero no parecía peligrosa. Se limitaba a mirarme. Extendí la mano para tocar su cabeza, pero aquel ser mitad humano mitad pez se asustó y se echó hacia atrás ligeramente. Al mismo tiempo, algo parecido a unas cortinillas oblicuas, duras y oscuras, protegieron sus ojos, dejándola ciega por unos segundos. Detuve la mano y esperé a que hubiera abierto los ojos de nuevo. Luego seguí extendiendo la mano hasta que pude tocarle un lado de su cabeza. La criatura no se movió, como si tuviera curiosidad por mi contacto. Su piel era fría y algo viscosa. Pasé las yemas de los dedos por el cuello hacia abajo. Las escamas eran muy duras. Entonces movió ligeramente el cuerpo y sus escamas me cortaron las yemas como un cuchillo

afilado. Escondí la mano a mi espalda. Notaba un dolor agudo en los dedos, pero no quise comprobar la profundidad de las heridas delante de aquel ser, porque había seguido con sus ojos mi movimiento. Pensé en tiburones, porque si los acaricias a contrapelo, sus denticulos te cortan como un cuchillo.

Unos metros por detrás de su busto apareció una cola de pez, gigante. El mismo color de escamas, blancas, y una aleta, la caudal, supuse, de aspecto cartilaginoso. La criatura debía de medir más de tres metros. Como para corroborar mis cálculos, se apoyó sobre sus manos palmípedas, tomó impulso y asomó más de medio cuerpo por encima de la superficie del agua. Eso me permitió verla con más claridad. Por debajo de los brazos continuaba el torso, cubierto de escamas y con un par de aletas pélvicas. Tenía numerosas cicatrices viejas a lo largo de su cuerpo, algunas alargadas, otras con forma redondeada, como si estas últimas hubieran sido producidas por ventosas de más un palmo de diámetro. Cuando consideró que lo había contemplado en su plenitud, volvió a sumergirse con delicadeza en el agua hasta la posición inicial.

Entonces extendió la mano y me tocó la cara. Esta vez fui yo la que no se movió; al menos no hasta que abrió su boca y pude ver en su interior varias filas de dientes afilados y aserrados, mal colocados, como si en cuanto perdiera uno, saliera su reemplazo y se colocara de cualquier modo. Su boca me asustó y di un paso hacia atrás; la criatura replegó instantáneamente su mano también y se limitó a mirarme.

Cuando volvió a tocarme, de alguna forma su ojo, el que tenía en el lado de la cabeza que orientaba hacia mí, capturó toda mi atención. Me fijé en él, me vi reflejada en su superficie de cristal, diminuta. Y entonces, con su mano palmípeda y fría sobre la mía, en contacto nuestras pieles, me habló, de la misma manera que los incorpóreos podían comunicarse conmigo abriendo las puertas de su mente.

Me contó que Deméter, mi madre, enfurecida cuando desaparecí, castigó duramente a todas las

doncellas que estuvimos en la orilla del mar lavándonos, por no haberte prestado ayuda. Por no haber escuchado tus gritos cuando el emperador del Reino de los Muertos te arrebató, niña. A todas nos condenó a no seguir viviendo sobre la faz de la tierra y nos convirtió en monstruos; a algunas de nosotras, mitad pájaro mitad mujer, y a otras, mitad mujer mitad pez. Y desde entonces me he arrastrado por los océanos y los mares, penando mi castigo y cantando a los dioses para que me perdonen. Pero de eso hace ya mucho tiempo, inmemorial, desde el lejano día en que caminé por última vez. Ahora ya no suplico por mi libertad, pues comprendo lo que soy y seré hasta siempre, y no pretendo ni añoro aquellos días que se han borrado ya de mi memoria. Durante muchos siglos navegué junto a mis hermanas, pero los destinos fueron separando nuestros caminos. Al final he quedado yo sola. Soy la última de mi especie, la última de las doncellas malditas por Deméter. Y por fin te encuentro, niña. Me hubiera gustado ayudarte pero aquellas de nosotras que te oyeron llorar no se

atreveron a enfrentarse a Hades y le dejaron hacer. Nosotras éramos simples mortales mientras que tú eres hija de dioses. Pensamos que sabrías sobrevivir sola o que tal vez los dioses acudirían en tu ayuda.

Ahora las aguas ya no son seguras para mi especie maldita. Entré en el mar en medio de las tierras y ya no pude salir. Luego fui capturada y traída aquí, donde muero cada día que pasa. Pero mi mayor pena es saber que no podré regresar nunca a mi mundo, que me han arrebatado. Los ingenios que utilizan tus congéneres me descubrirían enseguida y me condenarían a un final peor. Aquí al menos esa bruja blanca y negra me alimenta y me deja morir en paz, a cambio de mi canto.

Añoro los profundos rayos de luz que atravesaban la espesura del mar donde yo vivía y quebraban la oscuridad como si tendieran un puente entre la vida de arriba y la vida de abajo. Donde yo me ocultaba, niña, era tan profundo el océano que ninguno de vosotros se atrevía a penetrarlo. Por su superficie navegaba con mis hermanas las ballenas y cuando me sumergía en las entrañas de los mares luchaba contra los calamaras gigantes por alimento, por la carroña muerta que llegaba a aquellas profundidades. Pero un aciago día en que había decidido ascender en busca de alimento vivo, fui capturada y acabé aquí.

Tú y yo somos iguales. Las dos somos especies a punto de extinguirnos. Ninguna de nosotras tenemos anclajes, éste no es mi mundo pero tampoco el tuyo. Y lo que hay tras los cristales tampoco es tu mundo ni el mío.

Nada me queda a mí más que cumplir la última voluntad de tu madre, Deméter, y perecer tras una vida penosa. Pero ella te obtuvo de vuelta. ¿Y a mí, qué me ha quedado? ¿Intercederás ante ella por mí? ¿Rogarás que me devuelva sobre la tierra, que me permita recuperar la facultad de caminar? Al final de mis largos días, niña, tengo un recuerdo clavado como una astilla bajo mis escamas, una sensación, el tacto de la verde hierba húmeda con rocío. Pero he tenido que hacer un esfuerzo extenuante para no olvidar esas palabras y lo que significaban. El significado.

No me olvides, niña. A cambio, te ofrezco conocimiento. Saber dónde está la luz que buscas en el mundo rojo. He escuchado la historia de boca de la propia bruja blanca. Sé a quién quieres y dónde está, pero yerras en tu búsqueda. Te lo contaré otro día. Ven a verme, tal vez así apiade el corazón de Deméter y me libere. Ahora estoy fatigada. Cuéntame tus recuerdos y yo te contaré lo que necesitas saber para entender tu vida. Te esperaré. No me olvides.

Soltó mi mano y se sumergió en el agua sucia del tanque que era su prisión y su salvación, ahora lo comprendía. Yo me limpié las lágrimas con la manga del jersey y me detuve unos instantes, antes de bajar de la grada.

Pobre sirena. Me había transmitido, junto a sus palabras, las imágenes captadas por sus ojos a lo largo de las decenas de siglos que había vivido, surcando mares y océanos, navegando junto a galeones hundidos y submarinos, cantando para los marineros

perdidos. Y todo, para acabar encerrada en un sucio tanque de agua, encerrada en un sótano. Era tan insoportable su dolor y la injusticia, que lloré por ella.

Cuando me dirigía a la salida, todavía bajo el hechizo de lo que había podido ver a través de sus ojos, la sirena me ofreció un último regalo: cantó para mí. Aquella melodía imposible de reproducir por voz humana, por las altísimas octavas que utilizaba, sin partitura, sin orden aparente, era el sonido que había escuchado arriba; una creación tan bella y delicada, tan triste e intensa, que me hizo caer de rodillas y sentarme en el suelo de cemento. La sirena cesó su canto y el silencio que siguió fue el más estéril y vacío que jamás había sentido.

Ajena a lo que había tras la puerta, ahora que había sido testigo de una vida única, abrí sin miedo alguno y salí a la cueva de las celdas. Las pantallas estaban apagadas y de las celdas situadas en su proximidad me llegaban jadeos y gruñidos. Aquello me devolvió a la realidad. A la derecha de la puerta por la que acababa de salir se encontraba la otra, por la que entré a la cueva la primera vez. Salí y cerré tras de mí, o eso creo, y me encontré en el viejo almacén. Fui a las escaleras y las subí a toda velocidad. El tramo superior era visible gracias a la luz del piso superior.

Enseguida llegué a la pequeña habitación desnuda, atravesé el ventanuco y entré en el salón donde todo seguía exactamente igual que antes. Busqué a las brujas y a Kostya, pero no estaban a la vista. Regresé a mi mesa, todavía vacía y con el vaso de agua. No tenía ninguna intención de sentarme allí, después de ver lo que había en aquellas celdas infectas. Pensé en vudú y en los muertos vivientes que se relacionaba con esa religión. No, no me quedaría allí por nada del mundo.

Me dirigí a la salida. Cuando estaba pasando junto al árbol, de pronto se produjo un resplandor blanquecino que inundó el salón durante uno o dos segundos y, acto seguido, las luces se apagaron y el salón quedó en tinieblas. Pensé que sería otro truco habitual de aquel sitio diabólico, pero algunos gritos me sacaron de mi error. Me quedé quieta porque no podía ver hacia dónde avanzar. Los únicos puntos de luz, diseminados por todo el salón, eran las velas de los altares, pero eran claramente insuficientes. Por encima de las voces que comenzaron a sonar alrededor, pude escuchar una, la más nítida, la de Mamá Blanca, pidiendo calma y asegurando que se solucionaría el problema enseguida. Cómo era posible, pensé, que en un lugar tan irreal como aquel, con muertos vivientes encerrados tras barrotes y sirenas en acuarios gigantes, se fuera la luz como en cualquier edificio normal del mundo. Pero pronto ocurriría algo que congelaría la sangre en mis venas.

Primero escuché un grito, un chillido agudo de mujer, a mis espaldas. Al tiempo que me giraba, comenzaron a escucharse otros, todos provenientes del fondo del salón. Abrí más los ojos, como si eso me permitiera distinguir algo en la penumbra. Mi corazón comenzó a bombear adrenalina en el instante preciso en que descubrí dos pequeños puntos blancos brillando al fondo, a la altura de una cabeza humana. No era un gato, yo acababa de ver esos ojos un momento antes, brillando en la oscuridad de su celda...

Enseguida fueron más puntos blancos, más gritos y un nuevo sonido, unos jadeos y gruñidos guturales, que comenzaron a moverse en varias direcciones, causando el pánico entre los que estábamos allí metidos. Me empujaron varias veces, cada una más fuerte que la anterior, porque la gente empezó a moverse atropelladamente hacia la salida, a tientas, derribando mesas y sillones y a otros que también intentaban huir. No podía calcular si los puntos brillantes estaban lejos o cerca y empecé a correr como los demás, con los brazos extendidos por delante, topándome con otras personas. El ruido era caótico pero, por encima de todo, los gruñidos se habían convertido en feroces rugidos. Una mujer gritó, pero su voz se quebró tajantemente y suspuse, aterrorizada, que había sido alcanzada por los habitantes del sótano. Alguien me tiró al suelo y, de rodillas aún, tropezaron varios conmigo. Se desató un fuerte dolor en mi espalda y en las costillas. Intenté levantarme, pero en dos ocasiones más volvieron a derribarme. Palpé un sillón tumbado a mi lado y me agazapé junto a él. Escuchaba traspies y pasos acelerados y torpes a mi alrededor. Alguien se cayó junto a mí, escuché su grito sofocado y luego lo oí sollozar. Era un hombre. Extendí la mano para tocarle y decirle que podía refugiarse conmigo, junto al sofá, pero en cuanto lo rocé, soltó un chillido punzante y apartó mi mano de un manotazo.

Me dolía bastante el costado y la cabeza me daba vueltas. Estaba metida en un buen lío, del que no sabía cómo iba a salir, como no fuera provocando otra migración instantánea, como la que sufrí con Constanza, cuando noté que alguien tiraba de mí hacia arriba. Iba a gritar aterrorizada, cuando noté que, quien fuera, me cogía en brazos y me decía:

—Soy Kostya. Voy a sacarte de aquí.

Su voz me pareció la más maravillosa que podía haber escuchado en ese momento. Me dejé llevar, sin oponer resistencia. De hecho, pasé mis brazos por su cuello. No tengo ni idea de cómo lograba orientarse en la oscuridad, pero salimos sin que tropezase con nada ni con nadie, rápidamente. Enseguida vi a contraluz la pequeña puerta por la que accedimos al salón.

Kostya traspasó la puerta con cuidado para que no me golpeará la cabeza o las piernas, rodeó la escalera suspendida en el vacío y atravesó el recibidor abandonado. Seguía iluminado por la misma lámpara de cristales rojos. La gente salía en estampida, corriendo a nuestro alrededor. Le pedí a Kostya que me bajara, ahora que podía valerme por mí misma, y me depositó en el suelo con cuidado. Luego ocurrió todo muy deprisa: cuando habíamos llegado al porche exterior, alguien se abalanzó sobre mí y me sopló unos polvos a la cara. Si no hubiera sido por Kostya, que, a una velocidad ultrahumana, me apartó y se interpuso entre los polvos y mi cara, me habrían entrado por la nariz, la boca y los ojos. Pero eso no ocurrió. Cuando abrí los ojos, vi a un hombre negro, con pantalones y camiseta raídos, alejarse entre los árboles. Supuse que fue el mismo que había recogido mi cazadora.

—Vámonos —dijo Kostya, elevando la voz por encima del estrépito reinante—. Alguien

aquí te quiere mal.

Me llevó hasta una moto oculta entre unos setos salvajes, a la derecha de la entrada principal. Una Suzuki azul y blanca de gran cilindrada. La había asegurado con una cadena al tronco más próximo. Sujeto por la cadena había un casco, que me ofreció enseguida.

—Vámonos rápido. No quiero que reaparezca el de antes con sus amigos. Te dejaré en la ciudad a salvo. Ponte el casco y mi cazadora. Va a hacer mucho frío sobre la moto —dijo, al tiempo que se quitaba la cazadora negra y me la ofrecía.

—¿Y tú?

Me miró con una sonrisa enigmática en la cara.

—Eso... ¿puedo considerarlo preocupación hacia mí?

Maldición, me quedé sin respuesta ingeniosa, así que me puse la cazadora, me subí la cremallera hasta el mentón, me coloqué el casco en silencio y esperé a que hubiera montado en la moto y encendido el motor para subir a la grupa.

—Agárrate fuerte. Puedes abrazarme si te hace sentir más segura.

—No te pases —dije, pero no creo que me oyera a través del casco.

Nos pusimos en marcha, rodeando y esquivando a todos los que huían a pie, y en breves minutos circulábamos por la carretera, en dirección al centro. Conducía con precaución. A través del suave jersey negro que llevaba, podía notar cada músculo de su espalda, pero apenas me estaba fijando en eso. El frío había acaparado toda mi atención. Notaba cómo mis articulaciones iban congelándose por momentos, especialmente las rodillas y las manos, que llevaba desnudas y pronto comenzaron a dolerme.

Llegamos al portal antes de lo que pensaba, aunque paradójicamente el trayecto se me hizo larguísimo por el frío. Bajé como pude de la moto, teniendo en cuenta que apenas podía doblar las rodillas y le devolví el casco. Hice un ademán de quitarme la cazadora, pero Kostya enseguida me apartó las manos de la cremallera:

—No la necesito, ya la recogeré —dejó mis manos entre las suyas y comenzó a frotarlas—. Estás helada. Tal vez hubiera debido buscar un medio de transporte alternativo.

Intenté negar con la cabeza, darle las gracias y decirle que había sido muy gentil conmigo, que no era justa la fama que tenía, al parecer. Pero no pude articular palabra. El frío me estaba consumiendo, así que asentí torpemente y, como única forma de expresarle mi agradecimiento, le di un fugaz beso en la mejilla. Eso le pilló por sorpresa y no dijo nada mientras me veía entrar en el portal que, como en otras ocasiones, estaba abierto.

Cuando me metí en mi cama, comencé por fin a sacudir el frío de mi cuerpo con una tiritona brutal. Entonces comencé a atar cabos. No recordaba haber visto el coche de las brujas aparcado fuera cuando salimos a la carrera, así que deduje que se habían ido antes de que comenzara el ataque. Eso, unido al apagón de luces que probablemente liberó de su prisión a los monstruos del sótano, apuntaba en una sola dirección: la traición. Las

brujas me habían tendido una trampa y comencé a sentir un cansancio descomunal que me hizo dormir...

...y soñar...

Me encontraba en un desierto blanco, quemado por el sol, cuya luz reverberaba en el suelo y levantaba remolinos de aire caliente que se convertían en espejismos. No había nada alrededor, salvo aquella luz cegadora. De pronto miré mis manos y las vi. Eran reales, lo supe al instante, no como si estuviera en un sueño, sino como si estuviera viviendo una especie de alucinación. Me pregunté si, en lugar de dormir, había migrado a un sitio desconocido, a un mundo del que no tenía conocimiento. Tal vez estuviese en algún recóndito lugar del reino de La Araña.

De pronto, percibí un punto oscuro en el horizonte y me puse en marcha para ir a su encuentro. Recuerdo que el sol me quemaba la piel de los brazos, de las piernas, los tobillos, la cara. A medida que me acercaba, el corazón comenzó a latirme con más fuerza. Recorrí la distancia en días, horas, o segundos, no sabía. Como en Pandemónium, el tiempo no importaba. El punto negro había ido cobrando la forma de un caramelo: una masa redondeada, extraña, sobre un palo fino. Luego comprobé que no parecía sólido, más bien como si estuviese hecho de algodón. A mi derecha había aparecido Rubén, aquel amigo de mi hermano Mateo. Rubén estaba devorando un enorme algodón de azúcar, con bocados hambrientos y ansiosos. Cuando terminó, la cara manchada de algodón, señaló hacia la figura del horizonte. Entonces lo comprendí, mientras el pánico se apoderaba de mí.

No era una piruleta de algodón; era un árbol cubierto por completo por una telaraña colosal, tan monstruosa que había colonizado al árbol, desde las raíces hasta la última de sus hojas. Me quedé paralizada, temblando. Bajo el árbol había aparecido una figura humana. Tapándome la boca con ambas manos, ahogando un grito, reanudé mi camino. Una idea me atravesó como un rayo: podría tratarse de Gabriel. Tenía que salvarle, ponerlo a salvo del árbol, antes de que las arañas, o La Araña, descendieran y lo atraparan. Eché a correr hacia la figura, llamándola a gritos. Pero la figura no se movía.

Con cada paso, la certeza de que era una trampa fue cobrando cuerpo. Pero ni eso me hizo detenerme; tenía que averiguar si era Gabriel. Comprendí demasiado tarde que no se trataba de él, sino de Rebeca, que me había atraído hacia la trampa. En el último instante, Rebeca se transformó en Mateo, en mi hermano Mateo, pero no pude llegar a gritar horrorizada porque de las ramas comenzaron a caer centenares, miles de arañas diminutas...

Regresé a la realidad, sentada en la cama de mi habitación. Jadeando, llorando, y con los brazos quemados por el sol.

Como era de esperar, a la mañana siguiente tenía un cardenal violáceo y feo en medio de mis costillas. Dolía como un demonio, pero no era lo único que me había puesto de mal humor. Las rodillas y la espalda acusaban el frío de la noche anterior en la moto de Kostya. La piel enrojecida de mis brazos me escocía. Mi cazadora seguía en casa de Mamá Blanca y las brujas habían desaparecido, pero, además, habían quedado al descubierto: la visita a la casa de la haitiana albina había sido una trampa. Rebeca me la había jugado. Y estaba segura de que la presencia de Kostya no había sido casual, tampoco, aunque le estaba agradecida por haberme sacado de aquella casa.

Y, además, seguía sin noticias de Gabriel.

Valoré las distintas opciones que tenía. La más sensata era alejarme de las brujas, ahora que estaban al descubierto. Y seguramente eso es lo que Rebeca esperaba que hiciera. Pero no soy una cobarde y no me asustaban. Había visto cosas peores y estado en sitios más escalofriantes, la noche anterior, en aquella especie de ensoñación, sin ir más lejos. Me enfrentaría a ella.

Fue Cala quien abrió la puerta del piso de la calle Cervantes. Cuando me vio, retrocedió un par de pasos. Eso me permitió echar un vistazo rápido al interior del piso y comprobar que no había nadie más a la vista.

—¿Estás sola?

Cala asintió nerviosa. Estaba en guardia, al igual que yo.

—¡Qué sorpresa verte!

—¿Por qué? ¿Creías que seguía en la casa de Mamá Blanca? ¿Atrapada por sus monstruos?

Entré en el piso y cerré de un portazo. Cala ni siquiera intentó detenerme. Fue hasta el sofá y se sentó, sin dejar de mirarme. Parecía asustada, pero pensé que tal vez no lo estaba de mí, sino de la reacción de Rebeca si me descubría allí.

—¿Qué intentasteis hacer conmigo anoche? —bramé furiosa—. Fue una trampa, ¿verdad, Cala?

—No tengo ni idea de qué me estás hablando —intentó defenderse. Parpadeaba muy deprisa y buscó algo con la mirada. Furiosa, me acerqué a ella y al verme gritó un chillido agudo y el sofá, con ella sentada, se desplazó hacia el balcón un par de metros. Las patas del sofá rechinaron en el suelo durante su desplazamiento. Me quedé un momento sorprendida, pero no había ido al piso a dejar que me intimidara.

—No te va a servir nada de eso, te lo aseguro —dije.

De pronto, Cala sufrió un cambio que me dejó desconcertada: se echó a llorar, ocultando la cara entre las manos. No me lo creí. Pero estaba llorando de verdad.

Cuando se levantó, sus hombros temblaban y tenía la cara hinchada y enrojecida. Levantó las manos hacia mí.

–Por favor, no te enfades conmigo –suplicó entre llantos–. No sabía que iba a hacerlo, no lo sabía. No tengo nada contra ti. Tienes que creerme.

Continué firme.

–No puedo creerte.

–Lo sé, lo sé –contestó inmediatamente–. No te he ayudado en nada. Pero no puedo oponerme a los planes de Rebeca, ¿entiendes? ¿Sabes lo que me haría si me viera ahora mismo?

Recordé las veces que Rebeca había reprendido a Cala delante de mí y cómo ésta aceptaba las riñas sin rechistar. Tal vez no estaba fingiendo.

–Voy a enseñarte algo –dijo y se dirigió hacia su bolso. Sacó algo y me puse en guardia, pero para mis sorpresa, se trataba de una fotografía. Una mujer de mediana edad, de pelo corto y expresión cansada. Tenía un remoto parecido con Cala.

–Es mi madre. Se llama Luisa. Vive en Aluche. No tengo más hermanas. Soy lo único que tiene.

–No has contestado a mis preguntas.

–¿No querías respuestas? –se revolvió incómoda–. ¡Te las estoy dando!

–Vale, vale. Me decías que estáis solas las dos. ¿Y tu padre?

Hizo un gesto muy brusco con la mano, como si alejara de ella una imagen. Luego se acarició la cicatriz de su labio superior.

–Nos vinimos de Galicia huyendo de él hace muchos años. Era un animal. Lo último que supimos era que había muerto y que mi madre iba a cobrar una pensión de viudedad. Entonces pudo dejar de limpiar casas. Tenía la espalda machacada, ¿sabes? Lo que pasa es que la pensión es muy poco dinero y yo intento ayudarle cuando puedo. Como por ejemplo cuando recogemos una buena bolsa de piel de vampiro. Se saca mucho dinero con eso y no sé qué hace Rebeca con todo ese dinero. Le he pedido muchas veces que me deje ayudar a mi madre, pero ella no quiere.

–La escuché una vez.

Se levantó nerviosa. Fue a la nevera y abrió un refresco que bebió directamente de la lata.

–Se supone que soy una bruja –al hablar, gesticuló fuertemente con las manos y se derramó un poco de líquido–, ¡bruja! Somos una comuna, un grupo endoge...

–¿Endógeno?

–Sí, sea lo que sea. Es lo que repite Rebeca todo el día. No puedo ver a mi madre, no puedo ir a su casa, no puedo hacer nada de las cosas normales que hacen todos los demás, porque nosotras no somos normales. Me lo repite hasta el aburrimiento. Pero, Pers, en realidad, yo no sé si esto... es lo que quiero. He aprendido muchas cosas con ellas, he visto algunas que te pondrían los pelos de punta, pero no sé si quiero convertirme en ellas. Y no quiero olvidarme de mi madre, Rebeca no lo entiende, para

ella es diferente. Ella no tuvo problemas para deshacerse de sus padres, pero eso es algo que no pienso hacer jamás, aun a costa de sacrificar todo esto –y abarcó con un brazo la habitación.

–¿Sacrificar a sus padres?

En ese punto Cala se detuvo y aguzó el oído en dirección a la puerta. Pensé que la puerta se abriría y entraría Rebeca o Elisa, pero cuando Cala se relajó, yo también me tranquilicé. Falsa alarma. Mientras hablaba, se apretaba el antebrazo, como si eso le diera seguridad o, al revés, como si tuviera que contenerse.

–¿No te ha hablado Rebeca de su familia?

Busqué en mi memoria.

–Sí, me dijo que su hermana y sus padres habían muerto hace tiempo...

–Nunca ha tenido hermanas.

La miré incrédula:

–¿De qué le sirve inventarse una mentira así?

–Para ganar tu simpatía. Que yo sepa, Rebeca no tuvo hermanos. Sus padres fueron quienes murieron en el incendio...

–¡Qué horror!

–...que provocó ella misma.

Noté como un golpe de aire frío en la cara.

–¿Qué dices?

Cala se levantó. Esta vez no me gustó su mirada.

–Si no me crees, tienes que ver con tus propios ojos con quién te la estás jugando. Ven, voy a enseñarte algo.

Entró sin miramientos en la habitación de Elisa. La seguí. Se dirigió a su cómoda, abrió el cajón superior y sacó una llave. Tardé unos segundos en reconocerla: era la llave del trastero. ¡Mi estudio!

Salimos de la casa, escaleras arriba, hasta el último piso. Cuando se detuvo frente a la puerta de mi estudio, me pidió silencio con un gesto, y luego abrió despacio. Dentro estaba oscuro, aunque fueran las once de la mañana. Entramos y luego cerró la puerta.

Al principio no podía distinguir más que bultos irreconocibles. Poco a poco, mi vista se fue amoldando a la escasísima luz. Me di cuenta de que el ventanuco estaba tapado con una tela. Apilados contra una pared estaban mis antiguos muebles, colocados de cualquier forma. El ordenador, la mesa, parecía que todo estuviera allí. El centro del trastero estaba despejado. Seguí adquiriendo algo más de capacidad visual. Unas manchas blancas en el suelo llamaron mi atención. No eran manchas, sino líneas, dibujos, trazados con pintura blanca. Había un círculo gigantesco y, dentro, una estrella de cinco puntas. Alrededor y dentro de ella, numerosos símbolos que no conocía. Fuera del círculo había mantas o sacos de dormir, almohadas, tiradas con descuido. Parecía que alguien vivía allí. Justo debajo del ventanuco había una pila de vasos, platos, fuentes y un hornillo. Lo comprendí de golpe.

–¡Estás viviendo aquí! –le dije a Cala, mientras la agarraba del brazo. Ella se deshizo de mi mano con brusquedad y me chistó agriamente

–No vivo yo sola –susurró y señaló hacia arriba.

Seguí la dirección de su dedo. No la había visto al entrar porque nadie entra en una habitación mirando a las esquinas del techo. Pero allí arriba estaba Berenice. Agazapada en una de las esquinas, como una araña, como una garrapata, agarrada a las paredes con las manos y los pies descalzos. Tenía la espalda pegada al techo y nos miraba. El pelo le caía a ambos lados de la cara. Nos había visto entrar, pero no había hecho ningún ruido. Y cuando la descubrí, sonrió. Su rostro no era su cara, estaba desfigurada, transformada en la máscara de un monstruo. La boca estaba desproporcionada y sus dientes brillaban en la oscuridad como pequeños cuchillos. Y sus ojos...

Así que eso eran las brujas. Monstruos de la naturaleza bajo un disfraz de chicas aparentemente normales.

–Sí –susurró Cala–. Te llevamos a casa de Mamá Blanca adrede. Fue idea de Rebeca.

Abandoné el trastero a toda prisa. Cerré la puerta de un portazo y bajé a la carrera al piso. Tenía que avisar a Elisa, sacarla de allí, ponerla a salvo de las brujas. Cala había dejado la puerta del piso entornada, sin cerrar. Cuando entré, estaba sonando mi móvil. La llamé a gritos mientras lo sacaba del bolso, pero no me contestó nadie. No había regresado aún. Miré el número: era Elisa.

–¡Eli! ¿Dónde estás? Tenemos que hablar. Voy a buscarte donde estés.

Unos segundos de silencio, luego una voz masculina:

–¿Eres Perséfone?

–Sí... ¿quién eres?

–Soy Alberto, el novio de Elisa.

Claro, qué tonta.

–¿Estás con Elisa? Necesito hablar con ella. Es urgente.

De nuevo esos malditos segundos de ruido en la línea.

–Estoy con ella, pero no puedo pasártela. Ha ocurrido algo.

Elisa había sufrido un accidente mientras conducía. Ni siquiera sabía que tenía coche, pero Alberto me explicó que conducía el suyo, para ir a clase. Últimamente estaba tan cansada que Alberto se lo había ofrecido para evitar el largo trayecto en metro. Y en Ciudad Universitaria había chocado contra un autobús que estaba detenido en una parada, recogiendo viajeros. Ella simplemente no había frenado. Había empotrado el coche en la parte trasera del autobús. Al menos, ningún pasajero del autobús ni el conductor salieron heridos.

Cuando llegó la ambulancia, me explicó Alberto, Eli seguía inconsciente. Nada más ingresar en el hospital, perdió las constantes vitales, aunque gracias a Dios la recuperaron. Ahora estaba ingresada en la UCI, a la espera de que se estabilizase y la llevasen a una habitación.

Alberto me proporcionó esta información en la puerta del Hospital Clínico, en una de las rampas de acceso a la puerta principal. Desde que hablé con él por teléfono, había comenzado a tiritar y ahora, en la calle, temblaba como un flan. La temperatura se había desplomado varios grados y el cielo estaba gris descolorido. Alberto fumaba nervioso. Durante la cena del otro día no había encendido ni un solo cigarrillo.

—Lo había dejado cuando comencé a salir con Elisa porque pensé que le disgustaría olerme a tabaco. Pero esto...

Dio otra calada al cigarrillo y bajó la cabeza al echar el humo. Se movía como un animal enjaulado. Yo, sin embargo, estaba haciendo un esfuerzo extraordinario para concentrarme en las últimas palabras que había pronunciado: se había salvado y estaba recuperándose.

Delante nuestro, al final del parking, cruzando la calle, estaba la cafetería en la que había estado sentada con mi padre meses atrás, mientras Mateo se moría. Aquellos recuerdos me abrieron como un cuchillo y no pude reprimirme más. Me eché a llorar. Alberto me abrazó torpemente. Creo que él también lloraba. La gente volvía la cara al vernos, con una especie de pudor incómodo mezclado con curiosidad morbosa. No sé cuánto tiempo pasó hasta que Alberto consultó su reloj y me dijo que entráramos.

En la sala de espera de urgencias nos llamaron y fuimos a una sala al fondo, donde una mujer joven, vestida con bata blanca, nos explicó que Elisa iba evolucionando favorablemente. Que la dejarían esa noche en vigilancia y, si todo iba bien, a la mañana siguiente la trasladarían a planta. Le dijo a Alberto que estaban estudiando el origen de su pérdida de consciencia, pero que habían encontrado algo que les había llamado la atención: Elisa estaba extraordinariamente anémica. Como si hubiera tenido pérdidas continuadas de sangre. Le preguntó a Alberto si sabía algo de esto, pero él negó con la

cabeza. Explicó que en las últimas semanas estaba siempre muy cansada, al borde de la extenuación, pero que la propia Elisa lo había achacado continuamente a su ritmo de vida. La doctora se interesó por ese dato, pero no añadió nada más. Dijo que a las nueve de la mañana podrían darnos un nuevo parte y nos pidió que no nos quedáramos a dormir, que fuéramos a casa. Luego le preguntó si alguien había hablado con los padres de Elisa y Alberto dijo que él se encargaría.

Cuando salimos del hospital, me despedí de él con un beso en la mejilla. Quedamos en vernos a las ocho y media de la mañana siguiente. Durante el trayecto en taxi hacia el piso de El Retiro, sólo pude pensar en una cosa, algo que había dicho la doctora, un pequeño detalle que fue revolviendo mi estómago, una frase dicha al azar que me puso en guardia...

Elisa había tenido pérdidas continuadas de sangre.

Las calles y su contenido se deslizaban veloces por mi ventanilla sin que nada ni nadie pudiera atrapar mi atención, que permanecía sumergida en una gruta bajo la mayor necrópolis de la ciudad. Allí donde un ser legendario vivía alimentándose de sangre humana que le proporcionaban en botellas de plástico.

—Oye, hemos llegado —la voz del taxista me sobresaltó.

Le pagué y me bajé, pero no me encontré con fuerzas de subir al piso, donde la ausencia de Gabriel me aplastaría como a una hormiga. Me encontraba perdida, confusa, indefensa, como si me hubiera estado equivocando continuamente desde mucho tiempo atrás, pero no lograra encontrar el origen del problema. La cabeza me daba vueltas y sentía los músculos blandos. Me senté en el banco frente al portal y dejé caer las manos sobre mis piernas. Dentro, protegido por la oscuridad, estaba el mismo portero de siempre, el hombre silencioso que me abría la puerta sin rechistar ni preguntar. Supuse que me estaba observando, pero no me importó. Me quedé allí sentada, la mirada fija en la nada. Por mi mente desfilaban Elisa, Gabriel, Mateo, mi padre, María, Rebeca, Kostya... pero no podía formular un solo pensamiento inteligible y útil. Tenía frío pero ni eso lograba conmoverme.

Algo se movió delante de mis ojos, una mancha blanca en el interior del portal. Era Orlando, que me hacía señales para que entrara dentro. Más por inercia que por auténtico interés, le hice caso y entré.

—Me gustaría que me explicaras tus idas y venidas. No soy tu protector, pero Gabriel te dejó bajo mi tutela. Y no entra dentro de mi naturaleza espiar a nadie. Así que espero que seas lo suficientemente considerada como para contarme qué está ocurriendo.

Orlando cruzó sus manos de alabastro sobre la mesa de la cocina y esperó a que yo hablara. No se había quitado la capucha verde jade de su túnica al entrar en el piso y el contraste entre la blancura de su piel y cabello y la tela de su túnica lo convertían, como siempre, en una especie de muñeco de cera parlante. Irreal.

No había más sonidos en la casa. Huan y Noah estaban fuera, me había explicado

Orlando. Cuando, desde la ventana de su habitación, me había visto sentada en el banco, había pensado que algo no iba bien.

—¿Sabes algo de Gabriel, ha llamado?

En lugar de contestar, ladeó la cabeza, escrutándome con sus ojos negros escalofriantes.

—Si existe algún ser, vivo o muerto, que sepa dónde está Gabriel en cada momento, ésa eres tú, querida. Tu pregunta es, cuanto menos, inquietante. ¿Os habéis peleado?

—Más o menos.

—Entonces vayamos a buscarlo. Tal vez esté en Pandemónium y pueda poner algo de orden.

Me levanté incómoda.

—No lo necesito para poner orden, puedo hacerlo yo —mentí—. Y además, todavía no controlo las migraciones. No pienso ir a buscarlo. Si quiere algo, que venga él.

Orlando se recostó en la silla y se retiró la capucha de la túnica. La luz fluorescente de la cocina arrancaba brillos de plata de su cabello.

—Bueno, vayamos por partes. Respecto a vuestras riñas, carezco de experiencia para ayudarte. Me temo que nunca he estado lo suficientemente interesado en la vida humana como para aprender de vuestros altibajos emocionales. Osciláis con demasiada facilidad en vuestros estados de ánimo.

Se levantó, cogió un vaso de la alacena y lo llenó con agua. Luego, de un cajón sacó una vela blanca. Regresó a la mesa con ambas cosas. Colocó el vaso en el centro de la mesa y a su lado la vela.

—Respecto a lo otro, voy a ofrecerte un pequeño atajo que te servirá hasta que las migraciones sean más naturales en tu vida.

Aprisionó el pábilo de la vela entre el pulgar y el índice de su mano derecha y surgió una pequeña llama azulada. Lo miré sorprendida.

—¿Qué creías? —me dijo—. ¿Que sólo las brujas juegan a esto?

Las brujas. Recordé a Berenice, colgada de la pared, sin la careta de ser humano, con su monstruosidad revelada. Tal vez luego se lo contara todo, pero ahora necesitaba prestar atención a lo que estaba haciendo.

—El agua es vida —continuó hablando— y el fuego consume esa vida. Sobre esas premisas tan sencillas puedes equilibrar tu propia entrada al otro mundo. Atenta.

Con suavidad, volcó el contenido del vaso alrededor de la vela. El agua se extendió por la mesa y de pronto comenzó a ascender hacia el techo, gota a gota, como si fuera una especie de evaporación anómala. Cuando había alcanzado un par de palmos de altura, cada gota desaparecía. Luego colocó el vaso ahora vacío sobre la vela, cuya llama comenzó a acusar inmediatamente la restricción de oxígeno.

—El agua, la vida, ha de alejarse de ti —susurró— para adentrarte en el reino de la muerte. Y cuando la llama desaparezca, habrás abierto el túnel. Concéntrate en la llama.

Observé la vela. La llama comenzó a hacerse más pequeña y oscura, como si se

alejara por un túnel que había visto una vez, en los ojos de Gabriel, cuando me mostró una migración por vez primera. Era el mismo juego: la luz en el interior de la llama se fue haciendo más pequeña, más esquiva, alejándose de mí o haciendo que yo me alejara del vaso, de la realidad.

De una forma más relajada que en la cueva del vampiro, salté de esta realidad a la otra, con una suavidad increíble, algo tan sencillo como cerrar y abrir los ojos. De pronto, los había cerrado a la luz del día y las cosas tangibles, reales, que existían, para abrirlos al otro mundo, en el que nada podía existir o todo podía ser. Así de sencillo entré en Pandemónium. Extendí la mano derecha y toqué la arenisca de los muros ciclópeos de la ciudad de adobe de los muertos. La piedra era fría y algo viscosa, tal vez tuviera vida propia. A mi lado, un haz de luz, un incorpóreo, Orlando. Me contemplaba.

Y de la misma forma suave, cuando deseé regresar, simplemente cerré los ojos y pensé en el tacto real de la mesa de la cocina que había tenido delante momentos atrás. Extendí la mano a ciegas...

...y la toqué. Cuando abrí los ojos, Orlando seguía frente a mí. Vestido con su túnica verde. Miré rápidamente mi ropa, pero, afortunadamente, seguía allí. Era maravilloso. Me invadió la euforia, que sólo se empañó cuando pensé que tal vez había sido un truco de Orlando, una broma, un juego. Sobre la mesa no quedaba ni rastro del agua y, dentro del vaso, la vela se había deshecho. Quedaba un pequeño resto de cera derretida. ¿Cuánto tiempo habíamos estado fuera?

—¿Lo he conseguido?

Orlando me señaló la mano derecha, que tenía bajo la mesa, sobre mi pierna. Cuando la alcé vi que mi palma estaba manchada con un polvo rojizo, parecido a la arcilla.

—Llevas tierra de la ciudad de los muertos. No ha sido un sueño. Lo has hecho muy bien. Gabriel estará orgulloso de ti.

Gabriel. Si me hubiera visto...

—Y eso me lleva a la tercera parte. ¿Tienes algo que contarme?

Inspiré aire con determinación y se lo conté. Le hablé de Rebeca y de las otras, del accidente de Elisa, de mi visita a Constanza, de mi sospecha de que había sido la sangre de Elisa la que había alimentado a la vampira últimamente. De por qué habíamos discutido Gabriel y yo. Lo último que le narré fue la visita a la casa de Mamá Blanca. Cuando comencé a explicarle cómo era la sirena que guardaba en el sótano, como un juguete, me interrumpió y me dijo que la conocía muy bien. Me preguntó si la bruja haitiana se había quedado con algo mío.

—Mi cazadora.

Y cuando me preguntó cómo había logrado salir con vida de aquella casa, le expliqué, muy brevemente, que había sido gracias a la intervención de Kostya. Orlando enarcó las cejas al oír mis palabras.

—El estepario. Interesante. El mismo que podía haber acabado con tu vida hace años es el que te salva ahora. A La Araña le gustan las paradojas.

Quise saber qué tenía que ver ella con todo eso, pero se limitó a levantarse y decirme que nos íbamos. Cuando le pregunté adónde, me miró sorprendido porque no tuviera clara la respuesta:

—Adónde va a ser, querida. A recuperar tu cazadora, antes de que la bruja haitiana se la venda a alguien que sospecho estará muy interesado en conseguir algo que te pertenezca.

Circulamos en el Adler Triumph, pero con la capota puesta. El coche, tan antiguo, no tenía la cabina totalmente aislada del frío, así que tuvimos que abrigarnos. Orlando condujo lentamente pero sabía perfectamente dónde estaba la casa de Mamá Blanca y dio muy pocas vueltas. En realidad, de día el camino parecía bastante sencillo.

Las calles tenían un asfaltado viejo que explicaba los continuos baches de la noche que fui con las brujas. El día se había ido oscureciendo a medida que entrábamos en el mediodía. El cielo estaba uniformemente cubierto con una manta gris opaca que permitía poca luz solar, pero no arrancaba a llover. Las nubes estaban tan bajas que pensé que podría tocarlas si estiraba lo suficiente la mano. Circulamos entre altos muros, cuya base de piedra estaba cubierta por musgo, y perros que nos ladraban al pasar. No vimos ninguna persona ni coche.

Llegamos a la verja que reconocí de inmediato, por los arabescos del hierro. De día se veía mucho más abandonada. El óxido la había conquistado por completo. A la izquierda había un buzón de correo, pintado de blanco hacía tiempo, que no vi la noche anterior. El casillero destinado al nombre estaba vacío.

Abrí la verja sin que ésta opusiera resistencia; no estaba cerrada. Las plantas que bordeaban el camino asfaltado eran matas salvajes. Cuando el camino remontó el promontorio de la vez anterior y ascendimos a su cima, me llevé una sorpresa desagradable: la casa no estaba. Estábamos sin duda en el punto más alto de la finca, pero ésta estaba vacía, desierta. Era sólo una parcela abandonada, comida por la vegetación salvaje. Incrédula, bajé del coche. Orlando hizo lo mismo. A lo lejos se veía perfectamente la ciudad y sus rascacielos gigantes. Durante un segundo tuve la certeza de que todo lo que viví en la casa de Mamá Blanca había sido una alucinación. Tal vez las brujas me habían drogado con alguna sustancia de las suyas y yo había soñado el resto. Tal vez no existía ni la sirena ni aquellos seres extraños de la catacumba. Ni Kostya me había salvado.

Miré a Orlando, pero éste no parecía alterado en absoluto. Quizás me había traído hasta aquí para que comprendiera que nada de lo que le conté había sucedido en realidad. Podía ser su extraña forma de explicarme que a veces la frontera entre lo real y lo irreal es permeable.

Abatida, iba a regresar al coche cuando le vi hacer un gesto extraño: adelantó la mano izquierda, como para palpar algo, pero delante nuestro no había nada, salvo la increíble vista del perfil de la ciudad a lo lejos. Sus dedos retrocedieron ante algo invisible y él hizo una mueca de satisfacción.

—Por aquí —me dijo entonces—. Es muy astuta esa vieja bruja.

Mientras él regresaba al coche, repetí su movimiento. Extendí la mano hacia delante, como haría un ciego. Pero no sentí nada, salvo el aire moviéndose alrededor de mi mano.

—Camina un poco y lo verás —me gritó desde el coche.

Le hice caso: di dos pasos hacia delante y, de pronto, tuve la sensación de estar mirando a través de una burbuja de jabón gigantesca. Como si atravesara unas turbulencias en el aire y cruzara al otro lado, la casa apareció de una forma que únicamente podía ser brujería. La imponente y destartalada mansión hecha de retales a lo largo del tiempo se erguía ante mis ojos como lo hizo la otra noche. Sólo que ahora sí mostraba su auténtica decadencia y abandono. Las ventanas de los pisos superiores estaba cegadas con maderas y una parte del techo del ala izquierda estaba hundida. Había grajos y otros pájaros negros revoloteando alrededor de la casa, entre los árboles que la circundaban.

Pero aquella casa tenía otro significado más: no lo había soñado. Todo lo que viví en su interior ocurrió de verdad, no había sido un espejismo.

El claxon del coche rompió mi ensimismamiento y regresé junto a Orlando, que continuó avanzando por el camino.

—Es un truco viejo pero efectivo. Ha rodeado la casa de la ilusión del vacío, para que no llame la atención de nadie. Sin duda, Mamá Blanca ha regresado a la ciudad. Pero la cuestión es por qué.

Aparcamos donde Cala había dejado el Land Rover. Nada más salir del coche, se abrió la puerta de la casa y salió el mismo chico negro que cogió mi cazadora. Puede que fuera también el que me echó en la cara aquellos polvos.

El joven se acercó a nosotros. Esta vez no tenía la mirada ida y sus ojos eran de un color verde muy llamativo.

—¿Qué desean? —nos preguntó con un fuerte acento francés.

—Creo que tu ama lo sabe perfectamente —contestó Orlando. Los dos se midieron con la mirada.

El resto ocurrió muy deprisa. El joven metió la mano en el bolsillo de su pantalón y sacó el puño cerrado que se llevó a la cara, supuse que con polvo para soplarnos a los ojos. Pero Orlando, sin cambiar el gesto de su cara, extendió su brazo, que se convirtió en humo hasta la altura del codo, y lo pegó al pecho del joven. Luego lo materializó en el interior de su pecho. Con la misma velocidad, empujó el brazo hacia atrás, arrancando el corazón del chico, que abrió los ojos de manera desorbitada, con sorpresa, y cayó de espaldas. Miré la mano de Orlando: sostenía el corazón, que aún dio un par de palpitaciones más antes de morir. Goteaba sangre, aunque no demasiada. Orlando contempló con curiosidad el corazón y luego lo arrojó lejos de él. Se agachó y se limpió concienzudamente la sangre en la camisa del chico, que había clavado sus ojos muertos en el cielo gris que nos contemplaba a todos.

Mi propio corazón comenzó a latir desaforadamente cuando comprendí todo lo que había visto. Di un par de pasos hacia atrás, alejándome del chico muerto y de Orlando limpiándose en su camisa. No era sólo lo que había ocurrido; era el gesto de Orlando, igual de hierático y frío que siempre. Era un incorpóreo, por mucho que se me olvidara a veces.

Cuando se levantó, vi sorpresa en sus ojos.

—¿Qué esperabas que hiciera? Si te ocurriera algo, Gabriel se pondría furioso conmigo. De todas formas —dijo mirando al chico muerto—, éste ya estaba muerto. Todos los esclavos que hace Mamá Blanca son muertos en vida. Es la esencia del vudú. Ella mantiene sus constantes vitales mientras le son útiles, pero cuando sus cuerpos comienzan a descomponerse, les retira la magia que los dotaba de movimiento.

No pude contestar nada, aterrorizada. Orlando se encogió de hombros y se dirigió hacia la puerta. Yo rodeé el cuerpo del chico y le seguí. No hizo falta que llamáramos a la puerta: la propia Mamá Blanca abrió nada más subir los escalones de piedra. Desde lejos vio el cuerpo del chico, tendido en la gravilla, y luego chasqueó la lengua. Nos miró molesta:

—Lástima. Tenía unos ojos excelentes. Ahora ya no me servirán para *rien*. Además me costará un buen sacrificio llamar a su *gros-bon-ange*, para que su *ti-bonange* tenga un descanso pacífico. Es lo menos que se merece el pobre *garçon*, se lo prometí a su madre cuando me lo envió.

Orlando se acercó a ella. Formaban una estampa peculiar: él, tan níveo, vestido con la túnica verde jade, y ella, blanquecina, con la piel color ceniza, y la misma ropa blanca que llevaba la otra noche. A la luz del día se la veía diminuta y frágil. No era en absoluto la estampa que una esperaba ver de una poderosa hechicera.

—¿Eres Erzulie o acaso has tomado el cuerpo de Ghede, demonio blanco? —preguntó Mamá Blanca a Orlando. Éste me señaló.

—Creo que tienes algo que le pertenece a ella y quiero que se lo devuelvas.

Mamá Blanca ni me miró. Sonrió de costado y se apoyó en un viejo bastón, cuya parte superior parecía una diminuta cabeza humana tallada en una madera tosca, con la boca abierta y los párpados grotescamente hinchados. Era repugnante.

—*Je ne sais pas de quoi tu parles* —contestó ella.

—*Oui*, sí, lo sabes. Su cazadora. Devuélvesela.

La vieja haitiana no se movió, permaneció estática con su sonrisa maquiavélica. Orlando retrocedió entonces un paso. Me pregunté si sería capaz de repetir con ella lo que acababa de hacer con el joven, pero en su lugar le dijo:

—Juguemos, vieja bruja. Yo voy a darte el nombre de aquel que te encargó una prenda de la niña y tú se la devolverás, ¿de acuerdo?

Mamá Blanca enarcó una ceja y esperó.

—Iskender —dijo Orlando. Sin saber por qué, ese nombre me puso la piel de gallina.

La bruja albina le miró unos segundos y luego dijo:

–*Au revoir.*

Golpeó el suelo con su bastón y, de pronto, desapareció. Se convirtió en humo gris delante de nuestros ojos. El humo tardó unos segundos en disolverse en el aire. El bastón de madera en el que se había apoyado chocó ruidosamente contra el suelo.

Orlando giró sobre sus talones y contempló el descuidado jardín.

–Tenemos un problema. Regresemos.

En la cocina del piso estaban Huan y Noah. Orlando se había despedido de mí en el ascensor, una planta antes de la nuestra. Cuando le pregunté adónde iba, me dijo que necesitaba darse un baño y pensar. No sabía que los incorpóreos tenían otra vivienda más en el edificio.

Noah me dio un fuerte abrazo cuando me vio. Por más que lo miraba, en lugar de un espectro parecía un sencillo niño más. Habían ido de compras, me explicó Huan. Y, de hecho, había una montaña de bolsas apiladas tras la puerta de entrada.

Huan estaba atareada cocinando varios platos que llenaban de exquisitos olores la cocina. Mientras, Noah coloreaba un cuaderno, distraído.

—¿Dónde habéis ido? —preguntó Huan.

—A intentar resolver una cosa. ¿Te dice algo el nombre de Iskender?

Huan interrumpió sus quehaceres y me miró preocupada.

—¿Dónde has oído ese nombre?

Me encogí de hombros.

—Por ahí.

Ella contempló pensativa a través de la ventana de la cocina.

—No es bueno escuchar ese nombre. No trae asociado nada bueno. Iskender es el nexo de unión entre los occisos, nosotros los incorpóreos, y vosotros los seres humanos. Durante siglos permanece recluido, desaparecido, inactivo, y cuando comenzamos a escuchar su nombre en determinados círculos, comienzan las alteraciones.

Luego recordó algo y se afanó de nuevo con la comida. Distraída, comentó, casi al azar:

—Deberías contárselo a Gabriel.

Ah, Gabriel. Apenas recordaba ya el enfado que había sentido hacia él y los últimos acontecimientos habían hecho más pesada su ausencia. Le echaba de menos. Quería verle. Necesitaba que me llamara. Hablaría con él para aclararlo todo. ¿Por qué no venía?

—¿Sabe mi madre dónde estoy? —dijo de pronto Noah, en inglés. Huan levantó un cucharón y me miró con sorpresa.

—Ella te cree en otro lugar —contestó en su idioma.

—Quiero verla —añadió el niño.

Huan tomó asiento junto a él. Por lo voluminosa de su figura, hubiera necesitado sentarse sobre dos sillas.

—No es posible.

El niño la miró en silencio, luego a mí, y salió de la cocina.

—Le pediré a Lyuba que regrese. Su presencia le distraerá —dijo Huan.

—¿Qué pasaría si fuese a verla? —le pregunté.

Huan sofocó una risa y siguió cocinando:

—Lo mismo que si a cualquiera de vosotros os visitase un muerto. No te preocupes, se le pasará. Es un período parecido a vuestra cuarentena. Cuando lo haya superado, estará fuera de peligro. Lo habrá aceptado.

Salí de la cocina yo también. Me asomé a la biblioteca. El niño estaba sentado en un sillón orejero, con la mirada clavada en el mueble de enfrente. Me miró en silencio. Sentí lástima por él, pero no sabía qué hacer. Tal vez organizar planes sencillos, como ir al cine, le ayudarían. Sin embargo, antes de haber siquiera abierto la boca, Noah giró el sillón hasta colocarse de espaldas a mí.

A solas en mi habitación, marqué en mi móvil el número de Gabriel, pero no dio señal. Sí tenía sin embargo un lacónico mensaje de Rebeca: «Tenemos que hablar. Llámame». Lo haría, pero en otro momento. De repente estaba muy cansada. No había comido nada desde el desayuno y tenía el estómago revuelto desde que regresé del hospital por el accidente de Elisa. Llamé a Alberto. Me dijo que el último parte no había variado. Que seguía estable y era una buena noticia. Me despedí de él hasta la mañana siguiente.

Abrí el libro que estaba leyendo y me tumbé en la cama. Me quedé dormida.

Cuando abrí los ojos, había anochecido. Consulté el reloj: las siete y media. Había dormido cuatro horas del tirón. Estupendo. Esa noche me costaría conciliar el sueño.

Me dirigí a la cocina, porque había despertado con hambre. Al pasar junto a la biblioteca, descubrí dentro a Lyuba. Estaba agachada sobre algo. Dije hola desde la puerta y entré. En cuanto me descubrió, tapó con su cuerpo lo que fuera que estaba mirando segundos antes.

—¿Qué estás haciendo?

Me miró de la misma forma en que lo hace un niño pillado en una travesura.

—Nada —dijo con su voz más inocente.

Dudé entre acercarme más o dejarlo correr. Se trataba de Lyuba; no esperaba que lo que tuviera entre manos fuese algo común.

—¿Dónde están los demás? —pregunté, dando un paso hacia atrás. Mi gesto la convenció y se relajó un poco.

—Huan y Orlando han migrado.

—¿Y Noah? ¿Se lo han llevado con ellos?

Ella negó con la cabeza, pero no añadió nada más. Entonces se apartó: había estado ocultando una cesta blanca de mimbre, repleta de cachorros de gato. Los escuché maullar débilmente. Me sorprendió no haberlos oído antes. Eran preciosos, de distintos pelajes. Lyuba cogió uno con suavidad y lo acarició cariñosamente. Le dio un beso en la diminuta cabecita y, de pronto, acercó sus labios a la cara del gato. Comenzó a absorber el aliento vital del animalillo, un hálito blanquecino que se agotó enseguida, y su cabeza

cayó hacia atrás, entre los dedos de Lyuba. Estaba muerto. La miré horrorizada. Me fijé en el resto de gatitos de la cesta y ella siguió mi mirada. Luego me sonrió.

—¿Vas a matarlos a todos?

Se encogió de hombros.

—Noah ha ido a ver a sus padres —fue su respuesta.

—¿Cómo? —me acerqué a ella—. ¡Pero no puede verlos! Lyuba, ¡lo han enterrado! ¡No pueden verle!

—Pero me lo pidió y yo le mostré el camino. Acaba de irse.

—¿Lo sabe alguien más? ¿Orlando o Huan?

—*O Gabriel?*, me habría gustado decir.

Ella negó con la cabeza.

—Tú y yo sólo.

La urgencia de intentar impedir el desastre cobró una fuerza insoportable en mi cabeza. Salí corriendo hacia la cocina y llené un vaso de agua. Luego rebusqué entre los cajones, hasta que di con un velón grueso rojo. En otro encontré una caja de cerillas. Volví con todo a la mesa e hice lo que me había enseñado Orlando, intentando concentrarme en los pasos. No tenía ni idea de adónde ir o cómo encontrar al niño. Sólo tenía una pista, una única: el cementerio de Lavender Hill. Así que, mientras las gotas se evaporaban en el aire y la diminuta llama de la vela se alejaba de mí por un túnel negro que pronto me rodeó, llené mi mente con la imagen del cementerio. Los olores, los árboles, las lápidas, el contacto del aire en mi rostro, los ladridos lejanos, el color del asfalto de la calle...

...cerré los ojos...

...mi cuerpo se estremeció por el frío. Abrí los ojos, sin saber dónde podía encontrarme. Al principio todo era oscuro y frío. Pero enseguida distinguí la luz mortecina de las farolas y unas manchas blanquecinas de contornos definidos a ras del suelo: las lápidas del cementerio de Lavender Hill.

¡Lo había logrado de nuevo!

Palpé mis piernas para corroborar que seguía vestida, aunque lamentablemente llevaba una simple camiseta, vaqueros y calcetines. Allí en el piso no hacía frío, pero aquí, a la intemperie, la temperatura era heladora y traspasaba mi ropa como si no llevara nada. Debíamos estar por debajo de cero grados. Comencé a temblar violentamente. De la boca salía un vaho espeso. Enseguida me dolieron manos y pies. Y las orejas, al igual que la cara. Di patadas en el suelo. No sabía muy bien de qué podría servir, pero siempre lo había visto hacer en situaciones de extremo frío. Fue un error: con los pies tan ateridos, cada patada multiplicaba por cien el choque contra el suelo y enseguida comenzaron a dolerme. Metí las manos bajo mis brazos y empecé a buscar desesperadamente una señal que me indicara hacia dónde debía ir. Mientras, noté el mismo dolor en el centro del pecho que sentí en la cueva de la vampira.

Vi una débil mancha blanca moviéndose entre los árboles, alejándose de mí. Sin estar

segura de qué era, decidí seguirla. Cualquier cosa era mejor que permanecer quieta, congelándome literalmente. Corrí tras la mancha blanca. Con los calcetines como único calzado, cada pequeña piedra del suelo se convertía en una grave molestia, pero no reduje el ritmo. Me golpeaba las rodillas al correr, debido a la fuerte tiritona. Pero, al parecer, la mancha blanca que se movía delante de mí tampoco estaba muy orientada, porque se detuvo unas cuantas veces, lo que me permitió acortar distancias. Le llamé, pero Noah no se detuvo. Atravesamos el cementerio por el este y salimos a un pequeño grupo de casas. En cuanto el niño reconoció el entorno, imprimió mayor velocidad a su carrera, lo que me forzó a mí también a correr más. Giró a la izquierda en Cedar Road y dejamos el campo a nuestra izquierda. Se metió en un enjambre de casas demasiado parecidas unas a otras. Abandonó el asfalto y comenzó a atravesar los patios y pequeños callejones que separaban las casas. Un minuto después, lo había perdido de vista. Cuando volví a verlo, estaba detenido ante la puerta de una casa de doble piso con la fachada pintada de blanco. Era bastante bonita. Tenía una pequeña valla blanca delimitando un diminuto jardín delantero, decorado con gravilla y algún boj recortado. A la izquierda de la entrada había un coche aparcado delante del garaje. Dudó un segundo antes de llamar al timbre, pero lo apretó con firmeza. El eco rebotó en todas las casas de alrededor. No me oyó llegar hasta que estuve encima de él y pude agarrarle de la mano. Me miró con sorpresa, pero no opuso resistencia cuando lo arrastré fuera del jardincillo, hasta doblar la esquina de ladrillo del jardín contiguo, que nos ocultaba de la puerta.

—¿Qué haces? —apenas podía respirar y hablar suponía un esfuerzo sobrehumano. Al menos, la carrera me había proporcionado algo de calor.

El niño me miraba sorprendido.

—¿Cómo me has seguido?

—¡Escucha! No puedes estar aquí. Tus padres no pueden verte, Noah.

Bajó la cabeza.

—Quería verlos una vez más, sólo una...

—¡No! Ellos creen que has muerto. ¡Has muerto! ¿Te imaginas si...

No pude terminar la frase. De pronto escuchamos cómo se abría la puerta de la casa y una voz de mujer preguntaba quién había llamado. Los ojos de Noah irradian luz cuando reconoció la voz de su madre e intentó soltar su muñeca de mi mano. Comenzamos a forcejear, él intentando abandonar el saliente de ladrillo que nos mantenía ocultos y yo tirando de él hacia atrás, hacia la parte más oscura. Entonces, el niño pegó un tirón con ambos brazos y se liberó. Con el impulso perdió el equilibrio y cayó sobre la acera, afortunadamente aún fuera de la vista de la mujer, que había vuelto a preguntar quién les estaba gastando una broma. El niño me miró enfurecido desde el suelo. De pronto, la madre, con lágrimas en la voz, dijo:

—¿Noah, eres tú? —y comenzó a sollozar.

El niño me miró con ojos desorbitados y comenzó a gatear de rodillas hacia la puerta.

En dos pasos más, estaría a la vista de la mujer y todo estaría perdido. Tenía que hacer algo extraordinario para evitar la catástrofe.

Y sucedió.

Mientras ocurría, varias escenas cruzaron mi mente a la velocidad de la luz: Ulla, en Estambul, anunciando que yo podría ser la Reina Azul; Gabriel, furioso, rechazando una y otra vez esa posibilidad; el occiso, provocando que las avispas me atacaran; la imposibilidad de que un incorpóreo pudiera hacer desaparecer a otro o a un occiso... tantas piezas que comenzaron a alinearse...

Quise atrapar a Noah y hacerle regresar a la oscuridad tras el muro de ladrillo, pero en una fracción de segundo me di cuenta de que ya era tarde, porque el niño se estaba levantando para ir al encuentro de su madre, así que de alguna parte recóndita de mi ser, de esa naturaleza que me convertía en híbrido entre su raza y la de los seres humanos, surgió un instinto que me llevó a echarme sobre Noah e impulsarlo al otro mundo.

Lo arrastré conmigo a través del túnel, lo obligué a hacer una migración que no quería. Las puertas de mi conciencia se abrieron a un vasto arsenal de posibilidades escalofrantes, a medida que comprendía que había logrado apresarlos, enlazarlos a mi esencia y convertirnos ambos en la oscura masa que se alejaba de la vida a la velocidad de la luz para adentrarse en la muerte.

Cuando recuperé conciencia de mí misma, ambos yacíamos dentro de la ciudad de los muertos. Y, aunque Noah no era más que un haz de luz, pude notar su desconcierto primero y su ira después, al saberse arrancado del mundo que creía recuperado.

Y con la misma facilidad con que metes la mano en el agua y se te escurre entre los dedos, yo fui el agua que envolvió de nuevo el centro de Noah y volví a hacerlo viajar, a viajar ambos, a este lado del espejo.

Supe que habíamos vuelto cuando noté el tacto físico de mis dedos, de mi carne, de mis huesos, convirtiéndome de nuevo en mortal. Pero había algo que fallaba: no podía ver, la oscuridad me rodeaba. Lo siguiente que noté fue que estaba sentada, con las piernas dobladas. Luego oí sollozar a alguien junto a mí.

—¿Noah, eres tú?

No contestó, pero lo había reconocido. Ya había oído ese llanto antes, igual de asustado. Así que habíamos regresado los dos, sí, pero ¿adónde? Me levanté y palpé una pared hasta que di con un interruptor. La luz nos mostró que nos encontrábamos en un pequeño cuarto de baño de oficina. Abrí la puerta y salimos a un amplio despacho, una de cuyas paredes estaba ocupada por un ventanal que iba del suelo al techo. Fuera, la ciudad iluminada y las estrellas en la noche.

Pero al siguiente segundo descubrí que no estábamos solos en el despacho. Tres hombres y dos mujeres, sentados a una mesa redonda cubierta por ordenadores y papeles, nos miraban boquiabiertos. Me disculpé y, antes de que reaccionaran, salí del despacho arrastrando de la mano a un Noah igual de sorprendido. Al vigilante que nos

encontramos en la entrada del edificio, uno de los rascacielos al final del paseo de la Castellana, le pedí que me dejara hacer una llamada y marqué el número de Nadir.

Nadir envió un taxi a la dirección que le di. Durante el trayecto, reflexionaba acerca de lo minúsculo de nuestras vidas cuando Noah me distrajo:

—No se lo dirás a Huan, ¿verdad?

—No, pero espero que lo hayas comprendido. ¿Es que quieres matar a tu madre de un infarto si te ve? ¿Es eso lo que quieres?

El niño negó con auténtico pesar, o eso me pareció, y se encogió en el asiento. Yo volví a mirar el paisaje por mi ventanilla. Era de noche, pero tuve que preguntarle la hora al taxista. Las ocho menos veinte. Había realizado el viaje más impresionante y largo de mi vida en tan sólo diez minutos. Si lo patentara, pensé, las aerolíneas tendrían que cerrar. Necesitaba algo de humor para combatir el cuerpo dolorido y magullado.

Cuando llegamos, fue el portero quien pagó al taxista. Arriba no había nadie en el piso. En la biblioteca encontré la cesta vacía. Ni rastro de ninguno de los gatos ni de Lyuba. Calenté en el microondas platos que había cocinado Huan y cenamos en la cocina en silencio. El niño comió con auténtico apetito. Yo estaba más descansada, después de haberme dado una ducha extraordinariamente caliente. Contrariamente a lo que me había temido, pese a haber dormido por la tarde, no me costó nada conciliar el sueño.

Me levanté dolorida pero a tiempo para mi cita con Elisa en el hospital. Alberto me esperaba en la entrada. Acababa de saber que la habían trasladado a una habitación, después de haber pasado la noche en buenas condiciones.

En el ascensor me comentó, casi al azar, que había tomado la decisión de irse de la ciudad con Elisa. Creía que su idea original de establecerse en un pequeño pueblo sería lo más apropiado para ella. No contesté. Me mordí la lengua porque mi principal interés era, tuve que recordarme varias veces, que Elisa se encontrase bien.

La encontramos despierta, aunque estaba algo aturdida aún. La otra cama de la habitación, frente a la suya, estaba vacía, así que pudimos estar tranquilamente con ella. No recordaba nada del accidente, nos contó. Que había salido de casa, cogido el coche y, lo siguiente, que se había despertado en el hospital. Le preguntó a Alberto qué había ocurrido y éste le explicó brevemente que se había desmayado mientras conducía pero que, gracias a Dios, el coche estaba detenido en un semáforo cuando ocurrió. Alberto me pidió con un gesto que guardara el secreto. Yo tampoco veía sentido en asustarla, contándole la verdadera gravedad de lo sucedido, así que acepté. Enseguida nos preguntó si alguien había salido herido a consecuencia del accidente. Tenía la necesidad de verificar que, efectivamente, había sido tan leve. Alberto y yo continuamos con nuestra farsa a conciencia. Luego le preguntó si había llamado a sus padres.

—No he logrado hablar con ellos. Llamé al móvil y al fijo que aparecen en tu móvil,

pero no me lo coge nadie. Me había dado de plazo hasta esta mañana, según cómo te encontráramos, para dar con ellos a través de la Guardia Civil, si era preciso.

Elisa le apretó la mano, sonriendo.

—Mejor así. Se iban a preocupar.

Alberto se inclinó y le dio un beso en la frente.

—Creo que deberían saberlo, Elisa. Ahora que estás fuera de peligro, debería decírselo y que vengan a verte. No me lo perdonarían si no les avisara.

Ella negó con la cabeza.

—No. Ya se lo contaré yo cuando haya salido del hospital. Por cierto, os tengo que contar algo muy extraño...

En ese momento, entró una enfermera con una bolsa de suero para cambiar la que colgaba vacía del soporte junto a la cama de Elisa. Alberto aprovechó el momento para salir a preguntar por el doctor que tenía que dar el parte médico. Una vez a solas, Elisa me cogió del brazo y me pidió que me acercara a ella. Esperé a que la enfermera hubiera acabado su trabajo y me agaché:

—¿Qué pasa, Eli?

—Pers, no te lo vas a creer, pero ha pasado algo mientras estaba allí inconsciente. Ha ocurrido una cosa que me da vergüenza contarte...

Sin saber exactamente por qué, el vello de mi nuca comenzó a erizarse con el cosquilleo de un presagio indeterminado.

—El médico ha dicho que no, pero yo sé la verdad. He llegado a morir y lo he visto.

Pálida, demacrada, y con los ojos saliéndose de sus órbitas, su rostro tenía un aspecto lúgubre. La hubiera abrazado, pero me quedé inmóvil, escuchando unas palabras que no querría haber oído de su boca nunca.

—Me vi flotando en la misma habitación en la que me he despertado, rodeada de máquinas. Y de pronto, ¡zas! No estaba la habitación, no estaba yo, no había nada, salvo una luz muy... renacentista, rodeándolo todo, incluida a mí.

—El famoso túnel —balbuceé.

Elisa asintió, con la mirada perdida.

—Lo recuerdo como un sueño, pero era tan real, Pers, casi se *podía* tocar la luz, apresar en tu mano, como si fuera algodón. Yo misma era parte de esa luz, formábamos un todo. No era como en pintura, una fuente de luz ilumina un objeto y de ese contraste de luces y sombras puede nacer un cuadro o una fotografía —repitió como una retahíla aprendida tiempo atrás—. Esto era distinto. Yo era la luz y era sus sombras...

Ahora sí que el estómago se me hizo un nudo al escuchar esa palabra de labios de mi mejor amiga. Le agarré la muñeca.

—No, Eli, era un sueño inducido por la anestesia.

Me miró con ojos ausentes. No me miraba a mí, sino a través de mí.

—Y entonces de pronto todo se desvaneció. La luz, el túnel, mi yo flotando en el éter de la vida después de la vida... y me desperté en la habitación —dijo, regresando a la

realidad, y se encogió de hombros—. Y eso fue todo. No recuerdo nada más. ¿A que es extraño?

Asentí con la cabeza, pero sabía que, en realidad, era una situación más común de lo que me gustaría.

—Lo dicho, una alucinación provocada por la anestesia.

—No quiero que se entere Alberto. ¿Me prometes que no le vas a decir nada? Voy a espantarlo, si piensa que su novia está loca...

—Yo no le diré nada si tú me prometes no tomar ninguna decisión precipitada.

—¿A qué te refieres?

—A esa idea absurda de dejar tus estudios.

Elisa entrecerró los ojos y, con un gesto de dolor, se recostó en la cama.

—A descansar —le dije—. Voy a buscar a Alberto y me acerco otra vez esta tarde, ¿de acuerdo?

Le di un beso en la frente y la dejé con los ojos cerrados. Parecía tan vulnerable allí sola... Salí de la habitación con una extraña sensación de angustia en el pecho. Busqué a Alberto en ambos sentidos del pasillo pero no di con él. Me acerqué al puesto de enfermeras más cercano, pero estaba vacío. Nadie a quien preguntar, así que desistí.

Cuando salí del hospital, entró un mensaje en mi móvil. Era de Rebeca: «te espero a las ocho, al final de santa maría de la cabeza. Busca la puerta de miguel, tenemos que hablar». Noté cómo el enfado trepaba por mi garganta. Sí, acudiría a la reunión, aunque no entendía sus señas, porque necesitaba formular una pregunta insidiosa que había ido cobrando cuerpo en las últimas horas. Y ahora ese cuerpo se me antojaba demasiado pesado.

Justo cuando guardaba el móvil, volvió a sonar. Esta vez era Alberto.

—No te he encontrado y he salido del hospital —le dije nada más atender su llamada.

—Me he perdido, buscando una enfermera, pero al final he dado con el médico que está llevando el caso de Elisa y hemos hablado sin que ella pudiera escucharnos.

—Genial, ¿y qué te ha dicho?

—Bueno, en primer lugar, y lo más importante, es que está fuera de peligro. Le han tenido que hacer varias transfusiones para solucionar su anemia. Además, están mirando con lupa todo su organismo para averiguar de dónde procedía esa pérdida de sangre. Pero en segundo lugar, y esto no me gusta un pelo, Pers...

Me detuve en seco en mitad de la calle, lo que provocó que un chico chocara contra mí.

—...es que me han preguntado si Elisa se drogaba. Han encontrado mucho rastro de un derivado de la belladona, y me han dicho que hay quienes la utilizan como un fuerte sedante...

Nos quedamos los dos callados. De pronto, tuve que hacer un esfuerzo por reprimir una carcajada. ¿Elisa, drogándose? Por favor, Elisa... era impensable, inconcebible esa

opción. Había compartido piso con Elisa durante los últimos años y era una persona absolutamente sana y equilibrada. No, estaban buscando en la vía equivocada.

—Alberto, eso que dices es...

—Lo sé, es lo mismo que les he dicho yo. Pero necesitaba preguntártelo. Al fin y al cabo, tú la conoces desde hace más tiempo que yo. A mí podría haberme engañado estos meses, pero a ti todos estos años... es *imposible*, ¿verdad?

Imposible...

—¿Verdad, Pers? Necesito que me digas que es imposible.

Delante de mí, las luces del semáforo viraron al rojo y los coches se detuvieron para que los peatones cruzaran la calle. Un gesto mecánico, desprovisto de más sentido que el mero desplazamiento. Me muevo y necesito cruzar esa calle, por lo tanto he de esperar a que el semáforo me dé permiso; en caso contrario, los coches podrían atropellarme. Un gesto básico que se enseña en las ciudades a los niños desde su más tierna infancia. Porque cruzar en rojo está mal, y engañar está mal. Y las drogas están mal, niños. Pero recordé haber hablado con Rebeca de este asunto hacía poco y ella era defensora de la utilización controlada de según qué tipo de drogas. Y Rebeca había convivido con Elisa los últimos meses. Tal vez... ¿podría ser que le hubiera estado proporcionando algún tipo de droga? La pierna dolorida de Eli, su evidente deterioro desde que regresé, la poca autoestima...

Mis certezas se derrumbaron como un castillo de naipes ante la posibilidad de que mi mejor amiga me hubiera estado engañando, mintiendo, que se hubiera convertido en alguien desconocido, alguien que me ocultara cosas sistemáticamente, el mundo al revés...

—Estoy segura de que hay otra explicación, Alberto. Eli es contraria a las drogas.

Silencio.

—Era lo que pensaba. Gracias. Te llamaré cuando tenga algo más.

Colgué y caminé sin rumbo. ¿Y si la historia que me había contado Elisa acerca de flotar en un túnel tenía más que ver con alguna sustancia que hubiera estado tomando últimamente? ¿Algo que le hubiera estado proporcionando la bruja?

Sí, iría a mi cita con Rebeca a las ocho. Tenía muchas preguntas que hacerle, pero antes necesitaba encontrar a Orlando y contarle el capítulo de la noche anterior con Noah. Debían vigilarle mejor, si es que se trataba de eso.

El piso volvía a estar vacío de nuevo y decidí intentarlo en la planta en la que se había bajado Orlando del ascensor, cuando me dijo que necesitaba tomarse un baño. En el rellano de la planta inferior, gemela a la nuestra, había dos puertas, cerradas, y otras dos en el pasillo que terminaba en el patio interior del edificio. Pocas viviendas por planta. Recordé que, justo antes de cerrar la puerta del ascensor, vi cómo Orlando giraba a la derecha, lo cual sólo dejaba una posibilidad: la vivienda justo debajo de la nuestra. Me fijé en que no había timbre por ninguna parte. Ni placa. Una puerta cerrada, sin más, salvo por el curioso detalle de que tampoco tenía cerradura. Probé el picaporte. Éste se

inclinó hacia abajo y cedió. La puerta se abrió, pero hacia el exterior de la vivienda, no hacia el interior, como suele ser habitual. Extrañada, pero aliviada de que la puerta no estuviera cerrada, di un paso hacia atrás para poder abrir del todo la puerta...

...y mi conciencia se removió incómoda al descubrir que, tras la puerta abierta, había un sólido muro de ladrillo, tapiando por completo la entrada de la vivienda. Tuve que extender la mano y palparlo, para comprobar que no era una alucinación. Se trataba de una entrada falsa. Tuve una idea: fui a la puerta de enfrente; al igual que su vecina, ésta estaba abierta también. Y detrás, otro muro de ladrillo. Me dirigí a las dos puertas del pasillo: misma operación, mismo resultado. De pronto, la oscuridad y el silencio cobraron un peso algo asfixiante. Sobre todo porque me sentía observada por un millar de ojos diminutos que espiaban mis movimientos, mis torpes movimientos de abrir puertas ciegas, como esas ratas de laboratorio que corretean por laberintos de metacrilato para su observación y análisis.

Iba a regresar al piso pero me asomé por el hueco de la escalera y vi los pisos inferiores. Tenía que intentarlo. Bajé al siguiente y probé las cuatro puertas. Salvo una, cerrada, pero al igual que el resto sin timbre ni placa ni señal alguna que indicara que se tratara de un piso habitado, el resto de puertas daban a muros de ladrillo.

Entonces entendí por qué nunca me había cruzado con ningún vecino en el portal; por qué el edificio era tan silencioso; por qué el ascensor nunca estaba en otra planta que no fuera la de la calle o la nuestra.

Todavía bajé un piso más y abrí dos de las cuatro puertas al azar, con idéntico resultado. Vivía en un edificio fantasma, poblado únicamente por fantasmas que se movían en el éter del limbo, viniendo a este mundo y regresando al de los muertos cuando les placía. Era un plan genial. Me pareció escuchar un crujido, proveniente de alguna parte por encima de mi cabeza, de los pisos superiores, y agucé el oído. Pero el sonido no se repitió más. Cualquier dilatación de madera producida por la calefacción, lo que fuera.

O tal vez no era un sonido tan desprovisto de significado...

Incómoda, subí a toda velocidad y entré en el piso. Cerré la puerta y apoyé la espalda contra ella. Me encerré en mi habitación y saqué el móvil, para marcar el número de Gabriel. Esta vez, a diferencia de las anteriores ocasiones, en que la señal era la propia de un móvil apagado, sí sonó la señal de llamada. El corazón comenzó a latirme con fuerza. Una señal, dos, tres... Desde el incidente de Mamá Blanca, había marcado en varias ocasiones su número, pero la señal era siempre la propia de un móvil apagado o fuera de cobertura. Pero ahora daba señal... cinco, seis... escuché un chasquido y una voz en español me indicó que podía dejar un mensaje en el contestador. Sonó un pitido agudo y la línea se quedó vacía, a la espera de que dijera algo. Pensé en colgar pero, al contrario, de pronto abrí la boca para decir hola Gabriel, sé que estás arriesgando tu vida por nosotros, pero te echo de menos y necesitaría verte o al menos hablar contigo, porque tengo miedo...

En algún momento de mi monólogo, sin darme cuenta me senté en el borde de la cama, me descalcé y crucé las piernas, pero no dejé de hablar en ningún momento. Le conté, exactamente de la misma forma en que lo haría si hubiera estado en la cama, los pequeños detalles de los últimos acontecimientos, lo que vi en casa de Mamá Blanca, incluso le hablé de Kostya y cómo me sacó de allí. Hablé de Rebeca, y de las dudas de Cala, de lo que me encontré en mi antiguo estudio en la buhardilla, y del accidente de Elisa.

En mitad de mi angustiada llamada de atención, el buzón se llenó e interrumpió mi llamada. Me quedé desorientada por unos momentos, con el móvil en la mano, algo vacía. Hubiera esperado, estaba segura, que Gabriel se materializara en cualquier esquina de esa misma habitación, brillante, cálido, protector, pero no ocurrió nada parecido.

Coloqué el móvil sobre la mesilla y me tumbé en la cama, a leer un libro que tenía a medias sobre la mesilla.

Tres horas más tarde escuché la llave de la puerta y la inconfundible risa de Huan. Unos pasos corrieron por el pasillo y se metieron en, calculé, la cocina. El grave retumbar de los pasos de Huan también se dirigió hacia la cocina. Salí de mi dormitorio y me uní a ellos.

Huan cocinó para nosotros una exquisita sopa de cebolla y un maravilloso asado de venado. Luego, mientras recogíamos la cocina y la limpiábamos, me contaron que habían ido al teleférico, para pasear por encima de la Casa de Campo. Le pregunté por Lyuba, y Huan me dijo que seguramente estaría en el Retiro buscando ardillas. Escalofriante. Le pregunté a Huan si sabía que la casa estaba deshabitada y cada uno de los pisos cegados, pero ella se echó a reír con unas carcajadas que sonaban como una estampida de toros.

—No esperarías que tuviéramos vecinos, ¿verdad? —me dijo.

Yo me encogí de hombros.

—No tienen nada de malo.

Ella me miró y volvió a reír, pero con menor estruendo.

—Sí lo tienen: la curiosidad.

Señaló con el pulgar hacia una de las librerías de la biblioteca.

—De todas formas, si tienes ganas de curiosear, se entra por ahí —la miré sin comprender—. Al edificio. Al *verdadero* edificio.

Contemplé la librería que me había señalado: un panel de madera idéntico a los demás, surcado por estanterías repletas de libros. No era un trabajo tan elegante como el de la increíble biblioteca del piso de Nueva York, pero no estaba mal. La idea del verdadero edificio, como lo había nombrado Huan, me hizo pensar en un terrario de hormigas, una caja repleta de túneles y grutas. Tal vez el edificio era así. De todas formas, renuncié a comenzar ya mi investigación porque eran las siete y cuarto y quería acudir a la cita con Rebeca.

Me duché, me cambié y me despedí de Huan y Noah. Cogí el metro y me bajé en Delicias. Luego subí por la calle del Ferrocarril hasta el paseo de Santa María de la Cabeza. Intuí que por «final» Rebeca se había referido al extremo sur del paseo, la parte más próxima al río, pero no tenía ni idea de lo que había querido decir con «la puerta de miguel». ¿La Puerta de Toledo? Prestando atención a mi alrededor, comencé a bajar, en sentido contrario al tráfico, hacia el parque de la Arganzuela.

Había anochecido ya y el tráfico de coches y autobuses era abundante y ruidoso. La mayoría de la gente se dirigía a sus domicilios después de trabajar todo el día. Las tiendas estaban aún abiertas y las farolas ya alumbraban la calle. Pero por ninguna parte veía algo que me indicara lo que podía significar la puerta de Miguel. De pronto me di

cuenta de que había llegado al paseo de la Chopera. Delante de mí se extendía un enjambre de carreteras que se cruzaban por encima y por debajo. La M-30. Ni rastro de la puerta esa. Consulté mi reloj: las ocho y diez. Decidí rehacer el camino y subir hacia Atocha, pero esta vez lo haría por la acera contraria.

Crucé la amplia avenida y comencé a subir. Pasé delante de una gasolinera, dejé atrás el cruce con el paseo de la Esperanza y cuando iba a cruzar la calle Arquitectura, algo me llamó la atención. Retrocedí y me detuve frente al portal de un edificio modesto, con la fachada pintada de rojo ladrillo. En el chaflán del edificio había un comercio abandonado, en venta, con los cierres echados.

En una de las persianas de seguridad, una pintura de spray destacaba por encima del resto, pequeñas gamberradas de barrio: «Miguel». Escrita con grandes letras azules, con un palo de la «M» y la «l» final alargándose hacia abajo como ganchos.

La puerta de miguel.

No podía ser. La tienda tenía tres fachadas: una, que daba al propio paseo, con dos vitrinas protegidas tras cierres metálicos, en uno de los cuales lucía el nombre; la otra fachada, que daba a la calle Arquitectura, con una vitrina igualmente protegida y abandonada. Y la propia puerta de acceso a la tienda, en el chaflán del edificio. Ésta no tenía cierre metálico, pero estaba cerrada...

¿O no? La puerta, alta y estrecha, tenía una reja de fuelle tras los restos de la cristalera, que estaban hechos añicos y parcialmente tapados con tablones. Me acerqué a mirar. Me había equivocado: la puerta estaba abierta. Un candado y una vieja cadena la mantenían sujeta al quicio, pero el hueco era suficiente para meter con cuidado la cabeza y el cuerpo de alguien de mi envergadura.

Intenté escudriñar el interior, pero estaba demasiado oscuro. Saqué el móvil del bolso y lo encendí, metiendo la mano por la abertura para intentar alumbrar algo del interior de la tienda. Acerté a distinguir embalajes de cartón y algo parecido a viejas mantas por el suelo. Era más que probable que alguien se hubiera apropiado del interior de la tienda para vivir, así que desistí de meterme. Justo cuando retiraba la mano, unos dedos blancos y fríos surgieron del interior y me agarraron la muñeca. Pegué un grito y un salto que hizo que el móvil se cayera al suelo. Inmediatamente después, una voz femenina surgió del interior abisal de la tienda:

—¡Cállate, idiota! ¡Soy yo!

Reconocí la voz de Rebeca en el mismo instante en que me fijé que la mano que me sujetaba tenía las uñas pintadas de rojo furioso.

—¡Me has dado un susto de muerte!

Me liberé de su mano de un tirón brusco y me agaché para recoger el móvil. No estaba roto; la caja de la batería algo suelta, pero parecía funcionar. Me lo guardé en el bolso, sin dejar de mirar de reojo la abertura de la puerta.

—¿Qué haces ahí dentro?

Entonces algo se removió en la oscuridad y se asomó por la estrecha abertura de la

puerta. Distinguí un fragmento alargado de la cara de Rebeca, su ojo y parte de su boca, mirándome.

—Quería que vieras algo. Entra.

Di un paso hacia atrás, desconfiada.

—¿Hay alguien más contigo ahí dentro?

El ojo de Rebeca me miró furiosamente.

—Sí, estamos tres docenas de chicos guapísimos y yo, celebrando una fiesta secreta en este lugar, que en realidad es de alto *standing*. ¿A ti qué te parece? ¡No seas una cagada y entra de una vez! Antes de que te vea alguien ahí parada como un monigote.

—No creo que pueda pasar por ahí.

Escuché cómo gruñía y luego agarró la cadena y la zarandéó. Produjo un ruido metálico y frío.

—¡Sí que cabes! Yo paso por el hueco y soy más alta que tú. ¿Entras o no?

Dudé unos momentos, pero había llegado hasta allí para hablar con ella y no me iría sin hacerlo.

Me agaché y metí primero las manos para agarrarme al dintel de la puerta y luego la cabeza. Ladeándome para pasar primero un hombro, y después el otro, deslicé luego una pierna, las caderas y la otra pierna. Realmente no fue tan difícil; el hueco era mayor de lo que había calculado en un principio. O yo más pequeña de lo que pensaba.

Dentro, una amalgama de olores malsanos me golpeó. Suciedad, orín, algo parecido a sudor de animal, cartones mojados... todo formaba un hedor ácido que me obligó a taparme la nariz con la mano y a respirar a través de la boca. No veía nada. Excepto una estrecha franja de luz que entraba a través del resquicio de la puerta, el resto era una oscuridad compacta y apestosa. Escuchaba algunos ruidos inconcretos, que parecían provenir de todas partes, pero muy leves o breves, como papeles removidos por el aire. Entonces sentí un chasquido y apareció un potente haz de luz enfocando al suelo. Una linterna. La persona que la llevaba la levantó para iluminar su cara un segundo, lo suficiente para que reconociera a Rebeca. Estaba al otro extremo del local.

—¿Más tranquila? Estamos solas tú y yo. No tienes nada que temer.

—¿Qué hacemos aquí? ¿Por qué me pediste que nos viéramos aquí?

Por toda respuesta, Rebeca se colocó junto a mí y movió la linterna, haciendo un barrido de izquierda a derecha, para mostrarme el interior del local. Debía de llevar abandonado muchos meses, al menos, pero junto a los antiguos mostradores divisé lo que parecían refugios: viejos colchones con mantas, dobladas sobre ellos. Alrededor, enseres de lo más dispar: una lámpara de queroseno, libros apilados junto a una de las paredes, una vieja alacena con la pintura cuarteada y sin puertas, que mostraba en su interior cuidadosamente alineados platos, vasos y otros utensilios propios de cocina, un infernillo con una pequeña bombona al lado...

—Esto —dijo Rebeca dirigiéndome la linterna de lleno a la cara; me resultó tan molesta que la aparté de una manotazo— es nuestro *hogar*.

—¡Mientes! He estado en mi buhardilla.

Rebeca soltó una risa sarcástica y fea.

—Sí, la ocupamos hace poco. Hasta entonces éste ha sido nuestro hogar. Nuestro maravilloso palacio. ¿Qué te parece? Justo en el centro de la ciudad, cerca de comercios, metro... diáfano y moderno. Sencillo, sin —a medida que hablaba, iba endureciendo la voz— grandes alardes, sólo lo básico. ¡Lo *básico*!

—¿Y qué me quieres contar enseñándomelo?

La oí bufar.

—¡Que lo has jodido todo! ¡Las cosas estaban a punto de cambiar y has tenido que entrometerte y joderlo todo!

Apagó la linterna y nos quedamos sumidas en la oscuridad. No me gustaba nada cómo se estaba desarrollando la historia, así que di un pequeño paso hacia la puerta, que seguía entreabierta. De fuera me llegaba el ronroneo del tráfico. Escuché sus pasos alejándose de mí, hacia el fondo del local. Se movía como un gato en la oscuridad, no dio ningún traspie ni dudó. Sonó un pequeño chasquido y se encendió una bombilla que colgaba de un cable en mitad del techo del local. La luz que ofrecía era mortecina y amarillenta, pero suficiente para poder ver todo el local. No me había equivocado; estaba preparado para albergar a gente. A las brujas. Pero entonces pude comprobar que el local era un auténtico vertedero o el refugio secreto de un coleccionista loco, según se mirase. Había pilas de objetos aparentemente inservibles, desde viejas muñecas sucias con las caritas de cerámica, hasta enormes tarros de cristal de farmacias antiguas. Distinguí un candelabro judío, un sillón de capitoné con la tapicería raída, arrinconado a un lado, junto a una de las cosas más escalofrantes y aberrantes que había visto en mi vida: una especie de maniquí, de cuerpo entero, pero cuyas partes provenían de distintos muñecos, como si hubieran ensamblado extremidades de manera aleatoria. La cabeza pertenecía a una de esas muñecas gigantes que parecen bebés, pero le habían colocado una peluca negra y larga y vaciado los ojos. Las dos cuencas negras y vacías miraban hacia la puerta. El conjunto era repulsivo.

Rebeca me miraba desde el otro extremo, la mano todavía apoyada en el interruptor. Su rostro estaba extraño, algo distorsionado por el maquillaje de los ojos, que se había movido de sitio y emborronaba sus párpados. Tenía mirada de loca peligrosa.

—¿De dónde sacáis la electricidad?

Ahogó una risa.

—Te fijas siempre en los detalles más estúpidos. Hicimos un puente eléctrico a un vecino del primero. Cogemos su electricidad. Total, una bombilla no se nota.

—Ya. Ésa es tu forma de actuar, ¿no? Una bombilla no se nota, un coche no se nota, unas gotas de sangre no se notan...

Me detuve para espiar el efecto de mis palabras, pero no hubo reacción alguna. Continuó observándome con el gesto estático. Si acaso, puede que entrecerrara levemente los ojos.

–Estoy hablándote de...

–¡YA SÉ DE QUÉ ME ESTÁS HABLANDO! –gritó de pronto, furiosa, pegando un manotazo al aire. Su rostro enrojeció de ira durante unos segundos. Luego cerró los ojos y levantó la cabeza hacia el techo, inspirando aire con cuidado. Se apartó cuidadosamente el pelo de la cara, que le caía enloquecido sobre los hombros. Cuando volvió a hablar, había recuperado cierta normalidad en su voz, pero el tono era el de un adulto que intenta no perder los nervios ante un niño y no me gustaba:

–Ya sé a qué te refieres. Supuse que lo habías descubierto. De hecho, me ha extrañado que no te dieras cuenta en la mismísima cueva de la vampira. Estaba claro. Blanco y en botella.

–Me dijisteis que no era sangre humana.

–Sí. Y tú, que sabes tanto de lo que te rodea, te lo creíste, ¿no?

Me molestó mucho su cinismo.

–Claro. Confié en ti.

Rebeca dio unos pasos en mi dirección.

–Está bien. Pues voy a contarte algunas cosillas. Los vampiros no venden su piel por sangre de vaca o de ternera. Si quieren sangre de animal la cogen ellos mismos. Ratas, gatos, perros, lo que sea. Si quieres comerciar con ellos, tiene que ser sangre humana. No se pringan por otra, es la que más añoran de cuando vivían en libertad, en la superficie.

–Así que te has dedicado este tiempo a drogar a Elisa y sangrarla poco a poco para venderle su sangre a la vampira.

–¡Oh, no sólo a eso! La sangre humana da mucho juego.

No podía creer que la persona que me estaba hablando, con esa voz tan increíblemente fría, distante y presuntuosa, esa persona que me trataba con ese desprecio tan profundo, hubiera podido ser mi amiga durante un tiempo. Me había engañado.

–Es muy difícil comprar sangre sin adulterar fuera de los circuitos sanitarios. Tampoco dentro de ellos. Ahora ya no abunda tanto. La gente se ha vuelto egoísta. Han bajado las donaciones de sangre. Y la de Elisa es muy apreciable. Pese a la belladona.

–La belladona con la que la drogabais. Por ese motivo estaba siempre tan cansada y tan deteriorada. Sus dolores de cabeza, ese pesimismo, su apatía... todo era producto de lo que le estabais haciendo.

Rebeca se encogió de hombros y fue a sentarse a uno de los colchones.

–No pretenderás que me sentara en el sofá de vuestro piso, a su lado, y le dijera: «Oye, bonita, ¿te importaría prestarme un momento tu aorta?».

–¡Eres una hija de...!

Me chistó, con la mano levantada.

–Alguien tan educado y formal como tú no debería decir esas cosas. No está bien.

–¡Déjame en paz con tus discursos de lo que está bien y lo que está mal! ¡Eres una egoísta, una manipuladora, una cínica! Te has inventado esa libertad de conciencia para

no tener que enfrentarte a lo que estás haciendo. Has elegido la vía fácil, la de evitar cualquier responsabilidad. Haces lo que te da la gana y punto. ¡A la mierda lo demás!

Me miró enfurecida de nuevo y se levantó de un salto del colchón. Al hacerlo, levantó una pequeña nube de polvo a su alrededor. Me señaló con el índice de la mano derecha.

—¡Tú! ¡Tú no vengas a darme lecciones a mí! ¿Sabes lo que me había costado encontrar a alguien como Cala? ¡Es única, una entre un millón! Sólo tenía que educarla un tiempo más y lo habría aceptado todo. ¡Me pertenecía, joder! Y vas tú y le das alas a la idiotez esa de su madre. ¡No sabes lo que has hecho!

—¿A la idiotez esa de su madre? —grité—. ¿Tú qué sabrás lo que es querer a alguien? ¡No puedes apartar a Cala de su madre! ¡No puedes pedirle ese sacrificio! Pero, claro —dije, bajando de pronto el tono de voz—, qué te voy a contar a ti, alguien capaz de quemar a sus propios padres.

En cuanto lo dije, Rebeca volvió a demostrar lo inestable e impredecible que era. Me miró con una sonrisa cínica pero, cuando habló, su voz era absolutamente normal:

—Sí. No me hables de sacrificios. Todas vosotras sois unas blandas. No tenéis ni idea de lo que es el verdadero sacrificio. Sí, los quemé. ¿Y qué? Tenía que deshacerme de ellos, liberarme para poder encontrar el verdadero camino. ¿Tú podrías haber hecho algo así?

—¡No!

—¿Lo ves? —me dijo levantando sus hombros—. Lo que decía, una blanda.

—Estás loca...

—¿Yo? Yo no soy la que se convierte en humo y anda con los muertos...

Aquello me hizo recordar algo:

—Ahora que estamos en fase de sinceridad, dime la verdad: lo de Mamá Blanca fue una encerrona, lo sé. ¿Qué queríais hacer con eso?

Volvió a chistarme con parsimonia:

—No, eso a su momento. Ya sabrás a qué te estás enfrentando. No tienes ni idea. Ni la más remota idea de con quién te estás metiendo. Te has pillado los dedos al meterte en este juego, te lo aseguro. Pero lo pagarás. A mí me has jodido con lo de Cala, pero acabaré recuperándola. Convenciéndola de que es mejor deshacerse de las ataduras y los lazos. Y volverá a mí. Pero tú... guapa, no tienes marcha atrás. No hay camino de vuelta. Él será siempre mucho más poderoso que tú.

Sus palabras me hicieron sentir un frío atroz hasta en la médula. Intenté que no se me notara al hablar.

—¿Quién? ¿Quién es él?

Me miró en silencio, como compadeciéndose de mí.

—Él. Aquel que reina en los infiernos. ¿No eres tú la Perséfone que desciende al reino de Hades? Pues él es el mismísimo Hades. Y te aplastará de una forma muy dolorosa.

Nos callamos las dos. Los latidos de mi corazón inundaban mis oídos y además había comenzado a dolerme un lado de la cabeza, como si tuviera a alguien clavándome algo

afilado. Las dos tardamos en reconocer el sonido de un móvil. Rebeca se dirigió al colchón y sacó de debajo su mochila negra, la que llevaba siempre. Extrajo el móvil y lo descolgó. No dijo nada, simplemente escuchó. De pronto, clavó sus ojos negros furibundos en mí y me fulminó con la mirada. Reconozco que pensé: «Y ahora ¿qué?». Colgó de un manotazo.

—Era Berenice. Cala va a hacer una tontería. ¡Como le pase algo...!

Se dirigió al interruptor y apagó la luz de un golpe. La oscuridad se hizo compacta al instante. Escuché sus pasos y noté el rumor de su ropa cuando pasó junto a mí. Luego la vi escabullirse por la puerta hacia la calle. La seguí y salí afuera.

En la calle, la intensidad del tráfico había bajado notablemente. La luz de las farolas me pareció más blanquecina, tal vez por contraste con la noche absoluta que se había adueñado de la ciudad. Seguí a Rebeca cuando torció a la derecha y se detuvo junto a una moto Vespa vieja y blanca. Sacó una llavecita del bolsillo y la puso en marcha. Me paré a su lado.

—¿También la has robado?

Su rostro ya no era en absoluto el que yo recordaba. Era una máscara desagradable, con las comisuras de la boca más marcadas y las aletas de la nariz dilatadas. Era una cara de odio y rencor.

—¡Como le pase algo a Cala...! —repitió.

—Ya te he oído antes. Yo tampoco quiero que le pase nada. Vas a verla, ¿no? Llévame contigo. Quiero verla yo también y asegurarme de que está bien.

—¡Qué dices! ¡Ni loca te llevo conmigo!

Me crucé de brazos.

—Si estás tan segura de que he sido yo quien la ha convencido de dejaros, seguiré teniendo ese poder sobre ella, ¿no?

—¿Y por qué ibas a salvar su vida? ¿Por qué te importa lo que le pase?

—¡Porque ella no se parece a ti! ¡Y yo tampoco!

Reflexionó unos segundos sobre mis palabras.

—¿Y si vuelco la moto en una curva para que te caigas? ¿Cómo sabes que no haré eso?

—¿Te olvidas de quién soy? Además, o te conozco muy poco o esa forma de vengarte sería una mierda en comparación con lo que querrías hacerme.

Sonrió de una manera maquiavélica, concentrada en algo que se me escapaba pero que se me antojaba terrible.

—Sube.

Rebeca condujo como una lunática, esquivando coches, peatones, semáforos y otras motos como si fuera un videojuego en lugar de tráfico real. Dado que íbamos sin casco, cada vez que distinguía un policía a lo lejos, se metía por la primera callejuela que encontrara. Pese a las vueltas que dimos, no se perdió en ningún momento y tardamos muy poco en llegar a la calle Cervantes.

Dejó la moto frente al portal, sin ponerle ningún tipo de candado. Abrió el portón y,

antes de que yo entrara, ya había desaparecido. Escuché crujir peldaños de la escalera de madera varios pisos por encima de mi cabeza y supuse que había echado a volar, literalmente o no.

Subí lo más deprisa que pude, pero no me detuve en mi antiguo piso, sino que continué hasta la planta de los trasteros. La puerta del mío estaba entreabierta.

Entré.

Tardé unos segundos en acostumbrarme a la escasa luminosidad que proporcionaba la única vela encendida en el trastero. Rebeca se había detenido junto a la puerta y al entrar casi choqué contra ella. Se volvió molesta por mi intromisión y la cerró de golpe. A su lado estaba Berenice y en el centro de la habitación, Cala. A su alrededor, un círculo, bordeado por numerosos símbolos desconocidos. Cala nos miró a las dos, pero no parecía vernos. Tenía el brazo derecho extendido y el puño cerrado, como si tuviera algo en la mano.

Pero era su rostro, desfigurado por el odio, lo que más me alarmó. Tenía los ojos desorbitados y los labios fruncidos, y no paraba de musitar algo que no lograba entender.

—Cala, no lo hagas... —susurró Rebeca, extendiendo lentamente las manos hacia ella.

—He intentado quitárselo, pero ha hecho un buen conjuro de protección con el círculo —dijo Berenice, sin quitarle los ojos de encima a Cala—. No hay quien se acerque a ella.

—Pues tendremos que hacer algo —murmuró Rebeca, con los labios apretados.

La bruja dio un paso hacia delante y tocó con la punta del pie el borde exterior del círculo. Al instante, una llamarada de color azul surgió del suelo y envolvió su pierna. Profiriendo maldiciones, se tiró hacia atrás y se apagó con las propias manos las llamas del pantalón. Aquel movimiento repentino llamó la atención de Cala, que la señaló con un índice acusador.

—¡Tú! —exclamó con una voz grave—. ¡A ti te esperaba, so perra! ¡Arderás en el infierno, te lo juro por mi madre muerta! ¡Te llevaré con mis propias manos por lo que has hecho!

—¿De qué está hablando? —grité a Rebeca.

Me miró con desprecio desde el suelo pero, antes de que contestara, Cala echó a sus pies el polvo que había estado apesando en su mano y comenzó a mascullar una letanía de salmos incomprensibles, subiendo lentamente el tono de voz. A medida que lo hacía, una extraña polvareda fue formándose a sus pies, siempre dentro del círculo. Sin dejar de repetir sus extrañas palabras, movió su mano libre, haciéndola girar en espiral hacia el techo. Parecía que la polvareda respondía, porque pronto una especie de tornado formado por una neblina grisácea cubrió sus piernas y su torso y se elevó hacia el techo, en medio de un estrépito creciente parecido al ruido que provocaría un huracán. Tardé unos segundos en darme cuenta de que las otras dos brujas se habían alarmado notablemente. Berenice comenzó a dar vueltas alrededor del círculo; en aquellos puntos en los que rozaba la frontera del círculo, brotaba una llama azul. Rebeca, por su parte, había comenzado a gritar a Cala que se detuviese, que podían hablar de lo que ella

quisiese, plantearse otra forma de convivir, lo que fuera con tal de que acabase con aquello.

Pero Cala no sólo no se detuvo sino que incrementó su extraña actividad. Con la cabeza levantada hacia el techo y los ojos cerrados, sus labios siguieron moviéndose frenéticamente. De pronto, el suelo se abrió bajo ella. Es decir, desde el borde del círculo pintado con tiza hasta los pies de la bruja, desapareció el suelo de la buhardilla; en su lugar, pude ver una grieta oscura que descendía en picado hacia la nada. La grieta rodeó a Cala y se ensanchó, de forma que, calculé, podría caer en ella al vacío infernal que había desatado con su brujería. Las otras dos se detuvieron aterradas al verlo e intercambiaron una mirada de alarma. Tenía que intentar algo, por eso estaba allí.

—¡Cala! ¡Escúchame, soy Pers! —grité hacia el interior del círculo, en el que la figura de Cala se iba haciendo más borrosa por momentos, devorada por el torbellino enloquecido de niebla o humo—. ¡Habla conmigo, por lo que más quieras!

Grité su nombre dos o tres veces más, por encima del estruendo que producía la espiral, pero no se produjo cambio alguno. Al menos inmediatamente.

Cuando estaba buscando en mi cabeza alguna alternativa, vi cómo Cala bajaba la cabeza y abría los ojos para mirarme. Mi corazón se estrelló en la caja torácica cuando descubrí que sus ojos se habían vuelto completamente rojos, ojos de un animal mitológico sacado del mismísimo infierno. Me miró en medio de aquella locura y luego se giró hacia Rebeca.

—No te creí capaz —comenzó a decir con una voz tan grave que parecía de hombre— pero cuando cogí el cuerpo sin vida de mi madre supe que habías sido tú. Me la has quitado para que me quedara a tu lado. ¿Verdad, serpiente?

Rebeca asintió con la cabeza, con un aplomo sorprendente.

—Ahora eres libre —señaló Rebeca— para seguir nuestro camino sin atadura alguna. Te dolerá un poco al principio, pero es la única vía posible. No la que estás convocando ahora mismo. Ésa no conduce a nada.

—Sí, a un sitio —le rebatió Cala—: al infierno.

Al estruendo de tormenta se le unió un ruido parecido a batir de alas que salía de la grieta.

—¡No existe el infierno! —intervine, haciendo que las dos me miraran de súbito—. Cala, créeme, lo sé porque he estado al otro lado y no hay infierno. Acaba con esto, sea lo que sea, y hablemos.

—Tal vez —me respondió ella— no exista para ti. Pero sí para nosotras. Y allí me dirijo ahora mismo. Pero te regalo algo: las brujas te han vendido a Iskender. Ahora —dijo dirigiéndose a Rebeca— dile adiós a tu juguete.

Las tres, Rebeca, Berenice y yo, gritamos al unísono cuando Cala avanzó un paso y se dejó caer en la grieta abismal. Desapareció de nuestra vista en un segundo. Las tres nos lanzamos hacia delante pero, justo antes de que el círculo levantara una muralla de fuego azul, pude ver que su cuerpo había desaparecido en lo más profundo del agujero negro.

Un segundo después, la niebla se deshizo en el aire. La grieta se cerró y desapareció el fuego azul y el ruido. Lo único que quedó de la pesadilla eran los restos del círculo de tiza y un extraño olor en el aire. Ninguna otra marca de lo ocurrido.

Cala había desaparecido.

Yo contuve la respiración, impresionada por la locura demencial y monstruosa de la que había sido testigo. Me apoyé en la pared y miré a Rebeca:

—¡Mataste a su madre! —susurré, con un hilillo de voz.

La bruja se había sentado en el suelo, con la espalda también apoyada en la pared y los ojos fijos en el círculo. Tenía la vaga noción de que Berenice se encontraba al otro extremo del trastero.

—¡Cómo has podido hacerlo! ¿Esto es lo que querías conseguir? ¿Estás ya satisfecha?

De pronto, Rebeca reaccionó y, soltando un grito, se levantó de un salto imposible. Me miró, enloquecida de rabia. Tenía los puños crispados y la espalda encorvada hacia delante.

—¿Y TÚ? —gritó a pleno pulmón—. ¿ESTÁS TÚ SATISFECHA? ¿ERA ESTO LO QUE PRETENDÍAS?

—¡NO ME CULPES A MÍ DE TUS ERRORES! —me defendí, gritando.

Un ruido me sobresaltó; miré hacia mi derecha a tiempo de ver cómo Berenice estaba atravesando los restos del círculo, en mi dirección. Con la misma crispación en el rostro; con los mismos ojos rojos infernales que había visto en Cala antes de desaparecer.

—¡Ahora te toca a ti pagar tus culpas! —escuché a Rebeca. La miré; sus ojos también se habían transformado. Comenzó a acercarse a mí, lentamente, paso a paso, al igual que Berenice por el otro lado. El terror trepó por mis piernas como un gato y se me heló la nuca. La puerta de salida del trastero quedaba tras Rebeca. Comencé a respirar entrecortadamente, mientras veía cómo las dos acortaban la distancia que nos separaba. No apartaba los ojos de las dos, pero era claramente Rebeca la que más me asustaba; estaba enloquecida y esos ojos inhumanos no pertenecían a este mundo. Cuando vi a Berenice trepar por la pared como un insecto, decidí utilizar la única salida que no podían obstaculizar, un camino entre dos mundos que no se parecía en nada a una grieta abierta en el suelo.

Migré.

Aterricé en un mundo húmedo y tibio, y durante un segundo me pregunté cómo sería la placenta materna en la que me formé. Abrí los ojos en medio de un líquido que me impedía respirar. Miré hacia arriba y vi luz por encima de mi cabeza, así que nadé hacia ella. Emergí con los pulmones a punto de explotar, en mitad de algo parecido a un baño árabe, con bonitos azulejos decorando un banco adosado a una de las paredes de la estancia abovedada. A ambos lados del banco, sobre unas mesitas de hierro, varias velas encendidas se derretían con parsimonia. Las llamas oscilaban suavemente sin parar, como meciéndose. Frente a mí, unos escalones salían del agua. Comprendí que había caído en una piscina de formas redondeadas, justo bajo una altísima bóveda de la habitación, de la que se salía por una única puerta abierta. Tras ella, descubrí varios pasillos en todas direcciones. Algunos de ellos descendían en escaleras, mientras que otros simplemente giraban a izquierda o derecha. Pero era una construcción moderna, en cualquier caso; los pasillos tenían focos encastrados bajo un falso techo que iluminaban todo el recorrido y las paredes tenían una pintura de estuco de color vainilla.

Con la ropa y el pelo chorreando, escogí la escalera que ascendía. Subí un par de tramos y salí a un pequeño recibidor con una puerta estrecha al otro lado. Estaba también entreabierta, sólo tuve que empujar un poco. Iba preparada para encontrarme cualquier cosa: muertos vivos o más sirenas, brujas inmolándose o cualquier otra especie desconocida, pero nada me preparó para lo que me encontré.

La biblioteca del piso en el que estaba viviendo.

Me giré para mirar la puerta por la que había entrado. Se trataba de uno de los cientos de paneles idénticos de la librería, repletos de libros. Era un pasadizo oculto que conducía al verdadero interior del edificio, como si fuera una especie de hormiguero gigante, cuyo vientre estaba atravesado por túneles y pasadizos. Cuando lo comprendí, me pregunté en qué momento se me habría ocurrido pensar que los incorpóreos podían llevar una vida normal.

Sentí un alivio tan extenuante al encontrarme a salvo que tardé en darme cuenta de que arrastraba el bolso, empapado, como todo lo que se encontraba en su interior. Por ejemplo, el móvil, completamente inutilizado. Ya lo resolvería al día siguiente.

Me giré y descubrí a Orlando, apoyado en el dintel de la puerta, vestido solamente con un pantalón de pijama masculino. El torso de un niño de catorce o quince años. Estaba masticando algo. Me miró sin sorpresa alguna.

—¿Has podido verlo todo, querida?

Negué con la cabeza.

—Ah. Cuando quieras te muestro todas las piscinas.

Dio media vuelta y se metió en la cocina.

Cuando entré en mi habitación, había una rosa azul de tallo largo sobre la almohada de la cama. Debajo, una breve nota manuscrita:

Lo siento.

G.

Llené la bañera de agua caliente y me metí dentro durante casi una hora. Coloqué la rosa en la repisa de la bañera, de forma que la tuve a la vista durante todo el baño. Me daba miedo que desapareciera, que se desvaneciera junto a la nota.

Cuando regresé a la biblioteca, descubrí a Orlando consultando un libro de tapas rojas, de pie junto a la librería. Su larga melena albina formaba ondas sobre su torso. No levantó la mirada del libro al oírme entrar.

Me senté en el sofá de enfrente, con las piernas cruzadas. El baño caliente, pero especialmente el alivio y la tranquilidad que me había proporcionado la nota, habían convertido mis músculos en un amasijo de plastilina. Esperaría a que se me secara el pelo y me metería en la cama.

—¿Qué tal ha ido? —quiso saber, aún concentrado en la lectura.

Me encogí de hombros.

—Mal, supongo. Me ha llegado el mensaje de que las brujas me han vendido a Iskender.

Esta vez sí me miró.

—Entonces es una suposición acertada. Deberíamos hablar con Ulla.

—¿Has visto a Gabriel?

Me miró con extrañeza.

—No. ¿Por qué tendría que haberlo visto? —perpleja, comencé a formular una justificación a mi pregunta, pero no hizo falta—. De todas formas, antes ha cruzado un incorpóreo. Ha permanecido a este lado muy poco tiempo. Bien —apremió—, hemos de ponernos en marcha.

Se puso en pie de manera enérgica.

—¿Ahora mismo? —protesté—. Necesito dormir. He tenido un día espantoso y estoy cansada. Estoy segura de que, sea lo que sea que signifique ese Iskender, puede esperar a mañana, ¿no?

Orlando meditó unos segundos.

—Supongo que sí, querida. Nunca antes había intentado salvar una vida humana, así que no conozco muy bien los procedimientos habituales. Esperaremos a mañana. ¿Por qué dices que has tenido un día ajetreado?

Inspiré una bocanada larga de aire.

—Ajetreado es decir poco. Ha sido espantoso. Para empezar, por la mañana he estado visitando a mi mejor amiga, que ha tenido un accidente. Está en el hospital recuperándose...

—Oh, vaya, querida, espero que no sea nada.

—No, no, está bien. Ahora, al menos. Llegó a sufrir una parada cardíaca.

Orlando me miró con las cejas enarcadas.

—Una... —intenté explicar— que llegó a morir, vamos. Pero luego la recuperaron.

—Oh, entiendo. Bueno, la vida es así. Al menos la humana. Unos se quedan, otros se van... Tendrás que superarlo.

Cogió otro libro y se enfrascó en su lectura, pero yo estaba algo incómoda por lo que acababa de decir.

—¿Qué quieres decir? Ella no se ha ido, se ha *quedado*.

—Por ahora.

—¿Cómo?

Cerró el libro y me miró con un mohín infantil de fastidio.

—¿No acabas de decirme que tu amiga cruzó el túnel de luz?

—Eeh... no, no lo había dicho. Pero supongo que fue algo parecido a cruzarlo, por lo que me contó. ¿Por qué?

Cuando habló de nuevo, la vida volvió a adquirir esa particular densidad en suspenso. Como si las partículas de aire flotaran suspendidas en torno mío y pudiera coger una con los dedos. Porque Orlando dijo:

—Todos aquellos que lo cruzan una vez en su vida, que lo ven, están condenados. Nos hayan visto o no. No pueden continuar en este plano. Tienen que regresar al mundo en el que deberían estar. De eso nos encargamos nosotros. Bueno, yo mismo no, hace tiempo que lo he dejado. Pero, sin ir más lejos, a Lyuba le fascina.

El aire, en suspensión, paralizado en mis pulmones.

Elisa, contándome en el hospital que había estado muerta.

El demente que me asaltó, en mi piso, narrándome cómo Lyuba arrancó el aliento vital de su novia porque los había visto.

No podían quitarme a Elisa.

—¿Dónde está Lyuba ahora? —apenas me salía un hilo de voz.

Orlando se encogió de hombros.

—Dijo que tenía que hacer algo.

Abandoné el piso a la carrera.

Me colé por Urgencias. Di bastantes vueltas, perdida, por pasillos muy poco transitados, en silencio. Una enfermera me preguntó adónde iba y yo dije que estaba buscando la salida. Me dio unas indicaciones para salir y simulé seguirlas, hasta que la perdí de vista. Luego volví sobre mis pasos.

Cuando llegué a su planta, al ala donde estaba su habitación, ya sufría de fuertes arritmias cardíacas. No paraba de repetirme que estaba exagerando la situación y que probablemente estaría durmiendo tranquilamente. Pero aun así, y dado que podían permitirle un acompañante, me quedaría con ella esta noche. Y si estaba Alberto,

intentaría convencerle para que me dejara su puesto de vigilancia. Al fin y al cabo, él tenía que madrugar al día siguiente, no yo. Un argumento incontestable.

Pero cuando abrí la puerta de la habitación, no era Alberto quien estaba con Elisa en la penumbra de la habitación.

Era Lyuba.

Estaba sobre Elisa. Apoyada en sus manos y rodillas, con la cara a escasos centímetros del rostro de Elisa, que parecía dormir. La luz blanca mortecina que salía del pequeño fluorescente situado sobre la cabecera de la cama daba a la cara de Lyuba la textura de la cera.

No había comenzado aún a sorberle la vida, estaba solamente mirándola, pero cuando me oyó entrar giró la cabeza para mirarme con sus ojos gigantes de ardilla. Me sonrió. Juraría que fue una sonrisa sin maldad ni cinismo alguno. Algo así como si se alegrara honestamente de verme.

—¡Lyuba, no! —exclamé.

De pronto, de la oscuridad que reinaba en el extremo más alejado de su cama, surgió otro tipo de negrura, más compacta, más absoluta. Una sombra que reptaba por la pared como la que vi una vez en Nueva York. Sólo que esta vez aquella cosa reptante que devoraba la luz sí cobró forma, delante de mis ojos. Quería verme con sus ojos humanos y que yo la viera a ella. Cuando se hubo materializado por completo, se colocó en el radio de iluminación del fluorescente de la cama de Elisa. El espectro salió a la luz con una sonrisa triunfante de chacal en el rostro. Debía de estar deseando este momento con ansia, estoy segura. Se colocó entre la cama y yo, pero no me impidió ver cómo Lyuba abría delicadamente la mandíbula de Elisa.

—¿Qué vas a hacer ahora, tan sola y vulnerable? —preguntó entonces Isaak.

—¡Isaak, por favor, dile que pare! —supliqué—. ¡Lyuba, para!

—¿Y si no, qué harás? —bisbiseó con sus labios entreabiertos. Mi angustia le producía éxtasis.

Entonces Lyuba comenzó a sorber la vida de Elisa, de Eli, mi mejor amiga, la única que tenía, uno de los escasos seres humanos que me mantenían a salvo de la locura, el cordón umbilical con mi naturaleza humana. Estalló una bola de fuego en mi interior, abrasándome la garganta a medida que formaba un grito y me lanzaba hacia delante, a la desesperada, para detener a Lyuba, costase lo que costase, aunque fuera mi propia vida. La desesperación inundó mi cabeza de un dolor ácido, porque sabía que la presencia de Isaak allí tenía un único significado: atacarme de una vez por todas, borrar me del mapa para siempre, aprovechando mi debilidad hacia Elisa. Lo vi con una claridad diáfana y no me importó lo más mínimo.

Al tiempo que me lanzaba con las manos extendidas, Isaak inclinó su torso hacia mí y abrió sus brazos, como para recibir cómodamente mi ataque. Durante una fracción de segundo imaginé cómo me cogería y me partiría en dos justo por la espina dorsal, para luego devorarme. O, quién sabía, tal vez hacerme algo peor.

Pobre Elisa, su salvación dependía de mi escuálida ayuda. Estábamos acabadas las dos.

Justo antes de cerrar los ojos para evitar que su rostro de animal de hielo fuera lo último que viera, percibí un ligero movimiento a mi izquierda. Una enfermera, pensé, acaba de entrar. Giré la cabeza, con la intención de gritarle que saliera de allí o acabarían también con su vida. Pero no fue una borrosa silueta blanca de uniforme de enfermera lo que vi, sino todo lo contrario: una mancha negra. Una forma borrosa, más negra que el fondo de oscuridad de la habitación, que enseguida cobró contornos nítidos y luminosos.

Era la luz de un ángel.

Del único ángel que podría haberme salvado. Que siempre me había salvado y siempre lo haría.

Gabriel completó su migración al tiempo que se arrojaba contra Isaak, al que hubiera derribado sobre la cama de Elisa, de no ser porque ambos se transformaron a la misma velocidad de vértigo en dos sombras en combate. Como dos masas gaseosas oscuras, comenzaron a retorcerse sobre sí mismos, recorriendo las esquinas del techo, hasta que se arrimaron peligrosamente hacia la ventana. Se separaron unos segundos, para medirse mutuamente, y luego se atacaron de nuevo. Pero de esta explosión producida por el choque, ambos se volatizaron. Supe que proseguirían su lucha durante la migración e, incluso, más allá, en el reino de La Araña.

Me quedé bloqueada al darme cuenta de que era Gabriel. Había visto perfectamente cómo, en el escaso tiempo en que adquirió forma humana durante su presencia en la habitación, me había sonreído. Fugazmente. Me devolvió la esperanza que creía perdida. La calma, la fe y el amor que había depositado en él, aunque se me hubiera olvidado durante los últimos días. Dentro de mi pecho renació una ola de optimismo...

...que se vino abajo en cuanto recordé qué hacía allí. Miré a Lyuba. Ella también había detenido su proceso de aspirar el hálito vital de Elisa, distraída por la fiereza del choque entre Gabriel e Isaak. Nos miramos sorprendidas. Tuve una idea, probablemente la idea más estúpida e inútil de cuantas había tenido en mi vida, pero la llevé a la práctica. Con la voz más dulce y serena que pude encontrar en mi devaluado arsenal emocional de entonces, susurré:

—Lyuba, querida, te estaba buscando —la niña-monstruo me contempló con curiosidad cristalina en sus ojos gigantes de ardilla—. Queda un último trozo del pastel de chocolate de Huan. Y Noah quiere comérselo, pero le he dicho que era tuyo.

Abrió los ojos y frunció la boca con un mohín infantil de fastidio, lo que me hizo pensar que había perdido mi oportunidad. Que mi idea había sido un absoluto fracaso. Pero, para mi sorpresa, saltó de la cama y se colocó en el suelo, los brazos en jarras:

—¡Que no se le ocurra tocarlo! ¡Es mío!

Envuelta en un aura de niña caprichosa, se encaminó hacia la puerta, pero cuando pasaba a mi lado, se detuvo en seco. Me miró:

—Pero no puedo irme. Le prometí a Isaak que la eliminaría yo.

Se giró hacia Elisa y mi corazón volvió a dispararse.

—No es necesario. Yo me ocuparé. Yo la quitaré de en medio.

Recé para que la angustia no se notase en mi voz. Ella dudó unos segundos, mirando de hito en hito a Elisa, una bella durmiente en su cama, ajena a lo que se estaba decidiendo en aquellos momentos.

—No sé...

Agarré su mano con dulzura.

—¡Te dejaré que me peines!

—¿De veras?

Asentí, nerviosa. Venga, venga, estaba tan cerca de conseguirlo... y la oportunidad se esfumó en el aire, cuando dio media vuelta y regresó junto a Elisa.

—No, creo que lo acabaré yo misma. Si no, Isaak se enfadará conmigo.

Intenté hablar, decir algo nuevo, pensar alguna otra ocurrencia que inclinara la balanza de Elisa hacia la vida, pero en su lugar me brotó una especie de llanto. Comencé a temblar mientras Lyuba se encaramaba a la cama y le acariciaba la frente a Elisa. En ese momento, una pelea de gatos subió nítidamente hasta nuestra ventana: maullidos agudos y enfurecidos de varios gatos, seguramente debido a restos de basura. Los chillidos de los animales alertaron a Lyuba, que se giró concentrada hacia la ventana. Luego me miró, entusiasmada:

—¡Gatos! ¡Adoro a los gatos! ¿Cuántos crees que habrá?

Con un hilillo tembloroso de voz lo intenté por última vez:

—Baja. Ve a verlos... parecen muchos... yo me ocuparé...

Bajó de la cama, echó a un lado los visillos de un manotazo y abrió la ventana. Al instante, una bocanada de aire gélido inundó la habitación. Al otro lado, la ciudad negra, moteada de puntos luminosos. No podía sentirme más alejada de la vida que se desarrollaba fuera de la ventana. Lyuba asomó la cabeza y medio cuerpo, colocándose de puntillas. Se giró una sola vez más hacia mí:

—¿Seguro que te ocuparás tú? ¿No te importa hacerlo?

Apenas pude negar con la cabeza.

—¡Vale! ¡Gracias!

Me tiró un beso y se lanzó por la ventana. Yo corrí a cerrarla, aun a sabiendas de que eso no la detendría en caso de que quisiera regresar. Miré hacia fuera. No la vi. Tan sólo escuché una nueva revuelta de gatos, pero, a diferencia de la anterior, esta vez los últimos maullidos que partieron el silencio fueron claramente lastimeros. Pobres gatos. Les debía la vida de Elisa.

La miré. Tenía mal aspecto. Probablemente, lo que había iniciado Lyuba era crítico en su estado, así que apreté insistentemente el pulsador de emergencia. Enseguida llegó la primera enfermera, una chica joven y pequeña, que encendió todas las luces de la habitación. De un vistazo, calibró la importancia de la situación y salió en busca del médico. Entretanto, volví a mirar a Elisa. Tenía las facciones contraídas, como si hubiera

estado soñando con mucho dolor, la piel grisácea, unas pronunciadas ojeras y los labios algo amoratados. Regresaron a la carrera la enfermera de antes, otra nueva y un médico.

Yo retrocedí hacia la pared más alejada del trajín, mientras les veía hacer múltiples comprobaciones sobre la salud de Elisa. Decidieron subirla a la UCI. La enfermera bajita reparó en mí cuando habían salido todos en tropel. Me dijo que esperase noticias. Asentí. En una unidad de vigilancia intensiva, permanentemente iluminada y observada, sería más difícil para cualquier incorpóreo volver a intentarlo. Sólo necesitaba que Elisa pusiera de su parte y saliera de ésta.

Me senté en la cama ahora vacía. Quedaba una sensación de calma parecida al rastro de un tornado, con miles de migajas de vida esparcidas en cualquier dirección. Yo, particularmente, me sentía como si el propio tornado me hubiese succionado y escupido después. Regresó a mi memoria la fugaz mirada de Gabriel antes de lanzarse a por Isaak. La congelé. Era un rostro serio, tenso, pero al mismo tiempo pudo enviarme un mensaje cuando contrajo suavemente las comisuras de los labios hacia arriba, en un conato de sonrisa, y ablandó sus ojos, como diciéndome: «Tranquila, estoy aquí, no se saldrán con la suya». Y después su rostro se endureció, se preparó para el combate, justo antes de convertirse en humo de nuevo.

Nunca antes le había visto hacer una migración a una velocidad tan rápida. Nada más importaba. Lo habíamos conseguido. ¿O no?

Un roce de ropa a mi lado me sacó del ensimismamiento. Me pegué un buen susto cuando descubrí a Lyuba sentada en la esquina de la cama, mirándome. En la mano tenía algo parecido a un pellejo negro y manchado.

—¿Dónde está?

Me había pillado desprevenida su regreso, así que pensé algo a toda velocidad.

—Se llevan a los que mueren.

Asintió, convencida. Miró con asco el pellejo de gato y lo tiró de mala gana a la pequeña cesta de basura junto al sofá.

—Voy a por mi trozo de pastel —afirmó a continuación y desapareció.

Volví a quedarme sola, de nuevo con los latidos del corazón aporreándome el pecho, pero con cierta seguridad de que no volverían por aquí.

Ahora tenía que preparar la fuga de Elisa. Pero, de momento, lo que hice fue tumbarme en su cama y apagar la luz del cabecero.

Gabriel volvió a desaparecer. Durante las noches que pasé junto a la cama de Elisa en el hospital, cabeceando incómoda en el sofá de acompañantes, llegué a pensar que había sido una alucinación. Tal vez no había ocurrido nada, ni el ataque de Lyuba siquiera. La niña-monstruo se comportaba en el piso con absoluta normalidad. Era como si la vida continuase porque nunca había sucedido aquel capítulo.

Luego estaba la otra teoría que me atormentaba de vez en cuando, en una especie de ciclo paranoico. Pensaba que Gabriel no se había puesto en contacto aún conmigo porque seguía luchando con Isaak, dos ciclones enfurecidos, enzarzados en una espiral violenta de destrucción mutua.

Durante las dos semanas que siguieron al ataque de Lyuba, mi vida adquirió unos hábitos rutinarios. Acompañaba a Elisa por las noches. No me resultó difícil convencer a Alberto en este punto, pese a que quería ser él el que estuviera allí. A mi argumento de sus madrugones, él opuso otro de jornada laboral. Al final llegamos a un punto intermedio: habló en su oficina, explicó cuál era la situación, y le permitieron alterar su horario para la ocasión, de forma que comenzó a salir a las dos de la tarde, momento en que me relevaba. A esa hora, yo me iba al piso, me duchaba y comprobaba que seguía sin noticias de Gabriel. Una de las tardes, Orlando cumplió lo prometido y me enseñó el laberinto de túneles y baños que albergaba el extraño edificio en el que vivíamos. Termas romanas, baños árabes, saunas finlandesas... las tripas del edificio eran un homenaje a todas las formas posibles de disfrutar del agua.

A las diez regresaba al hospital, despedía a Alberto, y me preparaba para pasar una noche más con Elisa, que había ido recuperando buen color lentamente. Hablamos mucho aquellos días. Las noches nunca eran silenciosas: las enfermeras hacían acto de aparición, a veces de manera sigilosa, otras de forma mecánica, más de media docena de veces. Elisa y yo dormitábamos a intervalos irregulares pero, cuando ninguna de las dos podía conciliar aquel sucedáneo de sueño, comenzábamos a charlar en voz baja. Surgían recuerdos, confidencias, algunas risas y más de un llanto. Hablé mucho de la muerte de Mateo y de lo que seguía pesando la ausencia de mi madre. En más de una ocasión, me sentí tentada de contarle toda la verdad acerca de los incorpóreos, de revelarles quiénes eran, quién era en realidad Gabriel y, de paso, desahogarme explicándole todo lo que sabía sobre mí y mi naturaleza de híbrido. Me sentía impelida a acabar con las medias verdades, con el juego de traiciones en que se había convertido mi vida..., pero sólo tenía que traer a mi memoria los ojos de Lyuba, mirándome a unos centímetros del rostro de Elisa, para recordar de quién se trataba. Y mis ansias de descubrirme se desvanecían. Como el humo negro de que estaban formados todos ellos.

Una tarde, justo en el momento del relevo, me llevé aparte a Alberto al pasillo, aprovechando la visita de una enfermera. Lo había meditado, había tenido tiempo para pensar en el plan de fuga de Eli. Algo que no levantara las sospechas de nadie, incorpóreo o humano. Y lo tenía al alcance de la mano.

Le pedí a Alberto que sacara a Elisa de la ciudad. Que, tan pronto le dieran el alta médica, la llevara a casa de sus padres, para que su recuperación fuera completa, aunque llevara más tiempo. Y que considerara de forma inmediata la opción de instalarse allí. Aquel proyecto que acariciaba, según me había explicado Elisa. Por supuesto, mi proyecto excluía que Eli abandonara los pinceles, al contrario: allí dispondría de tiempo y de espacio para crear su taller de arte y dedicarse a ello plenamente. Era el momento de hacerlo realidad. La ocasión perfecta. Mientras Elisa recobraba su salud, Alberto podría preparar el traslado. Habría tiempo para todo.

Alberto me miró con suspicacia durante mi explicación. Cuando pensé que se echaría atrás, que tal vez Eli y yo habíamos malinterpretado sus sentimientos hacia ella, que no estaba preparado para dar ese paso, que huiría, comencé a perder fuelle. No había pensado en un plan B, y durante unos breves segundos me sentí algo acorralada, derrotada. Había estado tanto tiempo viendo esa idea como la única salida, la más segura para garantizar la supervivencia de Elisa, convenciéndome de que era lo que *tenía* que ocurrir, que la reacción tan fría de Alberto me desarmó. Tiempo después supe que no era rechazo, sino que estaba calibrando lo que tenía de factible aquella opción. Calculando cuándo y cómo se podría hacer. Cuando abrió la boca para decirme que estaba absolutamente de acuerdo conmigo y que se pondría manos a la obra para prepararlo todo, me pareció que el pasillo entero se iluminaba. Me lancé a darle un abrazo que le pilló por sorpresa y le hizo reír.

Los padres de Elisa tenían una pequeña quesería en una aldea de los montes de Lugo. Durante el vuelo nos explicó a Alberto y a mí que su padre provenía de Burela y que allí había pasado ella su infancia. Pero cuando el negocio del padre comenzó a ir mal, regresaron al pueblo de su madre, donde sus abuelos tenían una quesería artesanal, en el límite oeste de Los Ancares lucenses. Lo primero que hizo su padre fue modernizar las instalaciones y ampliar el radio de venta de los quesos caseros. La idea fue buena y enseguida se convirtió en el sustento familiar.

En Lugo alquilamos un coche y condujimos por la A-6 en dirección sur. Abandonamos la carretera estatal por As Nogais, que quedaba a los pies de hormigón del viaducto de gigantes que era la carretera a su paso. Atravesamos el pueblo, vadeamos un pequeño río que discurría a espaldas de un hotel y nos internamos por una frágil carretera que llevaba a Alence. La carretera, por la que apenas podían transitar dos vehículos en dirección contraria, circulaba enterrada bajo las espesas copas de los árboles, que ocultaban en algunos tramos casi por completo la luz del sol, dejándonos sumidos en una suerte de tinieblas que de pronto estallaban en mil pedazos, como los fragmentos de un espejo

roto, cuando, tras girar en una curva especialmente complicada y cerrada, abandonábamos el paraguas vegetal y salíamos al sol.

Brillantes prados en laderas corridas a ambos lados, increíbles bosques cuyos helechos tenían la altura de un niño de cinco años, un río junto al que corría en paralelo la carretera que no paraba de ascender. Mil olores sin adulterar envueltos en frío, vacas que nos miraban sin dejar de rumiar, mulas perezosas, perros que nos ladraban al pasar... Elisa nos guió con calma a través de la tierra de su juventud, de la que había huido en busca de las luces de la ciudad, y a la que regresaba ahora, necesitada de paz y tranquilidad.

La carretera se convirtió enseguida en un rudimentario camino de gravilla aplastada que serpenteaba por la ladera escarpada de una montaña en la que ahora raleaba la vegetación. Gigantescas extensiones de pradera en pendiente se abrían antes nuestros maravillados ojos. Al fondo veíamos cómo los bosques seguían el sendero entre montañas. Pasado un rato, alcanzamos nuestro objetivo, una pequeña aldea llamada Nullán. Circulamos junto a la tapia del viejo cementerio y nos internamos entre el grupúsculo de casas que la formaban. Eli nos indicó dónde teníamos que detenernos. Un camino de hormigón conducía, entre parches de hierba mojada y barro, a las escaleras que subían a la entrada de su casa. Al escuchar el coche, se asomó la madre de Elisa, seguida por el padre. En cuanto la reconocieron, bajaron a abrazarla. Su madre se mostró muy emocionada por el regreso. Era una mujer de rostro huesudo, con arrugas tensas sobre el mentón saliente y unos pómulos picudos. Tenía los labios finos y, aunque sonriera, eran sus ojos los que más mostraron la alegría del reencuentro con su hija. Respecto al padre, era un hombre enorme, de hombros anchos y espalda encorvada. Tenía la piel sonrosada y el pelo absolutamente encanecido. El padre nos apretó las manos a Alberto y a mí. Su madre sí que nos dio dos besos, como dos golpes en las mejillas. Faltaba poco para atardecer y había refrescado bastante. Las copas de los árboles anunciaban que se avecinaba el viento helador de la cara norte de las montañas, así que los padres de Eli nos apremiaron para que entráramos en la casa.

El edificio era adusto, reciente, una construcción en hormigón limpia de adornos y repleta de ángulos rectos. Dos plantas: una, la principal, que albergaba la cocina, el saloncito, las habitaciones (cuatro en total) y un cuarto de baño. Otra, la inferior, que había sido destinada a trastero y almacén. En un ala contigua estaba la quesería, un espacio diáfano y aséptico, donde se mezclaba y fermentaba la leche. A unos metros de la entrada a la vivienda, un hórreo alzado sobre sus seis pares de columnas. Era un almacén típico de la zona donde se almacenaban víveres y alimentos, a salvo de los animales de rapiña. No creía que quedaran muchos lobos, y mucho menos que se adentraran en el pueblo para saquear la comida, pero Elisa me guiñó un ojo y me dijo en voz baja que las ratas tampoco podían subir por las patas del hórreo. Podía encontrar cierto romanticismo literario en la idea de lobos acechando la comida, pero en ratas...

Los padres habían preparado la casa para nuestra llegada. Elisa dormiría con su

hermana Blanca, que estaba fuera en el momento de nuestra llegada; Alberto, en un pequeño dormitorio de invitados, y yo, en el antiguo cuarto de Elisa, que conservaba gran parte de los recuerdos de la juventud de Eli.

Cenamos en la cocina, sentados en un banco corrido que discurría apoyado en la pared, por detrás de la antigua cocina de carbón de la que no había querido desprenderse la madre de Elisa. No obstante, habían comprado una moderna vitrocerámica, que lucía casi impecable en una esquina de la ancha cocina. Cenamos pote gallego. La cocina de carbón desprendía tal calor que no era necesaria calefacción en esa zona de la casa. El padre de Eli nos sirvió un vino áspero y casi negro en unos vasos chatos. Durante toda la cena no se aludió al hecho de que Elisa y Alberto fueran novios, aunque la forma en que se rodeaba el tema me dio a entender que se sabía y aceptaba, aunque no lo asumieran aún. Alberto se mostró encantado con la zona, los paisajes, las posibilidades de un alojamiento rural con éxito. Lo encontré más locuaz que durante la cena que tuvimos los cuatro en el lejano Madrid. Estaba contento, feliz, dicharachero.

En mitad de la cena regresó Blanca. Había ido con unas amigas a la capital, a Lugo. Se parecía a Elisa, pero era más pequeña y redonda que su hermana mayor. Se llevaban ochos años, pero la brecha de edad parecía menor, probablemente debido a que Blanca, pese a su piel y pelo brillantes, iba vestida con ropa que la hacía parecer mayor. Una falda oscura y holgada y una camisa de flores debajo de un grueso jersey gris no resultaban muy favorecedores. Ella se quedó deslumbrada con la ropa que llevaba Elisa. Entre carcajadas, Eli le aseguró que la llevaría de compras. Algo reservada al principio, se mostró no obstante encantada con la idea de que su hermana hubiera decidido regresar. Se inició entonces entre ambas una suerte de conversación íntima, que consistió en preguntas y respuestas acerca de la gente de la zona. Ni Alberto ni yo sabíamos de quiénes hablaban, antiguos amigos de Elisa, compañeras del colegio. Me fijé en que Alberto parecía tomar nota mental de todo lo que pudiera retener, como si necesitara aprenderse todos los nombres de aquellas personas que habían significado algo en la vida pasada de Elisa. La mayoría, según pudimos saber por las respuestas de Blanca, había abandonado las zonas rurales hacia Lugo u otras capitales de provincias. Algunos incluso se habían establecido en Madrid. Blanca no podía creer que Elisa no supiera esto último y, por mucho que Eli se esforzara en explicarle que no había seguido en contacto con esas chicas, y que lo inabarcable de la capital dificultaba en extremo un encuentro casual, Blanca no se lo terminaba de creer.

El juego continuó un rato más, de manera cordial. Supe de labios de la propia Blanca que estaba en el penúltimo grado de secundaria y que estudiaba en el único instituto de la zona, en As Nogais. Su padre la bajaba en coche todas las mañanas antes de comenzar su faena y la recogía justo antes de comer. Blanca nos anunció su intención de trasladarse a Lugo para estudiar Filología gallega. Ése fue el instante en que la madre de Eli apretó su mano, emocionada, diciendo que al menos cuando se le fuera la pequeña tendría de regreso a la mayor.

La cena, que había comenzado muy pronto, acabó a las nueve y media. Fuera habían desaparecido la vida y el mundo, devorados por una noche absoluta. Desde una de las ventanas de la cocina se podía ver una farola junto al camino asfaltado. Pero su luz parecía comprimida y acechada por la oscuridad. Escuché unos aullidos en la lejanía y le pregunté a la madre de Elisa si eran lobos. Seguramente, me dijo, pero ya no bajan aquí. Recogimos los platos y los restos de la cena entre las mujeres, excepto Elisa, por su convalecencia. En cambio, Alberto intentó ayudar en un par de ocasiones, pero el padre de Elisa le insistió en que se quedara sentado. Luego le ofreció un aguardiente casero en un vaso diminuto. Cuando se acercó después hasta la pila, donde me encontraba fregando los platos, me pidió un vaso de agua y me dijo que el aguardiente le había quemado los labios. Pues tendrás que acostumbrarte, bromeé, o no te considerarán un hombre de verdad. El pobre me miró compungido y luego se encogió de hombros. Miró a Elisa, que charlaba en el banco con su hermana, y me dijo que tendría que acostumbrarse, por ella, por Elisa. Cuando lo dijo, no hubo ningún tinte especial en su voz ni en sus ojos, pero por la forma de mirarla, o tal vez por cómo colgaron sus palabras suspendidas del aire, me invadió una nostalgia insoportable durante unos segundos. Dolorosa y agri dulce. Pero también la tranquilidad de saber que dejaría a Elisa en buenas manos, porque Alberto no me había defraudado, ni sus sentimientos hacia mi mejor amiga.

Pero había algo más, algo perfectamente claro para mí, reconocible aunque no había podido disfrutarlo en muchas ocasiones a lo largo de mi vida. El sentimiento reinante en aquella cálida cocina era el de una familia. Era un concepto poderoso, fuerte, que irradiaba luz y calor, y que los mantenía a todos unidos. No necesitaban decirse con palabras que se querían los unos a los otros porque simplemente estaba ahí, a la vista de todos. Y, de alguna forma, hacían extensible su invitación a los recién llegados. Nos habían acogido de una manera sencilla y serena. Y yo me encontraba cómoda entre ellos.

Una hora después, la casa se quedó en silencio, durmiendo. Mi habitación colindaba con la de Blanca, y podía escuchar a las dos hermanas hablar y reír en voz baja. Salí de mi cama y fui a verlas. Charlamos un rato las tres a solas. Los padres de Elisa se habían acostado hacía un rato y Alberto también se había retirado. Desde la puerta cerrada de sus padres nos llegaban los ronquidos de oso del padre. Cuando Eli nos aseguró que Alberto no roncaba, Blanca se rió de manera tímida. Le preguntó a su hermana que cómo lo sabía y entonces fue nuestro turno de reírnos. Elisa le explicó que, aunque menos a menudo de lo que les gustaría, habían compartido cama bastantes noches. Pero que últimamente, como no se había encontrado muy bien, habían descartado lo de dormir juntos, para que Eli pudiera descansar lo máximo posible. Yo tuve que desviar la mirada. Si Alberto hubiera pasado todas las noches con ella, las brujas no habrían podido extraerle sangre. Aunque tal vez sí se hubieran atrevido, haciéndole a Alberto lo mismo.

Recordar aquello me provocó un malestar que no pasó desapercibido para Elisa, y me preguntó qué ocurría.

—Las noches son tan negras aquí... me hacen pensar en seres... oscuros.

Me miraron sorprendidas, pero fue Blanca quien continuó el hilo de mis pensamientos:

—Yo sé de qué hablas. De brujas.

Mi corazón dio un vuelco.

—¡Qué dices! —dijo riendo Elisa. Fuera, el viento ululaba y se estrellaba contra las persianas, haciéndolas crujir.

—Brujas —continuó, seria, Blanca—. Ésta es una tierra de meigas.

—Por favor, hermanita, en esta casa nunca hemos creído en esos cuentos.

—Te equivocas. No es una cuestión de creer o no, sino de convivir con ello de una manera tan arraigada que ni siquiera te planteas si creer o no. Las noches de meigas, de sapos, de lavandeiras, de conxuros... simplemente son. Nadie se lo cuestiona. En todo caso, ya sabes lo que dice la gente por aquí: «Eu non creo nas meigas, mais habelas, hainas».

—Simplemente, son —repetí fascinada.

Blanca asintió. Elisa ya no reía, pero no había borrado una sonrisa burlona de su cara.

—Tú ya lo has olvidado, pero mañana verás la herradura tras la puerta de entrada de casa. Y las historias de la lavandeira que te llama cuando pasas junto a la vera del río para que la ayudes. Y aquí mismo —dijo señalando el suelo bajo la cama en la que estábamos las tres sentadas— hay otra muestra más: un pequeño saquito de sal, para protegernos.

Cuando regresé a mi habitación, me arrodillé junto a mi cama y levanté la falda de la colcha: al fondo, pegada a la pared, distinguí una pequeña bolsita blanca anudada. Sí, Elisa no podía estar mejor en ningún otro sitio.

Dormí plácidamente hasta las nueve y cuarto de la mañana. Me despertó la madre de Elisa llamando a las gallinas. Subí la persiana y dejé que entrara el sol en la habitación, pero era una luz fría y apagada. Fuera, los campos estaban cubiertos de escarcha y las viviendas de alrededor mostraban a la luz del día su estado de abandono. Había numerosos cercados desvencijados en los patios traseros de las casas, que almacenaban desde viejos tractores hasta motocicletas seguramente inservibles. Pequeños gallineros repletos de aves y algunos cultivos de berzas o fresas.

Para salir de la habitación, me coloqué encima del pijama de Elisa el jersey más gordo que había traído. En la cocina, sentadas en el banco, estaban Blanca y Elisa, con sendas tazas de café ante ellas. La madre de Eli entró en ese momento, con la cara y las manos enrojecidas del frío y sonrió al vernos a las tres. Traía una hogaza de pan para que desayunáramos. Pregunté por Alberto y Eli me dijo que se había levantado pronto y había salido con el padre, para conocer el funcionamiento de la quesería.

Blanca se levantó, mientras su madre partía unas rebanadas de pan para tostarlo, y se acercó al fregadero. Vio algo por la ventana que llamó su atención y salió afuera, dejando la puerta entornada tras ella. Cuando regresó, medio minuto después, su mirada me alarmó. Con los ojos abiertos de par en par me buscó y luego me dijo:

—Alguien pregunta por ti.

Me puse en guardia, la espalda tensa y el corazón incrementando su ritmo cardiaco. Vi de reojo cómo Elisa y su madre se giraban a mirarme.

—¿Quién la está buscando, Blanca? —quiso saber mi amiga.

Por toda respuesta, la joven me hizo una señal con la cabeza para que saliera. Nerviosa, insegura y preocupada, abandoné el banco y me dirigí a la puerta de la cocina y de la casa.

Gabriel estaba al pie de la escalera y fue como una pieza de un puzle equivocado. Como un rostro recortado a mano y puesto sobre una fotografía con la que no guardara relación alguna. Ficticio. Irreal. Perfecto.

Me tendió un ramo con rosas azules. Sonrió. Pero, sobre todo, su mirada aguamarina me atravesó como un rayo. Bajé temblando los escalones que nos separaban y me detuve a una distancia de él. Sus ojos quedaban ligeramente por encima de los míos. Toqué la solapa de su abrigo y luego acaricié su pelo. Miré sus labios, que sólo parecían insinuar una sonrisa. Notaba el frío, pero eso ocurría en otra dimensión ajena a sus ojos. No me interesaba nada que no fuera Gabriel en aquellos momentos.

—Lo siento —murmuró.

Entonces sí que comencé a temblar. Él abrió su abrigo y me atrapó en un abrazo, protegiéndome del frío y del miedo y de los seres que seguían reptando por la oscuridad y de la negra soledad y de las noches sin él. Apoyé la cara en su hombro y, desde dentro de su abrigo, el mundo brilló como nunca antes lo había hecho.

—Ychard es mi apellido. Gabriel Ychard —dijo entonces—. Y quiero mostrarte algo.

LOCRONAN

A doce kilómetros de la bahía de Douarnenez, en la Bretaña francesa, entre el pueblo homónimo y Quimper, se encuentra una pequeña localidad llamada Locronan, a la que los bretones denominan Lokorn. Los celtas descubrieron este extremo de la costa y creyeron que habían llegado al fin del mundo. Finisterre. Cada primero de noviembre, Locronan festeja el día del pan de los muertos, una antigua tradición celta que consiste en que los panaderos del pueblo reparten por las casas una hogaza de pan, para honrar la memoria de aquellos que ya no están entre los vivos, pero que, por un día, tienen autorización para pasear entre nosotros.

Locronan, hoy en día, es un conjunto turístico de casas de piedra, granito gris oscuro principalmente, y calles adoquinadas sobre una colina. Nació en el siglo XI, cuando el conde de Cornualles cedió a la vecina abadía benedictina de Quimperlé el oratorio de Locronan, de su propiedad hasta entonces. Doscientos años después, un duque elevó el oratorio a rango de iglesia y a lo largo de los siguientes siglos proliferaron en torno suyo las viviendas de artesanos y comerciantes, hasta formar un enclave particularmente próspero durante los siglos XV al XVIII, gracias al comercio de telas para velas de barco, particularmente apreciadas por los navíos de la Marina francesa, los galeones de la Armada Invencible española y las carabelas de la Compañía de las Indias. A partir del siglo XVIII, sin embargo, la industria manufacturera de Locronan no supo adaptarse a los nuevos grandes navíos que reclamaban velas más grandes. Las telas de la localidad quedaron relegadas al comercio con barcos menores y el declive económico de la localidad fue imparable desde entonces.

Cuando Gabriel y yo paseamos por Locronan, noviembre estaba a punto de concluir. Había estado lloviendo los días anteriores y el granito gris de los muros y los adoquines de las calles parecían seguir reflejando el agua. Corría un aire helador, cortante como un cuchillo, y de vez en cuando olía al lejano mar. No había mucha gente por la calle y muchos comercios habían cerrado, porque estaban fuera de temporada. Lucía un sol exhausto, sin fuerzas para calentar ni casi alumbrar. Locronan era un pueblo bonito y estaba segura de que en verano sería maravilloso.

—Cuando nací aquí, un 10 de marzo de 1742 —narraba Gabriel—, el pueblo ya era sólo la sombra de lo que llegó a ser un siglo antes. Muchos vecinos se habían mudado a la vecina Quimper o incluso a París, en busca de tiempos más prósperos. Mis padres tenían un pequeño telar que trabajaba para las grandes industrias manufactureras, las que servían a los barcos; paradójicamente, fueron ellas las primeras en quebrar, mientras que los pequeños telares continuaron tejiendo telas para usos domésticos. Los ingresos eran

modestos, pero servían para alimentar a mis tres hermanos mayores y la pequeña Marie, que nació un año y medio después de mí.

»Mi madre se llamaba también Marie y mi padre Jean-Louis. De ella recuerdo que era una mujer fornida, de grandes rizos rubios, piel muy blanca y manos siempre enrojecidas. Mi padre, sin embargo, tenía un genio terrible y solía azotarnos a los chicos con una vara de cerezo cuando hacíamos alguna travesura, que era, por otra parte, casi todos los días. Excepto el mayor, al que llamaron como a mi padre y que formó parte enseguida del negocio familiar, mis otros dos hermanos mayores y yo solíamos escaparnos continuamente de los deberes de nuestra casa para jugar. Mi vida era sencilla o, al menos desde la distancia que proporcionan los años, no recuerdo nada grave.

»Migré por vez primera a la edad de siete años. De aquello sólo recuerdo una serie interminable de pesadillas y terrores nocturnos, de un miedo que se instaló en mi alma y que no me abandonó durante mucho tiempo. Recuerdo noches gélidas. En realidad, el sentimiento que suscitan en mí los recuerdos de aquellos tiempos se traduciría perfectamente por frío. No sólo frío físico –era pleno invierno cuando migré–, sino el frío de un niño perdido, desorientado y abandonado. Siempre he dicho que perdí a mi familia completa cuando tenía siete años, aunque en realidad fueron ellos los que me perdieron a mí.

Habíamos llegado a la Iglesia de San Ronan, un bonito edificio del siglo xv. La rodeamos y continuamos hacia el antiguo cementerio que arrancaba a espaldas de la iglesia. En una zona, próxima al muro, estaban las tumbas más antiguas, que no eran más que viejísimas estelas de piedra, cuyas inscripciones habían sido borradas por la acción del tiempo, toscas losas veteadas de verde, sin alineación alguna. Buscamos en vano entre ellas algún vestigio de sus antepasados, pero era imposible distinguir un solo nombre. Gabriel suspiró con decepción cuando decidimos abandonar nuestro intento.

–Me enterraron cuando me hallaron muerto. No sé si velaron mi cuerpo. En aquellos días, la muerte de niños era desgraciadamente común y mis padres tenían otras muchas bocas que alimentar, así que supongo que pasarían el duelo lo antes posible y seguirían adelante. Afortunadamente, las fuertes lluvias habían removido y reblandecido la tierra. Cuando desperté, tal y como viste tú misma a Noah, no me resultó muy difícil salir del ataúd. Los clavos que sujetaban la tapa habían sido eliminados y sólo quedaba una fina capa de tierra cubriéndolo. Me deshice de la mortaja blanca de lino en que estaba envuelto, y finalmente de una patada logré salir.

»Recuerdo que era noche cerrada. Seguía lloviendo. Me perdí. En lugar de ir en dirección al pueblo, de alguna forma acabé en el bosque. Cuando logré regresar al pueblo, estaba amaneciendo. La figura que llamó a la puerta de casa de mis padres era la de una criatura, envuelta en una sábana sucia y cubierta de barro, absolutamente mojada, y supongo que gimiendo y llorando. En estas tierras de raíces celtas, las leyendas sobre los muertos andantes estaban muy extendidas, y más en pleno siglo xviii. Siempre me ha

gustado esa paradoja: las religiones antiguas no nos negaban a los incorpóreos. De alguna forma, creían en nuestra existencia. Ahora ya no. Hemos desaparecido. Interesante.

Entramos en la iglesia, de nave rectangular. Había poca gente dentro y estaba iluminada tenuemente. Se había celebrado una boda recientemente y aún permanecía la decoración floral: gruesos centros de grandes flores blancas a ambos lados del altar y algún que otro atadillo de pequeñas florecillas del mismo color en los extremos de algunos bancos. Gabriel continuó susurrándome su historia.

—Fui trasladado a Quimper, no sin que antes el párroco de esta iglesia intentara sonsacarme que era un demonio. ¡Qué podía saber yo! Por mí, podía haber sido el mismísimo Lucifer, salido de los infiernos. Las imágenes que poblaban mi cabeza eran lo más parecido que había visto nunca al infierno católico, así que para mi aterrorizada conciencia de siete años bien podía haber salido del infierno, convertido en un demonio. Al menos, no intentaron practicarme un exorcismo. Siempre me ha parecido una práctica inquietante y dolorosa. Fue gracias a mi madre: la pobre mujer estaba tan convencida de que yo no era su hijo, porque me había amortajado con sus propias manos, que negó la posibilidad de una posesión demoníaca. Yo no era su hijo poseído por un demonio: era el mismísimo demonio.

Gabriel sonrió, pero fue más una mueca amarga que una sonrisa. Apreté su mano. Era evidente que le estaba costando un gran esfuerzo extraer ese volumen de recuerdos y dolor de su memoria para ofrecérmelos a mí. Pero había algo que no lograba entender:

—Gabriel, yo os he visto hacer migraciones. Desaparecéis del todo y, creo, eso es lo que me ocurre a mí también. ¿Cómo es posible que tu cuerpo pudiera permanecer a este lado, muerto?

—Eso sólo ocurre la primera vez. Es más bien como una muerte incompleta: al igual que cualquier otro humano, nuestra alma o conciencia o como lo quieras llamar, hace la transición, sólo que la nuestra regresa. Y mientras dura ese viaje, nuestro cuerpo permanece aquí. A partir de ese momento, en el resto de migraciones arrastramos nuestro cuerpo físico con nosotros.

—Conmigo no fue así.

Gabriel me sonrió.

—Tú eres distinta a todos nosotros.

No quería regresar a mi propia avalancha de recuerdos recientes, de los que tendría que hablar con Gabriel antes o después, así que le apremié a que continuara hablándome de su pasado.

—Estuve encerrado en los calabozos de Quimper, solo. Todos me miraban con auténtico terror. De fuera me llegaba el sonido de los niños que se aventuraban a espiar al demonio encerrado. Mis antiguos compañeros de juegos. Las risas, los insultos, los gritos. Enseguida supe que estaban preparando una hoguera en la plaza, para acabar conmigo. Estaba aterrorizado. Nunca he vuelto a pasar tanto miedo.

Casi podía escuchar el eco de aquellas voces entre las paredes de piedra de la iglesia.

Tenía el corazón encogido hasta el tamaño de una nuez.

—¿Y cómo lograste salir?

—Un viejo monje llamado Yago, él me sacó. Pidió entrar a ver al demonio, y por su vestimenta religiosa nadie le detuvo. Cuando estuvimos los dos a solas, frente a frente, me dijo que iba a liberarme. Simplemente tenía que seguirle, me explicó. Pero ¿cómo?, le debí de preguntar. «No eres un demonio, sino un niño asustado», me dijo. De su boca escuché por primera vez la palabra incorpóreo. Pero hizo algo más que hablarme de nuestro origen. Me explicó cómo hacer una migración controlada. Me dijo que me enseñaría todo lo que él sabía. Que no me abandonaría. Recuerdo que desde el ventanuco que daba a la plaza se podía escuchar la agitación del público que se había congregado en torno a la hoguera, ya lista. Yago me pidió que eligiera. No tuve que pensármelo mucho. Lo hice como me pidió: cogí su mano y me concentré en un pequeño riachuelo que discurría entre mi pueblo y el bosque con el que lindaba. «Piensa en cómo fluye el agua», me dijo Yago. Y migramos los dos de aquella miserable celda. Se quedaron sin demonio al que quemar.

»Aparecimos ambos, separados por unos metros, justo donde me había concentrado, en un meandro del río, detrás del cementerio que has visto antes. El aire frío y descarnado me supo a gloria. Yago me ofreció vivir con él, en un viejo monasterio de las montañas, casi abandonado. Allí me enseñaría todo lo que necesitara aprender de mi nueva vida como incorpóreo y de la vida de los humanos, entre quienes debería vivir muchos años más, me dijo. Acepté su oferta. Estaba perdido, asustado, y ya no quedaba nada de mi vida anterior en Locronan. Aquella fue la última vez que vi este pueblo, hasta que he regresado contigo, más de dos siglos después.

»La vida con Yago fue muy instructiva, al menos al principio. Tenía razón en lo que me dijo: en su monasterio abandonado sólo quedaba otro monje de clausura, benedictino, que nada sabía de la verdadera naturaleza de Yago. Ambos convivían en una suerte de armonía y respeto mutuo, cultivando el pequeño huerto que les daba de comer, amén de las pequeñas piezas de caza que recibían de vez en cuando, como generosa ofrenda de los habitantes de los pueblos vecinos, que los consideraban una especie de santurrones. El otro monje producía un vino áspero que calentaba a ambos hombres en la parte más dura del invierno. Allí, Yago me enseñó a leer y escribir, me explicó la Biblia y me mostró cómo mejorar la técnica de las migraciones. Me enseñó cómo sobrevivir al otro lado, en el territorio de La Araña. Me aclaró que había otros muchos como nosotros dos, pero que no solía cruzarse con ellos. Pero, sobre todo, me expuso su argumento de por qué no debíamos consumir vidas humanas para garantizar nuestra estancia en este plano. Yago era un hombre muy creyente, pese a ser una sombra. Él estaba convencido de la existencia de Dios e insistía que si no se lo había encontrado aún era porque había errado su camino. «Nosotros también moriremos, Gabriel», me decía, «tarde o temprano, y cuando lo hagamos nos encontraremos frente a frente con Él». Me cuidó y me acogió

como a un hijo durante el tiempo que estuvimos juntos. No puedo sentir más que devoción, afecto y respeto hacia aquel hombre.

Gabriel se detuvo. Podía sentir el increíble esfuerzo y la fatiga que producía en él ahondar de esa forma en sus recuerdos más lejanos, los más dolorosos. Pero no quería que se detuviese.

—¿Qué pasó con él?

—Un día subió al monasterio una joven del pueblo. No era más que una niña, aunque el desarrollo físico de hace dos siglos era más precoz que estos días. Las mujeres se convertían en madres a una edad muy temprana. Descubrí a aquella niña y ella me descubrió a mí. Simplemente la seguí cuando bajó de regreso a su pueblo. Revoloteé a su alrededor durante varias semanas, durmiendo a la intemperie y comiendo de las sobras que podía conseguir. Pero, pese a la precariedad, sentí un empacho de libertad como no había sentido nunca antes y una mañana abandoné el pueblo.

»Durante varios años recorrí muchos caminos. Recurría a la mendicidad o a pequeños trabajos en distintos pueblos para ir sobreviviendo, pero cuando no quería alternar con seres humanos me refugiaba en los bosques. Allí llegué a desarrollar buenas técnicas de caza, sobre todo porque podía materializarme de la nada junto a un cervatillo desprevenido. A veces vendía las piezas cazadas en el pueblo más cercano o las cambiaba por ropa y un alojamiento. Seguía teniendo el aspecto de un niño de siete años pero nadie hacía muchas preguntas. Eran otros tiempos. Respecto a mi verdadera naturaleza, huía de ella. Apenas tenía que regresar a Pandemónium, así que simplemente no viajaba allí.

»Transcurrieron así varios años, más de una década. Había llegado a viajar muy lejos. En barco, a pie, llegué a las grandes capitales europeas, donde me fundí con el entorno más hostil. Podía pasar más desapercibido, pero allí, en las callejuelas, las opciones para un niño como yo, al menos en apariencia, eran muy reducidas y solían comportar cierto peligro físico. Pronto me cansaba de las ciudades y regresaba al campo, donde disfrutaba de más libertad. Un día sentí la necesidad de regresar junto a Yago, así que emprendí el camino de vuelta. Me llevó un tiempo, más de un año, pero lo que encontré no era lo que me esperaba.

»El monasterio había desaparecido, pasto de un incendio. Busqué en medio de las ruinas a Yago, pero parecía que se lo había tragado la tierra. No hallé ninguna pertenencia suya, pero en cambio sí encontré los restos de un cuerpo. El otro monje. Seguramente debió de morir en el incendio. Pero de Yago, ni rastro. Llegué hasta el pueblo más cercano y pregunté por él. Tal vez alguien lo había visto. La única pista que obtuve, de un borracho, indicaba a Broceliande, el bosque mágico de Paimpont. Según el borracho, habían visto a un monje, de una barriga redonda y bien alimentada, y cabellera larga y blanca, como su barba, deambular por el interior del bosque mágico. No tenía nada que perder, así que me dirigí allí.

»Cuando era niño, y vivía con mi familia, ya se contaban historias acerca de aquel

lugar. Leyendas celtas, misteriosas y mágicas, muchas hunden sus raíces en la historia de Arturo y Merlín, que tiene su epicentro en Broceliande. Allí estaba Yago. Había ido a pedir alojamiento a la cercana Abadía de Paimpont, pero no le permitieron quedarse, así que se refugió en el bosque. Es un paraje mágico, de altos robles y hayas y lagos como no he visto en ningún otro sitio. Por eso es el enclave perfecto para las leyendas celtas que solían mantener alejados a los curiosos, situación gratamente aprovechada por Yago. Pero el monje que encontré allí estaba mucho del que había dejado una mañana en el monasterio de las montañas. Su apariencia había sufrido un notable envejecimiento y este hecho es inusual entre nosotros. Me confesó que se encontraba cansado y creía que estaba listo para partir, esta vez sin retorno. Estuve con él sus últimos días. Murió una mañana de marzo de 1779. Hice un hatillo con sus ropas de ermitaño y lo hundi en el centro del Espejo de las Hadas, el lago favorito de Yago en Broceliande. Él lo hubiera querido así.

Habíamos salido de la iglesia y volvíamos a caminar por las calles del pueblo. El sol se estaba ocultando rápidamente tras unas nubes espesas que venían empujadas por las brisas marinas. Aquella noche llovería. Nos refugiamos en nuestro hotel, una bucólica construcción al borde de un bosque. La habitación era sencilla, pero acogedora. Gabriel estaba exhausto. Este viaje estaba removiendo demasiados recuerdos enterrados. Y sabía que lo hacía por mí. Era su forma de decirme que me quería. A partir de ahora estaríamos en igualdad de condiciones: él lo sabía todo de mí, pero ahora yo también conocía su pasado. Gabriel Ychard. Me gustaba. No es que necesitase aditivos para quererle más, pero el simple hecho de poner un apellido a la persona de la que te has enamorado le da una nueva dimensión al asunto.

Por la noche, después de un baño, tumbados los dos en la cama, con la habitación en semipenumbra, sólo iluminada por una lamparita, Gabriel se sintió animado a seguir confiándome más de su pasado.

Contó cómo, tras la desaparición de su mentor, Yago, comenzó a buscar otros incorpóreos, otros seres como él que pudieran explicarle nuevos aspectos de su naturaleza. Pero, si bien a este lado la búsqueda parecía infructuosa —el propio Gabriel era consciente de que podía pasar junto a otra sombra sin reconocerla—, las veces que se aventuraba a buscarlos en Pandemónium resultaban aventuras estériles que le exigían un sobreesfuerzo inhumano. Cuando estaba a punto de tirar la toalla, desencantado, apareció en su vida Ulla. Había estado buscándole, cuando supo que Yago había ingresado al otro lado sin retorno. Había oído que el viejo monje tenía un pupilo y decidió rescatarlo. Aquello ocurrió en el otoño de 1827. Cuando le pregunté qué cosas hizo desde la desaparición de Yago hasta que conoció a Ulla, Gabriel contestó críptico:

—Atravesé una crisis.

Iba a preguntarle qué quería decir, pero levantó una mano e hizo un gesto como si moviera aire. Déjalo correr, pareció decirme, así que consideré adecuado no preguntarle más.

—Luego, de la mano de Ulla, entré en los círculos de las sombras y conocí a otros incorpóreos. Me sorprendió descubrir la organización que ya habían creado. Enseguida se me asignó un edecán, un antepasado de Nadir, como sabes.

—¿Y los conociste a todos entonces?

Gabriel negó con la cabeza.

—No, a lo largo de los siguientes años. Excepto a Kostya, a quien conocía de antes.

¡Kostya!

—Fue en el Siculicidium.

—¿En el qué?

—En la masacre de Madefalva. ¿No habías oído hablar antes de ello?

—No.

Gabriel se removió algo incómodo en la cama.

—El 7 de enero de 1764, 1.400 soldados de la reina austríaca María Teresa entraron subrepticamente en una aldea székely, un pueblo húngaro, como los magiares, y masacraron a sus habitantes, mujeres y niños incluidos, porque se habían negado a integrarse en el ejército de la reina.

—¡Qué horror! ¿Y tú estuviste allí?

—Sí. Y Kostya. De hecho, creo que se había establecido allí y vivía con una mujer székely. En medio de la masacre, huyó. A partir de entonces, se convirtió en el incorpóreo más asocial que existe. Siempre ha rechazado tener edecán. Y rehúye nuestro contacto. No lo necesitamos, desde luego. La Araña le encarga los peores trabajos. Por algo será.

En el cristal de la ventana se reflejaba la luz de la lamparita, como un faro en la noche. Pensé en la aldea atacada, las casas en llamas, el pánico, los soldados destruyendo a su paso... y a Kostya huyendo, ¿huyendo? ¿El mismo que me ayudó en casa de Mamá Blanca? Me acomodé en el regazo de Gabriel y él besó mi cabeza. Permanecimos en silencio por espacio de varios minutos.

—Pues a mí me salvó la vida —dije finalmente.

Gabriel me miró de reojo.

—¿Lo dices porque no acudió a la llamada de La Araña en aquella ocasión?

—No, hace unos días.

Esta vez sí obtuve plena atención de Gabriel, que se giró en redondo y me miró a los ojos. Me correspondía a mí ahora hablar. Le conté todo. No ocultó su malestar con la historia pero, cuando acabé, después de permanecer en silencio unos minutos, en lugar de demostrarlo, se limitó a manifestar su extrañeza ante la ayuda que me brindó Kostya.

—¿Y no has vuelto a verlo?

Negué con la cabeza.

—Fue Orlando quien intentó ayudarme a recuperar la cazadora. Está seguro de que Mamá Blanca se la habrá entregado a Iskender. ¿Quién es, Gabriel?

—Iskender es... en realidad no existe.

–¿Cómo?

–Iskender es la forma que tenemos de denominar al cuerpo que invade un occiso que huyó de Pandemónium hace muchos siglos. Ocupa un cuerpo tras otro, como un parásito, hasta que lo corrompe y queda inutilizado, muerto. Entonces busca un nuevo huésped para invadirlo.

–Entonces, ¿Iskender es un occiso?

–Depende. A veces es uno solo, a veces son muchos. Cuando uno logra introducirse en este plano existencial, busca a Iskender, para colonizar el mismo cuerpo, como soldados de un ejército.

–No entiendo lo de corromper el cuerpo...

–Los occisos son la muerte, Pers, la negación de la vida. Si uno invade un cuerpo humano, comienza a morir. A descomponerse a nivel celular, si lo prefieres. Por eso, cuando la putrefacción del huésped es evidente, y puede delatar al occiso, éste lo abandona por otro. Lleva saltando de cuerpo en cuerpo durante mucho tiempo.

Intenté imaginarme la descripción que estaba haciendo Gabriel de Iskender, pero no era capaz de concebir una monstruosidad semejante, una aberración de tal calibre.

–Y ¿qué quiere un ser como ése de mí, Gabriel? ¿Para qué querría *eso* mi cazadora?

Gabriel me acarició el cabello con lentitud. Le abracé y él respondió.

–Se supone que cuando Iskender avanza demasiado en la construcción de su ejército de occisos y de muerte, La Araña equilibra las fuerzas en el tablero y nos concede una oportunidad de luchar contra él. Crea para nosotros una reina.

Un escalofrío sacudió mi espina dorsal. Gabriel lo notó y me abrazó con más fuerza. Pero yo apenas podía notarlo. Había comenzado a temblar, porque, de pronto, creí comprender las razones que habían llevado a Gabriel a negar durante estos meses todas las insinuaciones que apuntaban hacia mí como...

–La Reina Azul.

Era imposible que La Araña, una entelequia irracional en mi mundo, el habitante de una pesadilla monstruosa, hubiera decidido dotarme de no sabía qué clase de poderes antes de mi nacimiento para que luchara contra una aberración como Iskender, un cuerpo muerto habitado por más muertos.

–La Reina Azul –susurró Gabriel–. Pers, tú no puedes ser. Para empezar, la Reina Azul es el único ser capaz de arrastrarnos al otro lado del espejo, algo que no podemos hacer ningún incorpóreo u occiso. Obligarnos a hacer una migración, hacernos desaparecer de este plano material para llevarnos de vuelta al plano de los muertos. Es imposible que...

Antes de que terminara la frase, me había subido la primera oleada de vómito hasta la garganta. Salté de la cama, tapándome la boca con ambas manos y me lancé al cuarto de baño. Cerré por dentro con el pestillo y me arrodillé delante del inodoro. La segunda oleada de vómito no tuvo ningún problema para salir. Con cada arcada, mi cuerpo se arqueaba en un espasmo muy doloroso, provocado por las palabras de Gabriel.

O debería decir, por la confirmación de mis peores pesadillas.

Gabriel llamó alarmado con los nudillos a la puerta, preguntando qué ocurría, pero no podía contestar.

Cuando acabé y pude levantarme hasta el lavabo, contemplé mi reflejo en el espejo. Me costaba mirarlo. ¿Era posible que el rostro que me estaba mirando, con mis rasgos, esa yo, pudiera ser la ficha del tablero del que había hablado Gabriel? ¿Cómo era posible que estuviese participando en una partida de ajedrez con seres salidos del infierno? No era posible. Yo era solamente yo.

O al menos lo era hasta que conocí a Gabriel.

Tal vez no lo había sido nunca. Tal vez nunca había existido la Perséfone que había concebido hasta hacía unos meses. Había sido todo una mentira, un espejismo, una dulce alucinación hasta el momento en que desperté a mi verdadera naturaleza de monstruo.

El rostro que me devolvía el reflejo estaba llorando gruesas lágrimas y me miraba con ojos asustados. ¿Era yo? ¿Alguna vez había sido yo misma? ¿O sólo había sido un sucedáneo, un juguete con el que pasar el rato hasta la llamada real? Todo era una mentira. Mi vida, mis sueños, mi pasado, incluso mi presente.

Las llamadas de Gabriel habían ido subiendo de tono.

Tapé con la mano el reflejo del espejo. Tenía la imperiosa necesidad de huir de todo aquello, de escapar, de ponerme a salvo, no lo quería, *no quería aquello*, tenía que haber una salida, una forma de escapar, tenía que... tenía que...

De pronto, todo el ruido en el interior de mi cabeza cesó. La calma que siguió tenía en sí misma la textura de una melodía dulce y la apariencia de una luz apaciguadora. Lentamente, bajé la mano del espejo y miré mi reflejo.

No volvería a perder los estribos de esa manera. Además, todavía necesitaba hacer algunas averiguaciones. Sí, había hecho que Noah y yo saltáramos a través del espejo, pero eso no significaba nada aún. Aquel hecho no estaba revestido de la gravedad completa de ser la Reina Azul. Pero lo averiguaría, porque no había sino un único camino. Hacia delante.

—Enseguida salgo —le dije a Gabriel, lo que apaciguó sus llamadas.

Me lavé la cara y los dientes. Limpié los restos del vómito y abrí la ventana del cuarto de baño. Al instante, el aire, helador, negro y con olor a salitre, invadió el pequeño cuarto y me envolvió. Mis nervios se calmaron y mi cabeza se terminó de despejar. Cerré la ventana y abrí la puerta. Gabriel estaba apoyado con ambas manos en el dintel. Me miraba preocupado. Sonreí.

—Estoy bien.

Negó con la cabeza y habló en un susurro.

—Te pondré a salvo de lo que sea que esté ocurriendo —me dijo—. Buscaremos en el planeta el lugar perfecto para que nada ni nadie te haga daño.

Esta vez fui yo la que negué con la cabeza.

—Al contrario —dije—. Seré yo quien te ponga a salvo. Pero no huiremos. Me enfrentaré

a lo que tenga que venir –Gabriel abrió la boca para objetar algo, pero puse mi dedo índice sobre sus labios perfectos–. No me has dicho si pudisteis capturar Nui y tú al occiso.

Perplejo con mi gesto y mis palabras, negó con un gesto.

–Entonces mañana iremos a por él. Si soy la Reina Azul, ha llegado la hora de asumir mi destino.

Gabriel cerró los ojos y dejó caer la cabeza hasta apoyarla en mi hombro. Dios, cómo lo quería.

MADRID

«Las horas son un recinto amurallado, [...] en cierto modo soy un sepulturero», escribió Robert Walser, 84 años atrás, mucho tiempo antes de su confinamiento voluntario en el manicomio de Herisau. Me pregunté cuánto del germen de su locura había ya en estas palabras. Pero lo cierto era que yo también lo sentía así. Sus palabras eran mías. Las horas se habían convertido en una morada inexpugnable, algo que había dejado de fluir, que se había detenido, congelado, solidificado, aprisionándonos a todos.

A los que estábamos esperando, agazapados, al occiso. Gabriel, Nui y yo.

Las horas son un recinto amurallado. Desde que había leído esa frase la noche anterior, no lograba sacarla de mi cabeza. Y ahora, un día después de haberla leído, aquí estábamos, todos, en desigualdad de condiciones. Esperando.

Gabriel sólo había intentado quitarme la idea de la cabeza una vez. Había ocurrido después de que saliera del cuarto de baño, en nuestro hotel de Locronan, con la cabeza más despejada que nunca y el estómago vacío a consecuencia de los vómitos. Había intentado disuadirme, asegurando que era un riesgo inaceptable, que no podía conducirnos a nada bueno. Fue entonces cuando le conté mi experiencia con Noah, allá en su casa, la noche en que estuvo a punto de reaparecer ante su madre. Había sido capaz de desintegrarnos a los dos, aunque todavía no sabía cómo, pero lo había hecho. Hice que migráramos y apareciéramos en el cuarto de baño de una oficina, en Madrid. Había sido un salto increíble. Sin embargo, ahora que sabía las consecuencias de esa habilidad recién descubierta, no me parecía tan buena noticia. ¿Hubiera sido mejor dejar que la madre de Noah lo descubriera y a cambio no tener que enfrentarme al hecho de que tal vez Ulla tenía razón? ¿Acaso tenía alguna importancia eso? Huir o rechazar los problemas no los soluciona, le expliqué a Gabriel. Había auténtico miedo en sus ojos aquella noche, podía sentirlo a través de su piel, miedo a perderme. Yo también lo temía. Pero nunca me había preguntado nadie, ni siquiera La Araña, si era esto lo que quería. He tenido la suerte de tomar lo mejor que me podía haber dado la vida, a Gabriel, y, a cambio, creo que he tenido que aceptar otras cosas menos buenas. Pero así es la vida, le expliqué.

Y no soy una cobarde.

Así que cuando Gabriel recibió una llamada de Nui, diciendo que el occiso estaba en Madrid, no nos sorprendimos ninguno de los dos. Y, con una calma absoluta, Gabriel le contestó que iríamos los tres a capturarlo.

No supe cómo habían descubierto que el occiso estaba oculto en la antigua estación de metro de Chamberí. Sabía de la alergia de los incorpóreos a introducirse bajo tierra, pero

ignoraba que los occisos no la padecían de igual forma. Desde luego, era un buen escondite para no ser rastreado por las sombras.

Nadir condujo el coche que nos llevó a los tres, a Nui, a Gabriel y a mí, desde el piso de El Retiro hasta la plaza de Chamberí, una vez hubo caído la noche. Cuando salí de la ciudad, días atrás, el otoño estaba manteniéndose templado y agradable. Pero, a nuestro regreso, la meteorología había cambiado por completo. El cielo estaba tan cubierto de nubes que lucía rojo, debido al reflejo de las infinitas luces de la ciudad. Un cielo enrojecido, como enfurecido, presagio de la tormenta que se avecinaba. También se había instalado un aire frío y desapacible que, de vez en cuando, olía a sierra, a montaña. Al menos, contribuía a limpiar de contaminación la atmósfera generalmente recargada de la ciudad.

Nos bajamos los tres en una esquina. Nadir se despidió de nosotros con un «Buena suerte», pero supe que iba más dirigido a mí que a los otros dos, mucho más experimentados en la caza de un occiso. La ansiedad se había apoderado de mis rodillas y de mi estómago. Hacía un rato que había abandonado la idea de disimular mis nervios, porque era inútil. Gabriel se mantenía constantemente pegado a mí, pasando su brazo por mi cintura o agarrando mi mano con fuerza. Era su forma de decirme que no iba a abandonarme, pero eso era algo de lo que no tenía la menor duda. Nui estaba también preocupado. Lo notaba por su manera de mirarme, cabizbajo. No se había opuesto en ningún momento a mi presencia, pero intuía que era debido a que había tenido una charla previa con Gabriel, lejos de mi presencia. Estaba aleccionado. Yo creo que enfocaba aquella incursión como si yo estuviera en medio de un aprendizaje y ellos dos tuvieran que velar por mi seguridad más que por el objetivo real de capturar al occiso. Al menos, hasta que descubrimos el sitio donde teníamos que entrar a por él.

Una estación subterránea de metro. Nui y Gabriel se detuvieron en seco en la acera cuando lo comprendieron. Junto a una cúpula tubular de cristal estaba Giacomo, el edecán de Nui, esperándonos. Se trataba, nos explicó, de una antigua parada del suburbano, cerrada en 1966, que recientemente el Ayuntamiento había recuperado como museo urbano. A esas horas ya estaba cerrado al público, pero de alguna forma habían conseguido abrirla para nosotros.

Apretando los puños y con el ceño fruncido, Gabriel fue el primero en atravesar la puerta de cristal que sostenía abierta para nosotros Giacomo. Esa puerta daba a una pequeña plataforma que desembocaba en una escalera de caracol que descendía. A la derecha, un ascensor de cristal. Detrás de Gabriel entré yo y cerró la comitiva Nui.

Comenzamos a bajar en medio de un silencio absoluto. La escalera acababa en una especie de recibidor, con un mostrador donde se alineaban algunos folletos. Detrás del mostrador, un par de pantallas de circuito cerrado de televisión, apagadas. La iluminación era contemporánea, fría, blanca.

—¿Va todo bien por allá abajo? —gritó Giacomo desde arriba, con un fuerte acento italiano.

–Sí, todo bien –contesté yo, tras unos segundos de silencio–. Puedes cerrar. Gracias y hasta luego.

–Bien. *Ciao* –se despidió desde arriba.

Escuchamos un ruido seco y supimos que Giacomo había encajado la puerta de cristal, para que no llamara la atención desde el exterior. Estábamos solos.

Miré a Gabriel. Había palidecido y su rostro estaba serio y tenso. Sentí una aguda preocupación por él. Tal vez era pedirle demasiado. Apreté su mano y me miró enseguida:

–Estoy bien. Es sólo que... me preocupa no estar en las mejores condiciones para defenderte aquí abajo, si ocurre algo, Pers...

Por alguna graciosa paradoja, su miedo me infundió valor. Sonreí, intentando transmitirle algo de serenidad:

–Si ocurre algo será que nos llevaremos a ese occiso de regreso a Pandemónium. Eso será lo que ocurra Gabriel, nada más.

Le di un abrazo pero noté los músculos de su espalda tensos, duros. Estaba preparado para el asalto. Detrás de nosotros, unos escalones antes del vestíbulo, estaba Nui. La luz blanca del techo caía sobre su rostro tatuado y lo convertía en una especie de careta de monstruo mitológico. Daba miedo verle. Estaba inmóvil, con ambos brazos en paralelo al cuerpo, los hombros levantados y la cabeza inclinada hacia la estrecha puerta metálica roja que teníamos enfrente. Me adelanté y la abrí lentamente.

Los goznes produjeron un chirrido que llenó de eco todos los rincones de aquel extraño sitio, como si se desparramara por el aire quieto y agazapado de la estación.

Lentamente, con un exceso de precaución, metí la cabeza por la abertura y miré. Delante de mí se abría un pasillo cuyas paredes estaban cubiertas con el baldosín rectangular blanco y brillante tan característico de las antiguas estaciones de metro. La luz procedía de un cable que recorría el techo gris, del que pendían, cada dos o tres metros, sencillas bombillas.

A mi izquierda estaba lo que debía de haber sido la entrada original a aquella estación, una subida de peldaños estrechos de granito. Ahora, esa bajada se había reciclado en una sala audiovisual, según deduje de una gran pantalla de plasma situada frente a la escalera. Los peldaños servían de asiento para el público, igual que debieron hacerlo durante los bombardeos de la Guerra Civil. En algunos peldaños había unos grandes cojines rojizos, para que el público pudiera contemplar la proyección cómodamente.

A la derecha, el pasillo se convertía en el vestíbulo de la estación, con la taquilla y las compuertas de acceso. El silencio y la soledad de aquel sitio me pusieron los pelos de punta. Parecía congelado en el tiempo, abandonado a su suerte pero sin que los años lo hubieran modificado ni un ápice. Si hubiera comenzado a ver fantasmas de transeúntes de la década de los treinta del siglo pasado, me habría parecido de lo más natural.

Pero no era reconfortante en absoluto.

Entré de nuevo en el vestíbulo, donde me esperaban Gabriel y Nui.

–Está vacío. Tenemos que entrar –les dije.

Gabriel asintió enseguida, pero Nui no hizo ningún movimiento. De hecho, me extrañó que se mantuviera tan estático. A Gabriel tampoco le gustó, porque enseguida se giró hacia él:

–Nui, ¿estás bien?

Para mi sorpresa, Nui, el feroz guerrero de la cara pintada, movió lentamente la cabeza de izquierda a derecha. Luego clavó sus ojos en Gabriel.

–Lo siento –susurró con una voz sin fuerza. Lo comprendí al instante.

Gabriel se acercó a él y le colocó la mano en el hombro.

–Está bien, amigo. Regresa arriba y vigila la entrada. ¿De acuerdo?

Esta vez, Nui asintió.

–Yo... lo siento –repitió, pero el alivio había aclarado algo su voz.

Sin esperar nuestra respuesta, dio media vuelta y subió la escalera pesadamente. Cada dos pasos volvía la cabeza para mirarnos por encima de su hombro. Estaba claro que era presa de un fuerte conflicto interior, se le notaba en la expresión de furia de sus ojos, en los nudillos blancos de sus puños apretados. Dios sabía cómo se reprocharía el resto de su extensa vida si nos ocurría algo a cualquiera de nosotros, por habernos dejado solos.

Sólo cuando Nui hubo desaparecido de nuestra vista, Gabriel se giró hacia mí y emitió un largo suspiro.

–Quedamos dos –sentenció.

–Perséfone –murmuró acercándose a mí hasta que nuestros cuerpos quedaron unidos en uno solo–, prométeme que a la menor amenaza de algo saldrás corriendo de aquí y dejarás que me encargue yo.

–Te lo prometo –contesté– a cambio de una cosa.

–¿Qué?

–Que me prometas tú que pasaremos juntos el resto de nuestras vidas.

Me contempló unos segundos, con los ojos más bellos que podrían existir, y luego pronunció un «Te lo prometo» que no llegué a escuchar porque, de pronto, el vestíbulo se inundó con el estruendo de un tren que debía estar atravesando una línea muy cerca de donde nos encontrábamos.

En el aire todavía flotaban los últimos vestigios del ruido ensordecedor del tren. En cuanto se hubo calmado, y el aire se aquietó de nuevo, la estación, con nosotros dos dentro, dio un vertiginoso salto hacia atrás en el tiempo. La ausencia de actividad era palpable, pero la conservación era tan notable que todavía permanecían en una pared los avisos de aquellas décadas, con los precios de los billetes y los horarios de los trenes. Las paredes y el techo, incluso en las esquinas, estaban cubiertas por los baldosines de cerámica blanca. Brillaban a la luz de las bombillas, ajenos al tiempo y a los espectadores que éramos Gabriel y yo. A un lado y a otro, las cabinas que debieron albergar en su momento a las taquilleras gritaban con su voz muda los ecos de la soledad.

Cuando atravesamos el acceso de entrada, frente a nosotros, se abrían dos pasillos,

uno a la izquierda y otro a la derecha. Ambos se transformaban en escaleras que descendían, seguramente hacia el andén. Un gran mosaico con una enorme flecha roja señalaba a nuestra derecha. Nos asomamos. Me fijé en que el material del que estaban hechos los peldaños brillaba.

—Polvo de vidrio —escuché a Gabriel a mi lado. Le miré sin comprender—. Cuando se construyó esta estación, los peldaños se hacían con una especie de mortero que contenía granito y polvo de envases de vidrio, para asegurarlos contra el desgaste. Como ves, los primeros intentos de reciclaje son bastante antiguos.

Pese a que intentó que su voz sonara ligera, sabía que las toneladas de peso que flotaban sobre nuestras cabezas le estaban torturando. Sin embargo, saberme en peligro aquí abajo le mantenía con una voluntad férrea junto a mí. Tuve una idea:

—Escucha —dije haciendo un esfuerzo notable para que no me delatara el miedo que sentía—, vamos a hacer una cosa. Allá abajo tú no tienes ninguna oportunidad, esto te está matando, es evidente. Pero a mí no me causa daño alguno. Voy a bajar, sólo para ver si el occiso está abajo. Si veo la menor señal de alarma, gritaré. Y entonces, sí, Gabriel, por lo que más quieras, baja a ayudarme.

Ni siquiera me estaba escuchando.

—No. Nos vamos ahora mismo.

Me cogió de la mano y me obligó a dar media vuelta para regresar hacia el vestíbulo. Me solté de mala gana.

—¡No puedes tratarme siempre como a una niña!

—Pers —articuló con dificultad—, éste no es el momento. No puedo seguir bajando y no voy a dejarte sola. Habrá otra ocasión para atraparlo.

Volvió a cogerme, pero esta vez me moví rápidamente.

Tan rápidamente que sólo tuve que desearlo. Fue tan fácil que me dejó sin aliento, igual que a él. Simplemente, tuve que visualizarme a cinco metros de distancia de donde estábamos los dos. Y entonces hice la migración más veloz y meteórica de mi vida. Simplemente me desvanecí en el aire para volver a tomar cuerpo donde lo había deseado. A Gabriel le pilló de improviso. Se quedó con la mano levantada, sujetando la nada, y tuvo que buscarme alrededor para descubrirme unos metros por detrás de él, al inicio de las escaleras de bajada al túnel. Me miró con los ojos completamente abiertos y tardó unos segundos en articular palabra:

—¡Pers! ¡Eso ha sido... ha sido... extraordinario! No sabía que habías adquirido esa destreza ni esa velocidad. Eres muy buena.

Sonreí, aliviada. Dio un par de pasos hacia mí, pero bajé unos cuantos peldaños. Gabriel se detuvo al inicio de la escalera, pero esta vez no intentó hacerme cambiar de opinión.

—Júrame —dijo desde lo alto de la escalera— que volverás a hacer eso si hay la menor señal del occiso. Y que no te enfrentarás a él.

—No te preocupes, no estoy loca. No tengo intención de dejar que me haga daño —le

aseguré y comencé a bajar el resto de la escalera. Desde arriba, me gritó:

–Estaré aquí esperando.

–¡Vale! –grité.

Ante mí, justo en la pared del recodo a la derecha, un cartel hecho con viejos mosaicos anunciaba «C. Caminos – Tetuán» y una flecha roja que señalaba en la única dirección posible.

Desemboqué en la antigua estación. Curva y pequeña, mucho más pequeña que las actuales, había sido recuperada con todos los detalles maravillosos de cuando la ingeniería industrial y urbana perseguía, además de un fin, un concepto de estética. Era bellísima. Enormes carteles publicitarios hechos con baldosas pintadas anunciaban distintos productos y servicios. Y cada uno de estos anuncios comerciales estaba enmarcado en un friso decorado de color bronce.

Y, sin embargo, era como si el aire estuviera solidificado, como si estuviera inmersa en una sustancia gelatinosa, porque me costaba un esfuerzo extraordinario dar cada paso. No tenía que ser muy lista para adivinar que se trataba solamente de miedo. De alguna forma, sabía que no estaba sola allá abajo. Los ojos de todos los rostros pintados con primor en los grandes anuncios me miraban caminar, como si ellos también tuvieran vida propia y acecharan, vigilantes, el movimiento de una sombra que se ocultaba en los rincones más oscuros de aquel túnel.

Las suelas de goma de mis zapatillas no hacían ruido. Y yo me movía tan despacio y con tanta cautela que mi ropa tampoco crujía. De todas formas, no estábamos en completo silencio: el aire que silbaba en el túnel era tan real como yo. Y luego estaba el eco de otras vías, las que rodeaban esa estación, que transportaban hasta mis oídos las notas graves y constantes de los rodamientos de muchos otros trenes.

El andén estaba separado de las vías por unos paneles de cristal de una altura que los hacía inexpugnables. De esa forma, supuse, se protegía a los visitantes. Pero protegerlos ¿de qué?

No tuve que esperar mucho para comprender la respuesta a la pregunta que me había formulado: de pronto, percibí un lejano rumor que fue cobrando cuerpo y fuerza y aumentando de potencia hasta convertirse en los dos potentes focos delanteros de un tren que penetró en la estación a una velocidad de vértigo. El tren, moderno, con pasajeros, atravesó la estación y la llenó con un estruendo insoportable. Era tan largo, o la estación tan pequeña, que la cabecera ya había salido por el otro extremo cuando el final del tren no había aparecido aún. Durante una fracción de segundo, todo, la estación, su suspensión gelatinosa en el tiempo, yo, y todo lo que la conformaba, nos convertimos en el ruido del tren. Las ventanas iluminadas llamearon silbantes a su paso por donde me encontraba. Seguí con la mirada, torciendo el cuerpo, el final del tren, como si se tratara de una serpiente gigantesca y mitológica que abandonaba la cueva. Cuando el tren desapareció de mi vista, aún seguía el ruido, como la estela de un cometa, anacrónico, imposible en un entorno así. Me dejó paralizada durante los segundos posteriores a su

desaparición, exhausta, y con el corazón todavía latiendo deprisa por la invasión acústica y visual de esa presencia inesperada.

Cuando me giré para continuar mi inspección del resto del andén percibí un movimiento extraño, leve, rápido, casi intangible, con el rabillo del ojo, a mi espalda. Di un paso hacia atrás tan brusco, del sobresalto, que casi perdí el equilibrio. Fuera lo que fuera lo que había creído ver, venía del otro extremo del andén, justo el que no había mirado aún.

Comencé a respirar con pesadez, los latidos apretando mis sienes, y los ojos abiertos como platos, intentando descubrir otro movimiento. Pero no había nada, el andén continuaba tan vacío como antes. Desprovisto de toda vida humana, a excepción de mí. Sin embargo, sabía que tenía que ir a mirar, así que apreté los puños y comencé a andar hacia el otro extremo del túnel, por el que había desaparecido el tren.

Caminaba pegada a la pared, aunque cada quince o veinte metros, de forma regular, la pared hacía un retranqueo, dejando un antepecho al descubierto, revocado con los mismos baldosines de cerámica que toda la estación. Cuando iba a entrar en el siguiente hueco, algo revoloteó delante de mi cara. Ocurrió muy rápido, y sólo acerté a soltar un grito y manotear en el aire. Mi primer pensamiento fue que había sido un murciélago, aunque no escuché ningún batir de alas. Del sobresalto, pegué un traspié hacia atrás y caí sentada. Enseguida, en respuesta a mi grito, llegó la voz de Gabriel, alarmado, preguntando qué ocurría.

El retranqueo estaba vacío, no había nada dentro, no entendía qué había podido asustarme así. Tal vez fue una simple telaraña, que rocé con la cabeza. Asqueada, toqué mi pelo, pero no había rastro de nada parecido. Le grité a Gabriel que había sido una falsa alarma y que no había visto nada, pero sabía que la intranquilidad de Gabriel le estaría forzando a bajar despacio la escalera, peldaño a peldaño, luchando contra sus terrores y angustias. Volví a gritar que todo estaba bien pero su ausencia de respuesta me convenció de que estaba bajando.

Debía darme prisa, no quería prolongar la tortura de Gabriel. Siguiendo con la mano el perfil de la pared, llegué hasta el final del andén. Incluso me atreví a echar una ojeada al interior del túnel, negro como la boca de un lobo. No vi el más mínimo movimiento. La oscuridad absoluta. Justo enfrente, en el otro andén, todo seguía como antes. Hasta que lo vi.

Tuve que volver a mirar para darme cuenta de que estaba allí. Delante de mí, justo al otro lado de las vías, agazapado en la esquina curvada del andén.

Me tapé la boca con las dos manos para ahogar el grito que subió limpio hasta mi garganta.

Un agujero en el tiempo y el espacio, pequeño, irregular, con bordes borrosos y, de alguna forma, fluctuantes, como en permanente movimiento, algo pesado y a la vez con la consistencia de un aire negro.

Un occiso, el de Lavender Hill, suspendido junto al techo, como lo haría una araña

que esperase su comida.

Lentamente, como si esperase no llamar su atención, bajé las manos de mi cara y palpé la pared a mi espalda. Sin perderlo de vista, di un paso y luego otro en dirección a la escalera de salida, donde me estaba esperando Gabriel. Aquella cosa no se movió ni dio señales de haber notado mi presencia. Era extraño, sabía, intuitivamente, que no me estaba mirando. Me sentía a salvo todavía, siempre que no reparara en mi presencia.

Giré la cabeza para echar un vistazo al suelo y evitar un tropiezo, y entonces descubrí una figura delante de mí, en el último tercio del andén. Estaba situado junto a las escaleras por las que yo había bajado y las que subían hacia la salida. Me llevó un par de segundos darme cuenta de que no era Gabriel. No era sólo porque estuviera encapuchado, aunque desde la distancia que nos separaba no podía distinguir nada de la ropa que llevaba puesta, salvo que era oscura y que llevaba pantalones, porque tenía las piernas separadas. Era otra cosa más, estaba estático, inmovilizado, mirando en mi dirección, con los brazos caídos a ambos lados del cuerpo. No parecía muy alto. Y la posición de la capucha indicaba que tenía la cabeza algo agachada, ladeada.

Como si me observara con curiosidad.

Mi garganta se convirtió en un papel de lija, incapaz de formular un solo sonido de auxilio. Mis piernas y brazos también se contagiaron de un nuevo terror, el que me provocaba aquella figura inmóvil.

Algo llamó mi atención a la izquierda. Miré al occiso, que se había puesto en movimiento pero, gracias al cielo, no hacia mí, sino en paralelo a las vías. Flotaba de forma errática, dando veloces pasos en varias direcciones pero siempre hacia delante. Verlo alejarse de mí retiró una pesada losa sobre mi pecho, al menos durante unos segundos, los que tardé en volver a centrar mi atención en la figura...

...era hacia ella adonde se estaba moviendo el occiso, y eso significaba una cosa...

...entre el cielo y la tierra y el infierno, sólo había un lugar al que se dirigían todos los occisos...

...Iskender...

Comprenderlo fue como sentir un fogonazo de calor en el rostro. Pero al instante la figura se puso en movimiento y echó a correr en dirección a las escaleras de salida. Al mismo tiempo, el occiso cobró velocidad y cruzó por encima de las vías, siguiendo a la figura, como un perro fiel siguiendo a su amo.

Aquello fue la señal de salida para mi cuerpo también, que se desbloqueó al instante. Eché a correr hacia las escaleras por las que yo había bajado, subiendo los peldaños de dos en dos. Arriba me esperaba Gabriel, con la ansiedad dibujada en su rostro. Me recibió con los brazos abiertos, en guardia:

—¿Qué ha pasado? —me conminó a explicarle, sujetándome por los brazos—. ¿Era el occiso?

Me solté de sus manos y seguí corriendo hacia el pasillo opuesto.

—¡No! —grité por encima de mi hombro—. ¡Era Iskender!

—¿CÓMO?

Encaré las escaleras de bajada, de nuevo hacia el andén. Pero, tal y como me temí, no hallé ni rastro del occiso ni de Iskender. Escruté cada posible escondrijo del occiso, cada esquina en penumbra, pero no encontré nada. Sin embargo, algo en mi interior, un sexto sentido, o simplemente el miedo, me decía que no estaba tan sola. Recordé la imagen del hombre encapuchado. Me sonaba tanto...

...era como si lo hubiera visto antes...

¡Claro! Pero qué idiota había sido. Qué necia, naïf, descuidada, irresponsable había sido.

Era la figura con la que había visto a Rebeca, en el portal de la calle Cervantes, semanas atrás. El hombre que se había quedado mirando hacia el balcón, pero al que no había podido distinguir el rostro por la capucha. Rebeca e Iskender.

¿Qué había hecho? Meterme en la boca del lobo. Sentí una punzada de alarma dolorosa, que me instaba a recordar cada momento vivido con ella, cada palabra o confesión, cada pista que podía haberle dado a Rebeca, porque ahora podía pertenecer a Iskender.

Un crujido a mis espaldas me sacó del ensimismamiento y me colocó al borde del infarto. Aguanté la postura, sin moverme, con cada músculo y tendón de mi cuerpo alerta. Decidí girarme por sorpresa y abalanzarme sobre lo que hubiera provocado ese ruido. Pero cuando lo hice, descubrí a Gabriel, que bajaba agarrado a la barandilla. Estaba pálido, extremadamente pálido, pero no era eso lo que me preocupó, sino su mirada clavada en un punto detrás de mí. Me giré de nuevo para descubrir al encapuchado, en el otro andén, detrás del panel de cristal, demasiado alto para ser saltado. Y además, la estación cobró vida, con un rumor ensordecedor que se acercaba a toda velocidad.

Tenía que cruzar al otro andén y rápido. Sólo había una forma.

Me deshice en el aire y recobré la forma humana justo donde lo había deseado. Esas migraciones tan veloces me dejaban mareada y un dolor punzante en el pecho, pero tenía que reconocer que me estaba aficionando a hacerlas tan exactas, tan certeras.

Delante de mí, a unos metros, el encapuchado permanecía inmóvil, mirándome. Estábamos muy cerca y sin embargo su rostro permanecía en la sombra. Ahora pude comprobar que no era más alto que yo. Llevaba una sudadera gris, cuya capucha le cubría la cabeza, unos vaqueros desgastados y unas zapatillas negras. Podría pasar por cualquier chaval con quien me cruzara por la calle. Quién sabría si no nos habríamos cruzado con anterioridad.

Detrás de él, el occiso, como un animalillo inquieto, flotando por encima de su cabeza. Los dos me miraban, lo sabía. Me contemplaban, tal vez con curiosidad.

Lo siguiente ocurrió muy deprisa. A la velocidad de la luz. A la velocidad de unos incorpóreos, capacitados para hacer ese tipo de migraciones, unos cazadores.

Algo fugaz se movió tras Iskender y el occiso y llamó su atención. Una suave

polvareda gris suspendida en el aire tras ellos cobró consistencia en unos segundos y se transformó en Kostya. Yo me quedé tan paralizada como ellos dos. En cuanto sus piernas fueron corpóreas y estuvieron apoyadas en el suelo, Kostya lanzó un grito que tenía más de animal que de humano y se lanzó hacia ellos. Presa del instinto, hice lo mismo que él y me arrojé sobre Iskender, que sólo tuvo tiempo de reaccionar, convirtiéndose en humo en un segundo, justo después de que pudiera agarrar el extremo de su capucha y tirar de ella hacia atrás. No había rostro. De hecho, no había nada parecido a una cabeza humana. Por eso iba encapuchado: el resto de su cuerpo sí tenía apariencia humana, pero no había corporeizado la cabeza. Era un fantasma sin cabeza, que desapareció convertido en una voluta de humo.

Debido al impulso que había tomado para cazarlo, Kostya aterrizó en mis brazos. Durante un momento, los dos estuvimos a punto de caer al suelo, pero él recuperó el equilibrio con más rapidez que yo y finalmente su abrazo me sostuvo para no caer. Su rostro quedó a unos centímetros del mío. Y entonces sonrió.

Di un paso hacia atrás, alejándome de él, pero sobre todo para que no viera que me había turbado su abrazo.

—Vine por si me necesitabas —dijo entonces, sin abandonar su media sonrisa seductora.

—¿Tú... puedes soportar estar aquí abajo? —le pregunté.

—Si eres tú la que estás sola, enfrentándote a un occiso, sí.

—Genial.

Y, rodeándolo, eché a correr, porque acababa de descubrir que, aunque Iskender había desaparecido, no lo había hecho el occiso, que se había puesto en movimiento, en dirección a las escaleras de subida. Corrí tan rápido como pude y enseguida escuché los pasos de Kostya detrás de mí.

Al final de la escalera había una puerta entreabierta. Tuve tiempo de ver al occiso colarse por la rendija. Yo la abrí de un manotazo y salí al pasillo que cruzaba por encima de las vías y conducía a la entrada de la estación. El occiso volaba unos metros por delante de mí. Llamé a Gabriel a gritos, pero el occiso llegó un par de segundos antes que nosotros al área de la taquilla. Por el pasillo de mi izquierda apareció Gabriel, alarmado por mis gritos. No pasé por alto la mirada fugaz que lanzó a Kostya, cuando éste pasó corriendo junto a mí.

Kostya se abalanzó sobre la compuerta de salida y la empujó para salir, pero ésta no se abrió ni un centímetro y la consecuencia fue que Kostya aterrizó sobre su vientre contra los barrotes de hierro gris de la compuerta. Casi al mismo tiempo, Gabriel se había lanzado por la compuerta vecina, pero conocía el truco para salir: había que pisar la plataforma móvil del suelo para que ésta liberara el pestillo que mantenía sujeta la compuerta. Un ligero clic después, y Gabriel salía por la puerta, ante la atónita mirada de Kostya. Yo le seguí. Kostya pegó un pisotón en la plataforma del suelo y abrió de un manotazo la compuerta.

Los tres nos encontramos con la escena al mismo tiempo: el occiso había intentado

huir escaleras arriba, pero se había encontrado con Nui en mitad de la escalera, bloqueando la salida. Ahora estaban el uno frente al otro, desafiantes. En un segundo, los cuatro rodeamos al occiso. Sabía a lo que había venido y quería intentarlo, pero no terminaba de dar la orden a mis piernas para que avanzaran hacia el centro del círculo. Quería apresar al occiso y tirar de él hacia Pandemónium, obligarlo a hacer una migración, como ocurrió con Noah, y descubrir que finalmente era la Reina Azul... o tal vez fallar esa prueba y por ese motivo estaba bloqueada, fijada al suelo, incapaz de moverme.

Nui miró por encima del occiso hacia Gabriel, descubrió a Kostya y finalmente clavó sus ojos en mí. Podía notar la mirada de Kostya también expectante. Y luego el susurro de Gabriel aleteó hasta mis oídos como una bonita mariposa de colores:

—Adelante, pequeña.

Le hice caso, obediente, pero tarde, como siempre. El occiso se movió muy deprisa y pasó entre Kostya y yo hacia el mostrador. Se parapetó detrás y en cuestión de un segundo, el pesado mueble rectangular estaba volando hacia nosotros. Kostya saltó ágilmente a un lado, pero a mí Gabriel me lanzó al suelo justo antes de que el mostrador pasara volando a escasos centímetros de mi rostro. Se estrelló ruidosamente contra la cabina de cristal del ascensor, haciéndola pedazos. Una lluvia de cristales rotos cayó sobre nosotros. Gabriel me protegió con su cuerpo, pero aun así noté un fuerte pinchazo en la pierna izquierda, justo por encima del tobillo. Cuando la lluvia cesó, me levanté la pernera del vaquero y descubrí una mancha de sangre. Nada alarmante, aunque escocía.

Gabriel sí resultó herido. Tenía un cristal alargado y brillante clavado en su brazo. La manga de su abrigo estaba enrojecida. Con una mueca de dolor, Gabriel sujetó con cuidado el extremo del cristal y se lo arrancó, lo que ocasionó una nueva pulsación de sangre sobre la tela del abrigo. Lancé un alarido de terror, pero Gabriel me susurró que enseguida habría conseguido cerrar la herida. Tenía razón: a través de la tela rasgada, vi cómo comenzaba a desaparecer el corte. Se mostró, de hecho, más preocupado por mí, por saber si mi herida era grave. Un estruendo que provenía del vestíbulo de la estación captó nuestra atención. Miré alrededor; estábamos solos. Kostya y Nui debían de haber seguido al occiso al interior del vestíbulo. Hice un ademán de entrar yo también, pero Gabriel me sujetó del brazo.

—No, por favor, Pers, déjales a ellos. No te pongas en peligro de nuevo.

—Gabriel, otra vez no.

Tal vez fuera la gravedad con que hablé, pero lo cierto es que Gabriel soltó enseguida mi brazo y asintió con la cabeza. Me lancé a la carrera al interior del vestíbulo.

La escena era bastante caótica dentro. El occiso se las estaba apañando para arremeter con fuerza contra cualquier objeto no anclado al suelo y lanzarlo sobre los dos incorpóreos que intentaban atraparlo. Kostya y Nui estaban tan ocupados en protegerse de los ataques que apenas podían acercarse a él. En una de las ocasiones, Nui, buscando refugio, se metió en el interior de la taquilla. Cuando el occiso lo descubrió, adquirió una

velocidad increíble y entró también. Nui se convirtió inmediatamente después en humo, en una sombra ágil, y comenzaron dentro una especie de lucha brutal que hizo saltar por los aires todas las vitrinas de la taquilla. Kostya y yo contemplamos desde distintos lugares del vestíbulo la pelea. De las embestidas, las paredes de metal de la taquilla comenzaron a sufrir fuertes abolladuras desde el interior. De pronto, una de las dos sombras salió despedida hacia el techo y allí se desintegró, de la misma forma que una nube de humo cuando es golpeada por una ráfaga de viento. No sabía cuál de los dos era el que acababa de desaparecer, pero Kostya me lo aclaró enseguida:

—Uno menos —dijo, sin ninguna afectación—. Sólo quedamos tú y yo contra el occiso.

Le miré con auténtico pavor. En ese momento, el occiso abandonó la taquilla destrozada y se lanzó por uno de los pasillos. Volaba pegado a la pared y, a su contacto, los azulejos blancos explotaban en mil pedazos, dejando el suelo sembrado de polvo cerámico. Kostya salió corriendo y saltó por encima de la compuerta de salida, con una agilidad increíble. Yo atravesé la entrada, pero de pronto, ante mí, se materializó de la nada una figura que ya conocía, encapuchada. Intenté frenar mi carrera para no chocar contra ella, y del impulso no tuve más remedio que tirarme al suelo, donde resbalé un par de metros más. Pasé muy cerca del encapuchado, pero no hizo ningún gesto de intentar tocarme siquiera; al contrario: su atención se dirigió hacia Kostya, que iba lanzado contra él. El encapuchado levantó el brazo derecho y extendió la palma abierta para frenar la acometida de Kostya. Lo lanzó contra la pared abierta de la misma forma que se tira una miga de pan. Contemplé horrorizada cómo iba a estrellarse contra la pared de azulejos blancos pero, en la última fracción de segundo, Kostya también migró, se disipó rápidamente en el aire. Me había preparado para escuchar el fuerte golpe y el ruido de los azulejos quebrándose bajo el peso de Kostya, pero en su lugar el vacío llenó mis oídos. Y entonces miré cómo el encapuchado, Iskender, giraba lentamente la cabeza hacia mí y extendía su otro brazo.

No llegó a tocarme, al menos no en esa ocasión. Yo también hice una migración instantánea pero no para ponerme a salvo, sino para salvar la distancia que me separaba del andén, hacia donde había huido el occiso. Reaparecí junto a un enorme anuncio de cerámica de una marca de café. A menos de dos metros de distancia estaba el occiso. Cuando me descubrió, pasó por encima de la mampara de cristal y se quedó flotando por encima de las vías, desafiante. Hice lo mismo. Cerré los ojos y, cuando los abrí, estaba de pie, en mitad de las vías. Entonces, lo que había estado percibiendo desde hacía unos segundos, pero en lo que no había reparado, cobró la forma de un ruido atronador que se incrementaba por segundos: el ruido de un tren que se disponía a atravesar la estación. Provenía del túnel que quedaba tras el occiso. Igual que en las anteriores ocasiones, aunque era una sombra difusa, sabía que me miraba. Avanzó hacia mí, pero no tuvo tiempo de hacer mucho. Ocurrió todo demasiado deprisa.

Miré detrás del occiso porque el potente foco de luz de la cabecera del tren ya había asomado por la boca del túnel. Mi gesto alarmó al occiso, que también se giró. Los dos

vimos entrar al tren en la estación pero, estoy segura, él no comprendió muy bien lo que ocurría. Justo en ese momento un movimiento por encima de mi cabeza me hizo mirar hacia arriba. Descubrí al encapuchado, que había trepado al techo, sorteando los cables y las catenarias del tren, para colocarse justo encima de mí. Estaba alargando el brazo, de una manera inhumana, monstruosa. Pude ver durante una fracción de segundo una mano con los dedos parcialmente amputados, con la piel corroída y a jirones. Y aquellos dedos de muerto me rozaron el pelo justo antes de que yo me tomara al pie de la letra mi destino, fatalmente escrito para mí antes incluso de saber que nacería.

Me concentré en sujetar al occiso en el preciso instante en que la cabecera del tren se abalanzaba sobre nosotros. Tiré de él hacia el inframundo y, aunque opuso resistencia, poco pudo hacer. Fue tan fácil como arrastrar un muñeco por el suelo. Iskender no llegó a tocarme.

Reaparecimos junto a la brecha que partía el muro de Pandemónium. De alguna forma, mantenía sujeto al occiso, aunque en esa dimensión ambos carecíamos de cuerpo. Intenté entrar en la ciudad de los muertos llevándolo aún conmigo pero, esta vez sí, la sombra no pudo seguir avanzando. El odio, su núcleo vital, lo mantenía alejado de los límites de la ciudad, así que lo dejé ir. Escapó por los páramos desiertos del reino de La Araña.

Miré hacia la ciudad. Sus callejuelas, sus casas que no eran casas porque no albergaban vida, me invitaron a entrar, me susurraron que tenían historias que contarme, almas que encontrar, y yo pensé, sentí la necesidad de entrar a buscar a Mateo, de intentarlo de nuevo. O si no, de ir hacia la casa cuya puerta tenía un pomo en forma de caracola blanca, un vestigio de mis recuerdos más ancestrales, porque sabía que, tras esa puerta, estaba Helena. Pero también recordé que cuanto más tiempo pasara entre aquellas calles, más olvidaría mi pasado y mi presente, más olvidaría quién o qué era yo, hasta quedar atrapada en un bucle infinito de dulce olvido.

Así que di un paso atrás...

...y respiré aire en mis pulmones humanos de nuevo.

Regresé a la vida coronada como la nueva Reina Azul.

Solomon quiso coser él mismo el corte de mi pierna. Quería comprobar cómo afectaban las migraciones a mi cuerpo humano. No tenía la capacidad de regenerar mis tejidos como los incorpóreos y lo segundo que descubrí fue que si mi cuerpo humano había llevado una herida al hacer una migración, al regresar ésta había empeorado.

El corte había sido más profundo de lo que me pareció a simple vista. Sin embargo, del corte en el brazo de Gabriel no quedaba ni rastro. Tampoco Nui presentaba señales que delataran la tremenda pelea que mantuvo con el occiso.

De Kostya no volvimos a tener noticias en un tiempo. Tras su desaparición, durante la pelea con el occiso, fue como si se lo hubiera tragado la tierra.

Los días que siguieron al episodio de la estación abandonada de metro fueron muy ajetreados. Había alterado por completo la rutina de los incorpóreos, había puesto sobre su inverosímil tablero de ajedrez una pieza nueva, una pieza azul; una que, si bien no las gobernaba, sí venía a trastocar el orden establecido hasta el momento.

Así que muchos de ellos quisieron conocerme. Con curiosidad, con prevención, con desdén... encontré todo tipo de reacciones. Pero Gabriel no se separó de mi lado ni un segundo durante aquellas extrañas visitas. Como tampoco se alejó de él un halo de tristeza, de cierto abatimiento que trataba por todos los medios de ocultarme. A veces le sorprendía desde el otro lado del salón o de la cocina o de la cama con una mirada tan herida que me estrangulaba el corazón.

Un día, al atardecer, Lyuba vino a verme. Sólo quería enseñarme unos zapatos nuevos pero se sentó en la cama a mi lado y me apretó la mano.

—¿Entenderías alguna vez si te explicara por qué protegemos a aquellos a los que queremos? —le pregunté de manera impetuosa.

—No la recuerdo —fue su respuesta.

—¿A quién?

—A mi madre. Ni a nadie más de mi familia..., si es que he tenido alguna.

No supe qué decirle. Fijó su mirada en el suelo, sin decir nada más. Luego se levantó de un salto y salió del cuarto. Pero, justo antes de cerrar la puerta, se volvió para decirme:

—Nunca le diré a Isaak dónde se encuentra ella.

Sentí un escalofrío negro por la espalda.

—¿De quién me hablas ahora, Lyuba?

—De ella, de tu amiga. La que quisiste proteger. Pero tranquila, es un secreto entre tú y yo.

Se giró para cerrar la puerta, pero la detuve con una voz.

—¿Cómo... cómo sabes dónde está?

—Sus sueños. Me quedé con una parte de su ser. Y ahora puedo caminar por sus sueños cuando quiera.

Cerró la puerta y el silencio se abalanzó como una losa sobre mí. Temblando, saqué el móvil y llamé a Elisa. Estaba bien, ningún problema con su recuperación, que era casi completa. No, ya no pensaba regresar a Madrid. Ya hablaría con Rebeca para comunicarle que debía abandonar el piso, porque no lo seguiría alquilando más, a no ser que ella misma quisiera ponerse en contacto con la dueña del piso. De todas formas, desde días antes del accidente no había vuelto a tener noticias de Rebeca. Como si hubiera sido ella y no Cala la devorada por la tierra. Alberto iba y venía a la ciudad, por el trabajo, pero ya había puesto las miras en un molino que estaba en venta.

Sí, la vida era más real allí. Los colores, las nubes, los olores... No volvería a salir de su tierra. Pero seguiríamos en contacto. Y, por favor, ven a visitarme en cuanto puedas. Con Gabriel o sin él. Con él, con él, siempre con él. Claro. Cuídate y muchos besos. Sí. Adiós.

Cuando colgué, no lloré ni una lágrima.

Otro día fui a ver el piso de la calle Cervantes. No necesité llave porque la puerta estaba abierta. Lo que encontré dentro me paralizó el corazón. Alguien había destrozado el piso. Tras forzar la cerradura y robar, se habían ensañado con los muebles y cualquier superficie del piso. Había restos de fogatas en el suelo, en el centro del salón. Habían reventado a navajazos el sofá, que ahora era un amasijo retorcido de relleno, tela y muelles. Por fortuna, Alberto ya se había encargado de trasladar las pocas cosas que Elisa no había tenido tiempo de llevarse al salir del hospital, así que se ahorró el panorama. Mi antigua habitación, la que había ocupado Rebeca, se había llevado la peor parte. Habían pintado obscenidades en las paredes, arrancado las puertas del armario y tirado cubos de aguas fecales en su interior. No necesitaba muchas pistas para saber quién había hecho todo eso, pero aun así hallé una. Una estrella invertida de cinco puntas, con símbolos que ahora me sonaban. Estaba pintada en el reverso de una antigua fotografía que encontré tirada en una esquina. En ella salíamos Elisa, varias de sus compañeras de carrera y yo, en una cafetería, celebrando un cumpleaños de Elisa, un par de años atrás. Un círculo negro rodeaba mi cara. Sabía que Elisa había guardado esa fotografía, así que probablemente se la debió de robar Rebeca cuando entró a vivir en el piso, tal vez para saber cómo era yo. Ahora ya no la necesitaba, me conocía perfectamente.

Subí al trastero, pero apenas pude abrir la puerta el hueco suficiente para meter la mano, encender el interruptor y meter la cabeza. Estaba completamente invadido por toda suerte de basura callejera, desde muebles abandonados hasta bolsas domésticas de basura o gigantescas bolsas de oficina. Un tufo insoportable a desechos me golpeó enseguida la nariz y tuve que taparme con la mano. Vi las patas de un oxidado somier asomando por detrás de una auténtica montaña de porquerías. Cajas de cartón, lámparas

destrozadas, sillas sin respaldo... había incluso una lavadora a la que faltaba la puerta. Me estaba preguntando cuánto tiempo habían tardado las brujas en subir todo aquello cuando un ligero movimiento captó mi atención. Algo se movía entre las bolsas de basura, a ras del suelo, y vi los ojos brillantes de una rata, espiando. Asustada, cerré de un portazo y eché la llave.

Cuando llegué al piso de El Retiro, le conté a Gabriel lo que me había encontrado. Él tampoco tuvo ninguna duda acerca de la autoría de los destrozos.

—¿Tú crees que hicieron todo eso porque me siguen culpando de la desaparición de Cala?

—No, hay algo más.

Gabriel me contó entonces que las brujas habían sido convocadas por Ulla, quien las amonestó seriamente por lo que habían hecho con Elisa y conmigo. Les conminó a abandonar el piso y romper cualquier relación que tuvieran con Iskender. Pero ellas no sólo no se amedrentaron, sino que reaccionaron de manera violenta. Le contestaron a Ulla que ellas no recibían órdenes de unos espectros. Pero Ulla añadió que sabía la forma de castigarlas. Les comunicó que habían prohibido a los vampiros venderles sus pieles. Y que habían extendido el rumor por la ciudad de que eran personas non gratas para los incorpóreos. Aquello fue un duro golpe para las brujas. Ulla le contaría más tarde a Gabriel que Rebeca había contraído los puños tan violentamente que de ambos goteaba un hilillo de sangre cuando salieron.

No me gustó nada la historia. No las quería en mi vida, pero tampoco las quería tan enfadadas. Gabriel me tranquilizó.

—Sin la piel de vampiro desaparecerán enseguida —dijo—. Aparte de que era su principal fuente de ingresos, ellas mismas la utilizaban. Ahora que no la tienen, en pocos días recobrarán su auténtico aspecto. Y no tendrán fuerzas ni para salir a la calle.

—Entonces problema resuelto.

—No creo que vaya a ser así de sencillo. Conociéndolas, harán una de las suyas. No se van a retirar en paz sin organizar jaleo. A saber qué estarán tramando.

Así que, tal y como sospechaba, la edad real de Rebeca y sobre todo de Berenice no era en absoluto la que aparentaban. Las cremas de las que me habló Rebeca en nuestra primera conversación. Por eso estuvo ausente tanto tiempo Berenice al principio: necesitaba una nueva remesa de piel de Constanza. Recordaba perfectamente que la siguiente vez que vi a Berenice estaba tan cambiada, tan radiante, que costaba reconocerla.

Esa noche me trajo Nadir un recorte de periódico, que informaba acerca del brutal acto de vandalismo de que había sido objeto la antigua estación de metro reconvertida en museo. Casi al final de la noticia se mencionaba que un conductor de metro había tenido la ocasión de ver fugazmente a una joven en las vías, pero no habían encontrado ni rastro de ella. Dos días después, un periódico local recogía las declaraciones de unos

vecinos de la zona que manifestaban que en esa estación siempre había existido un fantasma. Y que la joven de las vías no era sino el viejo fantasma de la estación.

Así que me había convertido en fantasma. A Gabriel le hizo mucha gracia.

Dos días después, mientras Gabriel y yo cenábamos en La Casita de Torreldones, le pregunté por Mamá Blanca.

—Entró en razón en cuanto Ulla y algunos otros incorpóreos de la vieja guardia fueron a hacerle una visita. Lamentablemente, confirmó lo que temía Orlando: que tu cazadora ya había sido entregada a Iskender.

—¿Por qué es tan importante ese detalle?

—Porque los hechos nos han confirmado que eres la nueva Reina Azul y que los temores de Ulla eran ciertos desde el primer momento. Los occisos se están preparando para un nuevo ataque a los límites que mantienen separados ambos mundos, el tuyo y el nuestro. Iskender los está atrayendo. Quiere crear su ejército y tu nuevo objetivo será luchar contra ellos. Pero sigues siendo humana, así que podría utilizar una pertenencia tuya en tu contra.

—¿Hablas de magia negra o algo así?

Gabriel asintió.

—Ya viste lo que había en los sótanos de la casa de Mamá Blanca. Sí, es posible. Así que tu futuro entrenamiento no consistirá sólo en desarrollar tus habilidades como reina, sino en fortalecer tu cuerpo físico. No sabemos de dónde podría provenir el siguiente golpe de Iskender.

—¿Y es tan sencillo que los occisos penetren en este plano vital?

En ese momento se acercó un camarero a retirar nuestros platos. Cuando estuvimos a solas de nuevo, Gabriel continuó hablando.

—No, no lo ha sido nunca. Pero sospechamos de la existencia de un traidor entre los nuestros.

—¡Un traidor!

—Sí. Alguien que esté ayudando a los occisos desde el otro lado. Que les muestre el camino, no sé. Tenemos que desenmascararlo. De hecho, creemos que ya han cruzado unos cuantos más.

Seguí comiendo. Unos meses atrás, esta información me habría colocado un nudo en el estómago y me habría impedido continuar con la cena. Pero las cosas habían cambiado. Ya no era la misma Perséfone.

—¿Entrenamiento, has dicho?

—No será fácil, pero aprenderás las técnicas que te hagan falta para enfrentarte a Iskender. Supongo que él lo sabe y se estará preparando también. Será una batalla muy dura.

Batalla. Sonaba... estimulante.

—¿Has vivido tú alguna?

—Sí. Una.

Asentí. Supuse que ésa estaba dentro de la parte de recuerdos que todavía no quería sacar de su propia caja de Pandora, así que no insistí.

—¿Lucharé yo sola contra Iskender?

Negó con la cabeza.

—Esta batalla no afectará solamente a los incorpóreos. Se involucrarán muchos otros, ya lo verás. Incorpóreos y otras especies. Contra Iskender y su ejército de occisos.

Pedí más agua.

—Gabriel, ¿por qué odias la idea de que yo sea la Reina Azul?

Me miró fijamente y me hundí en la marea de sus ojos infinitos.

No quiso contestar.

Epílogo

Como todas las mañanas, consulta el reloj antes de salir de casa, en una suerte de conjuro que le garantice la buena suerte ese día, que le asegure que esa mañana será como cualquier otra, más que por el simple detalle de conocer la hora. Sabe qué hora es, siempre sale a la misma hora, a las ocho menos veinte. Lleva el Swatch. El otro, el Longines que le regalaron entre todos los hijos cuando su jubilación, sólo lo saca en las ocasiones especiales. Siempre teme que algún desaprensivo intente robárselo. Es cierto que nunca ha visto o sufrido un robo desde que están viviendo allí él y su mujer, pero por si acaso. Hay que ser precavido. Porque, aunque va con el perro, el pobre no podría defenderlo ni contra una mosca. Por eso consulta el reloj cuando aún está en el portal. Luego abre la pesada puerta de cristal y sale.

Cuando ha traspuesto el umbral, se cierra el cuello de la cazadora, porque hace más frío de lo que creía. Se da la vuelta para contemplar hacia el este el color violáceo del cielo por encima de su edificio. Es el momento del día que más le gusta. Le reconforta. Le hace pensar en tareas del día, en los días que tiene por delante. En rutinas no obligadas, ni siquiera pedidas, pero aceptadas de buen grado. En ver a sus dos nietos esta tarde, a la salida del colegio, cuando vaya a recogerlos porque su hija sale muy tarde de la oficina. Ay, su hija, trabaja demasiado. Lo sabe, pero no se lo dice nunca porque sabe que no sirve de nada marearla con esa cantinela. Es lo que toca, él lo sabe y su hija también. Por eso se enfada con su mujer cuando sermonea a su hija con los horarios de su trabajo. Déjala tranquila, le dice impaciente, ¿o es que no crees que ella también preferiría salir antes? Muchos días acaban discutiendo, su mujer y él, pero él entiende que no es sino la frustración de su esposa, de ver cómo está de aprisionada su hija. Al menos, sabe que recoger a los niños del colegio es el granito que aportan y ella se lo agradece a ambos. Además, le gusta tanto estar con los chiquillos, son tan distintos... le recuerda mucho a cuando su propia hija era una niña.

Aún falta un buen rato para que abra el supermercado, pero la actividad es incesante. Camiones que maniobran para entrar en la zona de descarga, mujeres y hombres jóvenes que bajan del autobús y se dirigen en pequeños grupos al supermercado y a las tiendas aledañas. Hay mucho tráfico a esta hora. Siempre piensa que el mundo se agita a esta altura de la mañana y que luego se adormece un poco. Los trabajadores en sus oficinas, los niños en los colegios, las amas de casa en sus casas... y un rato después, la actividad se reanuda. Es como un juego, como un juego de olas, piensa. Ah, el mar...

Camina junto al parking del polideportivo y luego cruza la travesía de Navalcarbón. Una vez dentro de la Dehesa, suelta la correa del perro, del pequeño Beagle de color negro, blanco y canela. No es un pura raza, pero qué más le da a él. Además, en realidad

fue un capricho de su mujer. Ahora, tantos años después, él también quiere al perro. Disfruta sacándolo a pasear. Y los niños lo adoran. ¡Está tan viejo, el pobre! No sabe cuántos años más les va a durar. Lo contempla corretear alrededor de los pinos, olisquear los troncos, regresar a él moviendo la cola. Se pregunta si él también estará pasando frío. Disfruta del campo, hombre, le dice en su cabeza, que luego en el piso las paredes se te caen encima. Aquí al menos se puede respirar aire de verdad, no como en la ciudad, que está tan contaminada ya. Qué bien hizo su hija saliendo de la ciudad y viniendo para acá. Y qué bien hicieron ellos siguiéndola.

Dejan, perro y dueño, la catarata artificial a la derecha y se internan entre los pinos. Hay una senda abierta por caminantes, pero él prefiere pasear entre los árboles. Las lluvias de la semana pasada han dejado a su paso pequeñas lagunas de hierba verde brillante entre los árboles. Las mesas y bancos de granito del merendero están desiertos. El perro ha hecho sus necesidades y el hombre recoge los excrementos con una bolsa. Busca una papelera. Junto a la zona de columpios, sin niños ahora, hay una. Atraviesa el claro y se dirige al canal, que tiene unos pequeños saltos por los que cae el agua, pegando brincos y soltando espumarajos. Se cruza con algún que otro corredor mientras remonta esa ladera de la dehesa. Siempre que puede, escoge esa zona para el paseo. Ahora camina en paralelo a la carretera nacional, en dirección a la ciudad, aunque él no puede ver el perfil de los rascacielos, oculto tras la densa arboleda. El ruido del tráfico es una sordina monótona que uno puede captar si presta atención; si no, con las mismas, se desvanece. En su lugar, quedan los ladridos del beagle y los pasos de algún que otro corredor madrugador.

Y el gong.

El gong que se repite rítmicamente.

El sonido grave y pesado se abre camino lentamente a través del follaje hasta sus oídos y le obliga a detenerse. ¿Qué es eso? El hombre endereza la espalda y gira la cabeza, para escuchar con la oreja derecha, que oye mejor. El gong se repite y ahora él ha captado la dirección de la que procede. Mira al perro. Éste se ha detenido, enderezando rabo y orejas, con el hocico apuntando en la dirección de la que provienen las llamadas.

¿Es eso, una llamada?

Anda, venga, vámonos ya para casa, que se hace tarde, le habla al perro, y echa a andar, sin abandonar el camino, que no es otra cosa que un cortafuegos, uno de los que dividen la dehesa en tres porciones. Vuelve a sonar y deja que el eco se deshaga en jirones en el aire frío.

El hombre llega al cruce entre el cortafuegos y una senda que abre de este a oeste la dehesa y que le conducirá al punto de partida. El mismo recorrido de todos los días. Esta nueva senda pasa junto a un pequeño estanque donde de vez en cuando practican deportes acuáticos, de esos con canoas y pelotas. Comienza a bajar por la senda cuando el silencio cobra gravedad. Ya no escucha los gongs. Pero tampoco al perro.

Se gira para buscarlo. Lo llama, silba, nada. Agudiza el oído por si lo escucha ladrar. Siempre suele estar al tanto de otros perros grandes que corretean sueltos por la zona, por si el perro se enfrascara en una pelea de la que no pudiera salir. Pero no se ha cruzado con ningún otro perro. De todas formas, tampoco lo oye ladrar.

De mala gana, regresa sobre sus pasos. Continúa llamándolo, pero cada vez más intranquilo. Buena se va a poner su señora como vuelva sin el perro. No, qué tontería, estará por ahí, ladrando a alguna ardilla, hocicando alguna madriguera. Cualquier cosa. Una vez le llevó un condón entre los dientes, como si fuera un juguete. Qué asco.

De pronto escucha un rumor de hojas y de un arbusto cercano sale el perro. El hombre le regaña, o se dispone a hacerlo, cuando se da cuenta de que le pasa algo al perro. Está nervioso, pero no ladra. Se mueve en círculos, con el rabo entre las piernas. Quiere regresar al arbusto del que ha salido. El hombre lo llama, silba, dice: «Venga, hombre, vámonos ya, que estoy enfriándome y tú también». Se da unas palmadas amistosas en la pierna, llamándole, pero nada, el perro no se separa del arbusto. Por fin, el animal se sienta en el suelo, las patas delanteras tiasas, mirándole. Parece que esté esperando que su dueño comprenda al fin.

«A ver si quiere enseñarme algo», piensa el hombre. Mira su reloj, el Swatch. Pasan veintisiete minutos de las ocho. Buena la ha hecho, no trayéndose el móvil para avisar a su mujer. Duda, resopla, mira fijamente al perro. Como sea una de tus tonterías, te vas a enterar...

...y se acerca al perro, que enseguida se escabulle por el arbusto. El hombre lo sigue. El perro le conduce hasta un claro en la Dehesa que conoce bien, porque suele llevar a los nietos a jugar. Allí, dispuestas sin aparente orden ni geometría posible, sobre unas rocas enormes, hay unas vasijas de hierro oxidado, gigantes, cuyos pies están soldados a las rocas. Tienen diferentes diámetros y el metal de cada una también tiene diferente grosor, de forma que cuando uno va golpeando vasija a vasija obtiene distintos sonidos. En eso consiste el juego de sus nietos: él los aúpa hasta lo alto de la roca y, sujetándolos por la cintura, les deja golpear con piedras cada vasija.

Eso era. Los sonidos que había escuchado antes. Provenían de una de las vasijas. Como si alguien estuviera llamándole.

Bueno, ¿no sería esta tontería lo que quería enseñarle el perro? El animal está a pocos metros de él, con medio cuerpo metido dentro de otro arbusto. Retrocede, olfateando el suelo y comienza a gemir, con la cola entre las patas. El hombre siente curiosidad por lo que haya encontrado el perro. Seguramente algún animalillo muerto.

Se acerca al perro y se abre paso a través del seto. Nota un ligero tufillo en el aire, a algo en descomposición. Más que oler, lo que percibe es la diferencia de temperatura del aire que entra por su nariz: de un viento fresco con olor a madera y pino, a un aire cálido primero y viciado después.

Un destello brillante que está a punto de pisar con la punta de su zapatilla le llama la atención. Ve unos palos blancos, unidos con una especie de membrada plateada y

resquebrajada. Los palos, que podrían parecer los huesos de unos dedos, parten de otro mayor que desaparece detrás de un arbusto. El hombre lo aparta con una mano mientras se tapa la cara con la otra porque de pronto el aire se ha llenado de un olor fétido e irrespirable.

Detrás del arbusto, parcialmente cubierto con hojarasca seca, encuentra el cadáver de algo que no es capaz de identificar. Sea lo que sea, está tumbado boca arriba y tiene los brazos abiertos en cruz. La cara está ladeada, mirando en dirección al hombre, pero el rostro no es humano porque no tiene nariz ni ojos. Sí tiene dos cuencas vacías y una especie de boca, abierta, por la que asoman varias filas de dientes puntiagudos, como los de un tiburón. La piel está cubierta de escamas reseca, blancas, que se separan irregularmente unas de otras, dejando huecos en algunos lados, allá donde se han desprendido ya. En el cuello tiene algo parecido a las agallas de los peces, de color muy oscuro, casi negro. El cuerpo acaba en una cola ancha y larga. Está tiesa y ha comenzado a perder también escamas.

El hombre retrocede, horrorizado y asqueado. No puede seguir respirando el hedor que desprende el animal o lo que sea. El estómago es un revoltijo de náuseas. Aquella cosa mide más de dos metros y medio. Parece un muñeco, una broma pesada de alguien que le esté grabando con una de esas cámaras ocultas que luego ve en la televisión, pero hay algo profundamente desagradable en la escena. Es evidente que aquello se está descomponiendo.

Pasado el bloqueo inicial, se fija en que tiene la espalda arqueada hacia arriba, como si hubiera sufrido algún tipo de espasmo. La boca abierta está curvada hacia abajo, en un gesto que podría significar llanto en un humano. Y lo que él había tomado por palos, que probablemente fueron dedos, han hecho surcos en la tierra, como profundos arañazos.

Como si ese ser se hubiera estado ahogando en una convulsión dolorosísima hasta que dejó de vivir.

Un grupo de unas cinco o seis escamas se desprenden del torso y caen a la tierra polvorienta. No hacen ruido al tocar el suelo. El hombre se agacha con precaución y coge una con la punta de los dedos. La mira de cerca. Tiene algo que recuerda a una uña humana, pero es más dura y tiene un borde tan afilado que con sólo pasar la yema de los dedos se puede cortar. Se la acerca a la nariz. Apesta. La tira lejos de él con una mueca de asco y decide ponerle fin a la aventura.

Sale rápidamente del lugar, con el perro corriendo entre sus piernas, en silencio. Llamará a la Guardia Civil cuando llegue a casa, aunque a ver quién le cree.

Al este, por encima de la carretera, el cielo se está volviendo anaranjado. Tal vez esté conteniendo la respiración. Tal vez la naturaleza esté cansada, agotada, exhausta, por haber perdido otro miembro más irremplazable, único, el último de su especie.

Y con la muerte de la sirena, se da por concluido el castigo de Deméter a todas las doncellas.

Edición en formato digital: octubre de 2011

© Ana Ripoll Arrojo, 2011
© Ediciones Siruela, S. A., 2011
c/ Almagro 25, ppal. dcha.
28010 Madrid.

Diseño de la cubierta: Ediciones Siruela

Todos los derechos reservados. Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-9841-748-7

Conversión a formato digital: Newcomlab, S.L.

www.siruela.com

Índice

Prefacio	9
GRANADA	11
1	12
ESTAMBUL	18
2	19
3	24
4	28
LONDRES	41
5	42
6	49
7	60
8	66
MADRID	74
9	75
10	85
11	94
12	104
13	116
14	126
15	134
16	141
17	150
18	154
19	162
20	168
21	174
22	184
23	191
LOCRONAN	198
24	199
MADRID	209
25	210

26	223
Epílogo	228
Créditos	233